



ALVARO CUNQUEIRO

LAS MOCEDADES
DE ULISES

Lectulandia

Las mocedades de Ulises narra la vida del héroe en su juventud basándose en la inspiración no sólo en *La Odisea* homérica sino en toda la tradición y cultura antigua griega que la literatura nos ha transmitido: tratamiento mítico, tradiciones populares, fantasía, con un paralelismo muy significativo entre el fondo y la forma: lenguaje popular, lírico y épico se combinan en una armonía sugerente. ¿Qué nos parece un Ulises galleguizado? La lectura de este libro nos dará la respuesta.

Lectulandia

Álvaro Cunqueiro

Las mocedades de Ulises

ePub r1.0

Hechadelluvia 06.06.14

Álvaro Cunqueiro, 1960

Ilustraciones: Prim

Editor digital: Hechadelluvia

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

A Ignacio Agustí.

Prólogo

Por Suso del Toro.

Álvaro Cunqueiro no es un autor bien leído hoy porque se le lee a través de un prejuicio, el sambenito de ser quien expresa el modo de ser y de escribir de los gallegos. Eso de que haya un modo de ser nacional, colectivo, de cualquier país es cosa interesante a discutir, mas les aseguro que Cunqueiro no expresa a ningún colectivo y, como cualquier artista verdadero, lo que hace es expresarse a sí mismo. Además de no ser verdadera esa identificación, o desaparición de este autor dentro de una cultura colectiva, tampoco es justa porque Álvaro Cunqueiro es un autor absolutamente original.

Es tan original que está fuera de las tradiciones existentes en la literatura gallega, española o contemporánea en general. Sus referencias literarias, es decir, los materiales heredados para construir su obra no son los mismos que los de la mayoría de sus contemporáneos que crearon dentro de las modas y los modos en boga, sino que Cunqueiro escogió su herencia dentro de toda la literatura occidental, incluyendo en ella la literatura árabe. Y en especial gustó siempre de lo más antiguo, prefirió lo arcaico y lo medieval a lo renacentista o lo barroco o lo decimonónico. Y sobre todo frente a escuelas o tendencias escogió claramente un campo propio de libertad individual absolutas, frente a la realidad de su tiempo escogió la imaginación y el ensueño. Es por ello que podríamos decir que lo que escribe tiene que ver poquísimo con la novela y en cambio mucho con la fábula, la poesía, el juego, el pastiche, la novela bizantina...

La literatura es un escapar de la realidad que nos agobia en su abrazo total, siempre es así, por eso la literatura no tiene nada que ver con los manuales de instrucciones ni con las cosas prácticas. Hay veces en que la obra literaria haciéndonos soñar nos hace ver un ángulo nuevo de la realidad, alguna literatura nos hace comprender mejor la vida de la vigilia. Pero otras veces, por ejemplo con Cunqueiro, la literatura es puro sueño que sólo responde a las reglas de la noche y no tiene más utilidad que soñar, nada menos. Nada menos, porque soñar es simplemente imprescindible y es el descanso necesario para aguantar el vivir.

Cunqueiro fue desde joven un fatigado de vivir y se jugó toda su vida a la literatura y nos dejó su obra como una escala de Jacob que va de su cabeza a los sueños.

Es curioso que nadie haya señalado nunca que la posición de Cunqueiro ante la

historia de la cultura y la historia en general es la de un «posmoderno», alguien que no se sitúa en la visión historicista de la historia, que no cree que todo sea un continuo que avanza necesariamente y que somos parte obligada de nuestro tiempo y al nos debemos. Cunqueiro se rebela contra la historia y escapa a ella, crea una historia propia hecha de fábula, mito y palabras. Le aterra el espectáculo de una historia que corre dramáticamente como un torrente que se golpea en las piedras llevándonos y se sustrae a su curso, Cunqueiro escoge la fuente clara, apartada, melancólica o la laguna quieta y espesa, lugares donde se aparecen las «señoras», los «encantos», cualquier ser mágico que anuncia un misterio. Sin embargo, aunque él no lo quiera, Cunqueiro también es un contemporáneo y ya no cree, ama pero no cree que exista el objeto de su amor, así refiere nuevamente la leyenda y el mito, pero se refiere a él con ironía.

Toda literatura, todo libro está hecho de palabras, pero en Cunqueiro más que nunca la literatura son las palabras por sí mismas. No es un autor con sentido dramático y en sus libros poca trama hay, realmente se puede decir que no inventó un solo argumento (si es que se puede inventar un argumento y no son sólo vueltas a los mismos arquetipos de siempre) y sin embargo su obra es una combinación muy original que debe su fuerza a las palabras, a los nombres.

Las palabras en Cunqueiro nos traen las cosas, y son cosas vivas, con memoria, con aura; cosas preindustriales, cosas del tiempo de la leyenda y del mito. Un tiempo en que aún no había objetos. Y los nombres de la gente nos traen la historia de su familia, de su gineo y también el argumento de su vida. En la visión contemporánea el individuo es parte de una masa, en el tiempo anterior donde Cunqueiro decide vivir y contar no existe aún la masa y sólo hay hombres y mujeres hechos de palabras que son personajes, cada uno de ellos realmente no actúa, cada uno cuenta una historia.

Siendo consciente Cunqueiro de que para negar el mundo histórico y levantar su amado mundo literario sólo tiene las palabras, les tiene gran respeto. Pocos han escrito con tanto respeto por la lengua. Escribió en gallego y en castellano yendo al manantial, al agua clara del origen y sus obras por tanto están escritas en un romance que nos suena familiar a los gallegos y que suena también familiar a quien conozca verdaderamente el castellano. Cunqueiro escribió en latín hispánico.

Las mocedades de Ulises son, para mí, de lo más hermoso que escribió. Hay un Cunqueiro ingenioso e inteligente, brillante, así es visto hoy, pero hay un breve y fugaz Cunqueiro con sentido trágico en sus primeras poesías jovencísimas y en las últimas; curioso. Ese mismo Cunqueiro asoma en sus textos para teatro, en el *Don Hamlet*, siempre busca parafrasear un argumento que le viene dado para poder decir él lo que quiere. Y hay un Cunqueiro en esta obra que nos dice toda su visión de la vida.

Aquí toma a la *Ítaca* del Ulises de Homero y la sitúa en su mundo personal, un

mundo donde ya pasan aviones por el cielo; donde existe toda la tradición literaria de Occidente, del propio Homero al rey Arturo a Shakespeare; donde la isla se construye de paisajes de su campiña en el interior de Lugo y las playas son la costa vecina, A Marina lucense; donde las cosas y las creencias recuerdan mucho a una Galicia detenida en la Europa campesina medieval. Hay quien escribe sobre lo que odia, Cunqueiro escribe lo que ama. Y él ama el mundo al que pertenece, un territorio hecho de tierra, memoria de la gente y literatura. Ésta es su Ítaca.

Y por eso cuando vemos a Laertes trabajando, leemos escenas de aldea gallega y en el mercado estamos viendo una escena de las ferias que hemos conocido en nuestra infancia. «Carros cantores y bueyes dorados de amplia cuerna (...). Se apoyaba en labrado yugo de irreprochable madera de roble...»

Su Ítaca es ya una tierra imposible en el tiempo en que fue escrita, un país al que Cunqueiro se fuga y nos invita a viajar. Un país y un tiempo en que las cosas tenían sentido y el mundo no era caos. Cuando los humanos eran héroes y su vida era una aventura colmada y como aquí su viaje quiere concluir fundiéndose en la tierra que lo hizo, «¡Larga vida y sepultura en la tierra natal!». Pero esa isla es una parte de realidad autosuficiente, nadie diga que es pequeño el territorio de esa realidad inventada, «ninguna tierra que los hombres habiten es pequeña».

Nos podemos plantear si tiene sentido narrar las historias que ya han sido narradas. Depende, creo. Cunqueiro ha utilizado las historias de los brumosos celtas, de los dorados árabes, de los antiguos griegos para darnos lo que tenía que darnos, su mentira. La literatura es siempre una mentira, la mentira de Cunqueiro nos da consolación y serenidad. *Las mocedades de Ulises* están escritas en un tempo sereno y de paso de paseo, nos piden una hora descansada y vagabunda y a cambio nos dan su bálsamo para las heridas que nos proporcionan nuestros días.

No me parece un mal modo de actualizar el viejo mito para otras generaciones.

Introducción

Este libro no es una novela. Es la posible parte de sueños y de asombros de un largo aprendizaje —el aprendizaje del oficio del hombre—, sin duda difícil. Son las mocedades que uno hubiera querido para sí, vagancias de libre primogénito en una tierra antigua, y acaso fatigada. Un hadith islámico cuenta que la tierra dijo a Adán, al primer hombre, cuando fue creado:

—¡Oh, Adán, tú me vienes ahora que yo he perdido mi novedad y juventud!

Pero toda novedad y primavera penden del corazón del hombre, y es este quien elige las estaciones, las ardientes amistades, las canciones, los caminos, la esposa y la sepultura, y también las soledades, los naufragios y las derrotas.

Buscar el secreto profundo de la vida es el grande, nobilísimo ocio. Permitámosle al héroe Ulises que comience a vagar no más nacer, y a regresar no más partir. Démosle fecundos días, poblados de naves, palabras, fuego y sed. Y que él nos devuelva Ítaca, y con ella el rostro de la eterna nostalgia. Todo regreso de un hombre a Ítaca es otra creación del mundo.

No busco nada con este libro, ni siquiera la veracidad última de un gesto, aun cuando conozco el poder de revelación de la imaginación. Cuento como a mí me parece que sería hermoso nacer, madurar y navegar, y digo las palabras que amo, aquellas con las que pueden fabricarse selvas, ciudades, vasos decorados, erguidas cabezas de despejada frente, inquietos potros y lunas nuevas. Pasan por estas páginas vagos transeuntes, diversos los acentos, variados los enigmas. Canto, y acaso el mundo, la vida, los hombres, su cuerpo o sombra miden, durante un breve instante, con la flebe caña de mi hexámetro.

A. C.

Pórtico

Estaban terminando de encapuchar con terrones recién arrancados, —todavía en la hierba las gotas de rocío matinal—, y cada pila de carbos y de tojo, bien cubierta, era una montañuela redonda y verde. Laertes levantaba doce cada temporada en aquel alivio cerca de la cumbre rocosa del Panerón, al abrigo del vendaval. El padre del buen carbón del monte es el viento del norte. Algunas pilas ardían ya lentamente. Lanzando por el tiro una continua columna de humo negro. Todo el arte del carboneo en el monte consiste en el fogueo seguido y pausado de la pila, y en que no haya más humaza que la del hornillo; el carbonero, mientras el Bóreas poderoso aviva la bocana, escucha como dentro de la pila crepitan las leñas, y al ir naciendo, el carbón parece moverse en el oscuro y cálido vientre de la pila, en el que el fuego habla, incansable, en voz baja. Laertes, más que con los ojos vigilando el color de los humos, seguía la cochura con el oído, o mirando el agostado de las hierbas de la capucha, desde que el humo comienza a cocerlas, hasta que se deshacen en ceniza, blanca como harina de trigo. Laertes era un buen carbonero, y cada año bajaba a los pueblos de la marina veinte carros de noble carbón montañés, bien quebrado, que al encenderlo de nuevo en el hogar, en el brasero o en la plancha, embrasaba vivo, del color de los rubíes antiguos sin una sombra de humo. Carros cantores y bueyes dorados de amplia cuerna eran de su propiedad, y llevando un carro colmado desde la montaña al arenal de Ítaca, Laertes se sentía verdaderamente el príncipe de los boyeros. Se apoyaba en el labrado yugo de irreprochable madera de roble para tratar la carga, y discutía el precio a grandes voces.

Más abajo, ya en la falda del Panerón, Laertes veía quemar otras pilas. Eran de sus cuñados. ¿Cómo, en aquella familia de carboneros, ennegrecidos, quemados por el sol y las humazas generación tras generación, había podido amanecer Euriclea la pálida?

—¡Me haces daño! —le gritaba Euriclea.

Laertes se reía, pero retrocedió un paso y en el fondo de su corazón temía que su sombra pisase la breve y fina sombra de Euriclea, semejante a la sombra de una rama de almendro que menease la brisa vespertina. Se sentaba a sus pies a verla hilar. Euriclea, por toda caricia, cuando Laertes se levantaba para irse, a la hora de entre lusco y fusco, sin dejar de hilar, con el dorso de la mano que sostenía el huso le tocaba la barbada mejilla.

—Puedes pedirme en matrimonio —le dijo una tarde cualquiera.

Laertes tomó entre sus grandes y trabajadas manos los delicados pies de la pálida hilandera sonriente, y los besó.

Jasón, el criado, se subió sobre la pila para sacar el tobe del tiro, al tiempo que Laertes lo hacía por el hornillo. Puso Laertes las piedras de chimenear a su alcance, basto granito en el que el sol hacía brillar las finas partículas de mica.

—¡Laertes! ¡Amo Laertes! —gritaba desde el camino.

El carbonero se encaramó a una roca.

—¿Qué dices?

—¡Amo Laertes, Euriclea ha parido! ¡Es un varón!

—¡Gracias, heraldo! ¡Te prometo un jarro de miel para que lleves siempre en la boca palabras tan dulces!

Se reía Laertes. Se acariciaba las barbas. Palmeaba sus rodillas.

—Jasón, encendamos esta pila por el hijo que acaba de nacer. Si en Ítaca hubiese oro en los ríos como antaño, sólo vendería este carbón por oro, aunque la moneda fuese del tamaño de una lenteja. Pero darán plata por el carbón, amigo, y con ella le haremos al niño una pulsera para el brazo izquierdo con letras formadas que digan: «Soy hijo de Laertes».

Cogió uno de los porrones de vino que refrescaban a la sombra, cubiertos de helechos mojados, y echó un largo trago. Mandó el porrón por el aire al criado.

—¡A la salud del hijo, Laertes! ¡Larga vida y sepultura en la tierra natal!

Jasón era muy gutural y despacioso en el beber a morro, y Laertes lo burlaba.

—¡Rompe el porrón contra la chimenea, Jasón! Tal día como hoy tienen derecho a vino el fuego y la ceniza.

Llegaba el mensajero, un criado de la casa, que estaba puesto para cuidar las cabras y los carros, llamado Alpestor.

—Amo, parió sin novedad. Es un niño. La meada que echó no más nacer llegó a la calabaza dulce que cuelga encima de tu cama. Puse la rama de olivo en la puerta de la casa, y corrí a darte la noticia.

Laertes pasó el chisquero a Jasón para que encendiera el haz de paja en el hornillo de la última pila.

—Amigos, vivimos en una isla que llaman Ítaca. Los que pasan el mar en los grandes navíos ven sus montañas en el horizonte, coronadas siempre de quietas nubes blancas, y dicen: «Ahí queda la pequeña Ítaca». Cuando un avión vuela sobre nosotros, siempre hay un pasajero que dice a otro: «¡Mira, esa islilla verde ceñida de blancas espumas, es Ítaca!». ¡Ítaca! Un puñado de rocas con la arenosa frente deteniendo el mar. Pero entre el mar y las blancas nubes hay buena tierra labrantía, ricos pastos, fuentes abundosas que forman alegres regatos parleruelos, bosques espesos en los flancos de las montañas. Los hombres hemos construido cosas aquí y allá, a la orilla del mar y al pie de los montes, donde el marinero posa el remo y tiende a secar la red, y entre las viñas y las tierras de pan llevar. Ninguna tierra que los hombres habiten es pequeña. Donde enterré a mi padre crece ahora un sauce y en

la misma sepultura anidan los grillos y hace el topo su palacio de polvorientas cúpulas. El pasado otoño injerté almendros y fui a arar con mis bueyes la tierra cereal. Euriclea cernía harina, amasaba pan, y tejía. Subí al monte a carbonear y ella quedaba vareando lana para un pequeño colchón. Parecía un año igual a otro. Llovió a su tiempo y a su tiempo vinieron la tórtola y las calores. Como todos los junios nos dijimos: «¡Ya estarán en la marina los atuneros!». Como todos los junios se dijeron los atuneros:

—«¡Pronto se oirán cantar los carros de los carboneros!». Y a lo largo de los días, iguales siglo a siglo, se iba haciendo el niño en su vientre. Al principio será como una hierbecilla, como un grano de trigo cándido, una pupila, una uñita, pero pronto viene a ser como el mosto que bulle, espuma y fermenta. Euriclea me miraba en silencio. Los días se fueron haciendo desiguales en nuestro corazón. «Me parece que lo siento sonreír aquí dentro», me decía. Argos, el can, apoyaba sus patas delanteras en las rodillas de Euriclea, y yo decía, riendo: «¡Ya quiere el viejo Labrador jugar con el mamoncete!». ... Claro que Ítaca es pequeña, vista desde un gran navío o un rápido avión, pero medida con el paso de mis bueyes es un gran reino. Y le nace un hijo a Laertes, una noche cualquiera, y ese día para Laertes la pequeña Ítaca es inmensa, redonda como la Tierra, más ancha y rica que la Hélade toda, como seis Indias unidas unas a otras con puentes dobles de mil arcos gemelos.

Laertes se descinó la faja roja que traía a la cintura, y ayudado por el Alpestor volvió a ceñirse, girando para apretarse.

—Amigos, ha llegado el gran desconocido. Mi hijo, ¿de quién amigo, de quién enemigo? Los primeros años es él quien va reconociéndonos poco a poco; más tarde, el resto de nuestra vida, lo pasaremos nosotros intentando reconocerlo a él. Me alegro del hijo varón. Puesta está la rama de olivo en la puerta de mi casa. He bebido a su salud, a su salud encendí fuego. Y sin embargo, ¿quién es él? Cumpliremos, criados, los ritos de la hospitalidad con ese príncipe extranjero que llegó nocturno a Ítaca, a través de la amada y trémula puerta que llamamos Euriclea.

—Las mujeres quedaban diciendo en el pasillo que lo amamantara la madre. A veces las de poco pecho son muy lecheras.

—Amo, ¿qué nombre le pondrá? —preguntó Jasón.

—Le prometí a la madre que el de ese santo peregrino, santo Ulises, que tiene ermita en el muelle. Vino por mar a morir a Ítaca.

—Más es nombre para marinero que para carbonero o boyero.

—La madre sintió por vez primera brincar al hijo en el seno yendo a poner un cirio en el velero que está labrado en piedra en la puerta de la ermita.

—Santo Ulises —se santiguó Jasón devoto— inventó el remo y el deseo de volver al lugar.

Laertes calzó las sandalias de esparto, que se ataban con tiras de piel de cabra.

—No apures la quema —avisó a Jasón.

Y seguido de Alpestor echó a andar monte abajo, por el camino que va paralelo al torrente de las Palomas. Sería ya noche cuando pisase el portal de su casa. La luz del farol de aceite vería la rama de olivo en el dintel. Los atuneros tendrían encendidos fuegos en el arenal. Con la noche siempre corre hacia el mar tibio viento terral, y los marineros pueden oír los ladridos de los canes que guardan los rebaños en los montes. Argos, el fiel perro, saldrá a recibirlo. Le lamerá las manos. Ítaca será inmensa aquella noche, y se la oirá latir como un humano corazón.

Primera parte

Casa real de Ítaca

I

Laertes atravesó la plaza y entró en la taberna de Poliades. El boyero Belías se acercó a Laertes y puso sus manos en los hombros del carbonero. Era alto, delgado, tuerto del ojo izquierdo y cerrado de barba, negra y rizada.

—Laertes, estás en la flor de la edad. Un varón cabal debe acertarla en las tres primeras noches. Eso decía mi padre.

Rodó dos tabales vacíos y se sentó en uno, ofreciendo el otro a Laertes. Poliades se acercaba con una jarra de vino.

—Es del año del eclipse, Laertes. Los racimos se asustaron de aquella hora sin sol, y su alma aterrorizada se convirtió en azúcar y canela. Aquel año pasaron muchas cosas extrañas en Ítaca. Le estalló la cabeza al sacristán Filipo, como si la tuviera llena de pólvora, y alguien le hubiese puesto fuego. Los cabreros vieron un centauro galopar por la cumbre del Panerón. Enmudecieron dos mujeres en la marina con el susto de ver salir un lobo negro del mar...

—Recobró el habla el tabernero Poliades, hijo del tabernero Poliades, nieto del tabernero Poliades —interrumpió Belías.

Rieron los tres hombres y bebieron. Poliades era pequeño y graso, y dominaba su rostro moreno una roja nariz vinosa. Con la boca apenas sabía hacer más que una mueca, pero reía bien con los pequeños y brillantes ojos maliciosos. Al hablar, abría los brazos cortos. Grasa era su calva, y grasas las grandes, gordas manos. El mandilón de casera estopa manchaba en vino y en aceite: archipiélago de manchas, con las unas islas purpúreas del tinto Ítaco, y con las otras parduzcas y oleosas.

—Venía, Poliades, a darte la novedad yo mismo, aunque ya la hubieras oído a las comadres. Venía a decirte que parió Euriclea un varón.

—A los nueve meses y siete días, Laertes —interrumpió Belías—. Eso es lo digno. La mujer está esperando, llega el hombre, y ¡pum!

Belías mojaba el huesudo índice de la diestra en el vino y se limpiaba las legañas del ojo vacío. Poliades se sentó en una caja de barras de jabón.

—Te escucho, amigo Laertes. Te escucho como si fueras el Patriarca de Constantinopla.

Laertes acarició su recortada barba, suave como perejil rizado.

Le gustaba dar solemnidad a sus actos. Levantó el brazo derecho, la mano bien abierta, dejando ver el hermoso anillo de oro. —Poliades, tú conoces bien la historia de Ítaca. Te he oído recitar en verso batallas antiguas y la llegada de los primeros atuneros, cuando los monjes arrendaron las almadrabas. Sabes cuándo vino el turco y cuándo se fue, quiénes eran reyes verdaderos en esta isla y quiénes usurpadores.

Distingues, ocho o diez generaciones atrás, remontándote río arriba, a los nativos de los forasteros. Sabes quién trajo a Ítaca el cerezo y el primer toro negro, puedes decir dónde estuvo Troya con su muro y su playa, y a quién hizo cornudo Ricardo Corazón de León en Ítaca cuando pasó cruzado.

—A tu tatarabuelo, Apolonio *el Cojo*. Los laértidas vivíais donde es ahora la fuente de los Pelamios. Entonces aquello se llamaba la Aguda del Corzo. Era un espeso cañaveral, y de entre las rocas brotaba abundante el agua. De la niebla matinal salió Ricardo vestido de rojo. Salieron Ricardo y el sol. Tu tatarabuela había ido, temprano, a buscar sanguijuelas del alba para sangrarle el flemón a una vaca. Entonces las mujeres en Ítaca andaban en camisa. Era lo decente. Ricardo se quitó el guante, y cantó:

—¡Oh, ninfa! ¡Diré a los ingleses
que para agua dulce Ítaca, y sombra de cipreses!

Cipreses, claro está, por fuerza del consonante. Fue allí mismo, en el cañaveral. Tu tatarabuela cayó de espaldas en los charcos. Cuando lo supo Apolonio *el Cojo* riñó a la mujer. ¿Es que no había tiempo de venir a casa, y llevar al cañaveral la concha amarilla que tiene bordado los tres pavos reales, y una lámpara de aceite perfumado? Tu tatarabuela se llamaba Amaltea.

—Nombre de cabra —sentenció Belías.

—Poliades, amigo Poliades, tú sabes toda la historia de Ítaca. Yo tengo que pronunciar el discurso a la puerta de la iglesia, cuando llevemos el hijo a bautizar. Todos los míos han muerto, padres y hermanos. Tengo un primo segundo en Marsella, dedicado a negocios de tabaco. Es hombre importante. Se tutea con el alcalde. Pero no le voy a obligar a venir a Ítaca a bautizar el primogénito. No es que la ocasión no merezca el largo viaje, y rápidas son las naves de los forasteros, pero el niño ha de ser bautizado dentro de la semana. ¿Quieres, amigo Poliades, escribirme un discurso con la historia de mi familia, desde que el primer laértida puso pie en Ítaca?

Laertes apretaba la rodilla diestra de Poliades. Cuarenta y dos eran los años de Laertes las criadas le habían ungido con aceite de regaliz la crespa cabellera aquella mañana, y Alpestor le había recortado la barba. En el hermoso rostro, curtido por el aire y el sol de las cumbres, abrían sus ventanas dos ojos verdiclaros. Mostraba muy viril la aguileña nariz, y eran sus labios carnosos, el inferior abierto y caído en demasía. Andaba siempre muy ceñido de faja, y le gustaba usarla de vivos colores, o roja o azul.

—Te lo escribiré, Laertes.

—Haz buena letra.

—En mayúsculas te pondré todo el discurso, y con rayas rojas señalaré los acentos. El espíritu reside en ellos.

—¿Cuándo puedo venir por él?

—Ven a buscarlo mañana por la noche, así que hayas oído pasar a los atuneros en busca de su cama. Haremos un ensayo.

Laertes sacó una moneda para pagar el vino del año del eclipse, pero Poliades se la rechazó. De encima del mostrador cogió una libra de chocolate, envuelta en papel amarillo, con las efigies de los santos Cosme y Damián.

—Para Euriclea. El chocolate es muy propio para paridas.

Salieron los tres a la puerta de la taberna, que se abría bajo los porches del Consejo. Respiraron sol y aire marino. En la torre de la iglesia de san Ulises la cigüeña saludaba las mañanas de Ítaca. La plaza de los ítacos es un rectángulo formado por encaladas casas de una sola planta, levantadas sobre porches, y cubiertas con teja color burdeos, que esta es la gracia del barro del país. A través del Arco del Capitán, se ve mar azul, en cuyas ondas asoman aquí y allá, fugazmente, las crines blancas de los inquietos caballos de Poseidón. Sobre el Arco del Capitán se levanta la Atalaya, cuadrada torre de granito negro roído por los vientos marinos. Desde sus almacenes, en los claros días, cuando sopla el cristalino sur, se adivinan lejos, tierras verdes de extraños nombres. Oírseles a algunos marineros, al regreso de un largo viaje, es como oír una canción.

II

Poliades mojaba la pluma de ganso en la tinta roja, e iba poniendo los acentos. Dibujaba aquí, sobre una frase, la doble ala curva, indicándole a Laertes que tendría que elevar la voz al llegar a tal pasaje, y más adelante subrayaba otra, indicando la caída del tono y la voz confidencial. Satisfecho de su obra, esperaba impaciente la llegada de Laertes. Ya se habían ido los marineros, y el último en marcharse, como siempre, fuera Foción, el piloto.

—Me gusta vagar por la ciudad, Poliades. Ya no me ladran los canes, por conocido de ellos que me hice en mis vacaciones nocturnas. De alguno pudiera decir que espera el ruido de mis pasos para, en sueños, menear la cola amistoso. ¿Prefieres a Ítaca con niebla o con luna llena? En la luna de septiembre, Ítaca huele a membrillo. Voy a hacer la última navegación, antes de que venga el invierno, y subo hasta el callejón de la Ciudadela a olfatear la ciudad, el enorme membrillo. Escucho roncar a Almeno, quien durmiendo imita el cuerno en la boca de un niño que se estuviera iniciando en el arte de los siete tonos, bebo agua en el canalillo de la Garita, y paso una mano por los cristales de la ventana de Viola, acariciando lo que haya podido quedar allí del hermoso rostro...

—La vieron en Esmirna o en Marsella, o en los dos lugares a la vez. Cantaba y después pasaba platillo. Unos pilletes, con cañas, le levantaban las faldas. Viola corría tras ellos, con los bordados zapatos en las manos, gritando. Vinieron los guardias y la prendieron por borracha.

—¡Date al príncipe, Viola! —gritaba, riendo, un guardia.

—¡Puercos, tened las manos! ¡Artemisa, testimonia mi honestidad!

—Sí. Y Viola aseguraría a los guardias que el único príncipe, Foción, el gran piloto, rico en naves, vendría a rescatarla en medio de una gran tempestad de hierro y fuego. Fue culpa mía llevarla al teatro, a ver *Otelo*... Pero esa, Poliades, será otra Viola. La mía es de cristal. Es una ventana. No puedo acostarme con ella, pero puedo apoyar mi frente en sus labios. Con la luna de septiembre en la mano, mi Viola me dice adiós cuando en el dulce otoño me voy al mar.

—Todos tenemos detrás de nosotros un pañuelo diciendo adiós, Foción, y aunque hay algún que otro cabrón que no mira por encima del hombro el pañuelo que agitan desde tierra, lo propio del hombre adulto y sobrio es sorber una lágrima.

—¡Poliades, nunca te tuve por romántico!

Foción pagó la última ginebra. Salió a la puerta el tabernero, secándose las manos en el mandilón. Miró hacia el estrellado cielo, y paseó la mirada por las brillantes luces que lo poblaban: las dos Osas, Lira, el Dragón y el Boyero, con la espléndida

naranja que se llama Arturo.

—Si ahora mismo, Poliades, cayera la Corona Boreal, no habría en toda Grecia rey más ricamente cubierto. ¡Está a pique sobre tu calva! —le gritó Foción al marcharse.

Cuando llegó Laertes, Poliades cerró la puerta y encendió la lámpara de carburo que colgaba de la viga. Sirvió vino para ambos, y ofreció a Laertes asiento tras el mostrador.

—Ya está escrito tu discurso, y convenientemente acentuado. Te recomiendo que lo leas lentamente. Procura imitarme. En mi mocedad he representado *Alcestis* de Eurípides ante los estupefactos cirenaicos, que regoldaban silfión amargo. Yo hacía el papel de Admeto:

*Una malaventurada madre me dio a luz.
A los muertos envidia, los amo,
deseo habitar sus moradas.
No disfruto viendo la luz
ni pisando el suelo con mis pies.*

Y me tapaba el rostro con el brazo derecho, y con la mano izquierda, en el aire buscaba el picaporte de la puerta del Hades. Y discurría sosegadamente con mi ilustre huésped, el dios Hércules. La verdadera conversación humana se aprende en la tragedia. Peso una libra de garbanzos zamoranos que viene a comprarme la noble Hermías, hija de Milipos, y cuando echo cuatro o cinco garbanzos en el platillo para poner la balanza en su fiel, exclamo con voz ronca, y tan bajo que sólo ella me oye:

*En esta misma caja de cedro a mí mismo
me pondré, y mi costado será pesado
al mismo tiempo que el tuyo.*

Y Hermías se ruboriza y me dice:

»—Eso lo oí yo con papá en Atenas, en el teatro.

»—Es Admeto, señora, quien así habla, no Poliades, el tabernero. Es *Alcestis*, de Eurípides. Ella se dispone a morir por él.

»—¿Tanto lo amaba? —pregunta la dama.

»Yo inclino la cabeza, sin responder palabra. Hermías se ha olvidado de mi calva sudorosa, de mi sucio mandilón, de los garbanzos de Fuentesauco. Se retira turbada, apretando el cartucho contra el gracioso pecho. Dejó la moneda de plata en el mostrador y ni osó esperar a que yo contara la vuelta. No es que la doncella me vaya a ofrecer su cama, Laertes. Es otro sentimiento más profundo y espiritual el mío.

Suponte que una noche cualquiera, llevada por esas palabras que dijo, Hermías sueñe conmigo. En su sueño yo puedo ser un héroe perfumado. Yo no lo sabré nunca, ni me importa no saberlo. ¡Y Foción no me tenía por romántico!

Le acercó a Laertes los dos pliegos de papel de barba en los que había escrito el discurso.

—Llegas con el discurso enrollado a la puerta de la iglesia. Te siguen dos criados. Que pongan la damajuana con el vino lejos de tus rodillas, por si con la emoción te tiemblan las piernas no tropieces con ella. Al vino le conviene quietud. Lees el título con voz alta y clara, acaricias con amistosa mirada al auditorio. ¡Lee, amigo Laertes! ¡Estoy impaciente por oírte!

Laertes apartó las libras de chocolate apiladas en el mostrador, se aseguró de que ante él la tabla, blanca por los constantes fregoteos con lejía estaba limpia y seca, y desenrolló los pliegos. Hizo el gesto de quitarse el sombrero de paja ritualmente adornado con naranjas. Tosió, aclaró, y leyó con voz tranquila y coloreada.

HISTORIA DE LA CASA REAL DE ÍTACA

—Que no os parezca, amigos, vanidad, el que yo me presente en esta solemne ocasión a decir las sangres que concurren en el recién nacido que la noble viuda Elices, hábil partera, acerca hoy a la pila bautismal. De mi rama no queda en Ítaca ningún varón a quien este honor pudiera ser concedido. Propio de las laértidas estirpes ha sido el navegar, y no hay isla en la Hélade en la que no hayamos encendido fuego y cavado una tumba. Hace varios siglos que a Ítaca llegó uno de los míos, apodado Hipobotes, criador de caballos, huyendo de la peste negra que diezmaba en Argos. Traía en su nave una hermosa yegua alazana. Los ítacos nunca habíais visto un equino. Dejasteis en la arena las huellas de vuestros veloces pies al huir cuando la yegua saltó de la nave, relinchando, sujeta del ronزال por el esbelto Hipobotes. Mi antepasado se estableció en el monte, en las habas mismas en que yo carboneo. Vivía de la caza, y cambiaba a vuestros abuelos perdices heridas de flecha, todavía palpitantes, por hogazas de pan y bollos de manteca. Pidió mujer entre vosotros y se la negasteis, pues decíais que era de raza centáurica y saldría cuadrúpeda la descendencia, y en vez de humano lenguaje poseería el don del relincho estrepitoso. Pero hay dioses más compasivos que los hombres, e Hipobotes comenzó a sentir carnal amor por su yegua, que con las primeras tinieblas nocturnas se mudaba en hermosa mujer, somnolienta como roja amapola. La mano de Hipobotes sobre la grupa de la yegua, acariciaba monótonos gruñidos agradecidos. Y de la misteriosa coyunda nacieron a la vez Hipobotes II y el alazán de claro lucero. A Hipobotes II le llamasteis Okímoros, el que muere mozo, porque recibido a los quince años en vuestras naves, murió defendiendo la bahía patria contra normandos. Arrepentidos de vuestra antropomórfica soberbia, disteis a Hipobotes vuestras propias mujeres, pero solamente una aceptó, a Circea, dueña de hermosas barbas rubias. De ella nació *Alejos el Converso*, padre de *Apolonio el Cojo*. Okímoros, antes de morir, dejó su precoz simiente en Eumea, madre de *Apolonio el Cantor*. Cuando el anciano Hipobotes se tumbó en el colchón de crin para morir, al lado de su lecho estaban cinco hijos y veintitrés nietos, entre varones, hembras, corceles, yeguas y potros de su estirpe. Pidió a Circea que se acercase, y acarició por última vez su suave barba, ya canosa. Pidió un peine de plata y se la partió y peinó. Pidió esencia de zarzaparrilla y se la perfumó.

—Envejeciste a mi lado, pero más lentamente —dijo.

Dio gracias a Poseidón por tan larga vida como le había concedido, y con las libres y veraces manos recogió de su misma boca la propia alma inmortal, para entregarla al Bóreas, perpetuamente puro. Su humana familia inclinó en silencio la agobiada cabeza, mientras la hípica descendencia huía a los montes, galopando...

III

Laertes hizo una pausa, y miró hacia la damajuana que posaran a sus pies. Le daba el sol, y se calentaría el vino. Los tintos de Ítaca mejor se bebían frescos y en porrón. Escasamente habría un vaso para cada varón presente, pero la costumbre era no traer más que una damajuana. Belías se abría paso entre las mujeres, en la cabeza una cesta que rebosaba de rosquillas de yema y citrones escarchados. Y Laertes carraspeó y leyó el último párrafo:

—Libres señores del monte Panerón, nos hicimos en él pastores y carboneros. Olvidamos las naves y las aves marinas por las chirriantes carretas y el águila dorada de las cumbres. Olvidamos los nombres de las velas y el cordaje para ser sabios en bueyes, decir su cuerna y su capa, y la edad por los dientes y los tendones. Mi abuelo trajo mujer de Sicilia, una morena delicada, pero mi madre casó en el país: todos recordáis a mi madre, la dulce Felisa, sobrina de dos obispos. ¡Que santa Marta, Patrona de las hilanderas, le haya regalado en la otra vida huso y rueca de oro!, y nació yo, Laertes, y casé con Euriclea, en la que hice a Ulises, a cuyo bautizo asistís. Si el nombre que lleva el primogénito laértida lo conduce al mar que antaño tanto aramos, no seré yo quien rechace en el patio de mi casa el timón y el remo. Amén.

Dejó caer el papel con el discurso escrito por Poliades. En el regazo de Elices el niño lloraba.

—Llévalo a la madre. Lloro porque tiene hambre.

Belías repartía vino y dulces, ayudado por el sacristán. Laertes ofreció un vaso al cura.

—Es de mi cosecha, rosado.

—No eran de citar los dioses antiguos, Laertes, ni la fábula caballar de tu abuelo Hipobotes. Sois ilustres, pero no tanto.

—Hasta que vinieron los caballos de los turcos, y se extendió la bastardía, los caballos de Ítaca, descendientes de Hipobotes, nos saludaban a los laértidas como primos.

El cura sonrió. Era alto y magro, y se hundían sus ojos negros en la cara huesuda y alargada. Levantó el vaso de vino.

—¡Por el nuevo cristiano!

Laertes recibía enhorabuenas. Belías lo besó dos veces en la frente. Las muchachas se acercaban a Laertes y le tocaban la faja con ramitas de laurel.

—¡Si de verdad queréis hijos varones, id a preguntar a Euriclea! —gritó Foción, el piloto.

Las muchachas huyeron, riendo. Poliades tiraba monedas a la grey infantil, que

las buscaba entre gritos en la arena. El cura tomó del brazo a Laertes y lo introdujo en la iglesia.

—Nunca te he visto por aquí. Ya que tu hijo lleva el nombre de este santo Ulises, ¿no quieres conocerlo mejor?

La iglesia era pequeña y blanca. Tenía un solo altar, en el que san Ulises peregrino, se apoyaba en un remo como en un bordón. San Ulises envolvía su blanco cuerpo en una capa azul celeste, y con los claros ojos admiraba los pequeños navíos que colgaban de la bóveda: olía a incienso e hinojo. Entraba el sol poniente por la puerta abierta, y las sombras del clérigo y de Laertes se alargaban hasta el pie del altar.

—En los meses en que madura la naranja —dijo el clérigo— me gusta venir a esta iglesia a rezar, a la hora meridiana, cuando el dulce sol entra por la claraboya. Las naranjas que cuelgan de la pared rezan con su aroma, y yo con mi humilde boca, en la que bailan mis dientes desiguales. ¿Sabes, Laertes, que es rezar? Estás en un rincón arrodillado, y vas dejando caer palabra tras palabra, y vanos pensamientos y vagas figuras te distraen, pero hay un hilo, un hilo que no se rompe, y que de pronto, cuando estás más alejado de la oración y olvidado de las palabras del libro, se pone a arder, y te calienta el corazón a ti, el pecador, al mismo tiempo que quema la mano de Dios y las manos de sus santos.

El cura se sentó en un banco, se secó el sudor con un pañuelo negro e invitó a Laertes a sentarse, pero el carbonero permaneció de pie.

—Dicen que san Ulises inventó el remo y el deseo de volver al hogar. Ya había remos en tiempos de san Ulises, pero es seguro que él inventó un remo. Muchas veces yo tengo nostalgia de mi país, Laertes. Me viene el mal al atardecer, en otoño porque se van las golondrinas, en enero porque florecen los almendros, en mayo porque canta la calandria, en julio porque el viento trae a la terraza de mi casa pétalos de amapolas. Y entonces siento el remo de san Ulises a mi costado. Si en ese instante alargase la mano, encontraría el remo sujeto con un estrobo de ilusiones al corazón.

Laertes miraba para el cura como si lo viese por vez primera. Se dio cuenta de que tenía una hermosa voz. Golondrina, almendro, calandria, amapola, fueron palabras que pronunció con embeleso, sensualmente. Pudo encargarle al cura y no a Poliades el discurso bautismal. Al salir, le daría al pobre clérigo de mendada sotana una moneda de plata.

—Ulises nació en una pequeña isla, una isla como Ítaca, cuyo nombre nadie sabe con certeza. Pero era país de griegos navegantes. Su padre era carpintero de ribera, y llamado siempre que había que esculpir famoso el mascarón de proa de una nave. Era hombre de mal carácter, agriado cada día porque perdía el gran bien de la vista. Se le ponían en los ojos unos nuberos rojos, y lo veía todo negro. Entonces se emborrachaba y le pegaba a Ulises. Le pegaba con una vara de abedul. Pero Ulises, si

precoz en santidad, lo era también en astucia, y se quitaba la capa y la dejaba en el aire, colgando donde él suponía que estaba el dedo meñique de la mano izquierda de su Ángel Custodio; escondido tras la artesa esperaba a que llegase su padre, eructando vino de Argólida...

—¡Apesta a ajos!

—Sí, apesta a ajos, pero para los de Argólida es la sangre caliente de su tierra. Y el padre golpeaba la capa mientras Ulises lloraba y gritaba, a salvo en su escondite. El Ángel Custodio soplaba, llenando la capa de aire, porque más semejase cuerpo humano... El padre de san Ulises fue llamado para labrar una sirena con destino a la nave capitana de unos ricos mercaderes, cretenses acaso, o genoveses. Ya había desbastado dos espléndidos troncos de roble, y machihembrado, y los armaba en la afilada proa, cuando le vinieron espesos los nuberos y quedó ciego del todo. Ulises estaba a su lado, con el martillo y la gubia, y atada al cuello y colgándole sobre la espalda, la saqueta de blanco lino con la merienda. Así lo representan en mi isla, en la catedral. La saqueta tiene un agujero, y por Pascua la llena el deán con higos pasos y cortezas de naranja confitadas, y las madres levantan los hijos hasta el hombro de Ulises, para que le roben parte de la merienda. El padre de Ulises se sentó en la arena a llorar su desgracia. ¡Y lo hermosa que pensaba poner a la sirena en la proa! En todos los puertos de la Levantía se alabaría el nombre del escultor Amintas, que así se llamaba... ¡Mejor sería no nacer, o en naciendo, morir! El pequeño Ulises acariciaba los pies de su padre. ¡Hay dolor! Adormecido el padre en la arena, recostado contra la quilla de la nave que había de llevar la sirena en la proa, el pequeño Ulises se apartó hacia unas rocas, en las que se arrodilló a orar, y orando no se dio cuenta de que subía poderosa la marea agustina, y las aguas lo rodeaban y cubrían. Peces jugaban alrededor de su boca, oyendo acaso las palabras que el Ángel dijo a María. Pero también las oía una sirena de la mar. Estaba allí mismo, sentada a su lado, una dorada luz su largo pelo. Ulises la tomó de la mano y la hizo nadar hacia el arenal. La sirena se dejaba ir, llevada por la mano inocente. Ulises despertó a su padre, y el escultor Amintas a tientas reconoció la hermosura incomparable de la sirena. Con las yemas de sus dedos aprendió la forma, desde la comba frente a la escamosa cola, y en una larga hora, con el trémulo modelo al alcance de sus manos, pasó toda la misteriosa gentileza de la carne marina al leño, y amaneció en la proa de la nave la sirena... Carpinteros de ribera y marineros pasmaron ante tanta belleza. Se hizo célebre la sirena. Amintas era citado por ella.

—¿Y habló la sirena con san Ulises niño? —preguntó Laertes.

—No. Por la gracia de Dios, Laertes, aquella sirena era muda. Solamente habló su cuerpo en las manos de Amintas, y las manos recordaban y alteraban en el hombre maduro las memorias, y lo sobresaltaban terribles deseos. Hablaba, como ebrio, de ir a los abismos marinos a recobrar aquella carne acariciada, y la luz. Ulises, triste,

calentó al fuego una pelota de hierro, y cuando estuvo al rojo vivo, se la ofreció a Amintas.

—Padre, acaricia sin temor esta hermosísima manzana.

Y Amintas confiado la tomó en el cuenco de sus manos, y ardió la piel de las palmas, y la carne hasta los huesos, pero fue medicina feliz, que con la piel y la carne se le fueron a Amintas las añoranzas y los dolorosos deseos carnales. Los más de los milagros que obró san Ulises —concluyó el cura— fueron juegos con las soledades y los anhelos de los mortales.

Laertes sacó una moneda de plata, y acercándose al escalón de piedra del altar la dejó caer, alegremente sonante.

—Porque sean parleruelas todas las sirenas que encuentre tu hijo, buen Laertes.

—Por lo menos que encuentre sirenas, pidió el carbonero.

El cura se levantó, y apoyó su mano diestra en el hombro de Laertes. Aspiró el perfume que exhalaban sus ungidos cabellos.

—¡Regaliz! ¡En mi país son las mujeres las que se perfuman con regaliz, en las fiestas de la vendimia! Vuelve por aquí, Laertes. Te contaré historias de san Ulises. Era humilde y callado. Tenía la mirada infantil, a la que nada sorprende. En esta iglesia tenemos una reliquia suya, una sandalia vieja y rota, muchas veces remendada y solada. Alguna tarde la saco del relicario y la acaricio. ¿A qué huele? ¡Ay, acaso dependa de mí, soñador! Si algún día la acerco a mi oído, como en una caracola oiré en ella el mar. Huele al romero que pisó Ulises, a la madreselva que cuelga de los muros de las ciudades en las que no quiso entrar, a los campos de lirios de los feacios, a los glicinios de las posadas, de cuyas ramas colgó esclavina y sombrero en los largos atardeceres estivales... Me arrodillo ante la reliquia, y hago todos los caminos con la imaginación, y a veces el de mi casa, en mi isla natal: aquel camino hondo que va entre junqueras y viñedos desde la playa al llano que decimos el Campo, con sus higueras, y el poblado palomar...

Laertes se santiguó, y saliendo de la iglesia por el pasillo lateral, su cabeza iba por entre los navíos que los devotos marineros habían colgado en la encalada bóveda.

IV

Los cuñados se pasaban la jarra de vino. Pequeños y cetrinos, recién afeitados, vestían ropas de fiesta, y los cinco abotonaban el negro chaleco con gruesas piezas de plata.

—Se agradece el vino —dijo uno, y los otros asintieron.

Laertes llenó otra jarra y gritó por Jasón.

—Corta más cecina y saca del aceite un queso.

—Laertes, eres generoso de tus bienes —dijo uno de los cuñados.

—Laertes, derramas amistad —dijo otro.

Parecidos de rostro, tenían la misma voz chillona y el decir aldeano. Se rascaban unánimes las perneras. Laertes los contemplaba con irónica curiosidad.

—Hemos oído tu discurso a la puerta de la iglesia.

—Fuiste muy mirado con tus antepasados.

—Los nuestros hubieran querido oír su nombre de tus labios.

A lo que uno decía, asentían los otros cuatro, inclinando la cabeza y golpeando en la mesa con los puños cerrados.

—Citar a nuestro abuelo Basilio parecía obligado. El que esto dijo se levantó y se santiguó. Se limpió los labios en la bocamanga de la camisa encarnada.

—Le había comido la mano izquierda un puerco, y su padre le había regalado una guitarra napolitana dos días antes. ¿Y qué decía Basilio mientras el físico le cosía la mano?

Se levantó otro de los cuñados. Vino a arrodillarse en el banco en que se sentaba Laertes.

—¡Eso, eso! ¿Qué decía Basilio?

—Cuántas veces no se lo hemos oído contar a nuestro padre y a nuestros tíos. Basilio no lloraba. Basilio no gritaba. Basilio contemplaba la guitarra napolitana puesta a los pies de la cama, el clavijero adornado con cintas de colores. ¡No llores, cariñoso padre mío!, exclamaba. Con la mano derecha pisaré las cuerdas en el traste y con los dedos del pie izquierdo las pulsaré y haré cantar. Y lo logró. Durante cinco años, día a día, ensayó las canciones de primavera.

—¡Las danzas de mayo!

—¡Durante cinco años, sin cesar: tiró, tiró tirolaina, tiró tiró!

—Nadie las tocó igual.

—Ni las cantó:

¡Flor de melocotón, rosada

mejilla del aire!
¡Ay, a las niñas en mayo
les duele la cintura!

—Lo llevaron a las fiestas de Creta. Querían que se quedase de salmista en el monasterio. Su Beatitud se abanicaba con la tiara y no se cansaba de oírle cantar. Bebían ratafía blanca por el mismo vaso, y Su Beatitud le decía: «Basilio, ahora que estamos solos, ¡toca para mí esa canción de la mejilla del aire!».

Los cinco cuñados, de pie, pequeños, morenos, inquietos, con el chaleco desabotonado, con las blusas encarnadas fuera del pantalón, iban y venían por la cámara y se quitaban los unos a los otros las palabras de la boca.

—¡Eso! ¡Como cantaba! Tenía hermoso bigote, y la guía del lado derecho la llevaba a la oreja y la sujetaba allí con un prendedor de pedrería fina, regalo de una señora.

—De la viuda de Creta, sí señor. Una señora rica, dueña de naranjos. Pero Basilio quería casar en Ítaca. Era un carbonero de corazón. Músicas de lejos, sí, ¡pero el carbón...!

—Despertar en la noche, —interrumpió Laertes—, levantar la piel de cabra que cierra la entrada de la cabaña, y ver el ojo rojo de cada pila en la tiniebla.

—¡Eso, eso! Ver el ojo rojo, oír ¡cric, crac! dentro de la pila. Casó con la hija del piloto Temades. Nosotros nos llamamos los basilios en memoria suya. Su Beatitud de Creta le decía: «¡Basilito, no te vayas! ¡Imita el perdigón en celo, querido amigo!».

¡Ahora no hay de estos hombres!

Laertes bebió largo por la jarra.

—¡Basilios, cuñados, por muchos años!

—¡Amén!

Laertes ofreció a los cuñados las doradas tajadas de queso.

—Debí, señores parientes, decir que hice a Ulises en la hermosa Euriclea, de la ilustre familia de los basilios. Se me olvidó. Se le olvidó a Poliades. Yo no cesaba de pensar en el hijo.

—Ulises, un basilio por parte de madre —interrumpió uno de los cuñados, rebotándole queso de la boca.

—Sí, por parte de madre. Desde que conocí vuestra casa en el monte, para mí fue siempre la casa de Euriclea. Nunca dije que ya había llegado a la casa de los basilios. La genciana puesta a secar en sábanas de lino, el pan recién salido del horno y estibado en la panera de travesaños de nogal, las largas cintas de pimientos colorados colgados de la pared, las ollas llenas de agua de rosas..., todos los olores y todos los colores del portal de la casa de los basilios, para mí tenían solamente un nombre: Euriclea; y por habersele oído decir a las mujeres, yo decía siempre, Euriclea *la*

pálida. ¡Es muy hermosa!

Laertes apartó la cortina que dejaba ver, al fondo del pasillo, la cámara nupcial. Se veían los labrados pies del amplio lecho matrimonial, y caía hasta el suelo de blancos azulejos el fleco de la colcha de rojo damasco.

—La primera vez que nombre a Euriclea en público, cuñados, diré que hablo de la basilia Euriclea.

Los cuñados rebañaban el aceitoso queso en los platos de barro.

A un tiempo, con la boca llena, se inclinaban para decir, solemnes:

—¡Por muchos años! ¡Larga vida!

—Si conserváis la guitarra napolitana de vuestro abuelo Basilio, os agradecería que un día, cuando Ulises sea doncel alegre, le permitáis aprender en ella las canciones de mayo.

Se fueron los cuñados, canturreando beodos, y Laertes salió a despedirlos al camino. Se sentó en el banco de piedra, cabe la puerta. El can *Argos* vino a sus rodillas, la larga lengua latiente. Se acercó Alpestor con una taza de requesón entre las manos. Sorbía en ella sonoro. Se sentó al lado del amo.

—¡Los basilios! ¡Unos puercos! ¿Sabes por qué salió Euriclea tan hermosa y tan pálida? ¿Tú sabes, amo y señor, por qué salen manchados los conejos que cuida Jasón? Porque el conejo padre es blanco. A Basilio el Manco la mujer le ponía los cuernos. Era hija, como sabes, del piloto Temades. Temades era un hombre pequeño, casi enano, con una gran verruga roja en el mentón. Casó en Alejandría y allá enviudó. Regresó con la hija. No hubo en su tiempo moza más hermosa en Ítaca. Temades ya no navegaba. Cobraba por dejarse tocar la verruga por los marineros. Daba buena suerte. Cleomenes tenía una vaca que no empreñaba. Le dio a Temades una moneda argiva de media onza, y este acarició con su mentón a la vaca, mismamente debajo del rabo. Nueve años seguidos trajo cría la vaca. Querían llevar a Temades para el campo caballar de los bizantinos, a asegurar la preñez de las yeguas. Temades dotó ricamente a la hija, y esta escogió a Basilio. Se casó con él por la música. Basilio, para tocar a su gusto, tenía que tumbarse en el suelo. Tenía el pie izquierdo tan suelto y fino como una mano. Cogía la púa con los dedos, y trinaba. Vino un amigo de Temades a la boda y por curarse de una tos. Era pariente de los que son príncipes entre los samios: alto, flaco, siempre vestido de verde y con esclavina púrpura, sin nada a la cabeza. Fue con ese. El primogénito, tu difunto suegro, fue del forastero. Le llamaban *el Pálido*. Euriclea salió a él. Siempre cortés, bebía en las tabernas con los boyeros y los marinos.

Se levantó Laertes, y cual si estuviera en el ágora, a la cabeza del banco de los señores carboneros, abriendo los brazos con afectada solemnidad, exclamó:

—Y habiendo casado Laertes con Euriclea, princesa samia de singular hermosura y piel más blanca que la leche de los higos verdiscos...

La antorcha que ardía ante el portalón se apagaba a la altura de la cinta de hierro del poste, pero antes de morir daba a la noche relámpagos rojos y amarillos. Alpestor miró a los ojos encendidos del amo, brillantes por el mucho vino embarcado, y con gesto sacro rompió la taza contra los guijos del camino. Las ranas que croaban en la charca de la fuente, asustadas, callaron.

V

La súbita tormenta había deshecho el mercado. En la taberna de Poliades se apretujaban pastores y atuneros, aldeanos del Panerón que bajaran a comprar hoces para la próxima siega, y tratantes en cerezas venidos de la vecina Cefalonia. El sudor los pegaba a unos con otros como cola de pez. El viento metía el agua bajo los porches, y el oscuro cielo se abría en grandes claras con los continuos relámpagos. En un rincón, entre dos barricas, un ciego mendigo tensaba las cuerdas de la zanfoña, que la humedad había aflojado. Unas mujeres intentaban llegar al mostrador con sus cestas de albaricoques y ciruelas; los hombres, remisos en apartarse, reían obscenas burlas, y los pastores intonso golpeaban el suelo con la contera herrada de sus varas. Una moza de largas trenzas negrísimas, con un gallo en brazos, lograba salvarse de pellizcos y refugiarse tras el mostrador. Poliades servía vino, pasando los jarros por entre las cabezas de los concurrentes, y reclamando el pago a gritos, nombrando a los morosos por sus nombres.

Un rabadán silbó fuerte y seguido, y el zagal que estaba a su lado y se había atado a la rubia cabeza los cintajos verdes y colorados de la cuerna de los machos cabríos vendidos en el mercado, sacó del bolsillo de la blusa su caramillo de barro y reclamó como cuando el rabadán manda dar las buenas noches y boca callada.

—¿Quién ha visto el lobo? —gritó un pastor.

—¡Callaos! ¿No es Laertes ese que se sienta con las piernas abiertas en la escalera?

—¡Laertes, bautizaste un hijo! ¿No hay una jarra para los amigos?

—¡Laertes, vienes de reyes! ¡Una jarra de vino no empeña a nadie ni ofende la modestia!

Laertes se levantó. Tenía en las manos la hoz que había subido a comprar al mercado.

—Poliades, amigo, sirve vino tinto a los ítacos y agua de membrillo a las mujeres.

—¡Di el nombre del hijo para que bebamos a su salud!, gritó un patrón de las almadrabas, quitándose el redondo gorro de lana verde.

—Ulises. Ése es el nombre del hijo.

El rabadán que había silbado levantó con las dos manos la jarra llena a la altura de su frente.

—¡A la salud de Ulises, hijo de Laertes!

Y respondieron todos, rituales. Laertes recibía sonriente las gracias que merecía su generosidad. La hoz brillaba en sus manos y el ciego de la zanfoña tocaba con su sombrero de vejiga de cerdo las rodillas del rico carbonero. «Laertes —se decía el

varón a sí mismo, eres rey. De verdad eres rey, y el primer hombre que haya tenido un hijo». No pudo evitar el decírselo a sí mismo en voz alta.

—¡Si fueras rey —clamaba el ciego— pondrías tu saliva en mis ojos y vería desde aquí las golondrinas jugar alrededor de la torre de los Mercados! ¡Triste cosa es que no haya reyes antiguos! ¡No veo la puerta de mi casa!

La moza de las trenzas se dirigió a Laertes. Apretaba contra su pecho el gallo.

—¡Señor, te vendo el gallo! ¡Te lo vendo barato!

El rabadán más viejo se abrió paso hasta el mostrador. Entregó la jarra de vino a uno de los pastores, y quitándose la montera buscó en la badana una moneda de dos sueldos.

—Laertes, te regalamos este gallo. Los pastores lo pagamos a escote.

La moza avanzó lentamente hacia Laertes, subió dos escalones y depositó el gallo rojo, cuyas patas ataba una cinta negra, a los pies del rey. El zagal hizo cantar el caramillo.

—¿Quién paga —gritaba el ciego— en honor del señor Laertes, el canto de los desesperados amores de Tristán e Isolda? ¿O prefieren los caballeros la caída de Troya con los lamentos de Menelao cornudo? ¡Canto por la moda de Atenas!

Poliades recogió el manto alrededor de la cintura, y echó a andar delante de Laertes por la estrecha calleja que circundaba la antigua ciudadela, cuyos muros de ásperos sillares construyeron los cíclopes, asentando a brazo las enormes rocas negruzcas caídas del cielo. Se detuvo junto al portillo que dicen de los Mensajeros, y obligó a sentarse a Laertes en los rotos escalones, mármol devorado lentamente por las sandalias de los heraldos de antaño, y desconchado por la contera bronceada de las lanzas de los reales centinelas. Abajo, muy abajo, como caídos en el abismo por la brecha abierta en el contrafuerte, se veían los tejados vinosos de Ítaca, y entre ellos las manchas verdioscuras de los huertos familiares. Caía la noche. Poliades tendió sus manos hacia adelante, como para recoger en su cuenco el último rayo de sol o el eterno y sonoro recomenzar del mar. Se oía despeñarse en ruidosa catarata el agua de las dos fuentes que antaño abastecieron la guarnición y el faro, y en el bosquecillo de mirtos que coronaba la colina militar, mirlos, felices formas negras entre las breves flores coloradas, decían adiós al día silbando.

—¿Cuáles son tus poderes reales, Laertes? Mira: ahí abajo está tu reino. Tu reino y el mar. ¿Qué es ser rey, Laertes?

Laertes acariciaba el gallo rojo que dormitaba en sus rodillas. Había bebido mucho en los últimos días, y si se inclinaba para ver allá, en lo hondo de la sima, los tejados de Ítaca, sentía vértigo. Apoyaba la ardiente frente en la fría piedra del muro.

—Yo soy un carbonero rico. ¡No me cuelgan ni por mil onzas!

—Un rey cuelga, no lo cuelgan. Mi padre decía que un rey es un lujo, pero un hombre más libre que los demás en un pueblo no es ningún lujo. Te acercas a él en la

plaza y le pides consejo. El rey tiene la palabra libre. Me dice: Poliades, robas en el peso.

—¿Robas en el peso, Poliades?

—Sí, señor. Lo confieso, amo mío.

Laertes se rió, despertando al gallo. Poliades, confuso, hacía un nudo con la punta del manto.

—¿Ves? Te tomaba por un rey verdadero, Laertes.

Cantó vecina por vez primera la lechuza, y el gallo alborotó.

—¡Calla, príncipe de sanguínea cresta!

—Educa a tu hijo para rey, Laertes. En confianza, yo estoy por los héroes y por los dioses. —No puedo contratar para educarle al centauro Quirón, maestro de Aquiles y de Jasón el Argonauta.

—¡Qué noblemente dices esos nombres antiguos! Estás borracho y conservas el tono. ¡La boca de los reyes ama los hexámetros! ¡Y también el silencio! En la mancebía de Siracusa yo conocí al Desterrado de Mantinea. Las mujeres están desnudas, sentadas cara a la pared, bajo un toldo de vivos colores. Por un sueldo te dejan entrar y sentarte a cinco varas de ellas. Pasa una criada derramando agua de lirio o espuma de Armenia. Hace calor, y estás sentado sobre tu manto, con la túnica abierta hasta la cintura. Yo soy un imaginativo, Laertes. Cuando entré, me dije: «He aquí a un hombre duramente probado por la fortuna». Las mujeres volvieron la cabeza. Las ojeras le comían al Desterrado medio rostro. Pasó su mano diestra, jugando, por el chorro del surtidor. No miró a nadie. Se asomó al balcón desde el que se ve el puerto con las naves, arrancó una ramilla de madreSelva y se retiró tan callado como había venido. Al pasar junto a la criada que cobra en la puerta por dejar ver las mujeres, dejó caer en el suelo una moneda de oro. Rodó hasta tropezar con mi pie izquierdo. Tenía por seña una horca.

—¿Eso fue todo?

—Sí, todo. Imagínate a tu Ulises haciendo algo semejante en Alejandría o en Constantinopla. El Desterrado de Mantinea contaba en el muelle a los siracusanos de los navíos que vendrían a buscarlo, y cómo era su reino. Tres ríos, Laertes, tiene dos más que Ítaca. Pero Ítaca es una isla, y es mucho más difícil volver a Ítaca que a Mantinea. Las palabras del héroe Ulises en los muelles de Alejandría diciendo cómo es Ítaca, tendrán un tono más dramático, y usarán para volar las alas negras de la melancolía.

Poliades se levantó. Se acercó a la brecha, y agarrándose bien a las ramas de saúco, se inclinó sobre la polis dormida, y con el tono humano que forjan los espíritus graves en las ocasiones solemnes, declamó:

—Ítaca es mi patria, una isla perdida en el mar de los griegos. Aún faltan cinco días de navegación para que veas la espuma marina vestir las valientes rocas de su

cintura, y ya puedes contemplar la cumbre del Panerón, tres meses al año visitada por la nieve... Es clásica la disputa entre los pilotos sobre cuál sea el camino más corto para ir de Troya a Ítaca. Cuando un ítaco sale a recorrer mundo, su madre toma del hogar un trozo de leño, lo apaga, y con su carbón escribe sobre los labios del hijo esta hermosísima palabra: regresar.

Poliades se volvió hacia Laertes, y continuó:

—Un río parte la isla mía en dos. Nace de las nieves montesías, y al principio es solamente un conjunto de charcos en los que se mira la ginesta. De cada charco sale un hilo de agua, que trenzándose con otro...

Laertes roncaba, la cabeza apoyada contra una jamba del portillo de los Mensajeros. Por segunda vez cantó la lechuza, y el gallo rojo, emblema del poder real, asustado, brincó del regazo del carbonero, y por la brecha del contrafuerte cayó aleteando sobre Ítaca, en la que aquí y allá brillaban antorchas de carbás, ricas en luz dorada, en los patios y a las puertas de las casas.

Los dos borrachos regresaron lentamente, y Poliades, viendo cómo levantaba la cabeza Laertes y caminaba recto, sin apartarse de las pozas formadas por la lluvia, en las que sumergía hasta el tobillo sus nobles pies, se quedó unos pasos más atrás, por cortesía, y en lo profundo del corazón comprendió que amaba la majestad de los laértidas, aquellos días honrada la dinastía con robusto primogénito, impaciente en mamar y fácil llorador.

Segunda parte

Los días y las fábulas

Los años nacían y morían, y del grano de uno caído en la tierra que llamaban Ítaca nacía otro, y nadie veía el sembrador.

Los dorados cabellos en la cabeza del niño Ulises se fueron oscureciendo, y cada día parecía más blanca la mano de la madre Euriclea deslizándose entre ellos. El infante aprendió a oír, a hablar, a correr, a posar las febles manos sobre las cosas. Reconocía los pasos paternos en el patio antes de que llegase a su rostro la caricia de la mano áspera del carbonero, perfumada con el acre olor de las humazas. Laertes sacudía la rojiza cuna de abedul, y le gritaba al hijo:

—¡Es la hora de entre can y lobo! ¡Qué los dioses te den sueños que te hagan sonreír durmiendo!

El día en que cumplió cinco años sacaron la cuna del cuarto de la nodriza, y le hicieron cama en la habitación de Jasón. Allí dormía también, sobre una piel caprina negra y blanca, el can Argos. Alpestor puso una ramita de laurel en las sandalias nuevas del niño, las primeras que iba a atar en el tobillo. A pedido de Laertes vino el piloto Foción a enseñarle a Ulises el nudo púnico, y este lo aprendió a la tercera demostración, como en Troya Héctor, domador de caballos.

—Con este nudo, en las naves basta tirar con el pulgar y el índice del cabo más corto para abatir sobre el puente la vela maestra.

Ulises mostraba a los presentes la huella negruzca, en la palma de la mano, de los cordones embadurnados de pez.

Euriclea se sentaba a hilar, en verano en el patio, a la sombra de la higuera, y con los pies al sol, como dejó advertido Hesiodo, y en invierno, en la cocina, con los pies sobre un caneco de barro lleno de arena caliente. Los pies fríos entorpecen las manos de las hilanderas en la rueca y el huso; sólo unas hay que pueden hilar, veloces y silenciosas, con los pies helados: las Parcas. Euriclea era, verdaderamente, Euriclea la pálida. Tosía. La tos la despertaba a hora de alba, y Euriclea podía ver en el pañuelo que acercaba a su boca, un hilillo de roja sangre en la saliva. Euriclea era solamente una dulce voz y una tranquila mirada, que se derramaba desde sus ojos claros, alrededor de cuyo suave verdor marino las largas pestañas oscuras semejaban fatigadas filas de finos remos.

Los años nacían y morían, lentamente, seguramente, como arrastrado el carro del Tiempo por los cuatro bueyes laértidas, los dos berrendos en negro y los otros dos ojo de perdiz. El río de Ítaca henchía en abril con el deshielo, y en septiembre era un hilo tan delgado y frágil, que ni Penélope, si en Ítaca viviese y ya tejiese esperando, sería capaz de figurar con él un poco de espuma en un tapiz que representase un país con fuente en primer término. Ulises medraba. Corría de aquí para allá, precedido

del can Argos y seguido de la voz custodia de Jasón, saludando los caminos de la tierra natal. Distinguía el mirlo de la calandria por el canto, pero el ave que más amaba era la flecha que salía del arco paterno, silbadora, y con una pluma de gallo por timón. Lo llamaban por su nombre los atuneros. El piloto Foción lo llevaba hasta la punta del muelle, y si una ola rompía fuerte y mojaba el rostro del niño, Foción sonriendo le decía:

—¡Saca la lengua, Ulises, y prueba! ¡Es amarga! ¡Es agua del mar!

I

—Dijeron mi nombre y me tocó en el pecho la punta de la vara del heraldo.

»—¡Jasón, de Iolcos, buena dentadura, vendido por primera vez!

»Me levanté rápidamente y me acerqué a la barandilla. Me habían dicho que convenía mostrarse resuelto y despierto. Uno que se levanta perezoso desmerece a los ojos de los compradores inteligentes, y queda para malos amos. El mío sería una cualquiera de aquellas bolsas de piel, llenas de monedas, que golpeaban una y otra vez la tabla del subastador.

»—¡Veinticuatro!

»—¡Veintiséis!

»Yo miraba por encima de los sombreros de paja y de las capuchas pardas de los compradores, el césped del cercano hipódromo. Un bayo que bebía en blanco no se dejaba montar.

»—No tiene varices ni está herniado. ¡Respira, Jasón! Y ahora enseña los sobacos a esta ilustre concurrencia.

El heraldo me ofreció una estaca, astillada en uno de los cabos. Era de fresno, sin un nudo. Verde, en el fuego, el fresno huele como cuando al hervir se derrama la leche por la plancha de hierro del hogar. Que no se te olvide. Hace bonito entrar en una cocina y sin mirar el fuego, decir: «Vosotros, los que escogéis el fresno para los ilustres asados...».

»—Muestra tu fuerza, Jasón, a tus impacientes compradores —me animó el heraldo.

»Tiré con todas mis fuerzas y desgajé. Más que a mis manos mirarían los compradores la vena de mi cuello y la tensión de los tendones.

»—¡Treinta y siete! ¡La edad de Patroclo!

—¿Tenía treinta y siete años Patroclo? —preguntó el pequeño Ulises cruzando sus brazos sobre las rodillas de Jasón.

—Treinta y siete cumplidos. Hasta los diecisiete le hizo su madre, cada año que cumplía, un nudo en la cabellera. A los diecisiete años comenzó Patroclo a hacerse él mismo nudos anuales en la barba cobriza. Cumplía los años en mayo, el día en que la codorniz regresa de Egipto. Viajera nocturna, aprovecha con habilidad los vientos y calcula las escalas.

—¿Hay codornices en Ítaca?

—En julio te llevaré a que las veas dormir la siesta.

Jasón bebió del porrón, no más que por mojar labios y lengua, y dejó caer del pitorro unas gotas sobre la cabeza de Ulises, quien esquivó el chorrillo riendo.

—Si tu madre Euriclea fuese tan previsoras como la madre de Patroclo, tendrías ahora mismo catorce nudos en tu suave cabellera, príncipe Ulises.

—¿Soy ya un hombre, Jasón?

—Nunca sabe uno si de verdad es un hombre. Los otros te mecen como cuando se limpia un odre, y una vez bien mecido, y mediado de agua salada, miran a ver si te tienes o caes. Pero íbamos en que un anciano que se cubría con un sombrero de paja negra, levantando ala sobre la frente, ofreció treinta y siete por mí. El heraldo paseó su sabia mirada sobre la clientela. Nadie daba más. Con la punta de la vara tocó la tabla del subastador.

»—Lo has comprado. Sé humano con él. Los tiempos cambian de perfume cada día en la mano de los dioses. Un día cualquiera, noble Eurimedeo, Jasón podrá comprarte a ti con un cobre horadado.

»Éstas son palabras rituales. Nacen de la boca de los hombres ya gastadas y oxidadas. El corazón ni se entera. La tierra, cuando como ahora en ese desmonte nacen delicadas violetas, está atenta, tiene los labios suyos húmedos en las raíces de la planta, y sopla, como el vidriador con su boca la ígnea pella, color y forma en el aire. Solamente una vez al año hay aquí violetas, Ulises. Los hombres están a veces diciendo flores, y tienen el sentir en otra parte.

Habían subido mucho más arriba de la última viña. Jasón quería mostrarle a Ulises la labor de los jornaleros llamados por su padre para sangrar los pinos. Llevaban merienda de pan blanco y sávido queso de cabra.

—Eurimedeo quiso, tan pronto como llegamos a su casa, que le contara mi vida. Vivía en las afueras de Tebas, en el camino que llevaba a la puerta de los Dos Hermanos. Era dueño de una casa de dos plantas con amplio patio, y tenía mediana labranza. Tebas es cereal. Eurimedeo me dijo que me había comprado por el nombre y la nación. La mujer, una vieja flaca y desdentada, preguntaba a gritos si el aquel fuerte Jasón no iba a comer una oveja cada día. Eurimedeo puso un gran jarro de vino sobre la mesa. Allá el vino es negro y el barro, blanco como la nieve. Sujetaba el jarro con su nudosa diestra. Yo tenía sed.

»—Cuéntame tu historia, Jasón —ordenó.

»—Nací en Iolcos, hijo de cardadores y nieto de cardadores. Cuando me di cuenta, yo era un cardador, y sabía cruzar las cardas, pasar, soltar y volver. Un año fui a cardar a casa del rico Antinos. Según la costumbre, como era el más joven de los cardadores, me sentaron en un rincón del patio, frente a los montones de la lana negra. El buen cardador se sienta con las piernas bien abiertas, tras haber aflojado el cordón de las bragas, y con la túnica tapaná el porrón del agua. Por muy estrecho que sea el pitorro, siempre entrarán polvo y pelusa. El agua para la sed del cardador se mezcla con vinagre. Por cama me dieron un haz de paja. Vecinos míos eran dos cardadores montañeses, calzados con pesados zuecos y alegres roncadores. Uno de

ellos tenía una hija. Era muy hermosa. Volvía entre las cardas una mano de lana, y vi una sombra cruzar sobre mis manos. Era la sombra de su cabeza. Se apoyaba en la columna del porche, a mis espaldas, y me hablaba, se dirigía a mí, al joven Jasón. La sonrisa me hablaba. Le dije mi nombre, turbado, y ella puso su pie izquierdo sobre mi rodilla, y se inclinó para apretar la cinta verde de la zapatilla. Su negro cabello rozó mi frente. Me dijo que todas las mañanas, al amanecer, llevaba cuatro ovejas al abrevadero. Rompí a sudar. Cumpliría yo entonces dieciséis años. ¡Oh!, mi madre me golpeaba cariñosamente, despertándome, con el rabo de la escoba, y me decía:

»—¡Arriba, rey de los cardadores!

»Hay muchas maneras de casas reales en los corazones de las madres, príncipe mío. La hija del montañés se llamaba Medea. Es un nombre muy dulce. Dilo haciendo larga la segunda e. Mi amo tebano interrumpía mi discurso con frecuencia; quería saberlo todo; quería saber lo que pensaba yo en cada instante, y lo que sospechaba yo que pensarían los otros, y las distancias, y la piel de Medea, ¿cómo era? Sí, era suave y caliente, pero no podía decir cómo. ¿Y veía los navíos en el mar cuando apoyaba mi mentón sobre la inquieta cabeza de Medea? No me dejaba adelantar en mi historia. Yo tenía sed, pero él no soltaba el jarro. Vino la vieja, a la que toda la tarde se la había oído reñir en el granero con las criadas, y puso un candil de aceite encima de la mesa. Mi amo soplabla en el vino, y caían ante mí gotas oscuras.

—Los dioses te concedieron una boca demasiado rápida, Jasón. ¿Cómo quieres contar una vida en una hora?

Me hacía volver al comienzo, cómo era mi casa, de qué hacíamos las púas de las cardas, cómo se llamaba mi abuelo. La cinta verde de la zapatilla de Medea, ¿le ceñía la pierna hasta la rodilla? ¡Oh, horas y horas! Yo me caía de sueño. Decía lo que él quería.

»—Claro, la mataste y huiste. Te salió puta la niña. Siempre queda sangre en las uñas, me decía.

»Yo miraba mis uñas y veía la sangre. Sudaba. Sudo por nada. Yo no maté a Medea, pero veía su sangre en mis uñas. Y la huida. Me hizo contar la huida paso a paso.

—¿Oías el mar a tu diestra?

—Sí, lo oía. Lo oí durante toda una larga noche. ¿Qué dije cuando los piratas me pusieron los hierros? ¡Tengo sed, amo!, imploraba.

»—¿Mucha? —me pregunta sonriendo.

»—Sí, mi amo. Mi lengua es ya una áspera ortiga...

»Se reía de mí. Me preguntaba si yo había leído eso en Homero o en qué poeta. Yo no sé leer, Ulises, amigo mío. Se apagó el candil y el viejo se marchó con el vino. Lamí el que vertió sobre la mesa. Haber recordado la huida me hizo comprender que

seguía huyendo. En Tebas no se oye el mar, ni a la derecha ni a la izquierda. Si alguna vez tienes que huir en Tebas, guíate por el viento: levante y norte dan montes, poniente y sur dan mar. No había comido ni bebido en todo el día. Salí al patio. Eurimedeo, teniendo de la cadena un enorme perro de oscura capa lobuna, y empuñando corto venablo, me miraba. Estaba loco. Como yo estaba huyendo, amigo Ulises, tenía miedo. Me preguntaba, aterrorizado, por lo largas que son las leguas, y cuántas habría entre Tebas y los bosques en que nace el viento del oeste, y si esa boca es grande o pequeña, si tiene colmillos afilados, y qué flauta sopla, y si uno de sus labios baja hasta el mar qué habrá a la izquierda, como en Iolcos hay mar a la derecha, y si ese labio sería una playa visitada por lejanas naves... Eurimedeo se rió. Se le rió todo el rostro. Yo no se lo veía, pero sabía que se estaba riendo, riendo con los ojos miopes, con la barba rala, con la corva nariz. Y el perro también.

—Nuestro *Argos* no sabe reír, Jasón.

—Porque es un perro libre y cazador, tiene nombre de vela vagabunda, lame manos de hombres libres. Pero los perros esclavos, guardianes de esclavos, esos sí ríen. Reía el perro. Te lo juro, Ulises. En Iolcos juramos por Hércules Peregrino. El perro también estaría loco. El amo le habría hecho contar pelo a pelo su vida, hasta enloquecerlo. Me lancé contra el viejo con la cabeza baja. En Iolcos, en las fiestas, saltamos sobre pellejos llenos de viento y bien engrasados. No le di tiempo a adelantar el venablo. Cayó encima del perro, enredadas sus piernas en la cadena. Un confuso montón de gritos y de ladridos se revolcaba en la arena del patio. Subí a un plátano y salté el muro. Corrí. Pasaba al pie de murallas de ricas ciudades, de antorchas, de ladridos de canes, de leques en las que hombres que se ceñían la faja me gritaban:

»—¡Espera, forastero! ¡Llevo tu mismo camino! ¡Me contarás tu vida!

»¡Qué manía en Tebas de oír vidas! ¡Nadie puede contar su vida sin echarse a morir!... La ortiga de mi lengua bebió agua de muchas fuentes. Y un día oí el mar a mi izquierda. No, no era el corazón a punto de estallar: era el mar. Una nave de Ítaca cargaba aceite. Los ítacos regateaban desde la nave. Uno de los que compraban se llamaba Laertes. Tenía la voz redonda y noble como un anillo de oro.

»—Laertes —grité—, ¿necesitas un criado?

»En vez de una ortiga mi lengua era ahora un gajo de naranja lleno de dulce zumo.

Ulises tomó de las manos a Jasón y tiró de él, para que se incorporase. Bajaron hasta la polis brincando los siete setos de los siete prados comunales, y después, por entre floridos viñedos. Más allá de los cipreses, Ulises se adelantó a Jasón y fue arrancando hojas a las ortigas que nacían contra la muralla, y escondiéndolas en el bolsillo de su túnica. *Argos* meneaba la cola a la puerta de la casa paterna.

—¡Salud, orejudo compañero! ¡Que nunca aprendas a sonreír!

Por la noche, cuando roncaban unísonos Jasón y el can, Ulises buscó sobre su cama la túnica, y en el bolsillo las hojas urticarias. Sin vacilar las llevó a la boca. Quería hacerle aquel favor a Jasón. Quería ser leal a la larga huida y oscuras noches aterradas de Jasón. Huir con él, desde Tebas. La lengua se le hinchaba en la boca y le ardía el paladar.

—¡No, no gritaré!

Y aguantó en silencio durante toda la noche, como si tuviera en la boca la amarga mocedad de Jasón. Cantaban gallos la amanecida cuando Ulises se durmió. «La áspera ortiga de la lengua», si es que está en Homero o en otro poeta, allí solamente será un bello hexámetro.

II

—A los que vivimos en el océano —dijo el piloto Foción— lo que más nos gusta de las navegaciones es llegar. Contemplas la ciudad al fondo de la bahía, arrías las velas y entras lentamente a remo en el puerto. Yo no soy presumido, pero nunca, aunque surgiese de entre violentos temporales, entré en puerto extraño sin haberme perfumado la barba y ceñido la cintura con bien trenzado y bien pulido cuero. Ya se ríen en Calcedonia, en los mercados, cuando me ven bajar.

»—¡Ahí está Foción de Ítaca, rico en cinturones! ¡Nobles tiras del anca del jabalí!

Ulises ayudaba a Foción a asar un rodaballo en un hoyo excavado en la arena. El laértida había traído un haz de secos sarmientos y un manojo de ajos. Foción hacía girar el pez sobre las brasas, y de vez en cuando con un hisopo embadurnaba el rodaballo con aceite. Gota que caía en las brasas ardía azul.

—La tierra, Ulises, siempre está lejos, y el mar es en demasía ancho y profundo, y las estrellas, a las que conoces y nombras y por las que sabes el Norte, se esconden tras las negras nubes, o las pierdes en la niebla. A babor y a estribor siempre hay tierra, y a proa y a popa. Sabes los títulos de todos los reinos que tienes a derecha e izquierda. No cambies de rumbo, y tu nariz tropezará con la nariz de Argantonio, rey de Tartesos. Y sin embargo, pasan meses y meses, nunca llegas a Tartesos. El lomo del mar es inquieto y los vientos no oyen la voz del hombre. Las mismas naves tienen extrañas querencias. Yo nunca pude ir a Chipre con mi nave *La Tórtola*. Ponía un hilo de diferente color cada jornada en la barra del timón. No faltaba más que una noche de mar, pero esa noche era suficiente para que yo, Foción, me perdiese en el océano de los griegos. Inquieto, no viendo Chipre en el horizonte, viraba a babor y a estribor, *La Tórtola* no obedecía, y horas después, en el tibio atardecer septembrino, me venía por popa, con el viento jonio, el aroma de azahar de Chipre. A *La Tórtola* le gustaba ir a Marsella, a Tarento, a las Pitiusas, a Tartesos. Las naves, como los corceles, tienen horas nerviosas. Yo acariciaba con mi mano el pico de *La Tórtola*, y le cantaba canciones de amor. Me colgaba del foque para besarle las plumas de la airosa cabeza. Fuimos como dos amantes durante largos años. Envejeció, y la amaba más todavía. Se rompió para morir. ¡Malhaya el lebeche que salta matinal entre Creta y las Sirtes! Cíclope de rojo ojo, golpea con los dos puños a un tiempo las frágiles naves de los helenos.

Foción se pasó la mano diestra por los ojos.

—No es por el humo, Ulises, que son lágrimas. Las lagrimas están mal y aburren en los ojos de las mujeres, pero decoran noblemente un rostro varonil. Te lo dice Foción.

Le servían de almirez y mano a Foción para machacar los ajos una concha y un guijo.

—¡Cuéntame el viaje a Tartesos, Foción! —imploró Ulises.

—El mar, azul hasta entonces, comienza a palidecer; una hora más de navegación y ya blanquea como agua en la que lavase las manos un alfarero. Es el río. Esperas, y entras en él con la punta de la marea. Un día entero río arriba. Nunca has visto tantas garzas juntas. El río describe una gran curva, y cuando sales de ella, ves un jinete que ha adentrado en el agua su caballo y que te hace una seña con una lanza embanderada. Tienes que anclar allí. Lo haces fuera de la corriente, en el pozo. Amarras a dos troncos de encina clavados en el lodo de la ribera, desembarcas y sigues al jinete. Te espera el rey, el rey Argantonio. Está sentado bajo un olivo, por todo vestido un pañuelo blanco tapándole el ombligo. El saludo de allí es aplaudir; tú aplaudes y él aplaude. Un piloto debe conocer bien los saludos de los países. En el Líbano el rey te escupe dentro de la oreja y después te la limpia. Dice que así irán más fáciles sus palabras a tu mente. En el Ponto, más allá de Troya, te cortan el cabello al rape, a la moda de ellos, para decirte que no te tienen por forastero. Lo que más le gusta a Argantonio es que le digan que es gran amigo de los griegos. Aplaudes, pide un mimbre, y golpea con él en las nalgas a su hijo menor porque no adelanta bastante en nuestras letras. Todo su pueblo está sentado en semicírculo, en la hierba, aplaudiendo. En un plato de oro te traen aceitunas aliñadas con romero. No puedes escupir el hueso, has de tragarlo. Pliomes de Atenas murió de eso. La recepción dura varias horas. Cuando Argantonio se levanta, tú te arrodillas y le haces un regalo. Argantonio aplaude una vez más, y ya eres libre de ir y venir, comprar y vender en Tartesos.

Foción hacía con su cuchillo finos cortes en el rodaballo, y con el mismo filo introducía en ellos los ajos machacados.

—¿Tienes catorce, quince años, Ulises? Te se puede hablar. Eres libre de ir por las calles de la ciudad de los tartesios. Las casas son de ladrillo rojo, encalado, y las cubren con cañas. Los hombres están en las riñas de gallos y las doncellas aprendiendo el bordado, en la plaza, en grandes corros. Están solas las casadas en las casas. Oyes llamar «¡Chiss, chiss!», y un suave batir de palmas. Los ojos negros brillan en la penumbra. Entras y cierras la puerta. Todas se quitan las flores del pelo antes de tumbarse. Te dan aceitunas y te dejan escupir el hueso en sus manos. Salen contigo a la puerta de la casa y te echan agua por los pies. Llega el marido y no aplaude. Te hace una seña y tienes que seguirlo. Te lleva al mercado y allí compra un saco de sal. Te hace cargar con él. Ni te ayuda a echárselo a espaldas. Cargas con el saco de sal y se lo llevas a su casa. Va detrás de ti. Tú sacas fuerza de flaqueza y apuras el paso. Te detienes para que el marido te alcance, y le hablas y sonrías. Ves cómo se va confiando. Llegas a su casa y te ayuda a posar el saco. Aplaudes y tú

aplaudes. Escoge un mimbre y te lo ofrece. Escoge otro para sí, y los dos a un tiempo le pegáis a la mujer en las costillas. Lo vienen a llamar unos vecinos para otra riña de gallos, y se olvida de todo y se va, y te deja solo con la mujer... Son otras vidas. El rey es rico en toros y en oro. Le gusta estar siempre tocando oro. Si sale de paseo, ponen cestos a la vera del camino llenos de oro, y el rey, al pasar, distraídamente, lo acaricia... El mejor mes para ir a Tartesos es agosto, y te da tiempo a regresar cuando ya de los abedules del Panerón caen las hojas secas, tan doradas como el oro de Argantonio. Según te vas acercando a Ítaca, parece que la madera de tu nave recuerda cuando era parte del bosque, y se desnudaba de hojas en otoño. Desea tocar la tierra nativa, y descansar. Tú también. Hay vino nuevo, y las mujeres ponen el oído atento a las canciones que traes de tan lejos.

Partió Foción el rodaballo, y en una rebanada de pan ofreció un trozo a Ulises.

—Tienes que aprender a reconocer las hojas secas, caídas en los caminos. Y come el rodaballo mientras está caliente. Lo hemos asado a la manera de los feacios. Si alguna vez naufragas y no sabes dónde estás, por el pescado asado de esta forma sabrás que estás entre feacios. Es la única costa griega en la que a los náufragos les llaman amigos, y no suplicantes. Tienen pintado en el techo de su leque el cielo, con todas las estrellas. Te preguntan cuáles ves desde la puerta de tu casa en el solsticio de invierno, y así saben de dónde vienes.

—Desde mi ventana, Foción, yo veo en el solsticio de invierno uno de los ojos de Orión, y a Aldebarán en el lomo del Toro. Mi madre me dice que mirar muchas horas a Aldebarán me hará violento.

—Los feacios, Ulises, tienen vasos con dos asas, y las mujeres los imitan, apoyando el dorso de sus manos en la cintura.

—¿Son morenas?

—Son doradas.

—¿Qué es más hermosa cosa, Foción, una nave o una mujer?

El piloto vertió en la arena el vaso de vino.

—La tierra es hermosa y el mar también lo es. Ser libre de ir y venir es grande cosa. ¿Qué es la más marinera de las naves sin un piloto? No hay respuesta a tu pregunta, joven Ulises. Acaso, al final de los días...

—¿De qué se hace la nave más ligera para ir a los feacios?

—De palabras, Ulises. Te sientas, apoyas el codo en la rodilla y el mentón en la palma de la mano, sueñas, y comienzas a hablar: «Navegaba, alegremente empujada mi nave por Bóreas vivificador en demanda de la isla de los feacios felices, vestidos de púrpura desde que amanece hasta que anochece»... Pero para regresar, Ulises, la nave de las palabras no sirve. Hay que arrastrar la carne por el agua y la arena.

III

El joven Ulises pidió permiso a su madre para ir a la fiesta de las espigas. El padre estaba carboneando en el Panerón, y bajaría por la otra cara del monte, a vender el carbón a los cefalonios. Euriclea buscó en un arca una blusa roja que había sido de Laertes mozo, e hizo que Ulises la vistiera.

—Tu padre hacía dos nudos a la derecha, con la falda, y nunca olvidaba llevar ahí naranjas y manzanas.

Las manos de Euriclea pasearon el rostro de Ulises como una enamorada pareja de palomas torcaces un bosque de cipreses. Acarició los oscuros rizos que orlaban la redonda frente, y al pie de ella alisó las bien pobladas cejas. Le hubiera gustado acariciarle las niñas de los ojos, y sumergir sus manos en el mar verdoso del iris, pero Ulises cerró los párpados bajo las yemas de los dedos maternos. La nariz recta de Ulises era insólita entre los ítacos de nariz curva. Ulises no perfumaba el incipiente bigote todavía, ni la barba, que le brotaba en remolinos. Las lentas manos de Euriclea taparon por un instante la boca de largos y finos labios, la puerta de aquella voz rica y flexible, poblada de alas matinales y asombradas, antes de posarse en los amplios hombros del hijo.

—¡Santa Señora, Santa que bajo la tierra mueves tus alas de oro!... Yo también iba a la fiesta de las espigas, y cantaba.

Ulises colgó del cinturón un pequeño puñal de mango de plata y se asomó a la ventana a contemplar la mañana, no bien nacida ya embriagada de sol. Desde la ventana de su habitación, Laertes y Euriclea solamente veían tierra: viñedos y olivares, los bosquecillos de mirtos, los pinares, la corona altiva del Panerón, pero desde la ventana de Ulises se veía el mar, y una vela preñada de viento en el horizonte. Soplaban terral, que levantaba en las dunas ligeros torbellinos de arena.

Alpestor acompañaba a Ulises a la fiesta. Se apoyaba en nudoso cayado de pastor, y llevaba en bandolera repleto zurrón.

—El vino se lo compraremos a Poliades. Siempre lleva al campo de la fiesta dos o tres pellejos. Si luchas, Ulises, que sea antes de comer. Descálzate, y con los pies desnudos pisas una mata de manzanilla. Es como aceitarlos.

—He recibido los más sabios consejos, Alpestor. No he de luchar en la parte baja del campo porque el húmedo terreno cede bajo los talones, y no puedes girar fácilmente, ni he de luchar en la parte alta, porque se resbala en la pinaza del pinar vecino. Si mi contrincante es grueso, no he de buscar su cintura, y si es delgado evitaré presas que obliguen a pasar mis brazos bajo los suyos. No me han de distraer los gritos de las muchachas ni las voces de los hombres apostando, y no he de mirar a

mi enemigo a los ojos, que me engañará.

—Así es, joven amo. Esos son los elementos. Y la cabeza siempre levantada. Cuando Belías vino de Asia sin el ojo izquierdo, contaba en la plaza que lo perdiera luchando. Al soltarse de una presa, vio tambalearse al contrario, y cabeza baja lo embistió al estómago. Pero el otro, ágil medo, lo esquivó con la mano derecha en la nuca. El ojo de Belías saltó en el mármol del gimnasio, rodó como una cuenta de vidrio.

—¿Y no fue así?

—Aprende la lección, pero no fue así. Le picó un tábano mientras dormía.

Adelantaban a grupos más madrugadores de celebrantes, vestidos con los trajes de fiesta.

—Hay tres naciones en Ítaca —consideró Alpestor—. Hay los morenos montañeses, de escasas carnes y rápidas piernas; los marineros de rubia cabellera, soleada piel y fértil lengua, y los campesinos de los llanos, gordos, taciturnos y prolíficos.

Cuando entraron en el campo, por entre las dos jónicas columnas abrazadas por la hiedra cuajada de azules flores, un grupo de muchachas les golpeó la cabeza con manojos de espigas verdes y tirsos adornados con blancos vellones de lana... Escaparon después, asustadas de las manos de Alpestor y sus ijujús, riendo.

—Los taciturnos labriegos, Alpestor, tienen hijas alegres. ¿Y quieres decirme por qué cuelga hoy de tu oreja izquierda un aro de plata?

Alpestor sonreía con su boca desdentada, que le hacía silbar las eses. Hizo girar entre las palmas de sus manos su barba de chivo, y colgando el zurrón de una herradura colgada en el muro, llamó a grandes voces por sus nombres a unos romeros que se dirigían al altar.

El altar estaba en un extremo del campo, y los campesinos se acercaban a él tras haber pagado al flautista. La Virgen con el Niño, labrados en oscura piedra y pintados con colores vivos e ingenuos, desaparecían bajo ramos de flores y haces de espigas. Los labriegos caminaban lentamente, con el ritmo procesional de la tonada de flauta, y posaban en el ara pequeños manojos de espigas de la cosecha anterior, atados con cintas encarnadas y verdes. Musitaban rezos de la piedad antigua y cereal, extrañamente cristianizados, de los que cada palabra era una llamada a una divinidad eterna y siempre fecunda.

—Cuando lo obligaste a que se arrodillara, creí que el montañés iba a girar sobre la punta de sus seguros pies, y a golpearte en la cara con las rodillas. Es el golpe troyano contra la presa aquea, el golpe del pesado buey contra el ligero potro. ¡Que nunca te se olvide! Pero díselo a tu amigo Poliades: has meado por mis muslos más de una vez, y el mandilón en que lo hiciste por vez primera, lo colgué en el armario y no permití que lo lavaran las criadas. Lo conservo como recuerdo. Dímelo, Ulises,

¿por quién luchaste? ¿A quién tiraste la manzana?

—Nadie la cogió; quedó en la hierba y todavía estará allí. La encontrarán dulce los afilados dientecillos de los nocturnos topos.

—¡Hablas casi en verso, Ulises! —dijo emocionado Alpestor.

—Espera a que se retiren todos, y entonces ella quizás ose venir a recogerla —advirtió Poliades.

—Si fue una de las pupilas de la Siciliana —comentó Alpestor—, no se atrevería a ponerle el pie encima delante de tanta gente. Son muy recatadas. Allí todo es por usted, y qué tal la familia, y nada de borrachera, ni de magrear delante de los otros clientes. Son muy miradas, especialmente la rubia.

—¿Hay una rubia, Alpestor? —preguntó Ulises, habiendo bebido lentamente del porrón.

Alpestor se llevó la mano a la oreja izquierda. El agujereado lóbulo aparecía desnudo.

—Le fui a ofrecer mi aro de plata entre los pinos. No quería, porque la fiesta es santa, pero al fin lo aceptó. Tendré que comprar otro en las ferias de otoño. Una oveja da para un aro de plata, y un aro de plata para una hora larga con una mujer, en la hierba florida. La vida no es tan mala en Ítaca para los criados de casa de Laertes.

—Esa rubia de que hablas, ¿pasó a mi lado con trigo en el cuenco de las manos?

Alpestor miraba a su amo a los ojos. Estaban sentados en la hierba, cabe el carro de Poliades. Los romeros habían vaciado los pellejos de vino y las cuatro tinas de sangría. El campo estaba ya casi vacío, y las mujeres arrastraban a los maridos borrachos. Se oían canciones por todos los caminos. La noche subía lentamente desde el mar, y aunque era oscuro allá abajo, en la ribera todavía había una cinta de dorada luz en el pico del Panerón. Alpestor reunió lentamente, arrancándolas con cuidado, un puñado de vincas azuladas y las echó al viento.

—¡Amo, perdóname! ¡Y que esto no te haga asquear a las mujeres! Ella, ¿qué sabía de ti? Ahora ya no olerá a Alpestor. Se habrá bañado con agua de hierbas al llegar a casa. En la Siciliana hay cuatro baños para las pupilas.

Ulises apoyaba el codo diestro en la desnuda rodilla, y en el puño cerrado el mentón. Era un gesto muy suyo. Pasarían muchos, muchos años, hablarían de él muchos, muchos poetas, y cientos de veces estaría así Ulises en los versos, recogiendo el manto sobre los muslos, y descansando la rizada barba en el poderoso puño.

—Felizmente, sí señor, felizmente. Yo me casé con una viuda. El difunto fuera herrador, y ella no olía más que a membrillo. A veces yo me acercaba, cabreado con el finado, escupiendo su sombra, pero tropezaban mis narices con aquel dulce aroma a membrillo maduro y me echaba a reír. ¡Que san Cornelio latino nos proteja!

El mozo Ulises tenía lágrimas en los ojos cuando se puso en pie. Se sentía dueño

de una gran soledad. Metía las manos en su propio corazón y las sacaba vacías.

—¡Mujer lavada, mujer estrenada! —comentaba Alpestor, experimentado.

Ulises echó a andar solo, salió del camino y atravesó el pinar, atajando. Vio la sombra del zorro saltando una paredilla divisoria, en una veranía.

—Conocerás si es el zorro el que salta en la noche, le había enseñado su padre, en que salta de lado; el can y el lobo, esos saltan de frente.

Pasó junto a la era del molino. En medio de un corro de segadores tocaba el flautista, y el niño ciego, sentado a sus pies en un fardo de lana, recitaba una historia. La voz infantil obligaba a la flauta, y le imponía su peso, y si de pronto suspendía el recitado quedaban en el aire cuatro o cinco notas melancólicas, canto de un ave de oscuro plumaje en una playa remota.

*Los héroes pusieron la noche en sus rodillas
como un tapiz hermosamente bordado con perlas.
Los vientos se disputaban las frentes pensativas
y cada uno decoraba su boca con nombres diferentes.*

Ulises posó todo su cuerpo contra el viento sur, que olía a heno recién segado. La frente le ardía de fuera a dentro, y las palabras del pequeño rapsoda eran brasas en sus oídos.

*Los héroes soñaron ver a sus esposas dormir solas
en amplios lechos, cuyos perfumes traían los vientos,
rápidos visitantes de las suaves cabelleras...*

La flauta se quejó larga y amargamente, acaso pretendiendo llevar ella a las añoradas esposas la voz de los héroes perdidos en el lejano mar hiperbóreo.

El leal Amadís descubrió su soledad...

Ulises abrazaba almohadas de lino en el viento que crecía en furia con la noche, y las primeras gotas de lluvia las mojaban, mezclándose con las amargas lágrimas. Desde el mar venía, como una burla fáunica, la bocina de las caracolas dando órdenes en el cerco de los atuneros, y el sonar del cuerno de las lanchas que regresaban, repletas de peces.

IV

Poliades dejaba a su criado Mirto, un etíope siempre sonriente, al cuidado de la taberna, y salía a pasear con Ulises por los alrededores de Ítaca, por la ribera y por las estrechas y pinas calles de la polis antigua. Poliades se había concedido a sí mismo el título de preceptor del mozo. El joven laértida seguía inclinando la cabeza hacia delante, afectando melancolía, y era dueño de graves silencios.

—¡Ulises, olvidada vaya la rubia! Todos comenzamos con días amargos. Permíteme que te titule de príncipe en esta lección. ¡Conserva el virgo, príncipe Ulises, hasta que pises extranjera tierra! ¡Alegra con la expectativa de mujer de otra lengua el corazón!

El calvo Poliades medía el patio de armas de la ciudadela, desde la aspillera hasta el poste, forzando la pisada.

—¡Cuarenta y dos pasos! ¡La distancia propiamente militar! El que a esta distancia falla el blanco del tamaño de una cabeza humana, ese no sirve para arquero del Basileo de Bizancio.

Poliades imitaba el gesto del arquero, y silbaba fingiendo la flecha que partía hacia el blanco.

—¡Todo brazos, no abrir el codo hacia afuera! Yo he visto tender al egineta Coblianto. Era un gigante. Cuentan los de Egina que su madre tardó doce días en parirlo. Cada día nacía un poco de Coblianto. Cuando sacó los pies fuera del vientre materno, ya hablaba. Salió armado de arco y de flecha, y las manos enarenadas. Pasaba por allí un legado del papa de Roma, y quería llevarlo de suizo, con cinco pagas dobles adelantadas. Pero Coblianto había nacido iconoclasta.

Era ahora Ulises quien desde la aspillera, con su bastoncillo de junco, hacía el gesto del arquero. Silbó; mantuvo el silbo todo lo que permitieron sus pulmones.

—¡Esa flecha, Ulises, llegó al mar! No dudo que haya encontrado en su camino el sucio cuello de un pirata tuerto. ¡Que Poseidón juegue con sus naves a la pelota!

—¿Has visto alguna vez a Poseidón, Poliades?

El tabernero se descubrió lentamente. Entre el sombrero de paja y la grasienta calva traía un pañuelo de hierbas.

—No, pero he oído relinchar sus caballos.

—Poliades, ¿qué es lo que es mentira?

Poliades hacía girar el sombrero entre sus manos.

—Quizá todo lo que no se sueña, príncipe.

Bajaban por el callejón de la brecha. Poliades le iba diciendo a Ulises los nombres de los habitantes de aquellas pequeñas casas blancas, colgadas en lo alto del

acantilado.

—Ahí vive Cleón, el dueño de los molinos de viento cuyas aspas oyes en el patio de tu casa si sopla tramontana. El hijo navega con Foción. El próximo invierno, hazte amigo de él. Te enseñará a jugar a los bolos a la manera de los celtas. Aprende todas las canciones de los países que visita... Ésta es la casa de Admeto, el jorobado. Viniendo de Creta, de comprar corcho, la nave en que viajaba se detuvo a hacer aguada en una isla desconocida. Admeto subió desde la playa a cazar pájaros al bosque de tamarindos que se veía desde la nave. Admeto, desde mocito, siempre andaba con red, liga y caña para disparar duras balas de estopa. Su ilusión era cazar vivo el colibrí púrpura comiendo semilla de laurel. Se lo había prometido a una muchacha de Zante, que no se había reído de su joroba. Ya va viejo, y todavía anda preocupado con ello. Cree que en Zante está esperando la muchacha el obsequio. Será una vieja arrugada...

—No en sus sueños, Poliades.

—Sí, no en los sueños de Admeto. El jorobado subió hasta el bosque y vio a un cíclope que dormía con el ojo abierto. A una vara de la cabeza intonsa del cíclope, estaba el colibrí púrpura cantando alegre. Admeto huyó, y presurosa la nave abandonó la incógnita bahía antes de que despertara el cíclope. Admeto lloró aquella ocasión fallida, y el no haber osado despertar al cíclope para preguntarle si su nación vivía en aristocracia o en democracia. Los sastres siempre fueron políticos en Ítaca... Aquí vivió Viola...



La ventana izquierda colgaba sus hojas rotas y sin cristales de oxidadas visagras, y libres de falleba se batían al humor del viento, pero la ventana derecha tenía los cristales intactos y estaba recién pintada de vivo color verde.

—Foción la arregla siempre a su costa. Ulises posó su mano derecha en un cristal.

—¿Aquí?

—Sí, ahí mismo se veía la cara de Viola. Donde está tu dedo meñique partían las curvas cejas y lucían los negros ojos, y donde termina tu pulgar, ahí estaba la roja boca.

Poliades pasaba ante media docena de casas arruinadas, construidas al abrigo de la muralla de la ciudadela.

—¿Quién vive ahí?

—Nadie. Ya hace muchos años que no vive nadie.

—No, Poliades; ahí vive gente. Yo la conozco. Soy discípulo tuyo. Te digo ahora mismo, si quieres, su nombre y condición. Te señalo con mi mano esta casa que tiene en las jambas de su puerta labradas lechuzas de dos cabezas. Aquí vive Hierón, arquero tan noble como Coblianto. Nació con la mano izquierda de bronce. Todas las mañanas, cuando canta el gallo, baja a enseñarme a tender el arco. Tu lección llega tarde, Poliades. La agradezco lo mismo, pero llega tarde. Permíteme que me alabe de mis maestros invisibles. Aunque mi madre no esté en la ventana. Hierón hace respetuosa inclinación de cabeza. Me dice que hoy toca tirar como los dorios, y me vierte miera de los pinos en la mano derecha. Toca tirar como los galaicos, y me calza guantelete de lana con placas de hierro con la mano izquierda. Medimos el viento que hiere la flecha por dáctilos y espondeos. Portándole los arcos y la aljaba, viene con él una hija que tiene, quizás un año o dos más joven que yo. Todavía no le ciñeron los pechos.

—¿Cómo se llama? El embustero tiene que tener halcones en la lengua.

—Se llama Leo.

—Has tenido mucho tiempo para pensarlo.

—Leo se descalza y pone su pie debajo de la punta de mi pie izquierdo, para enseñarme cuánto he de levantarla al disparar al modo medo. Mi talón se apoya en la losa fría, y mis dedos abiertos se agarran a su pie tibio. ¡Hermosísima caricia, Poliades! Disparo: catorce, quince, dieciséis versos, y al final del viaje de la flecha, al final del canto, la herrada punta encuentra la diana. La palabra reveladora toma por alas las plumas coloradas del timón.

Poliades abría los brazos, admirado.

—¡Que san Ulises bendiga tu boca con el rocío matinal!

—Y en esa otra casa, Poliades, vive Leda, madre de Helena. Abres la puerta y el aire que desplaza la madera de roble al girar sobre los goznes de hierro, aún mueve, en el oscuro portal, plumas perdidas del cisne. Los caballos solares piafan en el patio

trasero. Luminosas herraduras de oro cuelgan de la pared, y Leda les da brillo con una franela roja. Yo me acerco a la puerta de la cámara en la que Helena se pinta de violeta las ojeras y de púrpura los tobillos, y se perfuma el vientre con estragón. No me atrevo a entrar, porque las palabras caen desde mi garganta al abismo de mi temor, como viajeras golondrinas a las que abate la tempestad. Veo solamente una delicada mano rosada, de largas y pulidas uñas adornada, tomar el pincel y frotar en las pastillas de pintura. Aprendí una vez, Poliades, lo que es tener ortigas en la boca. Me retiro en silencio, y al pasar junto a Leda esta me advierte que si he de montar los nerviosos corceles, no lo haga hasta que mis rodillas sean capaces de distinguir en las tinieblas si rozan vellón de lana o rama de lino. Leda siempre está ahí, distraída, soñando, con lirios en el regazo.

—¡Pruébalo, Ulises! ¡Muéstramela, con permiso del celoso Zeus!

Ulises se acercó sin vacilar a la casa, y con ágil pie empujó la desvencijada puerta. La hoja mayor se libró de goznes con el fuerte impulso, y cayó en el portal estruendosamente, levantando una nube de polvo. Voló asustada una lechuza, ciega a la dorada luz del sol poniente. Ulises logró alcanzarla y se la ofreció a Poliades.

—¡Oh, Leda, jacinto del atardecer, que guardas debajo de tu lengua la frambuesa del bosque!

—¡Es de mal agüero, Ulises! ¡Devuelve la lechuza a su noche!

Ulises reía. Soltó la lechuza en el portal oscuro, y tomó del brazo a Poliades. Reía el mozo por primera vez desde la fiesta de las espigas. Tenía la risa contagiosa y verde.

—He viajado mucho todas estas noches, maestro. Anochecía en Ítaca, pero en mi lecho salía el sol, y levaban anclas mis naves, doce y más, y cada una su destino. Oía aplaudir a Argantonio remontando el río lechoso de Tartesos, y mucho más allá de donde se amaron Hero y Leandro, vi a Héctor domando en el trebolar florido el violento potro negro. Mi mano comunicaba mi esperanza a la caña del timón. ¡A cuántos días estábamos de Ítaca! Pasaba nocturna la nave en que viajaba Amadís. Desde proa veía en el horizonte colinas coronadas de álamos negros. ¿Es el mismo sol, es la misma luna, son las mismas estrellas que contemplan nuestros padres, nuestras esposas, nuestros hijos, nuestros criados? El viento de popa que derramaba sus rizadas barbas por el amplio y bien cosido velamen, silbaba en mis orejas canciones coronadas de espumas, como las ondas marinas. Yo ignoro si los cíclopes viven en democracia o en aristocracia; ya lo averiguaré algún día; pero los vientos, en el mar, viven en perpetua e irreprochable tiranía.

—¡Pronto maduraste, zagal! ¡Como el albérchigo en tierra solana!

—¿Soy un hombre, Poliades?

El tabernero se desasíó del brazo del laértida, y dejó caer al suelo su manto y su sombrero. Se acercó a la fuente que allí mismo vertía abundante por dos caños

gemelos, y sumergió sus brazos hasta el codo en el pilón. Se enjuagó por dos veces la boca, y derramó agua ritualmente por la colorada calva.

—¡Señor mío! Voces fieles habrá siempre, siglo tras siglo, junto al vaso que conserve tus cenizas ociosas. Bocas humanas dirán de ti, como saboreando fuego del propio corazón: «Cuando el héroe Ulises, sabio ya en la temprana edad, inició alegre largas navegaciones...».

V

Bleontes acuñaba cuidadosamente el pandero triangular, apretándolo entre las rodillas. Cuña puesta, levantaba la cabeza y le sonreía a Ulises. Tenía los ojos negros y la barba canosa se le apelotonaba a ambos lados del mentón, en el que lucía gracioso hoyuelo; de mediana estatura, su amplio torso surgía peludo y moreno de la abierta blusa de blanca estopa.

Un pandero perfecto ha de estar compuesto de catorce piezas, entre piel, laterales, codos y cuñas. La mejor piel es la de oveja madre, curtida en leche de higos verdes.

Tenía el obrador en la misma ribera, junto al regato del delfín Hablador; represaba el riachuelo con cañas, y en el pozo ponía a remojo pieles y maderos. Protegido por la casa de los vientos marinos, en el patio trasero crecía un naranjo, y la mujer cuidaba unas matas de albahaca y menta, y unos surcos de cebollín.

—Yo soy natural de Zante, y me vine de allí cuando la Gran Discordia. Tenían al tirano en una jaula; estaba con la ropa de dormir, que lo prendieran en la cama. Fue cuando se supo que no tenía la cabellera de león, sino que gastaba peluca. Le hacían las pelucas en Chipre, y se las traían secretamente. Los más valientes de los revoltosos se paseaban con las pelucas del tirano por el ágora, y la tropa de desterrados se jugaba a la taba las mujeres de la morada real, todas gordas y con pañuelos sujetos al pelo con grandes alfileres de oro y plata. Los más pobres de la nación comían tajadas de cebón a cada hora, y en la bolsa que les colgaba del cinturón escribían con tiza el montante de su capital.

Bleontes puso la última cuña, la llamada albítara, que es a modo de clavija en un vértice, y la forzó un grado. Pulsó con la parte inferior de la palma, y tamborileó con la punta de los dedos.

—¿Te das cuenta de que tiene la voz humana y amistosa? Pones la tuya sobre el son de este pandero como en un cojín de lana recién acabada de espabilar. Un buen pandero es la posada de la voz, no su agujón.

Templó un hilo de grado, tarareó alegre melopea acompañándose de un suave repique de yemas. Bleontes tenía agradable voz, y el acento de Zante es claro y agudo.

—Fueron unos días memorables. Se instauró la democracia. Los oradores afirmaron que el pueblo iba a gobernar por turno, y que los ricos no tendrían privilegios. Los ministros del tirano fueron degollados.

—¿Y el tirano?

—En la jaula, atado. No podía ni sacudirse las moscas. Digan lo que quieran de él, era un hombre limpio. ¡Sí señor! Aguantaba en la jaula sin hacer aguas mayores.

Muchos estaban esperando esto, y colgaban de noche faroles en el fondo de la jaula, para que no se les escapase el desahogo, si lo había. Pero nada. Durante siete días, nada. Ni un aire. Una mañana apareció muerto. Un amigo le había puesto una flecha corta en el corazón.

—Me gustaría haber sido ese amigo.

Ulises tenía prontos entusiasmados y heroicos. Tomó de las manos de Bleontes el pandero y pulsó un acompañamiento solemne y hexamétrico. Se subió a un montón de tablones de rojo abedul, y los rizos de su frente se mezclaron con las hojas verdes y las naranjas doradas.

*Ulises, alegre compañero suyo en la caza,
fácil en el arco de cuerno, vio a la vez volar
el alba de plácidas alas, la flecha súbita y el alma
inmortal y sombría de su amigo, el tirano de Zante.*

Se volvió hacia Bleontes.

—¿Cómo se llamaba?

—Alejandro. Dicen algunos que su tiranía salió de su grande nombre. Hay que tener cuidado en los bautizos.

Bleontes ofrecía vino a Ulises, y echaba en cada vaso una aterciopelada hoja de menta piperita. El vino era grueso y colorado.

—¡Sangre de puerco! —dijo Ulises.

—Es el vino que os gusta a los carboneros. En Zante tenemos blancos finos; a mí me gusta sorber en la jarra que se acaba de llenar el collar de perlas de la espuma. ¡Se me acuerda mucho el vino de Zante! Las posadas tienen patios frescos, y el glicinio de racimos azules es su toldo. Una vez pasó un extranjero, y me senté con él en una posada. Se quitó el sombrero y dijo:

—¡Parece Francia!

En Zante van las muchachas a las tabernas. ¡Ay, los lindos cuellos! Los ciñes del todo con una mano. Gordas, sí, sin duda, pero cuellos no hay otros más finos. Duermen con emplastos de anís alrededor de él para que no engrase. ¡Oh, no me preguntes si mi esposa es de Zante y tiene el cuello fino! Escapaba en la misma nave que yo; me mandaron a la bodega con mi manta; me hizo sitio a su lado. Olía a pescado podrido, a letrina, a macho cabrío, y yo vomitaba. Ella me limpiaba, dejaba descansar mi cabeza en su regazo, me despiojaba, me remendó el sombrero, canturreaba canciones de mi país, y yo me dormía, como en una cuna. Cuando llegamos a Ítaca nos despedimos, pero volví a buscarla. No dormía si ella no me acunaba. No te rías, Ulises, de Bleontes, constructor de panderos.

Ulises no se reía. Masticaba lentamente la hoja de menta, y buscaba en el pandero

recién terminado los matices, jugando dedos y palma sobre la tersa y dorada piel.

—Tuve que huir —continuaba Bleontes—, porque mi padre era sicofante. Ganaba la vida denunciando al tirano los sueños de los aristócratas. El tirano tenía sofistas que averiguaban lo que escondían los sueños. Los ricos, con el miedo, soñaban en voz alta. Soñar con fuego era tener intención de quemar el palacio, y soñar que uno era dueño de un águila, significaba apetito de sustituir al gran señor en la tiranía. Caían hermosas cabezas. El tirano se asomaba con su cabellera de león y escupía a la plaza.

—¿Y soñar con naves?

—Quería decir que venían socorros extranjeros. Caía tu cabeza en unas arpilleras sucias, y allá arriba, por una centinela abierta en el labrado alero, asomaba la cabeza de león del tirano, la gran pelambre rizada. Tenía el salivazo gordo. Sonaba ¡plaf! en el mármol.

—Yo sueño con el mar y las naves, Bleontes de Zante, y si mi cabeza es cortada por el tirano y cae en las sucias arpilleras, quiero que tú la lleves al mar. Coge sin miedo por los rizados cabellos. Subes a una barca y te alejas como media hora de la orilla, y allí la dejas caer, en las aguas inquietas. Pero antes de soltarla de tu áspera mano, sumérgela dos o tres veces y contéplala limpia de sangre, hilos de agua corriéndole por las mejillas y goteando por el mentón.

—Vendrá con la marea a tierra, salvo que la pesque una banda de salmonetes.

—El que retorna muerto a tierra en el lomo de las olas, ese es sagrado. Permíteme que vierta vino por su alma en esta fina arena.

Y el laértida dejó caer un chorro de aquel vino gordo y colorado en el suelo de arena, medio cubierto de corteza de abedul y colorada viruta. A Ulises le gustaban aquellos extremos imaginativos, y pasaba en un santiamén de la amistad secreta con el tirano, que le permitía figurarse a sí mismo saliendo de la noche al alba dueño de rápida flecha en el ágora dos veces porticada de Zante, al amor por la rebeldía y a poderosa capitanía en el mar, viniendo en ligeras naves como señor de bárbaros mercenarios, cuyas negras banderas decoradas con hipogrifos y serpientes de vibrante lengua convocaban a los ávidos buitres en las playas.

Y si entonces, diciendo o soñando, enamorado de la hermosa mentira, llevaba a la cabeza la mano diestra, era seguro que imaginaba despojarse en aquel instante del casco de triple cresta para que el noble rostro pudiera ser contemplado a sabor por una hilandera de rubio pelo, la cual, asustada, apretaba contra su pecho incipiente rueca y huso, disponiéndose a huir por entre las almenas, dientes militares mordiendo el sol del mediodía. Ahora, derramado el vino, Ulises inclinó la cabeza emocionado, grave y ritual.

—¡Hermosa cabeza de príncipe, en la florida edad segada!

Ulises acompañó a Bleontes al puerto. Este iba a entregarle el pandero a un ciego

que tenía posada con los atuneros, en el arrabal que llaman de las Redes. Se ponía el sol de abril en un cielo cerúleo y limpio. El mar llegaba una y otra vez, perezosamente, con sus belfos a la tierra ítica. Las redondas cumbres oscuras de las islas vecinas se veían en el cristalino horizonte, y aquí y allá, en demanda de ellas y de la noche en seguro, velas helénicas abiertas al plácido sudeste. Poliades lo esperaba junto a la columna de la linterna antigua, un grave torso dórico manchado de saín y roído por el salitre.

—¡Ulises, tañedor de pandero! ¡Dispersarás los rebaños en el Panerón!

Ulises levantó por encima de la cabeza el pandero, y adelantando ceremonialmente la pierna derecha, se inclinó ante el tabernero Poliades.

—Otro cante, Poliades amigo, y sea yo solamente atento auditor, o si san Ulises es favorable compañero, sujeto del canto, y mi aventura el argumento.

—¡Mucho esperas de la vida, Ulises!

—¿Acaso es tan viejo el mundo? Llevamos este pandero a un cantor ciego. Antaño fue rey en Tebas. Por lo menos, allá reinó su nombre. En la mañana del día fatal todavía tenía los verdes de las colinas nativas posados en los claros ojos, pero al atardecer ya se habían aposentado en las vacías cuencas poderosas nubes rojas.

Dijo Ulises, y señaló con el pandero antiguo hacia Poniente, y en aquel mismo instante surgieron del mar amplias nubes encendidas, y quietas permanecieron sobre el abismo por donde el sol, con sus soberbios rayos, había rodado.

—Se llamaba Edipo —dijo Ulises, y golpeó por tres veces el pandero.

Poliades palmeaba en el basto granito de la columna.

—¡Ulises, te obedecen los meteoros! ¡Como en el teatro!

El ciego estaba sentado en una nasa de mimbre, y cuando Bleontes le entregó el pandero, sus largos y pilosos dedos lo acariciaron suavemente. Lo olió primero, y después pasó la lengua por la piel y por la madera.

—Cabra y abedul —dijo.

Probó variados ritmos, levantándolo hasta las orejas y haciéndolo vibrar ante la abierta boca. Después tocó ágil con palma, codo y rodilla.

—Hay que alegrarle el cuerpo al pandero —dijo.

—¿Fuiste rey en Tebas? —le preguntaba Ulises, arrodillándose ante él y cruzando los brazos sobre el pecho.

—Por el tono de tu voz conozco que no te burlas. Las murallas de Tebas son muy altas cuando estás al pie de ellas. Parece que si subieras a las almenas, podrías desde allí agujerear con tu lanza el vientre gris de las nubes de otoño, rápidas como halcones peregrinos. Pero haces dos horas de camino, y las murallas de Tebas, a lo lejos, son como una estrecha cinta blanca ciñendo un alcor que cavaron las aguas torrenciales. Ciego yo, Tebas se sumerge en la noche oscura. Es igual que estemos cerca que lejos. Y poco a poco te vas olvidando de Tebas y de sus siete puertas, y las

murallas se desmoronan a la vez en tu memoria y en la tierra oscura y zarzaleja. Si a destruir todo esto se llama ser rey, yo lo soy de Tebas. Olvidándola voy, y derruyéndola. ¿Quién sería tan verdaderamente sensato que matase a su padre y se casase con su madre? ¿Quién sería tan sabio que discurriese esconderse ahí?

Ulises tocó respetuosamente las rodillas del anciano.

—¿Quieres regalarnos el oído, noble cantor?

Los rodeaban los atuneros, medio desnudos, calzones y blusas con manchas de sangre, y en las piernas y en los peludos brazos llevaban pegadas escamas de peces, que brillaban en la piel tostada. Una mujer se balanceaba en la puerta, con una bacía llena de cabezas de atún apoyada en el vientre enorme. La criada del ciego, una adolescente escuálida y morena, de pechos escurridos, picada de viruela, sin dejar de mirar a Ulises le sacaba brillo con su falda al platillo de cobre de las limosnas. A la luz de la lámpara de aceite, sus asombrados ojos eran dos almendras de oro. Se levantó Edipo de su trono de nasas langosteras, y reclamó vino. Ulises tuvo el pandero mientras el ciego bebía, sabrosa y pausadamente.

—Canta un viaje —sugirió Poliades—. Ya salen vespertinas las Pléyades.

El viejo comenzó a cantar. Tenía una voz que se extendía tranquila ante el auditorio. Como el mar. Oírle decir las palabras que contaban de la nave que se apresta a zarpar para larga navegación, era contemplar la propia nave balanceándose en la bahía. Se mecían los cuerpos como si estuviesen a bordo, y cuando la nave abandonó el refugio del puerto y cazaron vientos las velas en la mar mayor, todos sintieron el fresco aliento del noroeste en el rostro. Las islas, como pechos de mujeres dormidas, ofrecían delicias a la proa. ¡Nunca habían hecho los hombres navegaciones más hermosas! Aparecieron en un verso las golondrinas que regresaban al nido veraniego, y el verso se curvó como un ala. Dijo el cantor de una ciudad, y todos sintieron tierra bajo sus pies, vieron lámparas encendidas dentro de las casas, y escucharon voces de gracioso y extraño acento. Dioses sonreían, y dejaban caer sobre los nautas oro y sueño. Al más terrible de los alados demonios del mar, el piloto ofrecía, reverente, la barra del timón.

Cuando el cantor, tras breve pausa, quiso continuar el relato, no le dejaron los gritos que llegaban de la ribera. Corrieron todos. Algunos atuneros se detenían a encender antorchas. Desde la niebla matina venían estribillos funerales y desesperados gritos.

—¡Se perdió en la niebla!

—¡Ha naufragado *La Grulla*, la nave de Foción!

—¡Se partió en la Peña Loca!

—¡Traen en una balsa el cadáver del piloto!

Una vez en tierra el cadáver, nadie podía tocarle hasta la mañana siguiente, era la costumbre. Arrastraron la balsa en que venía el cadáver y la amarraron a la columna

de la linterna.

—Yo velaré toda la noche a Foción —dijo Ulises.

—Guarda los siete pasos rituales —advirtió un marinero.

—Los guardaré así que cubra el cuerpo de Foción con mi manto.

Foción tenía una gran herida en la cabeza, que le partía medio rostro. Contó Ulises los siete pasos y se sentó en la arena a velar el cadáver del piloto de Ítaca. Había muerto en su mar natal, envuelto en la espesa niebla cenicienta. Otros contaron los pasos también y se sentaron aquí y allá. El ciego y la moza acudieron guiados por la voz de Ulises, como por un farol.

—¡Con el barullo nadie pagó mi canto! —se quejó el cantor.

La moza tendía ante Ulises el platillo de cobre.

—Pondré mañana en él una moneda de plata.

El ciego y la moza se sentaron en la arena, al lado de Ulises.

La niebla venía hacia tierra en pesados paños. El joven laértida levantaba los ojos hacia el cielo y se preguntaba por dónde estarían las Pléyades, las estrellas que anuncian que ha llegado el tiempo favorable para que el hombre se haga al mar. Si asomaran, la mirada sombría de Ulises les haría estremecerse. Del mar tan próximo e invisible venía el cansado rumor de la marea baja. Un escalofrío hizo castañetear los dientes del héroe, pero un suave calor invadía ahora su cuerpo: la criada del ciego se apretaba contra su espalda, y dormía con la cabeza apoyada en su hombro. El viento marino ponía cabellos de la moza en las mejillas de Ulises. Roncaba Edipo, y dos o tres veces, por sueños, sin abrir los ojos, la criada tendió el platillo de cobre a desconocidos transeúntes.

VI

Parecía estar vivo, pese a la herida que le partía el rostro desde la frente al mentón. Esperábamos que se incorporase y nos hiciese aquel cálido y alegre saludo suyo. Queríamos oírle reírse de la niebla, como otras veces. Solía decir que la apartaba silbando. Padre, dejé ir sobre su cuerpo mi manto, y pagué a un cantor ciego para que relatase el naufragio. Como los ancianos en Argos ecuestre, terminó la triste narración con el viejo estribillo: «¡Ay, lino! ¡Ay, lino!». ¿Recuerdas, padre Laertes, que le apetecían las granadas, y siempre traía zumo de ellas en las barbas, y siempre en la boca una monda que escupir? Cuando sea la sazón, Alpestor plantará un granado en su tumba. No hay ningún granado en el camposanto de Ítaca.

Ulises había subido al Panerón a ayudar a su padre a carbonear, y el boyero convidaba al hijo, a la sombra de los robles en cuyas copas hojas nuevas ya se mezclaban a las secas que los vientos no lograran arrancar, con una parva de cecina de oveja y pan centeno. Jasón, de rodillas ante ellos, escanciaba vino. Laertes cortaba la cecina, abocándola, con afilado cuchillo, y el hijo aprendía el gesto paterno y bucólico.

—¡Corta de arriba abajo, o te llevarás la punta de la ilustre nariz!

De dientes a mano, tendía Ulises el trozo de cecina, y cortaba a flor de labio, hacia afuera, sabiamente.

—Al ciego cantor que se llama Edipo, le pregunté si era el famoso rey de Tebas. ¡Qué nombres ruedan entre nosotros, padre!

—Yo lo conocí antes de que cegase. Vendía espejos en los mercados isleños. — Alegre parlanchín, probaba a las mujeres que serían más hermosas si todas las mañanas se contemplaran en los bruñidos espejos áticos. A los mancebos les susurraba al oído: «Al que se mira seis veces en este espejo le nace barba rizada». El espejo redondo que tiene tu madre colgado en la contraventana, se lo compré a él. «Dame un espejo —le dije— que conceda a la que en él se mire sonrosadas mejillas».

—¿Y las concedió?

—No. La verdad es que pedí sin pensarlo.

—¿Sabes cómo cegó?

—Dicen que por mirar el sol en sus espejos. Otros aseguran que porque osó usar el nombre Edipo, antiguo y desdichado. Hay nombres que son señales. Los dioses antiguos no quieren que se recuerden sus trampas en el juego.

Mudaba el viento y arremolinaba el humo en la meseta en que quemaban lentamente seis pilas gemelas.

—¡No nos vamos hoy sin un par de chaparrones! —avisó Jasón.

Sin mirar para el cielo, se podía seguir por la sombra, en la falda de la montaña, el paso de las aligeras nubes de abril. Los carboneros se protegieron del humo tras unas rocas.

—Vine comiendo el bizcocho con pasas que sobró de la fiesta de Pascua de Resurrección. Subí nombrando las hierbas, las flores y las zarzas. Conozco los varios helechos, y aún antes de que florezcan distingo la ginesta blanca de la dorada. En las soleadas laderas ya abrió el bonete rojo del mirto, y ya rompieron las doradas flores en el tojo. Cantaba la alondra en la fuente, y por los graves círculos que describían sobre los campos, supe que eran cuervos los que volaban. He visto la pezuña del jabalí en el lodo del vado, y reconocí la cama tibia de la liebre en la linde del tojal. Deja pelo del vientre en la herbicana del mullido. Es una hembra y va a parir. Por eso tuve del collar a *Argos*, viejo y entusiasta venador.

—Tienes en la boca, hijo, un noble canto. Se llama Ítaca. ¡Qué maravilloso libro! *Poliades*, burlón, secándose la calva con el pañuelo de hierbas, te diría: «¡No te canses de pasear tus ojos por sus páginas iluminadas! ¡Es tu reino!». Y tú, joven príncipe, como un can alegre que menea la cola bajo la caricia, con tu junquillo pedante y orgulloso golpeas y rompes la caperuza rosada del trifolio pratense.

Era lo que estaba haciendo *Ulises*, y rió. Reía también *Laertes*, maduro y generoso.

—En mi país —dijo *Jasón*— obligan a los príncipes a viajar en la edad moza. Les enseñan respetuosos saludos para los reyes y las ciudades de la ecumene, y en la mano derecha les ponen un sello rojo, para que abriendo la palma puedan decir que son de aquellos ilustres, jinetes y leñadores. Tendría yo doce o trece años cuando vi regresar a un príncipe nuestro de un largo viaje. Era un hombre alto, la rubia cabellera trenzada sobre la nuca y la barba recortada en hoja de acanto. Bajó descalzo de la nave, y sólo se vestía con una piel de oso a la cintura. Sesenta habría cumplido, pero era todavía una hermosa presencia aquella cruda senectud. Ya nadie, ni en las propias moradas reales, conservaba memoria de él. En la mano izquierda traía espada y casco, y las plumas de gallo de este ya no conservaban sino escasas hebras rojas y azules en el cañoto. Avanzó hasta el poste en el que se establece, con las piernas bien abiertas, el heraldo real cuando llega nave extranjera, y ante él abrió la palma de la mano derecha y mostró el sello rojo, ya muy borrado por el tiempo y los naufragios, pero en el que aún se reconocía el toro de su estirpe. Era, en verdad, un hijo de rey, y el heraldo le abrazó por tres veces las rodillas. Pero cuando le fue preguntado su nombre para proclamarlo en el pórtico, apoyada su cabeza ungida antaño en las patas del caballo de san Jorge, matador del dragón, aquel príncipe nuestro se había olvidado de él. Se había olvidado de su nombre, del nombre de la ciudad y de los padres, de sus viajes... Pasaron meses y no se despertaba su memoria. Paseaba entre los compatriotas compasivos, quienes lo alimentaban y vestían. Un día, muy de

mañana, bajaba al puerto por una costanilla entre blancas paredes de huertos domésticos, y los que lo seguían vieron cómo se detenía y acariciaba con la mano una pared. Se volvió hacia su séquito, y dijo:

—Aquí colgaban dulces naranjas sobre el muro.

Fue lo único que recordó. Todavía vivía cuando yo huí del país. Nunca abandonaba el casco, en el que había puesto nuevas plumas de gallo variopinto. Levantaba la cabeza y sonreía a los niños. Se le ofrecían mujeres, pero él las rechazaba amablemente.

Comenzó a llover y los carboneros se refugiaron en la cabaña. Colgaban a la entrada los arcos de Laertes y de Ulises, y las aljabas repletas de flechas. En lecho de paja, dormía *Argos*, fatigado.

—Padre, he de viajar.

—Sí, hijo.

Amanecía. La claridad solar borraba en el cielo las estrellas. El día bajaba desde las cumbres a la marina y al mar. Se oían lejanos ladridos, pero muy cerca, en las verdes veranías floridas de primulas, balsaminas y anémonas nemorosas, cantaba enamorada la perdiz.

—Convierto, padre Laertes, en recuerdos todas las miradas.

—Regresa cuando todavía haya memoria de tu voz.

Laertes se levantó y se echó a los ojos un puñado de agua de lluvia, recogida en una oquedad de la roca que había delante de la cabaña. No se secó, y dejó que el agua corriese por sus mejillas y le llenase de brilladores diamantes la barba despeinada.

—Son muy diferentes los caminos de ir y los de venir, y los hados son siempre más favorables al que parte que al que regresa. Ha acontecido a algunos que en el viaje de retorno han oído hablar de ellos mismos como si ya hubieran muerto hace mucho, mucho tiempo. Retorna para darme nietos. Si traes mujer extranjera, me gustará ver, cuando desembarques en Ítaca, que viene preñada. Tu madre pasará todo el tiempo de tu ausencia oyendo mares lejanos en las caracolas que le regaló Foción. Si he muerto cuando regreses, no dejes de ir a mi tumba, y golpea sin miedo en ella con el remo. No sé cuál es la doctrina cristiana a este respecto, pero quizás a los cuerpos muertos les sea permitida alguna especie de amor, mientras no llega la resurrección de la carne.

—¡Largos días en el mar, padre! Un hombre de Turios naufragó en la costa del país de los italiotas, quienes cumplieron con él los ritos de la hospitalidad. Me contaba esta historia Foción, y decía con generosa voz los nombres de aquellos extranjeros. ¡Ay, oigo siempre su decir vivaz! Allí guardan a las doncellas en jardines cercados de cañas entrelazadas, que a una vara del suelo tienen atados con mimbres tiestos de graciosas plantas siempre en flor. Cuando el viento sopla del Este, viene por entre los jardines, y entonces te es lícito acariciar las flores de los tiestos de la que

amas. Cuando el viento sopla del Oeste, viene del mar, y roza contra las cañas las coloreadas flores; entonces le es lícito a la que te ama acariciarlas, y busca en ellas la huella de tu mano. El hombre de Turios de quien hablaba Foción, esperó cinco años en el país de los italiotas a que soplasen viento del Este, y pudiese reconocer en los pétalos de la malva el calor de la pequeña mano de su amiga.

Ulises, con el pedernal y el eslabón paternos, hacía chispas en el aire.

—Padre, permíteme que si naufrago en el país de los italiotas, no regrese antes de que haya soplado viento del Este.

Y fue decidido que el mozo Ulises viajase. Le fue tejido un manto rojo. Cuando estaba colmada la alforja de nudo, todavía Euriclea logró meter en ella un membrillo del huerto familiar. Jasón ciñó el cinturón a su joven amo, una hermosa pieza de tiras de anca de potro trenzada de a tres. La madre le entregó al padre las sandalias nuevas, que todavía no conocían el inquieto pie del laértida, y el padre las ofreció al hijo, cuyo las colgó por los cordones del cinturón. Saldría descalzo de casa; era costumbre en Ítaca, y quizá lo fuese en la ecumene toda, donde los hombres respetan la tierra en que nacieron. La despedida fue silenciosa. Ahorro al oyente el canto. Ulises de Ítaca se dirigió a través del arenal hacia la lancha que había de conducirlo a la nave de Alción, piloto célebre por su impetuosa amistad con los vientos. En la blanca arena quedaban claramente escritas las huellas de los pies odiseicos. Cuando el hijo hubo partido, solo, bajó Laertes a la playa y paso a paso fue retrocediendo hasta la muralla de Ítaca, conforme la marea que subía borraba las profundas huellas del primogénito en la arena. La ola que borró la última, salpicó a Laertes hasta las rodillas, y el boyero la tomó por una caricia divina y feliz augurio.

Tercera parte
La nave y los compañeros

Cuento ahora por boca del piloto Alción y de los marineros embarcados con el héroe Ulises en la goleta La joven Iris. El modo es más bajo, como corresponde a vidas más humildes, al ir y venir de la pobre gente, los más sin hogar, alguno sin memoria de la patria y sin nombre.

La goleta se llamaba La joven Iris, y Alción la había comprado en Candía, ya hacía cuatro otoños. Pintada en blanco y verde, y el mascarón de proa era el curvo arco de los siete colores. Había desembarcado nuestro piloto de una nave genovesa, por diferencias con el armador, que lo era una viuda muy rica llamada doña Pánfila de los Doria, domiciliada en Corfú en dos palacios, la cual siempre andaba paseando con bastón-estoque y antejo de larga vista por las terrazas, seguida de un enano negro que tenía y que tocaba el tambor, y doña Pánfila en los tratos se ponía sobre el último ochavo, y como no apareciese se irritaba, descendía de su altiva majestad, blasfemaba, desenvainaba el estoque, y los pilotos y abanderados tenían que poner en la tabla de marcos los dineros que la señora reclamaba. Entonces, la dama genovesa sonreía. Era alta, blanca, pechugona. Eso sí, cuentas hechas, convidaba a los señores oficiales de su firma a refrescar con sidra y agua de Ragusa con guindas, y como en Corfú en septiembre, cuando termina el trato del mar y amarran, para invernar, las naves en el muelle de la Cigüeña, hay cálidos atardeceres, en los que sube de los jardines el aroma del jazmín oriental, espeso y húmedo, doña Pánfila, sentada entre los suyos, levantaba las pesadas jaldas de paño de buro y de merino azul, adornadas con encajes, y mostraba las blancas piernas hasta más de medio muslo a la amigable concurrencia. El enano del tambor la abanicaba. Doña Pánfila metía las manos en la jarra de sidra, que traían fría los criados de la calera del pozo, y miraba a los pilotos, entornando los azules ojos.

—¡Vaya calor!

Alción se cansó de la vieja y de sus caprichos, y en entregando una carga de trigo siciliano al arcediano de las Blanquernas, en Constantinopla, que era un viejecito muy alegre que siempre estaba chupando anises estrellados, y andaba con la tiara debajo del brazo discutiendo la invención de la lupa y las probabilidades de bola en basto y malilla, dados los naipes de Nápoles, se despidió de doña Pánfila por carta, y pasó a Candía, buscando acomodarse en el trato del mármol para el nuevo hipódromo bizantino. Y en Candía conoció Alción a León Leonardo, dueño de La joven Iris. León había naufragado en Samos, y de las largas horas en el agua, agarrado a un madero, quedara parálítico. La hija lo sacaba a un pequeño terrado delante de la casa, a la sombra de la higuera, para que pudiese saludar a los forasteros.

—¡Tú eres Alción de Ítaca! ¿Hay allá algún dios benigno para los marineros?

—¡San Ulises! ¡Mándale un serón de naranjas en pago de una solemne liturgia!

Alción se sentaba a los pies del catre en que yacía León Leonardo y hablaban incansables. La hija de León se asomaba a la ventana y deshojaba sobre los charlatanes las pequeñas flores de la rosacresta que subía en enredadera hasta el tejado. Estaba muy enferma; el herido corazón le ponía labios azules.

—Morirá como un membrillo —dijo León—. Tienes un membrillo en un armario, en la cámara de tu goleta. Algún día abres el armario, porque quieres ponerte camisa limpia, y te saluda el dulce olor. Pero ocho días después vuelves, y el membrillo ha dejado de oler de repente, y entonces dentro del armario, ya no huele más que la memoria del membrillo que conservan las camisas, los pañuelos, las bragas.

León Leonardo quería que la hija muriese antes que él, y a quien se lo pidió no lo sé, pero fue oído. Las mujeres lloraban, puestas en dos filas, a la puerta de la casa. Una anciana se echó el negro manto por encima de la cabeza, y se adelantó hasta el portal.

—¡Adiós, paloma, que no sabías volar!

Las otras mujeres, pasándose la palabra de boca en boca, como descubriendo un enorme misterio, repetían:

—¡Ay, paloma que no volaba! ¡Paloma!

Enterrada fue la paloma. Alción sostuvo al padre en sus brazos, asomado a la ventana, para que viera el entierro de la hija.

—Mandé labrar La joven Iris porque me parecía, Alción, que teniendo nave nueva en el puerto, el cuerpo tiraría de sí y una mañana yo despertaría ágil, dueño de mis remos, y podría bajar al muelle, gritando alegre:

—¿Quién quiere navegar con León Leonardo?

Pero el cuerpo es mucho más débil que el espíritu. Al cuerpo le gusta podreecer. Ya no volveré a la mar. Te vendo La joven Iris. Establécete por tu cuenta. Hay buenos tratos en el mar de los griegos, y más allá. Sal alguna vez con La joven Iris al gran mar, pasadas las Columnas. Págame nada más que una moneda de oro. Busca en las monedas de las repúblicas y las ciudades una que tenga una nave en el reverso, y págame con ella. La joven Iris es tuya. No le cambies el nombre. Y zarpa antes de que yo muera. Quiero gastar mis últimos días en imaginarme por dónde andarás, qué vientos saludan tu noble rostro en la proa, de qué isla ves las luces en la hora serotina. ¡Adiós, Alción! ¡Te regalo el mar!

Y así fue como el piloto Alción se hizo dueño de La joven Iris, navegó por su cuenta, tocada la airosa cabeza con gorro de piel de cerdo, bien embreada. Bajaba el ala por delante, porque se imaginaba que le favorecía la sombra que le caía, sobre los ojos, hasta la mitad de la aguileña nariz, propia de los ítacos naturales.

I

La goleta tenía por primera escala, en este viaje en el que pisaba su puente el mozo Ulises, la isla de los Sicomoros, a sotavento de Grecia. Alción quería tratar una aserrada de piedra serpentina, completando la carga con serones de higos pasos. Desde la isla, con sólo dos aguadas, una jónica y otra egea, pensaba ponerse en un mes en Constantinopla. Eran los largos días del favorable mayo, y los vientos venían, como las golondrinas y las codornices, del lejano Sur. La bahía de la isla abría al Noroeste, y estaba calmo el abrigo, el mar sin ondas, pero afuera, donde el Sur podía correr, se veía un océano alegre, rizado en amplias ondas seguidas, azul. Para un piloto como Alción, salir con estas brisas al mar, era ir de fiesta cantando, con una rama de limonero en las manos.

—*La joven Iris* —le decía a Ulises— tiene la proa afilada como no se acostumbra entre griegos. La construyó para León Leonardo un lusitano de nombre Damián, un hombre triste al que le faltaba la nariz, y tapaba aquella roedura con un tafetán colorado. Iba en Candía al convento, y le pedía prestados al abad los cuatro monaguillos, y los tenía todo el día meando por unos puntales sin descortezar; al siguiente pedía prestado para lo mismo el sacristán, al otro día los diáconos, al cuarto el exorcista, al quinto los monjes, al sexto el maestro de música, y al séptimo iba el propio abad. A éste le ponía un biombo de laurel y mirto para que no lo viese el público. Daba una buena limosna al convento, que es de ortodoxos afeitados salvo los cantores capados, y no hay otro. Entonces empezaba a labrar el tajamar de *La joven Iris* en los puntales de roble, tan cristianamente orinados. A los que le preguntaban el porqué de aquellas ceremonias, mostraba un libro en su lengua, y comentaba que si alguien supiese leer portugués en Grecia, que allí estaba en filosofía el secreto, pero que él aquella ciencia la tenía empírica, de la escuela de Sagres. Por lámina se veía en el libro a un gran señor orinando, disimulándose con un sombrero con plumas. El dibujo era en tinta negra, pero las plumas lusitanas estaban puestas del rabo del papagayo brasileiro, multicolores.

Alción obligaba a Ulises a asomarse sobre el foque para estudiar la fina proa.

—Muchas veces la levanta nerviosa. Acaso necesitase bridas como un purasangre. Siente el látigo del viento en la popa, y se apresura la nave, loca. Parece que va a desencuadrarse, pero no, que tiene tendones elásticos. Se adelanta al hocico del viento. Vuela. Yo me encaro entonces con el viento y le grito:

—¿Quién está más noblemente alado, coronel?

El viento se ríe y con razón, porque sabe que él es el alma de los navíos, dueño irascible e infatigable de las singladuras. Hay velas porque hay viento. Es como tener

un generoso padre loco. El viento, por juego, habiéndome oído la burla, de un manotazo arranca de mi cabeza el sombrero y lo tira a las aguas. Es un sombrero nuevo, embreado por mi hermana, pero yo no lo recojo. Ni me muevo. Flotando queda en la estela, como un pez negro de osadas aletas dorsales. Al viento le gusta el diálogo con los marinos, pero señor rico, fantástico e inquieto, siempre quiere tener razón en el discurso.

Ulises aprendía la gracia del cordaje y las velas, y el más anciano de los marineros, el cojo Basílides, le enseñaba nudos y maniobra. Era un chipriota sonriente, que hablaba por la ese, y las más de las veces de teatro. Ulises se fatigaba en el mesana, subiendo un cabo a pulso o con el pie en el palo, y una vez arriba, siguiendo el consejo de Alción, se ponía a cantar a voz en grito, para que así, no oyendo latir apresurado el corazón, no le tomara el vértigo. Los otros marineros, Timeo, Antístenes y Gallos, con gente de la isla a jornal, metían a bordo la serpentina, cortada en piezas rectangulares. Los nativos canturreaban para darse ánimos en el duro trabajo, y al atardecer el más joven venía a saludar a Alción y cobrar la jornada. El pueblo estaba al pie de las canteras, y era una hilera de casas blancas a lo largo del empinado camino. Por encima de las canteras estaba el olivar, y más arriba cerraba espeso robledal, y de las canteras a la playa había viñedos en flor, naranjos e higueras, y algún que otro prado, en la caída de abundosa fuente. A la salida del pueblo estaba la iglesia, con su cúpula cebollina de ladrillos de colores. Junto a la fuente todavía se mantenían erguidas dos columnas del viejo templo venusino, y en ellas la hiedra ponía memorias de caricias de la devoción de antaño. Todo el país era ligeramente dorado, y sobre la fina niebla matinal, parecía estar colgado en el aire. Alción andaba tratando los serones de higos pasos por las casas. Regateaba despreciador, haciendo sonar las monedas contra la pared, escupiendo por ellas, tirándolas al suelo. Los labriegos lo miraban, sorprendidos e irónicos.

—¿Para quién creéis que son vuestros gordos higos insípidos, ahítos de semillas negras? ¿Para la Emperatriz Teodora? ¿No sabéis que se acaba de inventar en Bizancio el hojaldre? No se come otra cosa en toda la ciudad. Para el año no se va a vender ni un higo ni una pasa en Constantinopla, ni en toda Grecia. Cebad vuestros asnos con higos. ¿Qué es el hojaldre? Es el pan como el encaje de Adana a la estopa de vuestras camisas. Todo está en la porción de mantequilla que se añade a la masa. Y la propia emperatriz, cuando se cansa de la política, viene a la cocina y con una cañita sopla, por entre los entredoses y vainicas de aquel pan de hojas finas, natillas o dulce blanco. Temo llegar a Bizancio y que me diga el portero del mercado que hay doce naves con higos podridos, abandonadas en los estrechos.

Alción se despedía, consolador.

—Tendréis que cultivar lino en las vaguadas, y el resto de la tierra, plantadlo de olivos.

Sacaba el piloto de la bolsa otra vez las monedas. Eran siete coronados de plata. Los hacía sonar entre las dos manos.

—Me hubiera gustado dejar estas ilustres y bien pesadas monedas entre vosotros. En Ítaca se pagan por encima de la tasa. Que os lo confirme Ulises, hijo de Laertes, joven señor que viaja en mi nave por conocer mundo.

Ulises se quitaba respetuosamente la birreta negra, aquella misma mañana adornada por el marinero Gallos con un amplio manojo de violetas recogidas en las canteras. La desabrochada camisa dejaba ver el pecho del laértida, en el que el sol y el mar desgarraban, encendiéndolo, la fina piel.

—Respetables padres, es verdad lo que dice el piloto y mercader Alción. Por encima de la tasa siete sueldos. Es moneda buscada para guardar en las casas en las que el padre dice a la madre, a la puerta de la cámara redonda en la que duermen los cinco o los nueve hijos varones: «El nombre de nuestra casa, con esta roncadora cosecha, va a durar siglos». No hay casas pobres que duren; el pedir limosna dispersa las estirpes. Duran en Ítaca las casas en las que señores previsores compraron coronados de plata para guardar en el arca, envueltos en un pañuelo de lino. También en Ítaca es moneda pedida para ponerla en la dote de la hija, y los maridos que se sienten morir, y no dejan descendencia, venden los coronados que ahorraron, de miedo que sabiéndose que su viuda posee media docena de tan argentinas monedas, sea buscada por elocuentes pretendientes para nuevas y más solazadas nupcias.

—Estuviste muy bien, Ulises —le decía Alción al laértida, bajando hacia la playa detrás de una larga fila de mujeres que llevaban a la goleta los serones de higos pasos—. Lo de las viudas fue un golpe maestro. Ya viste cómo en seguida se levantó aquella gorda y dijo que vendía a ojo. ¿Y la del sombrero de capirote? Pasó por delante de los solteros, la cabeza inclinada, contemplando la moneda puesta en la abierta palma de la mano. ¡Ay, cuánta suave nalga! ¡Algún día, Ulises, tendré que dejar la castidad del mar!

Era la última noche que pasaban en la bahía de la isla de los Sicomoros. Todavía los pilotos eran muy rituales en el mar de los helenos, y Alción dispuso que se encendiera fuego en tierra, al arrimo de peladas rocas, y con Ulises y los cuatro marineros, alrededor de la hoguera comieron y bebieron. Y Alción, posando el sombrero en las rodillas y cruzando los fuertes brazos desnudos sobre el pecho, como era costumbre, contó una historia.

—Pilotos de otros tiempos relataron con graves palabras al amor del fuego sus vidas, inclinando las roncadas voces a modestos tonos, para no despertar celos en las potestades que rigen en el mar, de turbulento talante. Eran ancianos encanecidos en el timón, y alguno de entre ellos ha dado nombre a una vela, a un golfo, a un remo, a una isla. A mí todavía puede apelárseme el joven Alción, y sería soberbio si contase mi vida, parca en hazañas, en la misma arena en que otros tuvieron por oyentes

vientos coloreados de rojo, amistosos delfines, turbadoras sirenas y leños sacramentales traídos de lejos para esta célebre ceremonia, cuya antigüedad la santifica.

Alción hizo una pausa, buscando entre dos dientes una hebra de la dulzona carne del conejo casero asado en las brasas de secos sarmientos, bien adobado con laurel e hinojo. Ulises contemplaba el fuego, incansable fruto terrenal, y se lo imaginaba a él también atento a las palabras del piloto. El fuego embarca con los hombres en los navíos, y Ulises, entre los viajeros que podía ahora mismo imaginar su calurosa imaginación, fértil en rostros, no encontraba otro más rico y generoso que el fuego. Le gustaría a él, en otra ocasión, contar la historia, tendiendo las manos hacia las llamas. Buscaría un héroe de lento paso, mozo y fatigado, vestido de vivos colores, la mano con frecuencia en la despejada frente, leal enamorado, señor en un remoto país con altas torres, Gaula acaso llena de banderas, y los infantes en el campo, galopando negros palafrenes, y en el guante el halcón, ásperamente quejoso bajo la caperuza. Se había quitado el laértida la birreta, y olía las violetas que la adornaban.

—Os voy a contar la historia del piloto León Leonardo, ciudadano de Candía y propietario que fue de *La joven Iris*. León era de nación siríaca, de una tercera tribu, en la que los varones nacen con seis dedos en la mano izquierda, doblándoseles en ella el meñique. El sobrante suyo León lo tenía muy suelto y gracioso, y me contó que en su mocedad, en Damasco, lo usaba para colgar en él, de un anillo, una campanilla de plata. La madre, que era una señora con peineta, de la que León Leonardo conservaba un retrato en una concha de almeja, murió al darlo a luz, y hubo de buscar nodriza, lo que no es fácil allá, porque las mujeres lo son todas de maridos celosos, y están encerradas en pequeñas huertas, por las que pasean con sus sombrillas, imitando el canto de los pájaros o jugando al aro, incluso las más ancianas. Al fin se encontró una en Sidón, esposa moza de un almirante viejo, y había que llevar el niño a su huerta y meterlo dentro por un torno. El crío, de resultas de esta crianza giratoria, cuando comenzó a hablar apareció tartamudo, y tardó en enderezar el andar, que lo sacara sinuoso, también de resultas del susodicho torno. Cuento como León me contaba, llanamente, sin poner elogios en las pausas. Con el tiempo León fue mejorando, y a los doce años era un mozalbete espigado que iba todas las mañanas a estudiar atlas al muelle. El padre, don Aplecio, cónsul de su nación, tenía negocio de tortugas, que era entonces grande moda en Constantinopla, y en otras ciudades del Imperio y en la misma Atenas ducal, que las grandes señoras tuvieran piscina de mosaico con tortuga, y había dama que a la suya le tenía vestidos de tierra y agua, y ropa interior, y cada día su muda. El padre de León pintaba la concha de las tortugas con tinta rápida imborrable, y ganaba oro molido, y meditaba en que si su León Leonardo aprendía polar, mareas y escalas árabes, que podía ponerle una nave en que fuese a las tortugas al mar melgache, y así ahorrando

intermediarios, la ganancia doblada le vendría perfumada a las manos. Y el negocio era seguro, porque aunque pasase la moda de jugar con tortugas, siempre quedaba el suministro de las cocinas de los estrategas imperiales, donde los viernes magros, con bula del patriarca, se saborea sopa de tortuga con leche, o a las finas hierbas. León se examinó y dio los nueve puntos que en aquella escuela dan el *aprobatus* al piloto, y don Aplecio le buscó una galera veneciana para las prácticas, que eran subir dos veces de Famagusta a Venecia, y pasar en primavera y en otoño entre Creta y las Sirtes, amén de entrar y salir con cuatro mareas diferentes en una bahía poco conocida. Se había hecho un mozo de gran franqueza y risueño, con la perrera damascena recortada sobre los ojos; me contaba sonriendo que se la perfumaba con óleo de naranja, que es tan fresco. Salió de prácticas con enhorabuenas de los venecianos, que lo querían contratar para su armada, la más de ella de naves secretas que navegan por augurios, y confidencias de la policía de la Serenísimas República, y regresó a Sidón a escoger nave para el paterno trato de las tortugas, y su puerto sería Acaba, en el mar Bermejo, donde está la sepultura de Eva, madre de todos los vivientes. Digo esto haciendo la salvedad de los ítaeos de nariz curva, que nos preciamos de autóctonos.

Sonrió Alción a Ulises y le ofreció vino de su propio jarro. Las llamas se iban quedando, y el borde del brasero lo cubría la blanca ceniza, lentamente.

—Hallar nave en venta entre árabes no era cosa tan fácil como don Aplecio imaginara, que todavía navegaba Simbad, y pasó en recados un invierno, que León Leonardo gastó despreocupado en su ciudad, asomándose todos los días al muelle a saludar el mar, y paseando, con afectada solemnidad, por las estrechas callejas entre las amuralladas huertas. Componía en casa la figura ante el espejo, antes de salir a rondar, y había aprendido en Venecia la elegancia de las ceñidas ropas negras, el medio tacón y los guantes de ante en la mano derecha, con los que abanicarse. Un día, paseando, oyó tras una puerta reír a una mujer. La música aquella le trastornó el corazón. No vaciló. Pegó su boca a la madera de la puerta y preguntó con voz trémula a través de qué acacias venía aquella tarde tan cantora la brisa febrerilla. Cesó la risa y cayó la noche. Muchos hombres andan por el mundo heridos de crepúsculos semejantes. León perdió el sueño y perdía la vida. Averiguó de quién era la huerta, y supo al fin que la reidora era una viuda treintañena, morena del pelo y la piel albar. ¡Ay, las viudas en el medio del mundo, qué misterioso apetito! ¡Esto lo digo yo, Alción, soltero, mordiéndome las gordas uñas! León, prosigo, tomó la pluma y escribió en letra griega una floreada declaración de amor, y fue correspondido en seguida con extremos de cintas de seda y pastelillos de almendra. La risa había sido escuchada en buena hora. León se subía a un banco en un jardín vecino, que era de la escuela de gramática de la ciudad, y la viuda, poniendo un espejo en una caña, podía contemplar a su galán, que se estaba allí quieto, las horas muertas, con un alhelí en la

mano. Fue amor, el viento de amor, el dueño del ardiente venablo, el inocente veneno. Y fue, en el medio de los días alegres e inquietos, cuando ya las cartas olían al romero de la boda, la funesta noticia: la amada viuda, la delicada señora del redondo talle, era la nodriza que amamantara graciosamente a León, por el torno. ¡Ay, remolino de los mundanales engaños! ¿Quién habla de los remolinos del mar? León creyó enloquecer. Su cabeza hacía viento por todas partes. Vagó día y noche por los naranjales. Se dejó caer en lo alto de las colinas olivares y en la arena húmeda de la playa, y destrozó con sus propias manos las ricas ropas vénetas. Se sentía súbdito de un enorme pecado, sucio, y se fue al mar. Se adentró en las aguas, a las que había dado las más hermosas horas de su mocedad guiado por las estrellas. Y cuando tuvo las olas en la cintura, en la hebilla de plata del cinturón, gritó, desesperado:

—¡Mar, mar! ¿Puedes lavarme el corazón?

—¿Le respondió el mar, Alción? ¿Poseidón, acaso, surgiendo con la cabeza adornada de algas fosforescentes? —preguntó Ulises.

—No, Poseidón, no. No habló el mar. Sería demasiado pedir que el mar hablase en todas las novelas de amor de los pilotos. Le contestó a León un borracho que caminaba torpemente arrastrando un saco por la playa. Le decía, haciendo bocina con una mano, que partía nave para Candía dentro de una hora, en la punta de la marea, y que se admitían marineros. León tomó la noticia como una respuesta y poderosa señal, y obedeció. La navegación fue larga y feliz, y todas las noches fueron vistas en el cielo las estrellas. León se quedó en Candía, y olvidó su nación y hasta su lengua, y nunca más reconoció en la brisa la voz risueña de la viuda de Sidón. Escuchó más de una vez sirenas, pero estas, misericordiosas, no le ofrecieron el escucho de antaño. Casó León entre candiotas, tuvo una hija, la paloma que no volaba, y enviudó. Navegó mucho, y naufragó. Y cuando paralítico sesteaba a la sombra de la higuera, a la puerta de su casa, ¡ah!, entonces volvió a oír la risa del huerto de Sidón. Quizás haya construido *La joven Iris* para regresar. Y ahora no le dolía el amor perdido; era como un niño; había que vestirlo, moverlo, ponerle la cucharada de sopas de manteca en la boca; como un niño, como cuando lo ponían en el torno para que la joven señora del viejo almirante lo amamantase. Con estas memorias del torno y sus vueltas, volvía a tartamudear. Se reía de sí, y daba gracias al mar, porque era mejor este recuerdo en las diez de últimas, acaso, que la vida verdadera y sus goces.

—¿Daba gracias al mar? —preguntó el marinero Timeo, que era un sículo de negro pelo, perezoso.

—Sí, al borracho que arrastraba el saco por la playa. Decía que merecía ser el viejo y ronco mar.

Se apagaba el fuego, se consumían las últimas brasas. Los marineros vertieron vino sobre ellas, y Alción se levantó.

—Cualquier historia es buena para una comida en tierra. Y yo quería dedicarle un

recuerdo a León Leonardo. Tú, Ulises, podías decir ahora mismo, con los pies en el borde del agua, unas palabras sonoras. Si levantas la cabeza, logras a Sirio vertical.

—Las palabras son inquietas mariposas que van y vienen. Por si valen algo, digo que los audaces, tras haber pisado la oscura noche en extranjera tierra, regresaron a la bien anclada nave, y acariciaron el cordaje y las velas, que sudaban sal marina golpeadas ritualmente por la amigable cabellera del tibio viento del sur. Alción enciende a proa su farol de señas, advirtiendo a los trasnochadores delfines que tendrán que madrugar si quieren hacer con él larga y feliz navegación.

Ya en la goleta, Alción, despidiendo a Ulises en el puente, señalaba al laértida las luces del lejano pueblo.

—¡Las quietas vidas, los sosegados terrones! Alguna mujer tendrá que volverse loca en verano. Se volverá loca con los ojos posados en el mar, por donde nos vamos nosotros mañana, racimos que nunca seremos vendimiados. ¡Quietos terrones, inútil soledad!

—¡Eres carnal, Alción!

—Sí, mozo Ulises, un perro carnal y vagabundo. Pero como León Leonardo le pido al mar que me lave el corazón.

II

La goleta, con sus dos árboles abiertos, salía al ancho mar. Venía el viento racheado, y había que cogerlo amplio, y dejarse empopar con confianza. La isla de los Sicomoros se difuminaba en el horizonte, su montaña coronada de niebla. Con sur, en mayo, parece que se navegase por dentro de una redoma de cristal.

Basíledes pelaba cebollas sentado a la puerta de la cocina, y charlaba con Ulises, quien en una cuerda hacía un muestrario de nudos.

—Ése es el púnico —dijo Basíledes—. No me lo dejan ver bien las lágrimas que ponen en mis ojos estas negras cebollas egipcias, pero es el nudo púnico. Lo haces muy bien, y ya te lo había visto en las sandalias.

—Me lo enseñó el malogrado Foción.

—Un gran piloto y un perfecto caballero.

Ulises se santiguó, y Basíledes repitió el gesto con la mano en la que tenía el corto cuchillo calabrés.

—En Tarento, amigo Ulises, no lo usan. Los nudos andan por provincias en el mundo; el que se lleva aquí no gusta allá. En Tarento no lo usan porque es el obligado en las horcas, y el amarrote procura el verdugo que caiga en la nuca del penado; como desliza, aprieta, y hace sacar la lengua. En Tarento, ahorcado que no saca la lengua, no hace gracia. El púnico anda muy de moda entre los ingleses, en los tres palos del trigo. Le llaman el char, del nombre de un salmón, por lo escurridizo.

—¿Y éste, de doble lazo flojo, que lo deshago con pasar la mano sobre él, en suave caricia, o lo fijo con sólo un tirón, para que sujete a un toro chorreado de Creta a una estaca, en la plaza que tiene forma de cuerno?

—Eso es el honesto italiota. Es un gran nudo. Para conjurar los males que traía un eclipse, por consejo de un sabio llamado Virgilio, izaron en Roma, a la torre de San Juan Late-rano, que es la cabeza de las iglesias del mundo, según romanos, una mula blanca, y no había otra en la urbe más que aquella, que lo era del cardenal de San Lorenzo, quien le había enseñado paso por vihuela, y no había en Occidente quien hiciese viajes más descansados, todos por música, y el cardenal para permitir que izasen su mula, que había que hacerlo desde un bastidor en lo alto, y por fuera, exigió tres congregaciones que estudiasen nudos, y hallaron sólido el italiota. Se juntaron siete almirantes para hacer los nudos, y el gonfaloniero los probaba, y para dar confianza al prelado, que lloraba abrazado al cuello de la mula, se dejó izar en pruebas el sacristán mayor de Santangelo, que es un hombre gordo con bula de pavipollo diario, porque no se desmaye en las ceremonias. Yo lo conocí peregrino a Jerusalén, y en las postas imperiales, cuando lo veían tan rotundo, escondían los

asnos de alquiler, y el pobre hacía el camino a pie, sosteniéndose la barriga con las manos y con una pieza de tela que se la ceñía por abajo, y le pasaba a la espalda, donde cruzaba, y terminaba atándola al pescuezo, con nudo franco, que es de madamás.

—¿Y este otro de dos cabezas iguales, semejantes a infantiles puños golpeando el asta del paterno arco?

—Ése es bizantino propio; nudo de la memoria, le llaman en las escuelas justinianas, porque lo hacen los estudiantes en la borla de la faja, para recordar el número de los preceptos civiles. Los marineros lo usamos en los baldes, porque estriba sobre el aro.

A Ulises le gustaba la conversación con Basílides *el Cojo*, el más anciano de los marineros de Alción. Nacido en Chipre, tenía la gracia levantina de la s en el habla, y no había provincia del mundo que saliese a relucir en la que él no hubiera estado o de la que no tuviera puntual noticia. Como cristiano era muy polémico y ortodoxo, y hablaba de romanos siempre con retintín. Había estado de segundo de mareas en una galera imperial, con derecho a un hilo de oro en la capucha roja, y a pito cuando estaba franco el primero.

—El mar ha cambiado mucho en estos últimos siglos —decía, como si él estuviera siguiendo el cambio día a día—. ¿Dónde va toda aquella antigua población que todavía habla en los cantos paganos? Preguntabas ayer por Poseidón. Pues bien, ¿acaso ha muerto? Los de remotas islas, si tuvieseis los ojos abiertos, aún podríais ver grandes cosas. Si yo viviese en la lejana Ítaca, tendría amistad cotidiana con un delfín, y sabría a escala los reinos profundos. Una vez, en Marsella, bebí vino de una viña submarina. Me lo vendió una vieja. Estuve borracho tres días, y todo era soñar que no era cojo. Bueno, que no se me notaba que era cojo, porque no andaba por el mundo, sino que nadaba; fácilmente braceaba, y jugaba con alegres doncellas a la caza de medusas amarillas. ¡Nunca tuvo el Cojo Basílides horas más felices!

—¿Naciste cojo, Basílides de Chipre?

—No, joven Ulises, no nací cojo. Tenía a los siete años finas piernas iguales. No eran tan hermosas como las de mi primo Focio, que hace de Orestes en el teatro, y las viste con calzas encarnadas, pero eran unas piernas iguales, esbeltas, y Basílides corría como cualquier otro niño en Chipre las alegres vagancias de su edad. Pero vino el del gran antejo. Era un napolitano alto, barbudo, moreno. Se sentaba en la plaza en un tablado, y comenzaba a tocar la mandolina. Recuerdo la canción, porque siempre estaba con ella una esclava partenopea que tenía nuestro vecino, el rico Nicias:

*Nun me chiammate cchiu donna Sabella,
chiammateme Sabella sventurata!*

»Como te decía, vino el napolitano y tocó la mandolina. Se reunió toda Nicosia en la plaza, que no sé si sabes es a la más remota usanza helénica, con pórtico, tribuna y altar. Antaño, según las crónicas literatas, había allí un gracioso Hermes, con alas de oro en los tobillos. Hermes era también santo, solamente que de otra calidad, y agradecía la oración y la limosna. El napolitano, vista la multitud, sacó el gran antejo. Miraba por él a una persona o a un animal, y esta tomaba la forma que el napolitano decía. Se llamaba messer Ferruccio Sorrentino, según el cartel. Anunció que iba a contemplar al vigilante Asmodeo jorobado, y Asmodeo, que estaba en primera fila, jorobó: se le puso jiba delantera, extremadamente picuda. Subió al tablado a mostrarla. Se reía y la golpeaba. Messer Ferruccio dejó de mirarlo por el antejo, y Asmodeo volvió a su natural. Hizo, mirándola, el hábil napolitano gente de dos cabezas, mujeres de tres brazos, un perro de cien patas. Yo me acerqué al tablado y le grité, entusiasmado:

»—Señor de Nápoles, ¡míreme cojo!

»Y me miró, y se me puso la pierna izquierda escuálida, y del revés el pie. Yo levanté la túnica para que vieran la súbita mudanza los complacidos nicosios, y salté en el tablado, ensayando el nuevo remo. Pero con tan mala fortuna, joven Ulises, que caí contra messer Sorrentino, y lo derribé, y con el sabio cayó el antejo, que fracasó sus vidrios en la noblemente empedrada ágora de Nicosia, y habiendo sido todo sin tiempo para que el ambulante de Nápoles quitase la mirada suya del antejo, que la manda, según explicaron, enrollada todo a lo largo del tubo y por figuras geométricas, yo quedé cojo, tan cojo como él me miraba, y él quedó ciego...

Ulises golpeaba a Basíledes, que se arrancaba pelos de la barba caprina y terrosa lamentándose, con la cuerda de la muestra de nudos.

—¿Fue así, de tan célebre modo, Basíledes amigo?

—¡Por los altares de Santa María en Éfeso, ilustre laértida! ¿Cuándo se oyó mentir a un anciano en el mar? Messer Ferruccio quedó ciego. Cuando naveguemos a Esmirna en otoño, a cargar higueras machos para llevar a Sicilia, donde no sé si sabes que todas las higueras son hembras, en el séptimo escalón de la Basílica de San Juan Damasceno, te mostraré a un mendigo ciego que en una mandolina rota, con voz ronca, despintada por los grandes y perpetuos temporales, canta todavía aquello de «¡llámame Isabel desventurada!». Y yo quedé cojo, con la pierna izquierda travesera y flaca. Yo era de gente muy pobre, Ulises. Mi madre me decía desde detrás de una columna, en el pórtico del ágora, que aquel que pasaba, un caballero con dos sombreros a un tiempo en la cabeza y espadín de puño de oro, que era mi padre, y que corriese a pedirle para pan. Yo no servía para eso, Ulises. Y un día mi madre me echó de casa. Mis hermanos me insultaban desde la ventana:

»—¡Cojo! ¡Cojo de la trampa!

»Y como León Leonardo en Sidón, yo me acerqué al mar. Pensaba tumbarme en

él a morir. Pero unos marineros me gritaron desde un patache si quería subir a mondarles las cebollas, que me darían estofado y un real. Subí, y puedo decirte, Ulises, que ya no he dormido en tierra nunca más, y cuando zarpamos de alguna escala, y todavía hay vaca o cordero fresco, y dice el patrón que se impone un estofado, entonces pido permiso, dejo la amistad de las velas y la cuarta de timón, y me vengo a la puerta de la cocina y me siento alegre a mondar cebollas que me hacen llorar. Y hago todo esto en memoria de las cebollas que mondé en el patache de Nicosia, la primera vez que estuve en una nave sobre el mar.

—Eso se llama ser fiel —comentó Ulises.

—Es una costumbre como otra cualquiera. ¿Tú no tienes, ilustrado caballero, alguna costumbre hija de un grave recuerdo?

—La mocedad es fantástica, Basílides, y desdeña la memoria. Pero me gustará, cuando llegue a la edad en la que todos los hombres con cabal juicio y generoso corazón son paternales, tener alguna.

—Estudia una costumbre muy nueva, un gesto inusitado, que permita decir, cuando se lo reconozca en algún imitante, que aquello es propiamente Ulises de Ítaca. Nada de escupir dos caguñas a un tiempo, una por la derecha y otra por la izquierda de la boca, como dicen que hace el Basileo que rige ahora, y que por eso lo conocen sus sujetos cuando va de incógnito a ver hacer borceguíes en el barrio de los zapateros, que aseguran que nada lo distrae más, y él mismo tiene zapatería en palacio. ¡Ni aún que fueran tres caguñas a un tiempo, dos por los lados y una de frente! No, un gran gesto, un elegante movimiento, una mano erguida. Algo así como sacar del jubón un objeto de plata...

—Sí, un peine de plata, y como si tuviera ante mí una cabecita femenina, pasarlo lentamente por la perfumada cabellera, y luego mirar si en los dientes del peine quedó, brillando a luz matinal, una hebra de oro.

Basílides hacía con el cuchillo calabrés, ennegrecido del zumo cebollino, los gestos que soñaba el joven Ulises. El laértida se dirigió a Alción, quien, con firme mano en la rueda timonera, sujetaba la rápida y cabeceante goleta en el pecho insigne del heroico lebeche.

—¿Qué dice el viento esta mañana, gran Alción de Ítaca?

—¡Adelante, adelante!

Un ave marina, como caída del sol, abatió sus largas alas sobre cubierta. Gallos, el celta, le gritaba desde proa:

—¡Detente una hora, oh gris anátida, y recobra fuerzas para el largo viaje a mi dulce país!

La goleta y el mar eran, aquella mañana, alegres como una estampa de navíos, coloreada a mano, de Sevilla o de Amberes.

III

—Pasamos ahora mismo —dijo Alción— entre Zacynro y la Élide. Mañana haremos aguada en la desembocadura del Alfeo, donde hay ciudad de mixtos eolios y aqueos. Desembarcaremos, si quieres. Temprano cepillaré mi sombrero verde. Tocarse con sombrero verde es un derecho que tienen en muchas tierras griegas los pilotos forasteros. Hay que conservar los privilegios.

Y mediaba la mañana cuando Alción y Ulises desembarcaron, y desde el muelle subieron a la ciudad.

—Tú, del sombrero verde, ¿quién eres? —preguntaba un hombrecillo desde la puerta de la posada al rápido Alción.

Alción se dirigió a la posada y entró apartando al curioso. Se sentó en un escaño junto a la ventana. Alción era alto y delgado; vestía blusa de mahón y pantalón de pana, y aunque iba descalzo, llevaba sujetos del cinturón zuecos recién solados. Se quitó el sombrero verde y se abanicó con él.

—Me llamo Alción, y acompaño al joven Ulises, hijo de Laertes, de los príncipes de Ítaca.

—¿Están registrados en Bizancio?

—No, pero son antiguos y aceptados señores. He corrido más de medio mundo, y siempre que llegué a donde el Alfeo vierte sus lodanosas aguas, me sorprendí de lo curiosos que sois de vidas ajenas. Sois una nación auricular y mísera.

El rizado pelo le caía al piloto sobre la sudorosa frente. Con sus pequeños ojos azules, murinos, miraba irónico para el posadero. Rebuscó en el forro del sombrero, y sacó una moneda de plata.

—Quiero vino, pan y queso y un cuarterón de aceitunas. El vino que sea viejo, y las aceitunas aliñadas. El posadero recogió la moneda de plata que Alción dejó caer, sonándola la buena ley cantarina en el granito del fogón, y la miró y remiró, anverso y reverso. Cuatro eolios sentados a una mesa de pino, levantaron la cabeza para echarle una ojeada a la moneda. Cada uno sujetaba su jarro de barro negro por las dos asas, con manos ávidas. Alción se reía por entre las espesas barbas rubias, que no las cortaba ni peinaba en el mar. Tenía los labios gruesos, y los humedecía con la lengua.

—¿Nunca viste otra igual? ¿En qué moneda le pagan a tu mujer las noches los forasteros?

—Es que no conozco al reinante que trae en la cara.

—¿Y qué te importa? Casi todos los reyes que vienen en las caras de las monedas hace muchos, muchos años que han muerto. Lo que importa es que el oro sea oro y la plata, plata. Los hombres corrientes y libres, como yo, resucitarán con los mismos

cuerpos y almas que tuvieron, pero los reyes resucitarán en sus monedas de perfil, con la ley que amonedaron. Si hicieron moneda podrida, podres resucitarán. ¿Pensaste alguna vez, cochino avaro, miserable agrario, en el enorme misterio del dinero? ¿Cómo es posible vender pan, fuego, aceite, sal, vino, amor, por oro y plata?

—¿Eso está escrito en alguna parte? —preguntó uno de los bebedores, que se había examinado una vez de escribano en Olimpia.

—Dudo que lo esté. Éste es vago saber de perezosos soñadores.

Trajo el posadero el pan, el vino y el queso, y en un plato de barro rojo las aceitunas aliñadas con vinagre y romero. Sacó del bolsillo la moneda de plata. Era pequeño, rechoncho, y siendo pies planos, caminaba al bandear. Una mancha bermeja le cubría medio rostro, desde la oreja izquierda al mentón. Los ojos, la nariz, las manos, eran rapaces; la mirada alertante y móvil, la nariz venteadora, y las manos huesudas, nudosas y garrales, contrastando con las pacíficas mantecas que en el resto de su cuerpo mostraba.

—Tú sabrás quién fue este rey —dijo.

—Un cabrón.

—Nombre cristiano o antiguo, o al menos mote, tendría.

—¡Yo te lo diré! —gritó desde la puerta de la calle la voz fresca.

El mozo Ulises entraba mordiendo una manzana. Le dio los dos últimos bocados y arrojó el carozo en la ceniza del hogar. Se limpió la mano al largo y sedoso cabello.

—El barbado Alción, y el barbilampiño Ulises, hijo de Laertes, te aseguran que el rey que está retratado en esa moneda se llamó Menelao. Estoy aprendiendo a contar su historia. Pero necesito para contarla bien, tener muchos oyentes. Giro abriendo los brazos mientras digo del dilatado reino de Lacedemonia y sus riquezas entre almenas, y obligo al corro a abrirse, que al buen narrador no le gusta que los oyentes estén encima de él, cubriendo sus palabras con el aliento de sus bocas.

Ulises bebió del vino de Alción, y avanzó hasta la ventana de la cocina, que dejaba ver un huerto de cerezos floridos.

—Cuando comienzo a decir la historia de Menelao voy subiendo, grado a grado, despacio, una ancha escalera, como la que hay en el ágora de los ítacos. Habiendo subido seis escalones, me detengo, me vuelvo, y hago el elogio de los reales palacios, cada palmo de pared iluminado por una lámpara de aceite perfumado. ¡Palacios de Menelao! Y de pronto digo:

»—¡Leed en los tapices que cuelgan de los muros, a la luz de las vacilantes lámparas, cuyas llamas se asustan de los héroes y de sus corceles, las hazañas de Menelao!

»Me quito la roja capa de los días de fiesta, tejida en las largas tardes del verano por mi madre Euriclea, y la tiendo en el aire, solamente un instante, para que el público pueda ver la sangre relampagueando en las batallas. Y la dejo caer en los

escalones, detrás de mí, como si depositara una sombra terrible en el mármol. Callo un momento. Bajo dos escalones oblicuamente, con la cabeza inclinada; dejo a mi mano derecha jugar con mi pelo, apartándolo de la frente. Suspiro, quizás enamorado:

»—Siervos de amor, mirándose a los ojos mientras beben, vacían de vino perfumado gemelos vasos de oro.

»Así inicio el relato de las solemnes bodas de Menelao y Helena. Que este Menelao que patentiza esa moneda, posadero, fue casado con la más hermosa de las mujeres. Despacio, despacio, jugando con la cadena de bronce que llevo al cuello, me voy acercando a donde están las mujeres, y cuando estoy frente a ellas, como despertando sobresaltado de un sueño, con palabras apasionadas, como si me viera obligado a contar cómo es Helena antes de que huya para siempre a torres coronadas de tinieblas, digo cómo tenía el cabello, e inicio una tímida caricia a la cabecita perfumada más próxima a mi mano; alabo los ojos celestes, y busco con los míos, como el perdido en la oscuridad una luz amiga en lo lejos del bosque, los más hermosos entre los que me miran. Cuando digo del cuello, aprieto en el mío, tostado por el aire marino, la cadena de plata, y levanto soberbio la cabeza, como el macho de la garza cuando canta o muere. Aparto mi mirada honesta de las mujeres para elogiar los pechos de Helena, y me salen fáciles alegres comparaciones con manzanas, palomas, peces que saltan en el estanque y melocotones rojizos de septiembre, y cuando me vuelvo a dirigir a ellas, siempre encuentro a algunas de las más jóvenes con los brazos cruzados sobre el seno. Canto los tobillos de Helena, y se oye el tintineo de las ajorcas de plata en los de las hijas de ricas casas, como entrando al baile. Y finalmente busco el rostro de una mujer de madura edad que todavía sea hermosa, y mirándola fijamente me retiro poco a poco, subiendo dos o tres escalones, y pausadamente, y como hablando para mí, exclamo:

»—Ese fuego que todavía no aprendió a morir y amor se llama, saben alimentarlo igualmente la rosa que nació esta mañana, y la seda antigua perfumada con membrillos en el armario doméstico. Y cuando Helena cumplió los cuarenta años, se dio cuenta de que todavía tenía en su corazón carbones que no habían sido encendidos nunca.

»La hermosa señora desconocida se ruboriza bajo mi mirada, y yo me estremezco de placer y de orgullo.

Ulises se acercó a Alción y le golpeó cariñosamente la cabeza con el puño cerrado.

—¡Somos fecundas viñas, piloto!

—¡Por fin se oye retórica en este erial!

—Sé decir —continuó Ulises, apoyándose en la mesa de los atónitos bebedores —, sé decir, subiendo las escaleras, como alejándome de la gente, como llevando conmigo la historia que estaba contando, que en tal reino vivían en paz, y los basileos

se amaban y tenían hijos, rebaños, naves, trigo y noticias de remotas naciones. Y de pronto, cuando más calmo e indiferente discurro, como ciervo descubierto en el bosque encharcado de las recientes lluvias por la ladradora jauría, raudo desciendo a brincos las escaleras, y hago que me refugio en el corro, entre los adultos paternos. Y cuchicheo entonces, con el miedo posado en el semblante:

—La peste llega a la Élide en ese navío. Nadie la ve. Es una sombra reptante y viscosa, escondida en el sudor de la mano de ese forastero que sube del muelle a la posada de la ciudad, abanicándose con su sombrero verde, pide un jarro de vino fresco y entrega una moneda de plata con la efigie de un rey antiguo. Sale a escena la muerte. Puedo decir cómo cae el posadero cubierto de pústulas junto al brocal del pozo, intentando gritar que tiene sed. De la faja del posadero avaro han caído las monedas, todas las monedas del mundo, que ruedan por el piso de mosaico, y frente a sus ojos, repentinamente cubiertos de legañas amarillas, se detiene, mostrándole el perfil del coronado, la moneda fatídica. Menelao estará viendo cómo mueres, posadero.

Reían Alción y Ulises contemplando al posadero sorprendido y titubeante, con la moneda en la mano.

—Hablar de la peste por farra no es de mi gusto —dijo por fin.

Los bebedores eolios se pusieron de pie, y sin soltar los jarros se acercaban a la puerta.

—Anunciaré entonces que ha llegado Paris de Troya.

—Eso fue verdad —dijo uno de los bebedores—. Yo me llamo París. Ése lo hubo.

—Ha llegado Paris de Troya. Su alma es pura como fuego de roble. Pero le ha sido dicho: «Tuya será la hermosa entre las hermosas». Tiende Paris la mano en la penumbra como un mendigo. Las mujeres todas del mundo están en las terrazas, y se asoman para ver al forastero de alegres rodillas, de sombrero de encaje, de espuelas de oro, de ensortijadas manos, de caballo alazán que salta desde el velero de tres palos pintado de púrpura al mármol del muelle. En aquel mismo instante todos los maridos son cornudos. Helena deja caer un pañuelo, una mariposa. Yo lo recojo, como Paris de Troya lo recogió, y lo oculto en el pecho. Subo solemnemente las escaleras que conducen al salón del trono, y cuando voy a entrar en él, me vuelvo hacia el público atento, y anuncio:

—Mañana revelaré el secreto de los ardientes amadores, y cómo huyeron por el mar, en la noche.

Alción le ofreció vino a Ulises, quien bebió de golpe todo lo que quedaba en el jarro.

—Paris —dijo Alción disparando con el índice y el pulgar por la abierta ventana un hueso de aceituna— robó a Helena. Pero no la robó solamente a Menelao, que pasaba por ser su dueño. Me la robó a mí también, Alción, y a Ulises, hijo de Laertes.

—Sí —completó Ulises—. Así es. El polvoriento corazón, en las silenciosas horas nocturnas, despierta, y de la aljaba saca la flecha y tiende el arco. Ha comenzado, oyentes, la guerra de Troya.

—Hace años —dice uno de los bebedores—, pasó por aquí un anciano mendigo. Traía sujeto con fuerte cadena de hierro por el purulento hocico un toro viejo y esquelético, la piel llena de mataduras y llagas. Se puso a gritar en la plaza: «¿Queréis oír a uno que viene de Troya?».

—Nadie le hizo caso —comentó el tabernero—. Avisaron al estratega del bizantino, que estaba viendo cómo herraban los caballos de la brigada albanesa, y mandó recado que lo echaran de la ciudad. Se despiojaba en el muelle, junto a la fuente. Días después apareció el toro muerto en la playa, traído por la marea, hinchado y putrefacto. Bajaron los buitres del monte al arenal, a devorarlo.

—El viejo le salía a la gente a los caminos, gritando:

—¿No me conocéis? ¡He regresado de Troya! ¿No es este el noble reino de Argos?

—Se confundía de provincia. Alguien lo mató de una pedrada. Dijeron que estaba leproso.

—Es una eximente —aclaró el eolio que se había examinado de escribano. Bebió paladeando y posó el jarro en el suelo.

—¿Tenía una gran cicatriz en el rostro, de mejilla a mejilla, por entre nariz y labio? —preguntó Ulises—. ¿Llevaba colgándole del brazo izquierdo un viejo casco militar de hierro? ¿Se golpeaba las rodillas al hablar?

—Tal como tú dices —confirmó el posadero—. ¿Lo conocías?

—Míralo en esta otra moneda. Míralo bien. Se llamaba Agamenón. Fue rey en Argos.

El posadero se acerca a la puerta para ver en la moneda el rostro de Agamenón. Es un perfil aquilino y barbado, y corona de nueve puntas le ciñe el rizado pelo. Los cuatro bebedores eolios y un niño que entró jugando con un gozquecillo, miran por encima de su hombro. Ulises acerca al fuego con el pie dos leños que, medio consumidos por las llamas, han rodado en la piedra del hogar. Entra la mujer del posadero, descalza, con una herrada llena de agua en la cabeza.

—¡Ave María!

Es una muchacha sonriente, con grandes aros de bronce en las menudas orejas. Ulises le ayuda a posar en un vano, al lado de la ventana. Con el blanco molido la mujer se seca el moreno rostro y las manos.

—¿Cómo te llamas, joven señora?

—Nombre de isla tengo: Citerea. ¿Eres marinero?

—Lo seré de corazón, amiga.

El posadero, guardando la moneda de Menelao en la faja, brusco y celoso, ordena

a la mujer:

—¡Corre a darle de comer a las gallinas!

—Lástima que el discurso no fuera en la plaza, con mujeres —comentaba Alción—. Eso de buscar el rostro de una mujer madura en medio de la comedia, eso, Ulises, me gusta. ¿Quién te lo enseñó?

—Poliades. Lo tenía del teatro.

La joven Iris tomaba lentamente, a viento contrario, la salida del golfo de Ciparisia. La hoz de amarilla arena de las playas brillaba bajo los rayos del sol poniente. Acaso un gigantesco segador la posara en la ribera, aguardando julio y las mieses.

—¿Y cómo reconociste a Agamenón?

—Mis maestros me han puesto en el corazón el eco de los cantos antiguos. Alción, no hay tiempo ni lugar, solamente hay música. Si en la cítara salta la cuerda prima, yo sé que ha muerto en aquel mismo instante un joven heredero de pálido rostro, que corría el bosque entre rabricortos ladrones, y digo su nombre.

—¡Dilo, por favor!

—¡Ulises de Ítaca!

—¡Eso no, amigo, mozo mío, bandera nueva! Si quieres te lo digo abrazado a tus rodillas: ¡que los ángeles te guarden por muchos años con lanzas de oro!

IV

La goleta se quedaba sin viento, saliendo del golfo, bajando a doblar los cabos de Grecia. Los días se sucedían iguales, con meridiana visita de gaviotas. Al atardecer se levantaba brisa de Poniente, y entonces Alción, desplegadas todas las velas, conducía mansamente *La joven Iris* mar abajo. El cielo se encapotaba con blancas y algodonosas nubes, y alboreaba siempre con niebla baja y calma, madre de inmenso silencio. Pero en las primeras horas nocturnas se asomaban a sus ventanas las claras estrellas. —

Aún no dejamos Citerea al Nordeste —decía Basílides.

—Tiene nombre de mujer —ensoñaba Ulises.

—Aún está ahí la isla. Si despertase ahora mismo el cuarto cuadrante, en una hora veríamos luces en la ribera.

—Antes de ver las luces, nos saludaría el aroma del azahar —comentó Alción.

—Cuando yo fui más allá de las Columnas —dijo Timeo—, estuvimos un mes sin brisa. El patrón, que era alejandrino, sacaba por dados el albur de los vientos, pero estos no acudían. Era negro, con la distracción de que cerraba los ojos de abajo arriba, que tenía mudada la colocación de los párpados. Ponía de testigos a sus oscuros dioses, y mandaba a la tripulación que cada uno rezase al suyo.



—¿Y tú, Timeo, a quién rezabas? —preguntó Ulises.

—A san Miguel Arcángel. Soy cristiano latino, y fui dado a criar por madre que no conocí en los Donados de San Miguel, en Palermo. Es una casa grande de dos huertos, el uno de verano y el otro de invierno, y todo anda allí por palmadas de preceptores. El que está junto al reloj da la primera, y los cabos repiten. Cuatro y

luego dos, es fajina. Tres y tres, clase de remo. Nos ponían en grandes bancos, de cuatro en cuatro. Los mayores estudiaban náutica por Salamina y trirremes, pero cuando salían titulados no los quería nadie, que iban anticuados, habiéndose inventado ya en navegación el arte redonda. ¡Podía contaros mi pobre vida!

—Si te apetece confesar en voz alta a la oscura niebla, hazlo —dijo Alción—. Yo soy también muy devoto de san Miguel Arcángel. En Candía, cuando descansaba en casa de León Leonardo, solía subir al convento por oír música, y sobre todo a un monje tiple, un gordo de barba engomada que imitaba la flauta, y en la iglesia estaba pintado en la pared un enorme Miguel atravesando el dragón con larga lanza. El dragón tenía rostro humano, y por el ojo derecho vertía una gran lágrima azul.

—A lo mejor —comentó Basírides— tenía familia y dejaba menores.

Timeo se sentó en la escalerilla de popa. Era pequeño y moreno, y tenía todo el aire del morisco. Perezoso y hambrón, al piloto Alción le hacían reír sus súbitas hambres; saciadas estas, *Timeo* dormía muchas horas seguidas con la lengua fuera, una lengua canina, suelta y colorada, que latía al ritmo del respiro.

—Mi joven perro *Timeo*, hablador —dijo una vez Alción.

—El piloto alejandrino de los párpados mudados meditaba asomarse a las Afortunadas, para un trato de cochinita, que el Basileo de Bizancio quería poner en rojo siete batallones en Aleppo, y no daban teñido en Constantinopla. La emperatriz quería vestir la tropa ligera de verdemar, pero el Basileo opinaba que el rojo es más castrense y da más posesión de la tierra frontera. Era el piloto un hombre muy alto, negro azulado, y atendía por Lisardo. Decían que matara dos mujeres, y que por eso no podía tocar en Génova. El mundo se había quedado aquel junio sin vientos. Se acabara el tocino, vermiceaba la galleta podre, y el agua andaba por ración. Un portugués pescaba corvinas y mascaba la carne cruda; yo lo imité. Era un agua dulce, sabrosa cuando te acostumbrabas; lo más parecido a ella, la horchata de chufas cuando no está fría. El señor Lisardo sacó una piel de cocodrilo y la regó con la poca agua dulce que quedaba en las pipas. Un maltés sediento, como todos los de esta nación, que dicen tienen los humores salobres, quiso impedir el despilfarro, pero el machete del alejandrino voló desde la vaina, en silencio. El señor Lisardo, tan tranquilo, se puso a regar la piel del cocodrilo con la sangre del maltés. Forzudo era, bien se vio. Lo cogió por los pies, lo izó y lo sacudió; la tajada había sido en el cuello, sobre la nuez.

Si no fuera que algo impone la muerte, da gusto un chirlazo así, de media cuarta, nacido de un relámpago.

Con el dedo índice de la diestra, *Timeo* señalaba en el cuello la herida mortal del maltés.

—¡Y qué abierta!

—Nada puede competir en hermosura con la boca triangular de una punta de

flecha de brillante bronce. Si entre filo va suave y abierta la curva, esa punta no dejará salir más que dos o tres gotas de sangre. Grandes héroes de pasados tiempos han muerto así, honestamente. Y si pasadas meditabundas horas retiras dulcemente la flecha que se mece en el pecho del yacente varón, le quedan a la herida abiertos labios humanos, con los que si el alma quisiera, podría decir adiós a los vivos.

Esto dijo Ulises, algo pedante, pero Timeo seguía asombrado de la herida que acabó con el maltés.

—¡Chas! ¡Del revés! Todos callábamos, asustados. Siguió regando hasta que se acabó el agua. Dijo, con voz tranquila, con la misma voz con que contaba por los dedos la ganancia de la cochinilla, que al día siguiente habría viento por fuerza, y que lo mejor era que nos encerráramos en nuestro cuartel. Yo estaba reacio a bajar, pero el negro Lisardo dio dos palmadas, impaciente, y tendría yo en el espíritu la obediencia acostumbrada al palmo desde mi infancia en los Donados de San Miguel, que sin darme cuenta fui el primero en irme al rancho. Nos cerramos por dentro. Los griegos se pusieron a rezar letanías en un rincón, y el portugués se quejaba de que con tanto kirie no le dejaban escribir a la familia una dolorida despedida. Sacara de la maleta esbelta pluma de ganso, y mojaba en un calamar que tenía en un plato. Yo me tumbé a dormir. Soñé con machetes que volaban.

—Lo propio fuera abrir por el ojo de buey un paso, por si al fosco le daba por quemar la nave. Ya se vieron otros.

Esto dijo el taciturno Antístenes, un cirenaico de larga trenza, que llevaba en aquella cuarta el timón.

—Me despertó el súbito temporal. Se oía la voz del viento, la voz ancha y clamante que tiene el oeste. El velero era un bergantín pesado, poco marinero, y se balanceaba, girando en un remolino, desnortado, y entre balances cabeceaba terco, que parecía irse a pique, ya de proa, ya de popa. Difícilmente logramos subir a cubierta. ¿Dónde está el señor Lisardo? Gritábamos por él en bizantino y en franqueza, pero nadie contestaba. Abatimos velas, y el portugués se fue al timón. Se pusiera mucha mar, y venía de fondo levantando montañas verdes que rompían estruendosas y baldeaban de babor a estribor. Una ola se llevó al griego más joven, y los otros se pusieron a llorar.

—¡Un caballo! ¡Traedme un caballo para galopar en seguimiento de ese doncel malogrado! —se dolía a gritos el griego más anciano, abrazado al mayor, atándose para no seguir el mismo camino en el regazo de la nueva ola.

Gracias al portugués, salvo la misericordia de Dios que está siempre con los pies sobre las tormentas y las calmas, enderezábamos y nos teníamos. Soltamos algo de trapo en el trinquete, y salimos de remolinos. Capeamos durante dos días aquella voz oscura y salvaje, con frío, hambre y sed.

—Chupen la solapa de la chaqueta —nos recomendaba el portugués—, que

siempre hay ahí algo de manteca.

Al fin amainó, y según el portugués estábamos yendo sobre Cádiz. Osamos ir a la cámara del señor Lisardo. Hubo que hacer saltar la cerradura. Encima de la cama estaba la piel del cocodrilo, y en el suelo la cabeza del alejandrino, con los ojos abiertos. La cabeza nada más, nada de cuerpo; la cabeza cortada a cercén. El portugués aseguró que comiera al señor Lisardo el cocodrilo. Se acercó a la cabeza de la piel, que abría con todos los dientes, y de los caninos izquierdos sacó, con la punta de la navaja, un botón de plata de la camisa del señor Lisardo con un pedacito de tela. Estaba probado el horrible suceso. El portugués dijo que le tocaba a él el bergantín, por gastos de salvamento, y que nos despacharía a la vista de Cádiz, a partes iguales del numerario que se encontrase en la cámara del señor Lisardo. El portugués se llamaba Tristán, y tenía la navaja en la mano. Yo estaba hambriento y asustado, metido en un rincón. Nos liquidó a nueve monedas a cada uno, que resultaron ser ángeles marinos, ley mejorada, y uno de los griegos dijo que corrían en Medina del Campo, donde estuviera a vender unas piezas de púrpura de Tiro. Nos dimos por satisfechos, y viéndose Cádiz a proa, el señor Tristán, que ya usaba las pamelas del difunto Lisardo, nos metió en la lancha de a bordo y nos despidió con cariño, diciéndonos que no se paraba a más ceremonias porque quería llegar a Lisboa antes que la carta que escribiera la víspera del temporal, con tristes adioses a su señora esposa y a una sobrina carnal que tenía, menina Dorinda, muy celebrada por bailarina en la Corte.

—¿Y por quién mandara la carta? —preguntó Basíledes *el Cojo*.

—No había caído en ello —dijo Timeo golpeándose el pecho—. ¡Fue burla del señor Tristán!

Reían el piloto y los tripulantes de *La joven Iris*, pero no Timeo. El siciliano puso sus dos manos en los pies de Alción.

—Amo, me gusta que estés sosegado, esperando a que los vientos vengan de propia voluntad.

—Los vientos, Timeo, son gentes muy libres, fanfarrones señores, y alguna vez grandes, asombrosas justicias. Yo les pido humildemente que despierten y se levanten de sus secretas camas, y paseen por las alamedas y las marinas, charlando a grandes voces o soplando cañas de agudo silbo.

—En mi rostro —dijo Ulises— está tropezando ahora mismo la punta de la capa de uno de esos magníficos señores de que hablas. Es seda fresca.

Alción se levantó y mojando en la lengua el dedo índice de la mano diestra, ilustrado con tres anillos de oro y un sello de bronce, buscó el hilo de la brisa. Sonrió, y se santiguó.

—Está despertando Bóreas, gran parlanchín, fecundo padre, intonsa cabellera.

V

Atrás quedó la rosada Citerea, y doblados fueron los tres osados cabos de Grecia. Cesó de soplar el norte, acaso porque se le desataron las sandalias y se detuvo en la carrera, pero acudió puntual el lebeche.

—Vamos por aguas fértiles en sirenas, y todo el que tiene orejas puede oír en la noche la bocina del tritón.

—En Mesina, a la puerta de la catedral, pide limosna aún hoy un anciano marinero al que le falta un brazo, el brazo derecho. Le salió una sirena en Matapán. Se acercaba en una lancha a tierra, desde un galeón del Bizantino, a decirle al guarda de la atalaya que tenía que poner con potasa y plomo azul la hoguera durante siete días a partir de la primera luna de abril, que pasaba una infanta de Constantinopla a aprender a colocar el sostén del pecho en casa de la señora duquesa de Amalfi. En aquella moda, en Constantinopla, todo era apretarse con lanas, ceñirse hasta el cuello, y se aplastaban los senos, por muy mozos que fueran, y los caballeros andaban retraídos de las damas nobles, y se iban a los arrabales, donde las tejedoras y las floristas andaban con las blusas abiertas y los pechos sueltos. Esto explicaba el manco, que era algo letrado, y anunciaba como ayudante de cámara noble los títulos de los dadivosos. Yo iba a la anochecida a echarle un parrafeo, una temporada que estuve allí vacante, porque a él no le gustaba la mortadela pimentada de las limosnas, y me la tenía aparte, envuelta en un papel.

Timeo, contando de la mortadela, acariciaba los labios uno contra el otro.

—Digo que me contaba que le saliera la sirena, y se puso a enamorarlo con dos cantos, el uno alegre y el otro triste, y con irle relatando de jardines de abajo, vino espumoso y besos. El marinero, señor Andrea, nunca tal oyera tan cerca, y ella desnuda. La sirena se encaramaba por la proa, y le pedía al señor Andrea que dejase el remo y que la rascase suavemente en una paletilla.

»—Abajo —le decía la sirena mientras la rascaba—, me suelto de la cola y me hago tres hermosas bailarinas.

»El señor Andrea seguía rascando, rascando, y le venía de las uñas al corazón un inquieto sofoco. La sirena juntaba las manos palma con palma, y apoyaba allí la carita redonda. Aparentaba catorce años, aunque el señor Andrea se fijó antes de entrar en calores, y vio que un lunar con hebra que tenía junto a la oreja, lo había cano. ¡Quizá pasaba de los noventa! Y el señor Andrea no sabía dejar de rascar, y ya se le iba olvidando el recado del imperante, que era de tanta prisa y ceremonia. La sirena, creyéndole en el saco, le dijo, melosa, que si no quería últimos tratos, que también lo apreciaba para rascador, y que lo ponía de oficio en su misma cámara, de

por vida.

»—¡Me basta con tu brazo y tu mano! —dijo la sirena.

»Y fue entonces cuando al cristiano Andrea se le pasó por la vista la mujer con el hijo, un mamoncete terco, porque quería imaginar cómo mandarles los ahorros que hiciese en la plantilla de la sirena, titulado de rascador; pero le pasaron por la vista la mujer y el hijo, y en el relámpago aquel de sonriente amistad que no pudo evitar, le salió de los labios un «¡Virgen María!» tan sentido, que la sirena sobresaltada cayó de la proa al mar. Eso sí, llevándose pegado a la paletilla por las uñas, el brazo del señor Andrea. Y fue suerte que salía el farolero de la atalaya, viendo cómo se demoraba y la lancha del señor Andrea al garete, y llegó a tiempo de vendarlo y que no se desangrase. Curó y regresó a su casa, con el dolor de aprender que la mujer y el hijo se quemaron en un incendio. Siempre que venía arzobispo nuevo a Mesina, se hablaba de poner de pensión al señor Andrea y de colocar un brazo de plata en el altar mayor.

—Yo quisiera escuchar sirenas más nobles, de las que solamente una palabra es la tempestad, dos la locura y tres la muerte —dijo Alción.

—En mi país —dijo el cirenaico Antístenes— las hay, en las costas bajas, que te engalanan con tus días infantiles. Te preguntan si te acuerdas cómo eras cuando tenías diez años, y te hacen ver tu figura corriendo, pellizcando un racimo de uvas. ¿Y cuándo tenías siete? ¿Y cuándo tenías tres? Y así hasta el día que naciste, y entonces curioso quieres ver, y oyes un gran lloro, y eres muerto. Los que encuentran tu cadáver, aunque tengas cincuenta años en la ocasión, comprueban que no te han atado el cordón y no tienes ombligo, que te cuelga la tripa gangrenada... Y se sabe así que has muerto de sirena memorante.

—Yo quisiera estar solo cuando oyese la sirena, y ver en sus palabras todo lo que está oculto. No me importaría perder la vida, y menos que la vida la mocedad —dijo Ulises.

—Eres tan orador —comentó Basíldes—, que te haces vanidoso.

—Basíldes, amigo y maestro de nudos, humildemente te declaro que amo la gloria. Quisiera regresar a Ítaca y que se oyesen entrechocar colgadas de mi nombre preciosas medallas con altivas leyendas, pero podrían regresar mi nombre y las medallas sin mi joven y tan poco usado cuerpo, y también sería hermosa cosa. ¡Volver en un canto! No temo las sirenas, amigos, y ando con pies de lana, atento oído.

—En Irlanda —dijo el celta Gallos sacudiendo las largas medias negras que usaba y que había estado espulgando a sotavento— estarán a estas horas cinco o seis reyes caminando la selva, esperando oír al ruiseñor.

—Si gastaras medias blancas —comentó Antístenes—, espulgaras más fácilmente. ¿Y qué se les pierde a cinco o seis señores reyes con un ruiseñor en una

selva?

—Para poner en hora el reloj de verano de la isla. El rey que primero escucha el ruiseñor pone la hora una, y todos han de conformarse con ella, y el verano lleva el nombre de aquel rey, Fion, Piasta o Arturo, y el rey de la hora es sagrado mientras no se vaya el dulce visitante que ablanda las noches. Nadie le mueve la guerra, y anda desarmado con sus arpistas por los valles. Si el verano fue de nieblas y cayó pedrisco, entonces el rey va a juicio. Yo vi degollar en Tara al rey Achy, acusado de sequía. Se había muerto el trébol en las colinas. Lo más de mi país son trebolares y junqueras, y no hay montes. En el trebol canta la oropéndola, en las junqueras vuela el faisán, y en el monte despierta el alba la roja perdiz. El país es verde y tiene la forma de una hoja de manzano. Hay muchos jóvenes príncipes en mi país, Ulises, que te hubiera gustado conocer. ¡Algún día te contaré la vida de Amadís!

—Lo oí citar en Ítaca a un pequeño cantor ciego.

—¿Estaba solo Amadís?

—No, iba en una nave con fatigados compañeros.

—¡Quizá viniese de Avalón, de inventar colores de banderas! Cuando desembarca se quita la gorra, se vuelve hacia el mar, y lo saluda, respetuoso.

—¿Qué le dice?

—¡Adiós, robusto tejedor!

—En mi lejano país —prosiguió el celta— vivimos en aristocracia, cubiertos con redondos gorros de piel de nutria en la cabeza cuando estamos en casa bebiendo cerveza, pero no salimos al campo sin tocarnos con casco de bronce adornado con plumas gallináceas y sin empuñar la lanza de fresno. Vamos por familias a las batallas, con cornamusa y a tambor, y cada reino lleva a la guerra las campanas de sus iglesias, y los libros santos, encuadernados en labrada plata. Cada siete años, a lo menos, hay una batalla. Los ciervos nos contemplan con ojos tristes, y no se asustan si vamos a beber a sus fuentes. Mi padre, el rey del bosque de Firín, fue una gran lanza. Nuestro dominio era un prado a dos manos de un río y un castañar subido a una colina. En lo alto de la colina, en otoño, hilaban hadas, Ulises. Se sabía porque en invierno siempre hallaban los pastores hebras entre las rocas. Pero lo más de nuestro reino era el camino que lo atravesaba y pasaba el río por el vado del Tejón Albino. Mis anteriores pusieran allí pasos de piedra, grandes y redondos, doce en memoria de los doce apóstoles. No cobrábamos portazgo ni peaje. La gente pobre pasaba libremente y aun podía meter la mano en un saco de castañas asadas que estaban en la puerta del reino, pero los señores tenían que entrar en nuestra casa. Tenemos ceremonias, quizás no tan antiguas como las de los helenos, pero sin duda tan respetables. El pasajero tenía que llamar por tres veces a la puerta antes de que se le preguntara quién era y qué quería, y conocido, se le pasaba a una cámara en la que había una palangana, y se le lavaban los pies con jabón de nuez, que es el gran

amolecedor de callos, y descalzo pasaba a saludar a nuestra señora tía, doña Viviana, que fue por quien le vino a mis abuelos el reino, y la anciana dama daba media hora de conversación sobre genealogías y como iba de lluvias el año, que no se comparaba con otro. El ir descalzo el visitante era porque mi señora tía no soportaba el rinchar de los zapatones de tres suelas que usan allá los gentileshombres, que se le ponía dentera con el crujido. Muchos grandes de Tara, el Denegal y el Derry murmuraban de aquel retraso, y se quejaban de que dama Viviana no muriese, y hablaban de hacer a escote un camino que no pasase por el bosque de Firín, y buscarse el mar dos leguas más abajo, aunque hubiese que hacer un puente, cosa esta última nunca vista en Irlanda. El primer puente que yo vine a ver fue el de París, e iba en lancha, y metí la cabeza entre las piernas, no la estrellase contra el redondo arco.

—Los griegos antiguos fueron reacios a construir puentes porque creían que los ríos eran dioses —advirtió Alción.

—En Irlanda a los ríos, en las canciones, se les llama perezosos hijos de las fuentes, y los niños, con varas de avellano, intentamos apresurar su paso en los vados. Pasó que los grandes viendo que doña Viviana cumplía los ciento y más años y seguía pidiendo saludos de transeúntes, llenaron un caldero con monedas variadas y pagaron a quienes abrieron un camino por la banda derecha de nuestro reino. Mi padre iba, por no ser sentido, saltando de rama en rama por el bosque de Firín a ver los zapadores, y por distraerlos que no siguiesen cavando, imitaba con su flauta aves exóticas que representaban una comedia; había marido y mujer, un elegante mancebo con sombrero de paja y una vieja coja que llevaba recados. Los zapadores se sentaban a la sombra de un castaño y escuchaban complacidos. Porque no se cansasen de la representación los jornaleros, mi señor padre introducía novedades, como soltar un gallo que se le escapaba a la mujer cuando ya lo tenía muerto y lo iba a desplumar para asarlo, y los oyentes corrían tras el gallo y lo cogían, y cocinaban y comían ellos, y porque mi padre oyó a uno de los zapadores que le gustaría ver al mancebo de los requiebros, me mandó llamar, que fuese por las ramas más altas, y llevase puesto un vestido de cazador que me habían comprado en Cork, con jubón con capucha, todo verde a no ser las bocamangas que eran carmesíes. Y llegando a donde estaba mi padre oculto, me dijo que de mañana, porque no fuesen los obreros al tajo, que yo saldría en columpio, con la birreta en la mano, y haciendo que miraba por donde andaría doña Ginebra. Para figurar más caballero, me haría un bigote de crines rubias. Y así fue, y salí columpiado, y con la ayuda de una cuerda, subía el columpio por encima de las altas copas, y yo gritaba alegre, en fa natural, que me daba mi padre con la flauta la nota, preguntando por dónde andaría con sus enaguas blancas buscando tréboles de cuatro hojas doña Ginebra. Y en estos vuelos andaba cuando de la banda del mar de Gaula se oyó respuesta de enternecido acento.

»—¡Aquí, amigo, con el corazón entreabierto! —dijo la voz.

»Y yo no sé qué viento tiró de mí, que me solté del columpio y me fui volando, volando, hasta el mar. La voz aquella me arrastró con sus gentiles manos. Caí en el mar, con tan mala suerte que llegaban unos piratas a robar potros. El primer potrillo que cayó en sus redes, fui yo, el locuelo Gallos de Firín. Y fue así como salí de mi patria y rodé mundos. Y el error de mi padre fue buscar el nombre de una dama que había, doña Ginebra, y que por un casual estaba a ocho leguas buscando los tréboles de cuatro hojas de septiembre, que son tan afortunados. Si hubiera dicho en mi papel nombre de otra que no hubiera, Gardenia o Colombófila, quizás estuviese de columpio todavía el pequeño cazador, divirtiendo a los vagos zapadores de Irlanda.

Gallos se ponía lentamente las calzas, cuidando de que la costura le cayese derecha en las pantorrillas, y sorbía, suspirando, dos gruesas lágrimas.

—¿Habrán hecho el camino nuevo? ¿Vivirá mi señor padre y estará en el bosque por si viene vespertino el ruiseñor? ¡Me gustaría estar oyendo desde la puerta de la cámara de doña Viviana cómo mi señora tía le dice, con su vocecita temblorosa y tan muerta de frío que dan ganas de abrigársela con una pelerina de Florencia, al lord de Balbordo, don Faustino O'Donnell, que salvo el día de la Encarnación del Señor, que fue soleado, no paró de llover desde Año Nuevo! Don Faustino tiene un gran juanete en el empeine del pie izquierdo, siempre morado, y al sentarse lo esconde tras los flecos de la butaca, que no se lo vea mi tía, de la que siempre anduvo algo enamorado, pese a los tantos años...

Gallos rompió a llorar, al fin, desconsoladamente. Ulises le daba palmadas en la cabeza.

—¡Buscaremos en Constantinopla nave que vaya al ámbar, y te dejaré en tu país, donde tu río natal encuentra el mar! ¡Me gustará oír en la noche el rumor de las grandes ramas del bosque de tu reino!

—¡Ay, yo aquí, y quizás el verano que se acerca va a llamarse en Irlanda verano del rey Lanzarote de Firín!

Corrió *La joven Iris* un fuerte temporal, avanzando por levante de Creta vientos del segundo cuadrante, que racheaban violentos, con la voz oscura. Espumeantes olas visitaban la cubierta, y Alción temía que entrara agua en la bodega en que iban correctamente estibados los serones de higos. Creían a la vez el viento y el mar, y no se sabía quién empujaba a quién.

—¡Es la bestia loca! —gritaba el cirenaico Antístenes al mozo Ulises, haciendo lugar entre dos rachas a su ronca voz, mientras lo ayudaba a izar media vela en el mayor.

—¿Cómo se llama la bestia?

—¡Leviatán! ¡Dios nos asista!

La noche vino decorada de rayos. Alción intentaba llevar la goleta al socaire del cabo Maleo, en el condado de los graves laconios, y cuando se abría una pausa en el desigual combate, se dejaban empopar por aquel aire caliente. Al alba, por entre cortinas de gruesa lluvia, se encontraron resguardados en la bahía malea. Alción, oyendo caer el ancla, sonreía.

—El hombre ama posar la cabeza en el amplio regazo de la tierra. ¿Qué has aprendido, fatigado laértida?

—¡Cuán ricos y valerosos son los hombres, Alción! ¡Permíteme que con mis manos húmedas puestas en tus rodillas, agradezca las voces tuyas que llegaron a mis oídos en el fragor de la tempestad! El piloto Foción me decía que el mar no es de los osados, sino de los tranquilos resueltos.

—Yo acostumbro a pensar en otra cosa. Ya sabes, laértida, que no vengo de los más ricos de Ítaca. Nunca tuvimos bueyes propios, y nuestro prado más fecundo lo teníamos en arriendo de un soberbio señor que nunca había subido a él a ver nacer la manzanilla en primavera. Yo amaba aquel prado más que amo ahora el mar. Mi padre decía, quitándose el sombrero de paja y limpiándose el sudor con un pañuelo de hierbas:

»—¿Segaremos algún día prado propio con guadañas propias, Alción? ¿Tendremos en propiedad alguna tierra más que los siete palmos de sepultura en el rincón del camposanto?

»Ante mí desplegaba el prado el mapa de las gramíneas: las setarias con sus altivos panizos, el antoxanthos perfumado, el milio que abre en julio hermosas sombrillas para los grillos cantores, la inquieta cola de gato del fleo y el pompóm de cola de liebre de la dulce lagura. Y la avena fatua, y el holco, que si niño haces por juego un jardín en la ribera de un canalillo, y lo plantas con varias hierbas y florecillas, se te ocurre, viéndolo en junio con las pequeñas flores rojas por entre la espesura foleal de las ramillas, que puedes poner un naranjo cabe el portillo.

Distinguía los bromos de las festucas, y tumbado en lo alto del prado, se asomaban sobre mi frente las colgantes espiguillas del bromo estéril, que nacen verdes y mueren dulcemente azules... Dijeron que los griegos siempre se hicieron ricos en el mar. Venía Foción de Levante, y traía una pipa de malvasía para los banquetes de Pascua, y se gastaba el valor de un buey en pintar la ventana de Viola y clausurarla honestamente con limpios cristales venecianos. Traía para los prados y los pastizales paternos hierbas de países pastoriles, y yo fui a ver cómo nacía en el campo suyo, allí donde acaba en el alegre regato de las Dos Fuentes, la glicería acuática que trajo de Galias, y cuyas hojas recuerdan las cortas espadas con que salen armados los guerreros en los cantos escolares. Cerró sus campos con la senecio jacobea, suavemente dorada, y el cirsio lanceolado, que si es un rubor pálido en las tierras de poniente, en las islas helenas es rojo como sangre. Le pedí a mi padre que me diese al mar.

»—¡Canta la tórtola en los centenos, terrenal y solar! —me decía.

»—¡Padre, entrégame al mar!

»Y fui del mar. Alquiló mis catorce años un levantino sirio. Era brusco y avaro, pero conoció mi corazón y puso el arte de navegar en mis oídos y en mis ojos. Hombre libre, levanto la cabeza sorteando los vientos. Pero en confianza, Ulises, nunca seré del todo del mar. Fustigo a los quietos terrones, a los lentos agrarios aferrados a un naranjo y a un surco de cebollín rosado, que no osan dejar las rocas que tan sobriamente apagan su sed, pero muchas veces, en las mañanas neblinosas, cuando me asomo a proa a dar los buenos días con amables palabras en las que todavía posa su ala el sueño nocturno, al océano tranquilo, bajo la brétema en vez de agua imagino un enorme prado sembrado de airas y mélicas en el que pacen mil corderos iguales, de blanco lomo. He comprado para mi hermano primogénito dos bueyes retintos y mogones en la ubérrima Sicilia, y en el próximo otoño desembarcaré en Ítaca con dineros para hacer un pastizal en el monte, en las abas donde desde que nace pasea sus rayos el sol. ¡Me encomiendo a san Jorge, que siendo caballero tiene nombre de labrador!

Ulises contemplaba el rostro de Alción, los ojos ratoneros, los gruesos labios, la barba confusa, como si lo viera por primera vez. De reírse con los ojos más que con la boca, tenía media radiante estrella de finas arrugas en el vértice del ojo, desde el frontal a la mejilla.

—Este callo de dentro del meñique —dijo Alción mostrándole a Ulises la mano izquierda— es de cavador de viñas, pero los de las palmas, son de timonel.

Había que reparar *La joven Iris*, asegurar el timón y remendar dos velas desgarradas. Fuera seguía el temporal, y aun en lo más abrigado de la bahía, la goleta hubo de reforzar amarras. Basíledes fue a contratar dos carpinteros de ribera laconios, que llegaron ante Foción vestidos con bragas ovejunas, pidiendo media paga por

adelantado.

—Es para las mujeres y los hijos, que esperan en la playa.

—¿Permitís que les lleve las cuatro monedas de cobre el señor Ulises de Ítaca, noble viajero, que se dispone a desembarcar para pasar el mediodía en tierra?

Los laconios asintieron.

—¿Vendéis en vuestro oscuro país corderos recentales? —preguntó Ulises.

—Hay un rico pastor, un tuerto llamado Eusebio, que los vende a pares para la mesa del gobernador bizantino. Haz como el ilustre señor del bastón, y escoge uno de los que pacen sama en las estrechas playas.

—¡Basíledes, pela negras cebollas egipcias, si aún quedan en la cocina, y vierte lágrimas fieles!

—¿Habrá estofado, mi rey?

—¡Habrá!

Ulises había vestido aquella mañana oscuras ropas. Saludó con la montera nueva, en la que brillaban verdes abalorios. Había cesado la lluvia, y abrían en el cielo grandes vanos azules. El ágil laértida saltó de la nave al rocoso muelle desierto. Su corta esclavina tenía rojo forro de seda, la abrió en dos alas gemelas, por lucirlo. Se dirigió a las mujeres que esperaban en la playa, sentadas en las rojizas rocas. La más joven daba de mamar de blanquísimo y lleno pecho a un hijo oscuro y piloso.

—Os traigo, de parte de vuestros honestos maridos, estas monedas nuevas.

La más anciana de las mujeres, morena y desgreñada, pero dueña de blancos dientes iguales que asomaban por entre los nerviosos labios, hizo cuenco con las manos. Ulises dejó caer en él las cuatro monedas.

—¿No añades nada de tu parte? —preguntó apretando los cobres entre las palmas, y con rápido movimiento escondiendo las manos bajo el delantal de esparto.

—Sí, añadido un real de plata.

Se lo dio a la joven. La fecunda laconia lo miró y besó. Dio las gracias con voz queda, y acarició las mejillas del hijo con el gastado canto del real de Venecia. La pequeña polis de los laconios maleos estaba en el otro extremo de la bahía. Ulises subió desde la playa a un camino carretero que bordeaba derruida fortificación antigua, en cuyas paredes, como en la ciudadela de Ítaca, crecía la valeriana.

El camino iba por entre un bosque largo rato. Cantaba el mirlo y se oía trabajar, impaciente, el pájaro carpintero. Por veces la brisa, abanicando las ramas, hacía caer sobre Ulises gruesas gotas de la pasada lluvia.

—¡Una caricia perfecta para la cabeza de un hombre feliz! —se dijo el laértida, destocándose.

Pisaba la mañana del bosque, pura y rumorosa. Pisaba una gran infancia terrenal y libre, sobre la que bajaban, desde el alegre sol, verdes coronas de ramas. Quería saludar a alguien, pájaro o flor, varón o doncella, caballo o serpiente. Saludaba en su

corazón el orden matinal del mundo. De un ciruelo silvestre salió gozoso un petirrojo chillador.

—¡Tenemos la esclavina los dos con el mismo forro! —le gritó Ulises al avecilla, tirándole la montera.

Pero el pájaro, lacónico al fin, huyó sin responder al saludo... Pocas cosas existen en las que el hombre se reconozca tan libre, rico y fabulante como en un viaje en la mañana, en el tiempo nuevo, a través de un bosque. Y si se oyen aquí y allá fuentes ocultas y una canción lejana de un leñador, entonces los portadores de soledades, por adustos que sean, sienten en los labios mecer una sonrisa, y adivinan que en el principio de los tiempos fueron el bosque y un vago pasajero haciendo senderos entre los claros.

El camino dejaba el bosque sobre unas canteras, y bajaba rápido y sinuoso otra vez al borde del mar. En las colinas abrigadas del norte florecían las viñas, y en la bien curvada meseta se extendían ondeantes centeneras.

—¿Eres forastero, joven señor?

La femenina voz venía de lo alto, de entre ramas de mirto. La muchacha se había subido a un pequeño muro. Asomaba la cabeza, inclinándose sobre el camino, sujetándose con ambos brazos a las ramas. Tenía rizos negros sobre la frente y largo y delicado cuello. Cuando Ulises levantó la cabeza, le pareció que podía acariciar con sus pestañas el cuello del cisne moreno.

—Soy de nación franca, dulce señora. Paso a Constantinopla en una goleta de Ítaca con un recado sellado.

—¿Quieres entrar en mi casa y contar tu historia a una hermanilla que tengo, paralítica entre almohadones?

Ulises tiró la montera a lo alto. La muchacha quiso cogerla en su vuelo, y soltándose de las ramas en que se sostenía, vino a caer a los brazos del astuto, riendo.

—¡No me beses!

—¡Una sola vez!

Se separó y corrió, pero al llegar a donde el camino se parte en dos, uno hacia la polis y otro hacia la torre militar, se detuvo. Tenía el rostro encendido. No era hermosa, pero era alegre y tenía aquel fino cuello, largo, largo...

—¿Contarás tu historia, joven señor?

—La contaré.

Ulises limpiaba con la bocamanga de su jubón la montera, manchada de polvo del camino al caer.

—Pero, honesta dama, mi historia, que es una larga peregrinación, pese a mi parva edad, ¿no dañará al corazón de quien no puede moverse del lecho?

—Le gustará verte entrar en su cámara. Se llama Helena.

—Contaré brevemente, y haré que mis desdichas sean en sus oídos tan livianas

como alas de mariposas blancas.

La muchacha caminaba delante de Ulises con ligero paso, apoyándose graciosa y danzarina en las puntas de los pies, calzados con abiertas sandalias sin cintas. Vestía amplia falda plisada, y de la celeste blusa sin mangas brotaban morenas las dos palmas iguales de los redondos brazos.

La casa estaba a la entrada de la aldea, y se subía a ella por una docena de escaleras excavadas en las rocas. Las enredaderas, podadas en invierno, y dormidas, comenzaban de nuevo sus circulares viajes alrededor de los postes pintados de rojo de la pérgola.

—¡Un joven forastero, Helena!

Y volviéndose a Ulises, apoyando una de sus delicadas manos en el hombro del laértida, pidió:

—¡Joven y cortés mancebo, entra hablando!

Ulises apartó la pesada cortina de lana forrada de plumas. Compuso triste figura y fatigado ademán, con esa facilidad que tienen las mocedades para las inmensas pesadumbres, lujo poético de la juventud, y subió lentamente los dos escalones de blanco mármol. Rápida visitó su lengua húmeda los labios. Tenía la seguridad del tono. La habitación era amplia, y de más allá de la pequeña celosía en la que abiertos alhelíes sustituían bordados visillos, llenando de oro la penumbra, lo saludaban unos ojos curiosos y claros.

—Los que engendrados por reyes destronados, cabalgando los padres en la huida oscuras selvas invernales, nacen en un claro, en lecho de hojas secas, en un alto entre los relinchos de los infatigables caballos de los obstinados persecutores, ¿pueden decir que tiene tal patria? Acaso no. Yo declaro mi nación de prontos francos, en memoria de donde la paterna torre enseñaba geometría a cuatro colinas desiguales, pero las cuatro cereales en la cintura y con esbeltos alisos en la venteada corona. Silenciosa señora, me llamo Amadís. Si supiera que iba a serme concedida tan extraordinaria audiencia, hubiera pedido al mirlo en el bosque de tu país que anidase en la copa de mi montera esta mañana, para que cuando yo callase, porque quizá las lágrimas, fruto de mis desventuras, puedan ahogar mi voz, trinase él mejores esperanzas con la coloreada flauta que acostumbra en primavera su amarillo pico. Me llamo Amadís, don Amadís de Gaula, y mis armas son la pluma negra del ala del cuervo en campo de sínople.

Ulises dejó caer la montera en el suelo, y se desciñó la esclavina, soltando la cadena que se la sujetaba al cuello. La dobló en el brazo ocultando el rojo forro, y todo él en negro, apoyándose en la blanca pared, contó su vida. La vida del señor don Amadís de Gaula.

—Disponían en la cámara más noble de la torre paterna una cuna que balancearía en pesadas medias lunas de plata. Hábiles bordadoras ponían en el pesado ropón que

llevaría el recién nacido al bautismo, lisos y milanos. Al campanero de Gaula, que siempre es un infante rubio que se llama don Galván sin Tierra, le entregaban dos libras de tocino viejo para que engrasase los ejes de las bronceas anunciadoras. Los estrelleros reales dilucidaban agujeros en los planetas. Graves letrados vestidos con felpudas lobas rojas estudiaban en los onomásticos un trisílabo noble, gracioso al oído y significativo. El duque de Mantua salía a los lagos de la marina, arco en la mano, buscando herir en vuelo la prolífica tadorna, con cuya pluma más larga sería escrito el nombre en los anales. Se acercaba el día. La señora reina se sentaba a tres varas del fuego con las piernas separadas, y posaba las marfileñas manos, cuyos dedos cubrían hasta las uñas sortijas con piedras preciosas, en el medrado vientre, buscando transmitir al heredero las mágicas y probadas virtudes de las gemas. Músicos traídos de Cremona de Italia enseñaban canciones a las nodrizas, escogidas campesinas sonrientes, de plácido humor igual y buen aliento. Era el final del otoño, en Gaula. Había en los largos y encharcados caminos hojas secas; cruzaban por el cielo enormes nubes grises, llovía y acaso la lluvia era fría. Ya hacía dos lunas que se fueran a sus terrazas invernales el ruiseñor y el malvís oriental, y sin embargo, quien se detuviese en la plaza y en las calles, en las naves y en los caminos, a contemplar los rostros de los habitantes de Gaula, reconocería en la alegre expectación que los iluminaba, misteriosas vísperas de primavera. La gente rica daba pan fácilmente a los mendigos, que aprendían a sonreír bajo mendadas capuchas, y el vino del país siempre pobre, se había vestido en secreto con el calor del jengibre y el perfume de la canela.

Ulises suspende su relato porque silenciosamente, en las puntas de los pies, entran seis muchachas. Se sientan, apoyando las espaldas en la pared, en la alfombra que hay a los pies del lecho. Una, vestida de verde, se acerca a donde están los ojos de Helena, una suave claridad húmeda. Otra, una niña, recoge del suelo la montera de Ulises, y calza con ella una desnuda rodilla cuando se sienta. Ulises busca sonrisas, pero en la penumbra solamente encuentra reflejos de la luz de la celosía en los cabellos negros, peinados bien tirantes y alisados con aceite de rosas. Piensa, ante el nuevo auditorio, dejar el modo heroico y levantado que traía, y busca en la imaginación un contar humano, libre de los temas y los tropos de las escuelas. Acaso mejor que la historia de Amadís, hubiera sido contar la de un joven señor de Venecia que viaja buscando esposa entre los griegos; hijo de Otelo y de Desdémona, salió a la madre en el color de la piel. Ulises cuando cuenta, está más seguro cuanto más cerca discurre del teatro que le recitaba Poliades. Eurípides había dejado su huella en el gesto y en el lamento. También tenía Ulises, contando, prontos fantásticos heredados de Foción. El difunto piloto, acabando de contar una extraña historia que dejaba incrédulos a los oyentes ítacos, se desnudaba lentamente en medio y medio del ágora, y ya desnudo, juraba.

—¡Un hombre que se presenta ante vuestros ojos desnudo como su madre lo parió ha de ser creído!

Ulises adelantó hacia la cortina y la movió. Entró el sol hasta los pequeños pies de las atentas espectadoras, los acarició y se fue.

—Quien nacía en Gaula, tan hermosamente esperado, era yo. Pero en la semana que precedió a mi nacimiento, vinieron armados ásperos extranjeros que codiciaban nuestras colinas y nuestra selva, y avanzaron en medio de incendios hasta la torre real. El agua que corría por los empinados caminos, en pequeños regatuelos, se asustó de la sangre derramada y se apartó, y había en los caminos de Gaula regato de agua a la derecha y regato de sangre a la izquierda. Traidores entregaron el puente levadizo con señas con faroles e imitando el mochuelo. Murieron los siete paladines dentro de sus labradas armaduras, y mi padre salvó la vida llevando de las riendas una yegua alazana en la que en un colchón de plumas iba recostada mi señora reina. La selva natal abrió para la huida de mis progenitores secretos caminos, en los que el corzo y la liebre tímida se saludaban. Oíamos lejanos los caballos y los perros de los enemigos.

»—¡Señor, es la hora! —dijo mi madre.

»Y nací en un montón de hojas secas. Me han recordado más de una vez fieles escuderos allí presentes que las hojas eran de roble, que difícilmente mueren, y se quiebran antes de podreecer; se quejaron como si las pisase un potro cuando recibieron mi cuerpo. Fui bañado en una pequeña laguna de agua de lluvia y envuelto en una manta militar. La reina murió antes de que los presurosos palafrenes salieran de la selva para campos de reyes amigos, y el rey, dejándome en las manos de leales criados y en la ubre dulcísima de una cierva, bajó la visera de su casco de Milán, adornado con la piel del áspid y su diente, y regresó a la batalla, lentamente, silenciosamente, lanza en ristre y roto el corazón. Puñales mercenarios escondidos entre los helechos y las zarzas alcanzaron el vientre de su caballo; derribado, llegaron por el borde de la coraza a su cuello.

Desenvolvió calmoso Ulises la esclavina, dejó ver el rojo forro, se la vistió, echó las alas hacia atrás con sólo levantar los largos brazos, se puso de perfil, dando un paso o dos, allí donde en la pared había más claridad, y continuó:

—¡La leche de cierva apresura el crecimiento de los príncipes en Gaula y en Bretaña! Permitidme que recuerde la lengua caliente que acariciaba mi rostro, prefiriéndolo al hocico mojado de los cervatillos. Supieron mis criados tutores que se marchaban los extranjeros por donde habían venido, custodiando grandes y chirriantes carretas cargadas de botín, y que un tío mío, don Guarinos, se coronaba en Gaula. Salimos de la selva para la torre real, y amanecimos en dos años bajo ella, a la hora en que izaban en lo más alto mil bandas diferentes. ¡No hay lugar en el mundo tan embanderado como Gaula! Los donceles nobles tienen en palacio escuela de

invención de banderas y estandartes, y de los más remotos lugares del mundo nos mandan pedir colores y figuras para las gloriosas enseñas de los reinos. Yo inventé para mí una bandera toda verde, que al llegar el otoño da en todo su campo, cepillándola yo mismo a contrapelo, verde más oscuro y hojas secas.

¡Cuánto no hubiera dado Ulises en aquel momento por tener una hoja seca en el bolsillo del corto jubón, y sacarla lentamente y dejarla caer! Para que volase no podría ser de plátano ni de castaño; la de roble haría el crujido que él quisiese, pisándola no más caer; coge fácilmente las corrientes de aire, porque se curva sobre la mitad y tiene las telas muy finas y los nervios huecos. Sí, una hoja de abedul, amarilla como el oro de los preciosos luises de Francia. Es pequeña, parece una moneda, es un trocito de seda, una mariposa con polvo amarillo en las alas. Le gustaría a Basíledes *el Cojo* verle el gesto: meter la mano en el bolsillo sobre el corazón y dejar caer una hoja seca. ¡El gesto de Ulises!

—Hace de esto cuatro años. Tenía yo doce cuando besé la mano de mi tío Guarinos. Me entretenía en políticas conversaciones. Cuando estábamos solos, me sentaba en el sillón que tiene labradas cabezas de león en los brazos, y él se arrodillaba y abrazaba a mis rodillas.

»—En confianza te lo digo, el reino es tuyo. Pero están revueltas las casas. Si lo dejo en tu pequeña mano, seremos destruidos desde dentro como ya lo fuimos desde fuera. Hazte caballero, aprende gramática, banderas y caza, y en ocasión favorable, caídas las cabezas rebeldes, te paso la corona. Mientras no llega el día, te haces ricos vestidos, juegas a barra, bebes sorbetes de frambuesa y escoges en ese libro, en el que están todas las infantas del mundo con sus sonrisas y sus provincias, la que pueda ser tu querida esposa.

»Yo confiaba, y pasé los años apreciado, cambiando de sastre y cada semana, una gorra nueva en la cabeza. Dejaba dormir en el escaño junto al trono el libro de las infantas. Las dejaba dormir, las amables sonrisas, y jugaba a barra a la puerta de la torre. Llegó la noticia a la corte de que regresaba de unos baños que había ido a tomar a país de romanos la señora esposa de mi tío, que sería la reina Tudela, con el hijo y la hija que tenía, la niña de tres años y medio y el varón de siete, y según cartas venía hablando los martes en latín y escribiendo con mayúsculas cursivas; como en la Gran Cancillería de Occidente. Yo estaba alegre, porque creía que me venía compañía fraternal. Y aconteció que me mandaron llamar muy en secreto a la cabecera de la cama de un consejero de emblemas, que se moría, y el tal señor, con su voz más baja, me contó que la guerra que dio muerte a mi padre la moviera mi tío Guarinos con dineros robados, y que el usurpador, ahora que venía el hijo tan literato, con la espuela de doña Tudela que es mujer triste y amarga de corazón y soberbia y avara, determinaba de darme muerte y asegurar para su calígrafo la herencia, y añadió que me anduviese con ojo, y que lo mejor sería que inventase un viaje, y que desde lejos,

tan pronto como aprendiese a leer y escribir seguido, que lo tenía algo descuidado este arte por el amor de los caballos y el airear banderas al mediodía, que me pusiese en tratos con los herederos de los paladines, que crecían disimulados pero altivos, y con los gritos de la pobre gente, que andaba contando, vistiéndolos de oros milagrosos y pan fresco, los reinados antiguos, y las jóvenes lanzas sedientas, se posaría la gentil corona de Gaula, tan adornada de espinelas, en mi cabeza. ¡Días doloridos, llenos de sospechas! ¡Largos insomnios! Por distraerme, y viniendo un marzo de nieves, bajo el que blanqueó Gaula y se heló el río en el que yo hacía una barquichuela de álamo y junco brizo, me senté en el salón a hojear el libro de las infantas. Están allí por grupos de seis, juntas las cabezas. Si os diera el sol en el rostro a vosotras, pareceríais la miniada lámina. Y entre todas hallé una, un gracioso rostro, y sobre los labios disponía silencio un pequeño dedo rosado. Permitidme que calle su nombre y nación, los años que tiene y el número que gasta en chapines bordados. Los cinturones se los hace atando cuatro plumas de guía de las alas del jilguero. Me enamoré, y haciéndome el anhelante y sofocado, el arrebatado de los jardines, el amaratado de ojeras, el loco que deletreaba canciones —y poco tenía que fingir, que amor veraz me quemaba—, le pedí a mi tío permiso para bodas, e ir a buscar la alondra a su chopera. Se sonrió, se acarició la trigueña barba haciendo sonar las campanillas de plata que colgaban de las hebras más largas, y me dijo que me embarcaría en una nave de Ítaca que estaba en el río de los focenses, y que me pondría a bordo en seis días de caballo, y que la mano de la infanta que yo quería, había que pedírsela al basileo de Constantinopla, para quien me daba un recado sellado, en el que amén de mi deseo, iban noticias ocultas de las partes imperiales y aviso de una revuelta de verdes en el Hipódromo la víspera de San Juan Bautista, y que me rogaba con palabra de gentilhomme que no abriese el pliego. Me equipó con trajes de verano, pues iba hacia el sur y levante, y me ofreció dos bolsas de oro. Se dolía de que yo no estuviese en Gaula cuando se celebrase el recibimiento de doña Tudela y de los principillos, pero la señora venía probando aguas medicinales por país de suizos, y el primogénito se detuviera una semana a escoger plumas de escribir en San Galo...Cabalgué, atentas señoras, hasta el río de los focenses, y allí estaba, en la niebla vespertina, la goleta *La joven Iris*, cuyo timón gobierna Alción de Ítaca, amigo de los vientos y osado contradictor. Juré no abrir el pliego, pero en los puertos donde tocamos y en las islas en las que hacemos trato o aguada, voces nocturnas se acercan a mis oídos con avisos, apartando cautelosamente mi rizado cabello. Me aseguran las sombras que en el recado sellado va pedido al basileo que en oscura mazmorra, y por los servicios que don Guarinos le prestó en fronteras contra tercios medas de anchas espaldas, me degüelle. ¿Lo he de creer, el mal? ¿Pedís una sonrisa, amigas? El joven forastero no sabe si es alegre mocedad que va a bodas, o cándida víctima ofrecida a la soberbia embozada de los poderes. Por veces se me ocurre que

pudiera tomar de mi cuello, con ambas manos, como quien sujeta una copa, mi cabeza, y regalarla a alguien que me sonriera amistosamente al pasar. No os canso más, silenciosas señoras, y regreso a mi nave. ¡Tengo prisa por saber si soy vivo o muerto! ¡Os dice adiós don Amadís!

Ulises apartó violentamente la cortina, y entró en la cámara de Helena la luz del mediodía. Las muchachas, dándoles el sol en el rostro, se taparon los ojos con las manos, sorprendidas por la luz se levantaron y huyeron. Solamente quedó, arrodillada junto a Helena, la hermana.

—Se fueron porque ninguna de ellas ha sido todavía mostrada a los varones del país. Es costumbre.

—¡Adiós! —dijo Ulises desde la puerta.

Pero con rápido paso se acercó al lecho de Helena. Descansaba sobre una pequeña almohada. Era una hermosa cabeza de mujer, de pelo rubio, la frente redonda, la nariz breve, la boca larga y fina, el mentón graciosamente picudo. Helena sonrió a Ulises. Era la sonrisa de una mujer madura y ensoñadora. Por entre la sonrisa asomaba, húmeda, la punta de la roja lengua. Del minúsculo cuerpecillo, tamaño una muñeca de Florencia, se levantó un bracito escuálido, infantil, que terminaba en una mano sin dedos. Helena le decía adiós a Ulises. De la hermosa boca brotó una babilla blanca y espumosa, que la hermana, atenta, recogió en un pañuelo. El joven Amadís, dolorido y misericordioso, desdichado pero verazmente fiel, arrancando de la maceta de la celosía un alhelí, dijo confidencial, mirándose en los claros ojos de la enferma:

—Acaso la del dedo en los labios se llame con el más hermoso y turbador de los femeninos nombres: ¡Helena!

El laértida salió con la cabeza inclinada, la mano diestra en el mentón. Bajó las escaleras que conducían al camino. Abriendo paso a través de un seto de laurel, y asustando a una bandada piadosa de gorriones, surgieron una carita infantil y un moreno brazo.

—¡Tu montera, Amadís!

—¡Adiós, encantadora!

—¡Ay, no comeré una naranja sin llorar!

Ulises alquiló una lancha, con dos taciturnos remeros, para regresar a *La joven Iris*. Se sentó en popa, con el cordero entre las piernas. Por juego, le ponía la montera al lanar, y le decía, acercando la mejilla a la caricia de su vellón:

—¡Serás tristemente degollado, en lo oscuro, don Amadís de Gaula, amigo mío! ¡No abras el recado sellado!

VII

—El pastor Eusebio, maestro Basíldes, reprueba tus estofados. Dice que si le mandase un correo montado al gobernador de los laconios, que es un duque vestido de levita amarilla, con la noticia de la vil muerte del famoso corderillo, que es seguro que vendría sobre esta desarmada goleta ensuciando tu nombre, en medio de una tempestad de fuego griego y sarcasmos.

—Un estofado es un llenanzas —comentó Antístenes—. Lo más irreprochable que hay en culinaria es el asado. En Cirenaica andan muchachos por los caminos, en este tiempo, vendiendo codornices asadas. Llevan doce ensartadas en una caña, cada codorniz con su hebrita de silfión dentro, por aromarla, y en la punta de la caña ponen un bizcocho con miel para atraer a las moscas, que en Cirenaica son tempranas. ¡En lo conocido, no hay gente más limpia que los cirenaicos!

—Orináis en cuclillas —observó Timeo.

—Por consejo de médico —arguyó Antístenes— que no por vanidad. Somos gente pobre pero higiénica. Vivimos en monarquía y celebramos nueve procesiones al año. La más sonada, la de san Milito, que fue bombero en Trípoli y sin embargo murió a manos de paganos, acusado de incendiario.

—Apenas conocí marineros cirenaicos —dijo Alción.

Los laconios habían asegurado el timón, herrándolo entre cepos, y clavado en popa, sobre obra, dos tablones de refuerzo sobre otros que rompiera el temporal con su puño. Mientras tanto, la tripulación había amarrado más fuertemente la piedra serpentina y estibado la carga de higos. Alción y Basíldes cosían, con curvas agujas y bramante tarraconense, las velas desgarradas del mesana. Gallos cortaba a la puerta de la cocina grandes rebanadas de pan centeno para la sopa de perejil de la cena, y Antístenes adobaba, para asarlos, los menudos del cordero. La sangre cocía lentamente, con cebolla e higos, en el pequeño fogón. Caía lentamente la tarde, y allá lejos, donde se cobijan bajo planos techos los laconios, se encendían luces.

—Son lámparas de aceite aquellas pupilas doradas, y pabilos de cerda embreada en velas de cera virgen las rojas naranjas.

—¿A quién conociste en Laconia, meditabundo laértida? —preguntó Basíldes.

—¿Me creerías, Alción amigo, si te dijese que verdaderamente he visto sonreír a Helena, la esposa de Menelao? La misma sonrisa, ítaco autóctono, que vieron los ancianos de Troya en lo alto de las puertas Esceas, y dijeron que era bueno, decente y conveniente que los hombres murieran por ella.

—Eso pasó en Cirenaica —dijo Antístenes higiénico limpiándose las manos a la trenza primera, y soltándola después, cosa que hacía todas las noches; luego recogía

en rollo el largo pelo, para que le sirviera de media almohada. Solía comentar que en Cirenaica las mujeres desprecian al que tiene la cabeza aplastada por detrás, de yacer decúbito supino. Se sentó apoyado contra la rueda del timón.

—Sí, eso pasó en Cirenaica. Yo era mozo. Los vigilantes del peso en el mercado encontraron en un serón de remolacha dulce de Dalmacia una muchacha. Se escondiera allí por escapar de un tío sombrerero que tenía, viejo que a los setenta años se apasionara de aquel virgo de quince. El tío era muy considerado en Ragusa, porque sólo él trabajaba el terciopelo planchado para bonetes y siempre tenía la pluma que se pedía, tanto para lutos como para bailes, o salir al campo en verano, y además era dueño de un palomar que surtía de pichones la mesa de los escribientes de la República, y a todos los tenía de su mano, con sólo hacer las docenas de palominos de trece, o de catorce, si urgía el resguardo. La niña se veía casada con el viejo, y en sueños apretaba tanto las piernas, que estuvo a pique de quebrarse. Supo que había un patache que cargaba remolacha para la guarnición de Trípoli y pagándole a un marinero, se metió en un serón con dos quesos y tres panes y una damajuana con agua de lima. Toda esto se propaló en Cirenaica, porque uno que se llamaba Antifón y había ido a estudiar en Atenas con los neoplatónicos, escribió una novela que se leía por las tardes de los días festivos en los jardines del monarca. La muchacha se llamaba Lucrecia. El intendente mayor del mercado dijo que la muchacha era carga y saldría a subasta entre asentadores, con obligación por parte de éstos de ponerla en su puesto quien más pujara, y el precio de venta al público con el recargo legal. Se reunió toda la mocedad a contemplarla. Era morenilla y enflaqueciera algo en el transporte.

—Di algún elogio, Antístenes, saboreando las palabras —pidió Ulises.

—Es que a mí me gustan gordas, y si no hay piel blanca, renuncio. No era fea, y a los jóvenes, porque a la hermosura que para ellos tuviera habrá que añadir el adorno de fábula con que venía de tan lejos, les pareció que era lo debido asombrarse. Se discutían los ojos, la cintura, los pequeños pies. El día de la subasta hubo sangre, que tres asentadores sospechosos de estar apoyados por ricos mercaderes, fueron asesinados junto al peso. A uno de ellos, Urco, el campeón de lucha, le metió la pesa mayor, que son seis libras tunecinas, en la caja de la cabeza. Por entre la pelambre sobresalía enhiesta la arandela. El intendente se acogió al monarca, y Lucrecia fue escondida en palacio. Pensó el monarca que lo mejor era llevarla a un oasis y venderla a un príncipe de los camelleros. Antifón andaba diciendo por las plazas que al fin había sucesos espirituales entre cirenaicos. ¡Lo que es el estudio! Salió en la noche la caravana hasta el oasis mayor, que está en una hondonada y tiene dos albercas y una noria en la salida, que vuelve las aguas a los canales, pero algún soplo hubo, que los donceles la asaltaron, y tenían acordado jugarla a los dados, a la moza Lucrecia.

—Debieran haber acordado que ella pasara revista a la mocedad y dijese, señalando con el dedo un apresurado corazón, que elegía a aquel galán —dijo Alción.

—Allá son muy amigos de dados. Fue una grande matanza. Cayó una novena de primogénitos y segundones, y fue dispersada la guardia real. Cuando los supervivientes buscaron a Lucrecia, no la encontraron. Se veía que tenía arte para esconderse. Otra matanza, que los valerosos desconfiaban unos de otros. Fue célebre la llegada de los cadáveres a Trípoli, con un techo de buitres. Antifón tenía ensayado al padrastro de uno llamado Tadeo, que era tartamudo y pequeño y murió en el primer encuentro, y el anciano, con un velo negro por la cabeza y un cayado de pastor adornado con limones, subió a la puerta nuestra que llaman de las Golondrinas, e hizo un planto solemne, y eso repetía que tú dijiste de Helena y los ancianos de Troya:

»—¡Ay, dulce cosa morir por tanta hermosura y gentileza, venida de tan lejos!

»El país quedó triste. Pasados algunos años llegaron noticias de Lucrecia: se había vuelto a su Ragusa, en el mismo patache que la trajera, y a los que le preguntaban decía que se había vuelto con su tío, el viejo sombrerero, porque no se acostumbraba en las noches sin los sustos que éste le metía. No llegaron a casar, porque el viejo cayó por las escaleras y se desnucó, pero ya andaban las proclamas por las parroquias de los santos Abdón y Justino.

Al viento lebeche le pasara la ira, y remontaba ahora, refrescado, los altos de Creta, antes de adentrarse en las rutas de los egeos. *La joven Iris* abandonó su refugio y volvió al ancho mar. Proa al este, corría, sabiamente inclinada, a tomar altura en Melos. El mar de Mirto se entregaba tranquilo y azul al afilado tajamar. Ulises estudiaba las estrellas. Una mañana vio Timeo flotar en las olas una corona de flores. *La joven Iris* fue llevada hacia ella. Izada la corona a bordo, Ulises leyó en una tabla que venía en su centro lo que decían gruesas letras encarnadas: «Teatro de Paros. Última parte de la tragedia del rey Lear».

—La función será por el tiempo de los ritos de mayo —dijo Basíledes, muy al tanto de los teatros griegos.

—Entonces —dijo Alción—, dentro de dos semanas.

—Me gustaría ver al viejo rey caminando hacia el mar —comentó el laértida.

—Esa tercera parte no la conozco. Debe ser cuando regresa con la hija perdonada. ¡Los vientos rachean en el cuerpo de los señores reyes de la tragedia como en las velas de las naves!

—Si el tiempo es favorable —aseguró Alción— podremos saludar al gran ciego en Paros.

Gallos se pasaba las horas muertas en popa, saludando con su pañuelo a las bandadas de codornices, que regresaban al norte. Creía, acaso, que algunas de aquellas viajeras llevaría su dolorida mirada a la lejana Irlanda.

VIII

Ulises se hacía marinero. Alción lo examinaba de Pléyades, llamadas hermosamente en el viejo Hesíodo las Atlántidas, porque las hubo la desconocida Pleone fecunda del más gigantesco varón de los siglos, Atlas, el que sostiene el mundo en sus amplios hombros. Estudiaba el laértida el, a los humanos ojos, corto viaje primaveral de las parpadeantes amigas de la navegación —brotar, lucir y morir, como la rosa—, y Alción le enseñaba que su nombre quiso decir, para los antiguos e imaginativos contempladores del cielo, las peleyades, las palomas.

—Debían volar muy bajo entonces —dice Alción—. ¿Dónde las nombra Homero, vástago sonoro de los retóricos? ¡A ver si sabes responderme! A esta lección asistí yo, en un amanecer de marzo, en el muelle de los perezosos tarentinos. Un astrónomo ponía cátedra de estrellas en cuatro espejos de aumento en una mesa. Inclinábamos las atentas cabezas para ver salir matutinas las Pléyades. Cuando surgieron, recitó solemnemente. Dice Homero de las rocas errantes...

—Sí. Es en la Odisea, en el nostos de mi ilustre homónimo, el héroe de las batallas y de los discursos. Se canta así: «No pasan por allí las naves sin peligro, ni aún las palomas tímidas que la ambrosía llevan a Zeus soberano. Siempre la afilada roca arrebatada alguna, y el padre ha de enviar otra a completar el bando». Sí, volarían bajas, como el mergo en estío, con la cola en el agua. Parece que vaya a quebrar las alas contra los juncos ribereños.

Ulises aprendía vientos y maniobras, aves marinas, estrellas, corrientes egeas, sombras de montañosas islas en los horizontes y lo arduo y hermoso de la libertad del hombre en el mar. Conversaba con los tripulantes, quienes le mostraban la variedad coloreada del mundo y las gentes. Era todavía un fruto verde que no convenía descolgar de la rama, pero ya los azúcares de la madurez se hacían bajo su piel. En el último mes le había sombreado el bozo con trigueño y suave, y en el mentón barbado en dos cobrizas islas separadas.

—Esas cúpricas manchas, varón Ulises, parecen Paros y Naxos, mar blanco en medio, viniendo de los —rio Basíledes viendo al laértida acariciar sus pilosas provincias.

La joven Iris avanzaba hacia Paros viento en popa, corriendo el mar que tiene suelo de mármol. Basíledes le explicaba a Ulises el teatro nuevo.

—Ahora no salen los dioses parciales y caprichosos, decidiendo. Ahora le basta al hombre consigo mismo. Compra y paga. Como el hombre tarda en saber lo que quiere, por eso hay comedia. En Paros no hay velo para las actrices, y en los descansos puede pedirse la palabra al coreuta, y poner otro reconocimiento al final de

la peripecia. Tiene el orador que atar todos los cabos, si no quiere que busquen su cabeza los ruidosos espectadores para blanco de naranjas podridas. En Trípoli de Siria pasa otro tanto. Gobernaba por el basileo un tal don Ioanes Melancolicus, que era un estratega retirado de la caballería pesada por el reuma, y representándose en aquel teatro una comedia de crímenes, parece que le tomó afecto al más joven de los asesinos, un soberbio que decía que se echara a la mala vida por culpa de una tal Estefanía, que sólo quería sedas y el pachulí había de ser de Malabar, y después asqueara las mujeres y las ponía a todas de cuatro letras. Y cuando en el tercer acto quitaban de tablas dos columnas que representaban el palacio del podestá de Corfú, para poner un telón con árboles, que era el bosque antiguo en el que prendían al airado bandolero, y en Trípoli hacen muy bien los bosques, que un zapatero que se llama Micino presta dos mirlos amaestrados que tiene, que se posan en una de las ramas pintadas y cantan variado y el himno de los verdes; digo que cuando ponían el bosque, pidió la palabra desde su palco el gobernador y ya no gustó que no se quitase la mitra colorada, y le dieron voz y con la suya adusta, todavía no desacostumbrada del ronco mando de dragones y caballos corazas, gritó:

»—¡Le pongo a Crispino un caballo de mi cuadra, y que salve por el camino viejo!

»—¡Tú no eres Apolo! —le gritaron.

»—¡Crispino me cayó simpático! —explicaba el gobernador.

»Lo sepultaron bajo montañas de naranjas podridas. Algunos dentro de mondas de naranjas metían piedras. Se perdió un zueco y yo lo encontré. Se lo puse en la frente al orador. Murió allí mismo, en el palco, de un ataque de apoplejía. Y la gente, de miedo a que Crispino se escapase, lo buscó por el bosque, bueno, por detrás del telón; lo colgaron de la viga maestra del decorado. Resultó que era una muchacha que salía vestida de hombre porque su hermano, al que tocaba el papel, estaba con anginas. Lo más curioso es que los mirlos de Micino ni se movieron de su rama, dale que dale con el himno de los verdes. ¡Cómo amaestraba aquel zapatero!

—¡Acaso pida yo la palabra en Paros! —dijo Ulises, imaginativo.

—A la gente le gusta llaneza y lealtad.

La goleta llevaba compañía de delfines, amistosos odres juguetones, y parecía estar en alta mar toda la república gritadora de las gaviotas. Era continuo y cordial el diálogo del viento con el velamen, y se adentra en el corazón de los marinos una cálida confianza. «Éste es el camino y el mediodía», se decían. La pequeña goleta se hacía tierra segura bajo los pies de los nautas, y si alguno, distraído en las faenas, tarareaba una canción del país natal, se sorprendía a sí mismo volviendo añorante la cabeza para contemplar los campos propios, olvidado de que iba tan lejos y embarcado.

—Mañana anocheceremos en Paros. Nos quedaremos al paio fuera de la

corriente cretense, y pasado entraremos con el alba. Si vendo los higos nos detendremos dos días —dijo Alción.

—Tomas el mar con mucha vagancia —comentó Antístenes—. Los pilotos de mi país son arrendados con horario, y sólo es fuerza mayor para el retraso el viento que llega a Cirenaica; si no llega a Cirenaica, como si no lo hubiese habido. Tenemos cónsules con reloj de sol en las escalas más notorias, y al llegar las naves examinan a los capitanes, y en cada tripulación hay algún oficial secreto del gremio de mercaderes que por detrás de la cortina le apunta al cónsul cómo fue la travesía. Antiguamente esto no se hacía sin riesgo. Cuentan en la lonja de mi polis de un gran piloto de antaño, que ahora está en los altares de griegos y latinos. San Teógenes Mártir, que predicó al cierzo para que no abatiera sobre el huerto de un pobre anciano, en el que por vez primera había florecido el níspero. Predicó el santo durante siete días, y al final del septenario misó en cubierta, que además de ser piloto era clérigo tonsurado por la iglesia de Hipona, tan famosa. Y de ahí vino cierta amistad del santo con los locuelos vientos adriáticos, tan variables. Alguno de estos temporales tomaba figura humana y venta a la galera de Teógenes a jugar a la taba, y los otros sopladores asistían desde las nubes a la partida, callados mirones imparciales. Y Teógenes se retrasaba sobre el horario previsto y no llegaba a Candía a las ferias de Pascua, ni a I Samos a las de San Conón. Un cónsul cirenaico examinaba a Teógenes de etapas y el santo no sabía disculparse, puesto que su santidad no le permitía mentir y bajaba la cabeza, mientras tras la cortina el espía de turno en su tripulación chivaba al cónsul, que estaba al pie del reloj de sol y tenía calendario recién pintado en la pared, que Teógenes había retenido por tres días el viento que llevaría su nave navegando a papahígos, por no decidirse en una jugada de tres y salto, y que el nortenordeste, que se acercara con capucha de nubes coloradas, tirara tres veces sacando alfa, y fue empate, y quizás hubiera trampa. Y el nortenordeste aquel debía de estar cerca, deslizándose con sus bien atadas sandalias, y debió oír que lo motejaban de tafur, y levantó la cabeza con grande ira, entró por ventanas, y se llevó volando al espía, y del reloj de sol arrancó el gnomón de bronce que figuraba un gallo, y la pieza cayó en la cabeza del cónsul, que perdió la cuenta de los meses, y todo era decirle a san Teógenes que había llegado pronto y lo proponía para una medalla.

—¿Y el espía? —preguntaba Alción, complacido con la historia del viento tabaísta.

—Cuando la nave de san Teógenes regresó a Cirenaica, salió la esposa, que era moza, con grandes lloros preguntando por el volador. San Teógenes, compadecido, se arrodilló, oró, mandó traer el tablero, puso los huesos en suerte, y aseguran que se le vio jugar con invisible contrincante. Puso dos deltas en vez con un punto de nueve, y ganó la partida. Al instante, cayó sobre la esposa desde el cielo el perdido marido, y

hubo que dejarlos allí, de cómo se abrazaban.

—No sabía —dijo Alción— que hubiera habido un santo tan humano entre los pilotos.

—Tiene iglesia en Lataquia, entre olivos —aseguró Basílides.

Les anocheció, como Alción había anunciado, sobre la redonda Paros. El piloto puso la nave fuera de la corriente de Creta, que es un estrecho río de aguas tibias que sube hasta donde los blancos acantilados de la Grecia continental se llaman Ática, y allí se dispersa, en remolinos fértiles en peces. Se le veía pasar, rápida y añil, por veces con espuma en los bordes. Desde la tierra hicieron tres señas con un farol, y el propio Alción, abriendo y cerrando el suyo, respondió a la pregunta que hacían los isleños con seis parpadeos iguales:

—Pacíficos helenos —contestó.

—Viéndote estirar la aceitosa mecha cuando te disponías a encender tu farol, se me ocurrió que hubiera sido gozosa cosa responder con las voces de luz que están ordenadas para el caso, algo así como «inquietos extranjeros» o «temerarios piratas». ¡Poner curiosidad o miedo en la noche isleña! Eso, poner miedo. ¡Puertas atrancadas, soldados que corren, una muela que afila los cuchillos en un portal, madres que mojan la cabeza de sus hijos con saladas lágrimas, ricos que esconden tesoros, vírgenes aterradas, el guerrero fanfarrón enarenando los pies mientras blande la lanza!... Pero cuando se ha puesto a hablar tu farol, y con seis sílabas iguales ha dicho sobriamente «¡pacíficos helenos!», se me ha ido de la imaginación hasta la sombra de la loca aventura, y he comprendido que no puede dar a los que están en su isla habituales el que viene por el mar, más noble y humana respuesta. ¡Pacíficos helenos! ¿Quieres volver a decírselo, maestro, almirante Alción? ¡Soseguémoslos generosamente! ¡Soseguémonos también!

Alción volvió a encender el farol. Hirió el eslabón el pedernal y brotó la chispa; ardió la yesca bajo el suave soplo de la boca del ítaco, y pasó su llamada a la mecha. Seis veces abrió Alción la puerta de la luz.

—¡Pacíficos helenos!

Esa corona con el anuncio de la función del rey Lear la arrancó el viento travesero una noche del poste en que colgaba en el muelle para aviso de pasajeros.

—¿Fue ya la función?—preguntó Ulises.

—No. Todavía no lloró el gran rey. Vendrá para Pascua.

—Me quedaré en Samos hasta entonces.

Alción vendió los higos y cargó lana recién esquilada. Se sentó con Ulises a la puerta de la taberna, en el banco de piedra rosada. El laértida tenía su diestra mano apoyada en el saco de esparto en el que la madre había puesto, bien plegadas, las variadas ropas.

—Alción, desembarco de tu goleta. Me quedo en Paros. Conoceré la isla y el lunes de Pascua bajaré al teatro a ver llorar al rey del mar. Después viajaré por mi cuenta. ¿Dónde me esperarás, en la luna llena de setiembre, la que preside las alegres vendimias?

—Te esperaré en la bahía de Melos. Trae contigo nuevas historias y alguna canción. El que primero llegue a Melos, que en la columna de la linterna ponga una cinta blanca. Si al atracar la veo, me quitaré el embreado sombrero y gritaré con toda la fuerza de mis pulmones: ¡Salud, presuroso Ulises! ¡Te tira Ítaca!

—La llevo aquí, en el zurrón, en forma de membrillo.

Buscó Ulises en el zurrón de piel de cabra y sacó el membrillo, que había amarilleado suavemente. Se levantó, lo posó en el suelo, a siete pasos del banco en que se sentaban. Regresó al lado de Alción y le golpeó, como tantas otras veces solía, la redonda cabeza.

—Más o menos, desde lo alto, a la hora meridiana, será así. De la cumbre brotarán ahora generosas columnas de humo, hijo de carbonero. Mi prado lo haré un poco más abajo. Compraré semillas de hierbas anatólicas, que aman tierras parcas y agradecen las más insignificantes lluvias.

Ulises se despidió de los compañeros, posando las manos en los hombros de ellos y diciendo por tres veces sus nombres y países.

—¡Basílides de Chipre! ¡Antístenes de Cirenaica! ¡Timeo de Sicilia! ¡Gallos de Irlanda!

Ellos repitieron el suyo y lo mojaron con lágrimas.

—¡Hasta la luna de las vendimias!

Ulises avanzó hacia la punta de la escollera. La joven Iris tomaba la brisa terrenal y salía resuelta, vistiéndola con espuma la afilada proa. Callosas manos amigas decían adiós. Ulises levantó en su mano izquierda el membrillo glauco y perfumado. Lo ofrecía a la mirada amorosa de Alción, a la parcela terrenal de su mirada. Le dolía

el brazo, erguido durante casi una hora, sosteniendo el membrillo, pero no lo bajó hasta que La joven Iris dejó de verse en la neblina matinal que se disipaba en el horizonte azul.

—¿Es el retrato de tu isla chapado en oro? —le preguntó un viejo mendigo que lo había seguido desde la taberna, y esperaba a prudente distancia a que terminase la despedida, a la que asistía respetuoso.

—Es mi isla de oro, amigo —respondió Ulises.

Y con la segura violencia de su brazo y la sabia flebe presión de su mano, como lanzando bola en campo, mandó por el aire el membrillo al mar. Se lo veía, entre las suaves ondas, mecerse lentamente.

—El membrillo —dijo el viejo— no flota. Mira un instante para él y echa a andar. Yo te sigo. El membrillo se empapa y se hunde. Te quemaba las manos de la memoria. Eso acontece muchas veces. Míralo por última vez. ¡Tu patria debe ser muy soleada! ¡Mira cómo reluce! Y no la mires más.

Ulises obedeció al mendigo. Apartó su mirada de la isla natal y apresuró el paso por la semiderruida escollera.

—Rico señor, no me digas el nombre de tu patria. Acaso conozca yo tu país, y se me quite la ilusión que llevo en la vista. ¡Una tierra soleada! Si me invitas a comer, no hace falta que compres pan. ¡Soy muy apreciado en las tahonas y siempre tengo miga fresca! ¡Es una lástima que no flote el membrillo! Estaríamos ahora sentados amigablemente en la escollera contemplándolo, y creeríamos que íbamos en rico navio diciéndole adiós a tu ducado. Pero la física dice que no debe flotar el membrillo.

El viejo se quedaba atrás, golpeando los grandes bloques de mármol de la escollera con su bastón, intentando correr, y para que lo oyera el laértida de rápido paso, gritaba:

—¡Es una irregularidad que no flote el membrillo! Pasan años y no te das cuenta de ello, pero un día viene alegre o sombrío el corazón, y te das cuenta de que es un solemne abuso el que el membrillo se empape de agua salada y se hunda. ¡Un abuso, capitán!

Ulises se sentó en el pretil del muelle, aguardando a que llegase el viejo.

—¿Qué vinos hay en Paros?

—¡Te saludan los vinos de Paros, rico señor! El blanco es dulce y ensoñador, y en tintos hay dos calidades, el de la derecha y el de la izquierda. Yo soy zurdo en vinos. Me gusta el de la izquierda porque es más ligero y más fresco. El de la derecha es un vino de otoño, y su ancho cuerpo pasa con dificultad por mi boca. ¿Vas o vienes, señor duque?

—Voy, anciano.

—Entonces, vino alegre y nuevo, mi amo. ¡Tal es echarle al cuerpo golondrinas!

Ulises sonrió y osó otra vez mirar el mar.

Cuarta parte
Encuentros, discursos y retratos imaginarios

I

Sentados en los helechos, en la linde del pinar, comían Ulises y el mendigo Zenón. De su zurrón, envuelta en tres grandes hojas de higuera bréveda, sacara el anciano media hogaza de pan trigo, y rebanaba todo a lo largo con un cuchillo mocho.

—Los cuchillos de los mendigos, en Paros, no pueden tener punta. Lo puso en bando el rey de Constantinopla. Apelamos con un escrito razonado, exponiendo que en cien años solamente diéramos muerte a un soldado y a una vieja, y no nos valió de nada. La vieja tenía un sobrino en las boticas del basileo, empleado para mezclar el maná y la asafética en las cucharadas astringentes, y no habiendo encontrado dinero alguno cuando vino a los funerales de su tía, sacó por recomendación leyes contra nosotros, las más de las cuales van en desuso, pero la del cuchillo dice el gobernador que hay ahora, que es gran cazador de pájaros con liga, que no la deja caer, que el pensamiento de ella ya lo tenía en sus días de juez el nombrado Justiniano.

En otras hojas de higuera había puesto Zenón las aceitunas y el tasajo de cabra.

—Primeramente come dos aceitunas. Después, frota tu tasajo con esta rodaja de limón. El adobo obliga a las sustancias a declararse. Y no pases directamente del tasajo al vino. Haces una escala en esta blanca miga, la masticas bien, la ensalivas, la aprietas con la lengua contra el paladar, y la pasas. Entonces puedes beber. Este vino ligero hay que beberlo a buches espaciados, para que vaya conociendo la boca y asentándose en ella. ¡Ofrécele un amplio y mullido lecho entre los labios y las amígdalas! La primera botella la bebemos con la temperatura con que salió de la bodega, pero la segunda y la tercera estarán al sol, como tú y como yo, en dulce ocio. Los vinos son raza humana mejorada.

El pan de Paros era grato a Ulises, tras mes y medio de galleta seca y centeno ázimo. Habían subido a aquella colina, que por el norte caía en alto y calcáreo acantilado blanco sobre el mar, desde la taberna del muelle, rodeando la ciudad, que estaba bien amurallada. Desde donde asentaron, veían parte de la polis, la que se extiende por la ribera, y el arrabal de los pescadores, extramuros. Las casas se aprietan unas contra otras, y por entre las blancas terrazas nadie podría decir, desde lo alto, si hay calles y por dónde discurren. En algunas terrazas medra el limonero, y pocas casas tejan. Eso sí, las que lo hacen, muestran un vivo color rojo.

—¿Eres de Paros, Zenón?

—No, señor capitán. Soy de Ios. Mi isla está a tres días de mar con viento propicio. Los más de sus campos son de lavanda. Lo que priva allí es el negocio de perfumista.

—La lavanda tiene la flor azul —comentó Ulises.

—Y el aroma.

Zenón bebió en dos tragos el vino que quedaba en la primera botella, y se limpió la boca en la manga de su sayo de estopa. En los codos tenía alegres remiendos verdes.

—Limpio mi boca, capitán, para poder decir tu nombre en voz alta. Estamos comiendo del mismo pan.

—Llámame Ulises.

—Nombre sonado en la antigüedad.

—Puedes descorchar la segunda botella, anciano Zenón de Ios.

—Gracias. Paréceme como si el oír tu nombre me diese algo de sed. ¿Vienes de almirantes?

—No. En mi isla veneramos a san Ulises, inventor del remo.

—En Ios veneramos a san Zenón. Era de allí. Su padre era conocido en todas las ferias de los romanos orientales y de los helenos propios. Andaba por el alambre y bailaba en la cuerda floja, equilibrándose con un quitasol. Le traían una almohada y se tumbaba en la cuerda, a hacer siesta mecida. Cuando el padre se bajaba, el pequeño Zenón, que tendría unos siete años y salía muy vestido con una túnica de flores, hacía su número del gato y el ratón. El ratón corría por la cuerda y el gato detrás, y cuando llegaban a los extremos, el ratón viraba y se colaba por entre las patas del gato, poniéndose a salvo, de un salto, en el bonete de Zenón. El gato se levantaba sobre las patas de atrás y fingía aplaudir con las delanteras. Llenaban dos veces el platillo, aun entre beocios. Cumplía diez años Zenón e invernaba con sus padres en los, y el hábil progenitor pasaba los días estudiando un salto mortal en el alambre, que debutaría con él en Melos, por San Juan Bautista. Bien ensayado el salto, decidió el funámbulo hacer el brinco al natural, y en la plazoleta que había delante de su casa montó en dos bastidores aspeados el alambre, muy alto para impresionar más a los públicos. Saltó limpio la primera vez, pero a la segunda se le fue la zapatilla izquierda y vino contra el empedrado, que era a uña de perro. Gritó la esposa, que estaba en la ventana, corrió Zenón a recoger en sus brazos el cuerpo del padre antes de que llegara al suelo, y con sólo tocarlo con las puntas de los dedos lo logró y el cuerpo estaba tendido en el aire, a vara del picudo piso.

»—¡Oh, Dios, misericordia! ¡Me arrepiento!

»Esto dijo el funámbulo sostenido en el aire por los dedos del lloroso Zenón, y con la última sílaba se desprendió del leve apoyo y cayó. Cayó con tanta violencia como si viniera directo del alambre, y rompió la cabeza en los guijos. Se tuvo este suceso por milagroso en los, y un monje que estaba sentado a mujeriegas en su asno comiendo un emparedado de citrón que le diera de limosna un sastre, dijo que con aquella escala en el aire, se había librado el funámbulo del infierno. Se sabía que tenía amigas en dos o tres islas y que era siempre muy bien recibido por las mujeres

de la vida en toda parte, por lo rumboso. Zenón se fue a un convento y terminó de obispo, y había conseguido de los cielos la gracia de que el gato y el ratón de su número le hiciesen compañía hasta la muerte. Si algún día vas a los, entra en la basílica, y verás junto al reclinatorio de san Zenón, que está entre rejas, otros dos, el uno de alto cuarta y media, que era del gato, y otro de cuatro dedos, el del ratón, y ambos forrados en carmesí. A los niños se les permite tocarlos con hojas de palma el día en que se celebra la fiesta del santo.

Zenón era pequeño y rechoncho, piernas cortas. Tenía ojos claros, legañosos, y gran nariz rubicunda, y barbada en todo el rostro ralo y menudo. Frecuentaba el gesto de rascarse el cogote con el pulgar diestro, y suspendía el discurso para sorber ruidoso las humedades nasales. Comía goloso, pasándose el tasajo por los molares con grande calma, y el buen beber lo hacía jocundo.

—¿Cuál es tu isla, señor Ulises? Muchos desterrados no quieren decir su patria con gusto.

—No soy un desterrado, Zenón. Mi isla es Ítaca.

—¡Ah, la lejana Ítaca! Quizás esté cerca, pero yo siempre la oí nombrar así. Somos muy apelativos los helenos. ¿Andan por allí los antiguos?

—¿A qué llamas tú los antiguos?

—A Apolo, Hércules, Hermes, Afrodita... No temo nombrarlos.

—Me gustaría encontrar en algún camino a tan nobles transeúntes.

—Hay que apartarse y tender las manos, palmas hacia arriba. Yo salí de los para hacerme hombre de provecho. Mi padre me pidió que me fuese cuanto antes de casa, que tenía comprometida para segundas nupcias a una que traía de dote un melonar, y la novia decía que le tenía miedo a mis pedradas, que bien viera cómo andaba yo a las palomas, y a una boba que había en la aldea levantarle la falda, y en fin, que quería la casa sin estorbos. Salí una tarde con mi hatillo, confiado en mis catorce años y en que daba injertados cien limoneros en un día, y bajando al puerto por entre los campos de lavanda y los viñedos, encontré a Apolo. Igual que te veo lo vi. Estaba sentado en un mojón, anudando la tercera cuerda de la cítara. Estaba desnudo sentado en un mojón. Yo me detuve. Ni me miraba, atento al nudo.

—¿Qué nudo? —interrogó curioso el laértida.

—¡Ah, marinero! Nudo italiota, dejando puntas. Anudó y probó. Sonreía del encanto de su propia música. Las tórtolas escucharon el saludo y respondieron unánimes. Sin saber lo que hacía, vacié a los pies del extranjero mi zurrón repleto de pan, uvas pasas y maduros albrichigos. Me preguntó, con voz humilde y distraída, si lo conocía. ¡Pocas veces debían darle la respuesta correcta! Me vinieron a la boca impacientes las palabras.

»—¡Serás Apolo!

»Y entonces me miró. Se le avivaron en los ojos luces doradas, se inclinó para

coger un albérchigo, lo tiró a lo alto y cuando caía lo cogió con la boca. Se veía que lo encontraba succulento. Se levantó y me tomó de la mano.

»—¿Hacia dónde vas? —me preguntó, confianzudo.

»—A Paros —le respondí—, a injertar naranjos. Esperaré nave en la ribera.

»—Yo tengo nave secreta —dijo Apolo.

»Con su mano izquierda cogía la mía derecha, y con la suya diestra sostenía sobre el hombro la cítara. Pasaba el viento y hacía música, jugando. El camino ancheaba ante nosotros. Yo conocía el polvoriento sendero que lleva a la estrada real, pero otro camino era el que usábamos. Cuando me di cuenta, e iba embriagado de música y calor, y el sueño se avecindaba en mis párpados con lengua sudorosa, pisaba la cubierta de una trirreme. ¿Has visto pintadas trirremes? ¡Aaah, cháss! La voz y el golpe en las ondas. Yo no tuve cuna mecida. Los labriegos en los no la usan para los hijos. La costumbre es meterlos en un saco con dos aberturas para echar las piernas; el saco se cuelga de la pared de la cocina. Me dormí con la cabeza en los pies de Apolo. El benévolo señor me despertó cuando la nave tocó arena de Paros. Era alto, hermoso, dorado, soberbiamente genital. Me dijo que saltaba conmigo a la playa para decirme adiós. Me entró en el cuerpo un viento de orgullo, y se me ocurrió decir en voz alta:

»—Alado amo mío, si alguien nos viera ahora mismo en la playa, a ti tan bello y luminoso, y a mí en mi parva edad tan fornido y el desnudo brazo diestro tan musculado, por poca memoria que tuviera de la pasada generación, exclamaría asombrado: ¡Ahí quedan en la playa de Paros el cantor Apolo y Hércules, invencible campeón!... ¿Y qué pasó, Ulises de Ítaca? Un espléndido puñetazo en mi nuca. Caí y ni tiempo tuve de poner las manos. Enterré la cabeza en la arena, y dentro de ella alguien jugaba a los dados con mis huesos. Apolo me ayudó a sentarme, y haciendo cuenco con sus manos cogió agua del mar y me la vertió por la cara.

»—Perdona el genio pronto del indomable Hércules, que casualmente pasaba por ahí, amigo Zenón —me dijo—, y no sé cómo Apolo se fue, que me volví a dormir.

—He oído —dijo el laértida levantándose y envolviéndose en su capa roja— muchas historias desde que abandoné mi patria hace dos lunas, pero ninguna me gustó tanto como la tuya. Guíame hacia la ciudad, que he de buscar posada, y si reconoces a Apolo otra vez, avísame.

Tuvo que esperar Ulises a que Zenón de los diera fin, bebiendo a breves sorbos iguales, a la tercera botella. Se levantó con dificultad. Se paraba apoyándose con las dos manos en el bastón.

—Hoy dormirás en la posada del Galápagos Verde, pero mañana te llevaré a casa de la señora Alicia, que alquila un palomar. Así podré hacerte compañía por las noches. La posada del Galápagos Verde tiene limpias camas. En toda su vida, un hombre solamente encuentra una cama buena. ¡Ah, cómo dormirías en el corazón del

membrillo! ¡Ah, la física con sus setenta leyes!

II

La habitación que le alquilaron a Ulises en la posada del Galápagos Verde tenía una ventana que daba al huerto. El laértida oía, después de tantas noches en el mar, ruidos terrenales. Sabía que había higueras por la oscura voz, que pesa sobre los hombros de la brisa y ésta ha de dejarla caer, somnolienta y redonda, y se la oye rodar por tierra, apagándose lentamente al envolverse en polvo. Cantó la lechuza al despertar, y después calló: estaría en una higuera esperando que subieran a los higos los voraces ratoncillos camperos, de afilado hocico. Cerca de la posada había una fuente; se oían los caños, dos, porque estarían a desigual altura, acaso el uno para agua de beber y el otro para pilón de lavanderas o abrevadero de ganado. Un bastón de herrada contera golpeó los guijos de la calle, y ladraron canes. Cerraron con fuerza una ventana, muy cerca. En el desván, comenzó su trabajo nocturno una rata; afilaba rítmicamente sus dientes en una viga, se lanzaba a veloz galopada, y volvía otra vez a su oficio. Canes lejanos alertaron. Desde su cama Ulises veía colgada muy cerca del cielo —sería la de una casa en lo más alto del monte— una luz, cuyo rostro borraban de vez en cuando ramas azotadas por el viento. La habitación estaba orientada al este, y Ulises, echando la cabeza fuera de la almohada, podía ver, espléndida lámpara, a Vega de Lira acariciando con su halo la oscura cumbre.

—Cuando en agosto está Lira en el cénit, se trilla en Ítaca.

Ulises se descubría nostálgico geórgico, subiendo hasta los labios la sábana de lino perfumada con lavanda. Y se durmió oyendo ladrar al can *Argos*, a la puerta de la casa paterna, en la lejana Ítaca. No tuvo tiempo de escuchar si a *Argos* le respondían los perros que guardaban los huertos en los que, en septiembre, maduran los melocotones colorados.

Durmió hasta bien entrada la mañana. Cuando despertó, a los pies de la cama estaba Zenón de los con un jarro de oscuro barro en las rodillas. En Grecia cada isla tiene su barro, y los mercaderes que las visitan podían decir dónde se encuentran, por el color y la forma. El barro de Paros es verdioscuro y solamente lo vidrian en el cuello con plombagina tracia; allí el verde es más claro y parece apetecerle al labio.

—Leche, leche de vaca, señor Ulises. ¡Acabada de ordeñar! Los de Paros son ganaderos, aunque no se sepa cómo comenzaron. Escapó un toro de Creta una vez, corniveleto, chorreado en verdugo. Anduvo abanto por las veranías. En Paros no había vaca alguna, solamente cabras negras. Vinieron seguidas tres buenas cosechas, y los pariotas las agradecieron al toro cretense. El toro visitaba las casas y era obsequiado con rebosantes cuencos de cebada. Comenzaron a verse retozones terneros en los pastos de las colinas. ¿Oíste hablar de Parsifae? ¡Oh, locas, locas!

Ulises bebió despacio la leche todavía tibia. Podía, tan bien como Alción, decir las hierbas. Sí, bromos y festuca, pero también las potillas de la ginesta blanca, que regalan tan suave amargor. Sonrió paladeando la leche. Zenón comprendía.

—¿Has encontrado una hierba de tu país?

—Encontré la ginesta en flor, la blanca.. En mi isla viene más tarde a decorar las cumbres. La perdiz lleva en vuelo a los ginestales la pollada, pero antes va tres veces cantando y se posa, por si en la espesura está durmiendo la mañana el zorro. También va a la ginesta la paloma torcaz, si hay agua cerca.

—¿No eras marinero? —interrogaba curioso Zenón.

Ulises, sin contestarle, comenzó a lavarse. Se echaba agua dulce a los abiertos ojos.

—Vístete más que decente. La señora Alicia es huérfana de un contador de la renta de sal. Su educación es por Constantinopla.

—¿Es soltera?

—¿Había de casar con un marmolista o un pastor? El primero es un picapedrero y el segundo huele a cuajo cabrío. Vive de enseñar el bordado a las doncellas ricas y de alquilar el palomar a ilustres forasteros.

Ulises vistió ceñidas calzas rojas, y desnudo el torso, se envolvió en corto manto blanco. No olvidó el cinturón con el recto puñal, la bolsa de ante y la birreta, en la que todavía se marchitaban violetas de la isla de los Sicomoros. Las dejó ir, desmayadas, en la cinta.

Mientras Ulises pagaba al posadero, que era un patriota cenceño que hacía las cuentas con tiza roja en el blanco mostrador, salió a la puerta Zenón y con su cayado golpeó en la tabla que anunciaba «Posada del Galápagos Verde».

—¡Epiro! ¡Ofelia! —gritaba.

Aparecieron los nombrados. Epiro era un enano graso y desdentado, cincuentón. Calvo, le restaba un mechón en el frontal que le caía sobre los ojos. Habiendo dormido en un pajar, traía en la pelambre enredadas doradas briznas. Su vestido era un mandilón reforzado con piel de oveja sobre las nalgas. Ofelia era alta, flaca, morena. Alisaba el pelo con manteca, que le cuajaba en islas amarillas aquí y allá, en la brillante negrura. Sobre el ojo izquierdo traía un tafetán de bayeta, sujeto con un cordón, pero el derecho era un animal movedizo, luminoso, inteligente, soñador; un ojo redondo, espléndido, insólitamente negro, alternativamente despierto, inquieto y dulcemente entornado, dormilón. Tenía leporino el labio superior, y mostraba al sonreír verdiscos y raídos dientes desiguales. Vestía con remiendos de colores extrañas piezas, con volantes en los codos y en el borde de la falda. Caminaba descalza con los brazos en jarra, detrás de Epiro, dueño de zuecos claveteados. Zenón dispuso, autoritario.

—Tú, Epiro, el saco de viaje, y tú, Ofelia, el zurrón.

—Sí, mayordomo —dijo Epiro llevándose la mano al mechón. Allí tropezó con las pajas, y se peinó con los cinco dedos.

El posadero sumaba cena, cama, la leche y un jarro de vino de Zenón madrugador. Hecha la suma con tiza en el mostrador, la comprobó por dedos.

—Redondeando, te paso por cuarto bizantino —le dijo a Ulises, quien pagó en reales.

—Sobran dos sueldos —dijo el posadero.

—Señor duque —intervino Zenón—, que los beba Epiro de vino blanco. Es de los sedientos matinales.

Epiro siguió al posadero hasta el pellejo y le arrebató de las manos, sonriente, el jarro. Pasó la lengua sorbiendo la espuma, y después bebió seguido, cerrando los ojos.

La comitiva se puso en marcha hacia la casa de la señora Alicia. Delante iba Zenón, seguido de Ulises, y nueve pasos más atrás, según orden dada por aquél, marchaban Epiro y Ofelia. El camino que llevaban seguía la ribera hasta donde comienzan las viñas de la izquierda, y desde allí ascendía, dando cómodas vueltas, a un rellano de pastizales y tierra labradía, en la que ya estaba el trigo flor. Se agradecía la caricia del sol en la espalda, y a donde aún no llegara el astro con su lengua tibia, blanqueaba la helada en la hierba corta y grasa. Si volvías el rostro, veías allá abajo el mar azul.

—Zenón —dijo Ulises—, te agradezco que me hayas buscado tan ilustre séquito.

—¡Nada, nada, señoría! Con la misma prontitud te puedo buscar una noble esposa entre pariotas o un pacífico caballo para excursiones a las aldeas vecinas. Una vez vino a Paros un hombre de Melos. Le recetaron viajes para curarle una melancolía agorafóbica que tenía. Se sentaba conmigo en el muelle y yo tenía que sostener con mi mano sobre su cabeza un ladrillo, para que él estuviera tranquilo, sintiéndose bajo techado. Íbamos de paseo, y alquilábamos un tablón y lo portábamos en nuestras cabezas. Yo lo burlaba: «¡Llevamos encima el artesonado del palacio nuevo de Minos!».

»Se iba curando, y ahora le diera por gastar. Estaba indeciso entre comprar una taberna y ponerme al frente, y él entraría a beber y pagaría como si fuera ajeno, y yo le cobraría siempre doble y tendríamos grandes discusiones, y cada cuatro liortas de éstas, yo tenía que dejarme pegar una, o correr con los gastos de divorcio de todos los matrimonios que quisieran deshacerse en Paros. Decía que la mujer que mejor le conviene a uno siempre está entre las casadas. Terminó comprándole a un buhonero alejandrino que venía a ferias pascuales todo el surtido de narices postizas de cartón que traía, y bigotes variados de lana y crin, y marchándose a Melos a sorprender a sus vecinos con aquellas curiosidades.

Ulises le iba tomando gusto al contar de Zenón, variado y burlón, y acompañado

de tanto juego de cayado, y con éste dibujaba el perfil del personaje en el aire. Ulises se imaginaba, cuando pasados años, contase de él, cómo haría la frente redonda y la recta nariz, y las piernas largas. ¡Quedaba retratado en una feliz memoria, irónica y sentimental!

—Ésa es la casa de la señora Alicia —dijo Zenón señalando un encalado pabellón en cada una de cuyas cuatro esquinas se alzaba un ciprés.

—¡Y aquél de más arriba, entre cerezos, es el palomar! —dijo desde atrás Ofelia, soprano.

Ulises se volvió, sorprendido por la hermosura y limpieza de la voz. Ofelia lo miraba con el brillante ojo, en aquel instante tranquilo y amistoso contemplador.

—Nosotros —dijo Zenón— nos sentamos aquí, esperando tus órdenes. Tocas la campanilla cuya cadena cuelga en la puerta. Siempre sale Alicia a abrir. La puerta está a la derecha. Te pedirá dos reales por semana, y tú le ofreces tres reales por cada dos semanas. Háblale lenguaje elevado, y mete en el dictado alguna cita literaria. ¡La gente quiere ser apreciada!

Ulises caminó sin prisa por el sendero que atravesando el prado llevaba a la casa. Se detuvo para arrancar una cañabeja, y ligueteó el tallo. Todavía estaba demasiado verde, pero en los labios del laértida dio notas agrias.

El pabellón tenía una terraza delante, cubierta de cañas, y en las abiertas ventanas el viento hacía revolotear cortinas blancas. Toda la terraza estaba llena de tiestos floridos, y de cestillas de barro que colgaban de gruesos cordones del techo, caían verdes enredaderas de menudas hojas, entre las que lucían florecillas amarillas y azules. La puerta estaba abierta, pero Ulises tiró de la cadena. Sonó, lejos, una alegre campanilla, y al instante, cerca, una voz amable:

—¡Ave María! ¡La puerta está abierta!

Subió Ulises los escalones de madera, la cabeza erguida y en las dos manos posada, como nave en las de santo en icono, la birreta de cinta. La señora Alicia, escondiendo las suyas en un manguito de piel de nutria, le hacía tres reverencias. Miró al mozo con confiados ojos, que los tenía claros, levemente azulados por la sombra que le hacían las largas pestañas pintadas de suave morado.

—¿Puedo llamarte de alguna manera, joven forastero?

Tenía una voz melosa y mansa, no libre de cansancio, que le salía sibilante por entre los gordezuelos labios. Era más bien pequeña, y Ulises se fijó en los altos tacones redondos de sus chapines de brocado. Sorprendía la blancura de la piel, tan igual desde la frente hasta el pecho, que aparecía generoso entre rizados encajes. Era blanda y tranquila, y la única nota enérgica en su rostro la daba la levantada nariz, finamente huesuda, estrecha, y sin embargo ampliamente horadada. Vestía dos piezas de delicado color malva, la blusa muy escotada y la falda ceñida. Al sonreír mostraba menudos dientes redondos.

—¡Señora, no te puedo mentir! ¡Puedes llamarme el Bastardo de Albania!

—¿Tienes nombre cristiano?

—Sí, Dionís.

—¿Puedo servirte en algo?

—Pese a mi poca edad, estoy acostumbrado a dormir en el campo, al sereno y al nublado, vistiendo pesadas ropas militares, y por almohada el yelmo de negra cimera. Me lo quitaba en la noche, e imaginaba que libraba a mi cabeza de la fuente de los horribles pensamientos posándolo en los tréboles. Pero ya dijeron los poetas, señora Alicia, usando para ello un solo endecasílabo, aquello de «¡desesperado, la tiniebla es tuya!».

—¿Cómo sigue?

—«¡Moribundo a la noche, muerto al alba!»

Sacó la señora Alicia del manguito una mano y la llevó a los ojos, sin posarla en ellos, acaso por temor a emborronar con el morado de las pestañas.

—Pasa y sentémonos. ¡La casa está como la dejó el pobre papá! En ese escaño se sentaba el gobernador cuando venía de visita. Siempre pedía una hoja de menta en la manzanilla. ¡Prosigue, mozo Dionís!

El tono no era fácil. Alicia pasaba ya de los cuarenta, y vacilaba entre entregarse a los infantiles recuerdos, poco a poco vestidos, en los horizontes de la memoria, con encantadores resplandores, o en acudir presurosa con la final dosis de aceite a la lámpara desasosegada de los deseos, por últimos alocados y vehementes. La fatiga que se posaba sobre su voz brotaría del no saber osar, ni cómo ni cuándo. Se sentó en un pequeño taburete, y por un instante vio Ulises que todo aquel cuerpo y aquella alma tímida cubiertos de encajes, despertaban aguardando el mediodía de su voz. Sí, el mediodía. Ahí estaba el tono.

—Digo que acostumbrado estoy a dormir con techo de estrellas, sin puertas que guardar. Albania es un llano, con una montañuela en el centro, redondo pecho que alimenta rápidos corceles. Los caminos rodean la colina en círculos concéntricos y para pasar de uno a otro, hay que hacerlo por el radio de la vereda real, con chopos en ambas cunetas. Solamente se puede labrar tierra en la meda central, o en los campos que testan con la marina, que el resto es pastizal hípico. Mi madre era ribereña, y por ende morena. En Albania son rubias las montañesas; un cabello trigoño y ondulado como el tuyo, sería cantado en mi país como una flor bella y extraña. Pasó el gran duque desde el mar a la montaña, regresando de besarle la sandalia al bizantino, y una virgen tenía que perfumarle la barba con hinojo. Fue escogida mi madre porque cumplía aquel mismo día del desembarco los quince años. Hacía dos trenzas con su negro pelo, una pequeña, sobre la frente, y otra larga, adornada con seis lazadas, que la caía por la espalda. Salió con el pocilio de agua de hinojo y el hisopo al arenal. Es costumbre que el duque baje de la galera por el remo timonel, que es ancho allá tres

cuartas, tendido desde la borda a las rodillas de los notables como si fuera un puente, y nadie puede darle la mano. Si cae, es muerto allí mismo, a golpes de remo. Somos bárbaros, pero con pretexto y solemnidad. Mi madre se acercó ritual al duque, quien descendiera por el remo girando como peonza, por mostrarse juvenil y resuelto, y le hisopó la barba, rubia entrecana, que la traía a la moda de Siracusa, que es redonda en el mentón y viene cabría de las mejillas. Por tres veces hisopó mi madre, y con el tercer hisopazo comienza, señora Alicia, el secreto de mi vida, amargo como ruda.

Ulises, digo Dionís de Albania, bajó la cabeza y apoyó las manos en las rodillas. Se había limpiado las uñas aquella mañana, viniendo de camino, con una espina de ulex, y barrido los negros arcos. Las manos del laértida se mostraban hermosas, vivas, sobre el rojo encendido de las calzas. Supo que los ojos de la señora Alicia hacían posada en aquella gran palabra de sus manos, diez sílabas concertadas, crispó lentamente los dedos, fingiendo terror y desesperación; le divertía angustiar a aquella manzana madura de la que venía tan cálido perfume de claveles.

—El hisopazo tercero le salió a mi madre, teniendo tan cerca a tan espléndido varón y tan vestido de corinto y oro, un poco enérgico, y bajando la cabeza el gran duque con exceso, acaso por ver países en los ojos verdes de la virgen monaguilla, el hisopo tan vivazmente manejado tropezó en la barba ducal, y vio con espanto mi madre que se le caían aquellos nobles y adornados pelos a su rico soberano. El gran duque llevó la mano rápidamente a sostener el peinado bosque de su rostro, y por entre dedos, mientras aseguraba la barba, le susurró a mi madre que guardase el secreto, y que a la noche saliese al campo por donde oyese cantar un jilguero. Y el gran duque, allí mismo silbó, imitándose, y la gente tomó la demostración como prueba de lo alegre que venía el señor de Constantinopla, y que acaso, habiéndole perdonado dos o tres rentas el basileo, hubiese rebaja de impuestos, y nadie, ni aun los secretarios de avisos griegos, que están siempre a dos pasos, muy fonéticos, se dieron cuenta del incidente. Pasó mi madre la tarde con el corazón alerta, inquieto potro. El gran duque le pediría que guardase el enorme secreto, y ella cumpliría la promesa que diese. ¡Oh, gran señor de recta nariz! ¡Ella, Ifigenia, sola en el campo con el león de Albania! El hinojo, cuando está destilado con miel y zumo de enebro, es turbador y somnífero como un pañuelo empapado en beleño. La noche crecía en la imaginación de mi madre, y se hacía profunda como un pozo a cuya agua tardase un siglo en llegar la piedra que el niño tira por juego. Tuvo a la vez miedo y valor, pero cuando llegó la noche verdadera, e hizo real la que imaginara, salió a escondidas por el huerto paterno y buscó en el campo el canto del jilguero, siempre inaudito a aquella hora. Le vino envuelto en el perfume de las últimas madreselvas, acompañado de una brisa tibia que le obligó a desabrochar el corpiño para respirar mejor, que se sofocaba. Junto al ciprés estaba el gran duque. Tomó a mi madre de las manos y la sentó a su lado en hierba. Con amables palabras le pedía que guardase el

secreto, y en trágico añadía:

»—¡Si me saben sin barbas, me ahorcan, palomita! ¡Estoy en tus manos!

»Y mi madre, la doncella Ifigenia, lloraba sobre las manos de monseñor, quien, ya confiado, le contaba a la niña cómo fuera la pérdida en Constantinopla, visitando una bodega en la que destilaban aguardiente de manzana. El gran duque se acercara con exceso a la alquitara, cuando uno vaciaba una cesta de bagazo seco de uva en el fogón, y para avivar abrió las tres embocaduras, y vino por la más pequeña un chorro de llama que se llevó la barba de nuestro príncipe. El gran duque se lamentaba. Por tres veces una lágrima suya, grande, redonda, cayó en el cuello de mi madre, la cual seguía a su vez llorando sobre las manos ducales, vestidas de ricas esmeraldas. Y lo peor fue que buscando barba postiza, ninguna era suave como la perdida, ni tenía los remolinos suyos, por costumbre buscados por los distraídos dedos, ni aquel mechón áspero que le encanecía en la lobilla izquierda, y que el gran duque, en los momentos en que se poblaba su cabeza de graves asuntos de gobierno y estrategia, se entretenía en trenzar y destrenzar. Por fin, y por más disimular, el señor se decidió por aquella postiza siracusana. El basileo le dio a nuestro duque muestras de grande aprecio, mandando decapitar a todos los que estaban presentes cuando le ardió la florida suya a don Galaor —que éste es el nombre—, y aun ni su cabeza salvó el dueño de la barba que ahora decoraba el rostro del gran duque de Albania.

»—¡Fue muy humano el basileo! Si puedo, he de ponerme al corriente en el pago. Al de Siracusa se la sacaron los barberos del emperador por pegamento, que es invento romano. Gritaba, pero en sacando el bigote, que ha de hacerse en vivo, lo abreviaron, que era un hombre flaco y se dolía mucho. Los barberos creían que las barbas eran para una imagen nueva de san Gregorio Nacianceno, y por su cuenta le pusieron en el revés del mostacho unas plaquitas de plata con sus nombres. ¡Míralas!

»Y el gran duque se quitó la barba y le permitió a mi madre que viese las plaquitas y que la acariciase, y era como acariciar, aquella virgen, por vez primera, una hermosa barba de varón, y el hinojo regalaba ese aroma que te dije, que de lejos parece beleño. Aunque la caricia de Ifigenia en la barba fuese en postizo de barbero constantinopolitano, para ella era una caricia carnal, entregarse a luminoso varón a través de un sueño. Y se entregó. Soy hijo de esa noche y de esa caricia, el Bastardo de Albania, el Secreto Bastardo de Albania.

La novela asombraba a la señora Alicia, que la cogía con sus propios labios y parecía irla repitiendo. Ulises, atento a la perdiz que viene al reclamo, refuerza el tono:

—Con una espuela, en el juego, desgarró el conde Galaor en el tobillo izquierdo de la niña. Una vez sorprendí yo a mi madre sentada cerca de una ventana; descalza de pie y pierna, contemplaba nostálgica la borrosa y poco profunda cicatriz, y me pareció que una suave sonrisa poblaba sus finos labios. Engendrado en la noche,

señora Alicia, fui parido en la oscuridad. Mi madre, expulsada del hogar paterno, que era de nobles capitanes de navíos de guerra, decorado desde la puerta al giratorio capuz de la alta chimenea, que figuraba un heroico albatros, con banderas y estandartes tomados a paganos, francos, turcos y musulimes, y la primera escalera del salón de respeto hecha con dientes arrancados a los más osados de los enemigos; mi señora madre, digo, expulsada, fue recogida en donde dicen Rocanegra por una tía carnal. Allí pasó mi madre por viuda precoz de un cabo de alarmas, que se cayera desde el pasamanos de una atalaya a las rocas una noche de temporal, llegando a la batería las olas más osadas y sonoras. Nací y me bautizaron Dionís, nombre de un doncel lejano que pasa por las novelas con una vara de avellano pintada de verde en la mano. No hubo junto a mi cuna hada más impaciente que la de la melancolía, velada de gris. Mi padre, don Galaor, estaba casado con una señora de Italia llamada Florentina, que le había dado tres hijos, los cuales salieron sordomudos, y el primogénito, para colmo, con un bulbo en la cabeza, sobre la oreja derecha, que obligaba a hacer una gran escotadura en la corona de infante, y para adorno y disimularle la cebolla, también le coronaban ésta de conde, con puntas de botón, y doña Florentina de Italia sospechaba que el marido andaba a escondidas prolongando la familia ducal por darse descendencia que pudiera llamarse militar, y que supiera presentarse altiva ante los albaneses, todos guerreros amigos de insurrecciones, y para convencerse de sus sospechas tenía policía propia, que andaba el país con cascos secretos. Por si alguien había oído una noche extraño jilguero en el campo, yo estaba oculto, y crecía pálido en Rocanegra, vestido de harapos por más engañar a las visitas. Eso de día, que por las noches mi señora madre y mi doña tía me vestían ricas ropas de colores salteados y me enseñaban los andares corteses, que allá son como deslizarse y sin taconeo.

Se levantó Ulises y paseó por la sala demostrando los andares corteses de Albania, los más de ellos tomados de aves, y los dos mayores de riachuelos remansados. La señora Alicia asistía a los ejercicios con la boca entreabierta y el espíritu suspirante, y el aire que desplazaba el laértida con sus giros, hacían aletear las largas pestañas moradas de la blanda soltera. Ulises de regreso a su escaño amistó con la patética.

—¡Me vestían las ricas ropas bordadas con caballos y rosas! Y de mi cinturón colgaban pequeñas espadas afiladas que don Galaor me enviaba por un enano de avisos orientales que tenía, y las noticias que éste me traía de palacio y las memorias que mi madre conservaba de la figura noble del paterno paladín, me levantaban torres en el corazón. Me hacía soberbio sin saberlo, y prefería estar desnudo en el campo, con una breve braga, que no vestir los harapos del disimulo. Mi corazón se burlaba de los infantiles compañeros de juegos, hijos de labriegos y herreros. ¡Yo era, aunque escondido en temerosa cueva, un ciervo de estirpe real! Tuve que aprender equitación

en las noches sin luna o de horrible temporal, en las que parecía que el viento contra el cual galopaba me derribaba del caballo. A los nueve años pedía quedarme solo junto al fuego, y en aquella compañía imaginaba estar con el rey mi padre. Lo dejaba amortiguar, y cuando solamente era brasero, en la gran trébede de hervir el agua con que en la matanza se escalda el puerco, me sentaba sobre él, y aún a veces llegó a quemarme, porque me distraía soñando que estaba en el trono de Albania, y decía palabras nobles, aunque fueran impertinentes, a una fanfarrona banda de héroes bien armados, o hacía justicia con maneras solemnes. Como príncipe soy autodidacta, pero heredados gérmenes viajan por mis sueños. Adolescente, ¿cómo ocultar la tempestad? ¿Acaso puede esconderse un incendio? Un veneno que venía para mí en una naranja confitada, mató a mi madre. Una flecha disparada desde detrás de unos haces de heno, entró mortal por un ojo de mi caballo, equivocando el camino que llevaba a mi cuello. Fueron muertos mis perros y robadas mis espadas infantiles. Doña Florentina de Italia me había descubierto, y peligraba mi vida. Por aterrarme, dejaban sogas a los pies de mi cama, y las encontraba cuando iba a un lecho que ya solamente me conocía insomne. Mi señora tía enloqueció, hallando por toda parte, en el suelo, charcos de sangre fresca, y no sabiendo si de verdad era aquélla la mía, en la temprana edad y a traición derramada. Se despertó en mí el viento de las grandezas reales. Ya me vestía de rico a cada hora, le mandaba correos a don Galaor reclamando bolsas de oro y largas espadas milanesas, un halcón para altanería y un nuevo caballo, calzado de la mano de la lanza, y que para el mayo siguiente me pusiese una nave en la ribera, que quería educarme en artes marinas, y amanecer una mañana frente a la casa en que mi madre nació, reclamando a mis tíos la herencia, pisando con mis propios pies el botín de banderas que alegraba aquella rica casa. Me imponía en Rocanegra, y cada tarde venía a la cámara mía una clara y honesta dama de la ciudad a lavarme los pies, y con ella venían sus hijas que me cepillaban la ropa y me bordaban pañuelos. Cobraba impuestos echando al campo mi apellido, gozaba, en fin, de la impetuosa libertad de los príncipes soberanos, tan célebre, señora Alicia, desde las tragedias históricas del poeta de Inglaterra. Y en esto, y en arriesgada mocedad madurando, estaba, cuando vino la nueva de que los sordomudos mataran a don Galaor, y venía contra mí un ejército desmandado, y que hasta doña Florentina se disfrazaba por venir en él y estar a mi segura muerte. Yo la di con mi propia mano a mi halcón y a mi caballo, a mis esbeltos galgos manchados. Los que se habían puesto por mis súbditos, especialmente las damas y doncellas que cité, amables lavadoras de mis fatigados pies, dulces bordadoras de pañuelos para mis nocturnas, escondidas lágrimas, pedían muerte misericorde de mi mano. Me la exigían, pero no se la di. Les regalé mi nave y todo el oro para que huyeran con la marca vespertina, y yo quedé en tierra, con la desnuda, larga, brillante, bien empuñada espada. Caminé mi tierra, mi heredad, en la noche, en dirección al ejército de los legítimos. Me despedía con

versos antiguos de las estrellas siempre nuevas. Me detenía para cortar con mi espada la flor de la malva. Olían los campos a genciana y a manzanilla, y si la luna hacía centellear el filo de la espada, una liebre asustada corría el sendero ante mí. Amanecí en el vado de un río que no sabía. Vi que los patos revoloteaban tranquilos y se posaban sin temor en ambas riberas: no había, pues, humanos en las cercanías. Pasé el río con el agua por encima de los tobillos, y se me recordaron las damas que me lavaban los pies, oyéndome romances mientras me los secaban con paños de lino calentados en sus senos:

*¡Si los pastores han amores,
qué harán los gentileshombres!*

Y con la mañana y el sol, y el agua mansa, y las aves que cantan y mirarme mozo en la onda más quieta en una orilla, me entró el sabor de la vida, y la amarga raíz de la venganza la sentí debajo de la lengua. Le dije adiós a Albania, y por el viaje del sol supe dónde estaba levante, y me hice peregrino. Todavía me andan buscando los sordomudos en Rocanegra, por la mañana dándose partes de pared a pared con silbidos y por la noche con linternas, y doña Florentina entrega mi cuello al verdugo todos los días, y los más me dan por muerto de hambre y sed en un desierto, escapando, y algunos, entre los más jóvenes, sueñan con que vuelvo y me mandan con agitada respiración la caricia de su alegría guerrera. Mientras, yo ando mundo. Calzo ese casco que te dije y duermo, haciéndome sufridor de trabajos militares, al aire libre. Estudio la filosofía de la venganza, y me educo libremente en el ejemplo de los coronados de la antigüedad. Me quedaré en Paros para ver representar en vuestro teatro la tercera parte de *La tragedia del rey Lear*. La serpiente y el dragón, en invierno, duermen y descansan. Pose yo bajo una piedra mis recuerdos y mis ansias, la pesada gloria de mi estirpe, el apetito desaforado de mi venganza y los colores de los estandartes que me saludarán un día gran duque en una Albania feliz, y descanse en tu palomar. Cerrando los ojos donde volaron palomas, todavía se oirá rumor de alas.

La señora Alicia contemplaba al doncel en silencio. Admiraba la redonda frente, los francos ojos, la recta nariz, la boca fresca, el cobrizo mentón, el largo cuello tostado en los días marineros, que surgía esbelto de la doble vuelta del manto blanco, las finas manos todavía crispadas en las rodillas. La mirada de la señora Alicia buscó los pies del Bastardo de Albania.

—¡Dionís, te lavaré los pies!

—¡Señora, dama mía! ¡Esta sombra fugitiva te agradece la limosna! ¡Eres benéfica!

Posó la señora Alicia en un escaño su manguito de piel de nutria y corrió hacia el

interior de la casa dando voces.

—¡Herminia! ¡Violante!



Regresó con un barreñón decorado con flores azules y pájaros dorados, y con ella entraron dos doncellas portando jarros con agua caliente y fría. Eran niñas, pequeñitas y rubias, y contemplaban asombradas al forastero. Ulises se descalzó, y soltó el botón de la sotacalza; se remangó las calzas rojas cuidadosamente hasta media pantorrilla, y metió los pies en el barreñón, dos corderos conducidos por las delicadas manos de la huésped. Las doncellas vertieron desde lo alto el agua de los jarros. La señora Alicia se arrodilló y comenzó a lavar los fatigados pies del albanés. Los enjabonó, frotó, rascó y acarició. Sacó del seno un paño de lino que había entibiado allí, y apartando el barreñón se dispuso a secar los pies del héroe. Ulises, digo Dionís de Albania, recordando la costumbre que tenía en su Rocanegra, recitaba un romancillo de galanes:

*Dícenme que tengo amiga
y no lo sé.
¡Por saberlo moriré!
Dícenme que el amor no hiere,
¡mas a mí muerto me tiene!*

La señora Alicia, secando y oyendo, ensoñando y despertando, ni se daba cuenta de que se le volcaban, inclinándose en la faena, los frescos, albos, redondos pechos fuera de los encajes, y casi rozaban en los pulgares abiertos y osados de don Dionís, el muy secreto, dolorido, fugitivo príncipe. Las niñas, arrodilladas junto a la señora Alicia, con los jarros vacíos apoyados en los muslos, se miraron y enrojecieron.

Ulises dejó caer, en el umbral, el ramillete de violetas marchitas que llevaba en la birreta de cintas.

Alquilado el palomar se retiró a él el laértida, precedido de Zenón, y seguido de Epiro y de Ofelia. El palomar era redondo y estaba en una pequeña elevación del terreno, entre cerezos, a un cuarto de legua del pabellón de la señora Alicia. El camino pasaba por un soto de higueras y atravesaba un olivar.

—¡El parrafeo fue largo! ¡La dejás camelada, capitán!

—Es una gran dama.

El graso Epiro posaba el saco de viaje y reía. Se alisaba el mechón, y secaba el sudor con un roto y sucio pañuelo rojo.

—¡Gran dama! ¡Adiós, gran dama! ¿No fue eso, Ofelia, lo que te dijo el sátiro Bliofernes dejándote tumbada en la viña?

El ojo de Ofelia relampagueó iracundo.

—¡Era un caballero y con mucha conversación! Entre los suyos estaba aprobado de solfeo.

—¿Nunca más volvió? —preguntó curioso Ulises.

—¡Ni fue en las viñas! Yo todavía estaba acostada en la hierba, cuando oímos ladrar canes cercanos. Cazadores eran, que pasaban hacia los trigos, a cazar la codorniz en su siesta. Se asustó. Era un macho joven; en su nación son adultos a los diez años, y él, gentileza de abril, andaba en los ocho. Me metió una de las pezuñas de su parte cabría en el ojo izquierdo, y me lo vació. ¡Adiós, grande dama!, me gritó. Huyó empavorecido, alarmado por los canes y entristecido por la herida mía. ¡Y no tenía por qué huir! Los perdigueros son mansos, y los detendría hasta que llegaran los amos, que serían amigos, gente de comercio que sale a paseo. Yo la herida ni la sentía viéndolo huir a brincos. ¡Daba el ojo por él! ¡Amante, dulce, impetuoso amante! Esto gritaba por su asistente una viuda en el teatro. Lo gritaba yo. ¡Diera mis dos ojos por aquel Bliofernes tan súbito y variado roncador!

Ofelia levantaba la voz y abría los largos brazos. La voz la tenía clara, brillante, abierta. Le salían fáciles limpios agudos. Parecía desmayarse, abrazándose al zurrón de Ulises. Zenón se acercó a ella compasivo.

—¡Buscaré quien te cubra esta primavera, querida Ofelia! ¡Come de estas uvas pasas! ¡Si quieres que sea militar, dalo por hecho! ¿O prefieres un forastero, tortolita?

—¡Nunca haré cornudo al joven Bliofernes! —exclamó la tuerta en fe natural, mandando la luz de su único y divino ojo al brezal de la cumbre, hacia la selva amada de las nieblas, a la que huyera, asustado, el sátiro amoroso de antaño.

III

Zenón medía el palomar con su cayado, a palo posado. Era torre redonda, con doce filas de nidadas de las que llaman bolsilleras, y la cúpula tenía linterna de cristal, por donde entraba abundante luz. Pisaba de chapacuña, y dentro del palomar había una fuentecilla, que fue en días más antiguos el bebedero de las zuritas. Frente a la puerta, y con techo de caña y palma, había un catre de doble cruz, en el que hacían cama seis anchas tiras de trenzados cordones de esparto. Mientras Ulises comía en el olivar con los mendigos, los criados de la señora Alicia habían barrido y quitado las telarañas: una sola dejaron en la puerta, entre el dintel y la jamba izquierda, porque porta fortuna. Era una araña leonada quien la tejía, con seguros viajes. Dos mantas rojas estaban dobladas al pie del catre, y en dos nidos de la cabecera los criados dejaron un jarro vacío y una taza con sal.

—Cabén cómodamente cinco personas en esta cámara, tendidas en el suelo como cuerdas de arco —decía Zenón—. Estos palomares son gran abrigo aún para el que ha de dormir en su suelo, sobre un poco de paja. El aire que entra por los zureles redondos, se desliza por las paredes y va llenando los nidos como quien llena copas. Cuando llega a la última hilera de nidos, poco más es que una humana respiración.

—Es verdad —afirmó Ulises—. En el palomar de casa de mi madre, jugábamos a plumas. También está vacío como éste, que hubo que dejar la cría de palomas cuando los halcones enanos llegaron a la isla.

—¿Qué es jugar a plumas?

—Nos encaramábamos hasta los zureles, y poníamos plumas de palomas en los nidos. Son noventa y seis nidos en ruedas de doce en cada semicírculo. Cuando en cada nido habíamos puesto su pluma, abríamos los cuatro vientos, que son rectángulos enrejados, y nos sentábamos cabe la puerta. Era a última hora de la tarde, y esperábamos el vendaval vespertino. Venía y entraba en la trampa de nuestro juego, y según entraba iba haciendo volar y echaba fuera de los nidos las plumas que pusiéramos, al primer envite las de los nidos superiores, y poco a poco, por filas, y cada vez con más trabajo y pausa, las de las filas inferiores. Más de una vez el viento tenía que declararse vencido, que no llegaba su aliento a las pequeñas plumas blancas de los nidos de la última serie. Si por un casual nos encontraba allí el norte, entonces sí, Zenón, entonces el juego era hermosísimo. Entraba con el manto desplegado y a su voz volaban a un tiempo todas las plumas. Si las habíamos pintado de colores, volaba dentro del palomar un arco iris partido en menudos trozos.

Sonrió Ulises, acaso para que lo viese su propio corazón, a aquella memoria de infancia.

—Éste es un amplio palomar. ¡Y qué limpieza! Oirás en la noche el mochuelo del olivar y el del cerezo. Cada uno da su nota. Sí, cabemos cinco. Ando preocupado, amo, por mis amigos Cimón y Dionisio. Se les aficionó un cabrito del sacristán, brincaba con ellos. Cimón es infantil y Dionisio goloso. ¡Pudieron caer en la tentación! El cabrito desapareció. Lo iban a destetar al día siguiente. Pudo, con su instinto, darse cuenta de que se le acaba la prima de leche y marcharse irritado. Pudo aficionarse a un forastero, así como se había aficionado a Cimón y Dionisio. Los echaron ayer de la cárcel y durmieron al sereno, a sotavento. Pero las heladas caen igual a sotavento que a barlovento, y después vienen las reúmas y calambres y la flema de las mañanas. Me preguntaban hoy al amanecer si habría trabajo en tu casa para ellos.

—¿En Ítaca? Dentro de un mes andarán preocupados mis criados Jasón y Alpestor buscando segadores. Y después de la siega viene la trilla, y después la cavada de los prados bajos, y luego la vendimia. ¡Hay trabajo en mi casa, Zenón!

—¡Oh, ellos son pariotas naturales, enemigos de la emigración! Decían en tu casa aquí, mientras esperas la función de teatro.

—Ni para ti tengo trabajo, Zenón. Cuando veas encendido el farol de la puerta, puedes venir, y entonces te doy vino y compañía. Pero los más de los días vagaré esta isla. Ofelia me lavará la ropa y vendrá a barrer.

—¡Sí, señor!

—¡Les voy a dar un disgusto a Cimón y Dionisio cuando vengán al anochecer! Amo, permíteme que mande a Epiro por un garrafón de vino. Si los convidas al despedirlos, quizá les duela menos la negativa. ¿Tienes cambiado? Por cuarto miguelino de plata trae Epiro el garrafón lleno de vino de la izquierda. Tenemos pan y cordero. ¿Quieres añadir dos sueldos para aceitunas? ¡Eres una mano generosa! ¡Vete, Epiro, corre! ¡Que no noten en tu semblante Cimón y Dionisio la triste noticia que les espera en este alto palomar!

Zenón se golpeaba con el cayado la rotunda frente. Se sentó junto a la puerta, en un apoyo de piedra que habría servido en su día para posar los sacos de alpiste y cañamón.

—¡Hay reyes de mendigos! —comentaba para sí, en voz alta.

Tiró el cayado al suelo y puso sus pies sobre él.

—¡Un mozo elegante que no quiere ser amo! ¡Los pobres tenemos derecho a amo! ¡Yo siempre fui partidario de la aristocracia, y ahora se me da este pago! ¡Lo siento especialmente por Cimón, tan tierno, tan calladito, tímido pajarillo que picotea en las veredas!

—¡Es peleador! —afirmó Ofelia.

—¡Se adelanta! Es el miedo, capitán, que lo obliga. Teme que lo maten y se adelanta. Además es zurdo, pero con la especialidad que no lo sabe: apunta con el ojo

derecho y golpea con el puño izquierdo, y no mide, y parece mucho más violento de lo que es. ¡Pobrecito! ¡Un conejillo de corral!

Se volvía a Ofelia el irritado Zenón, admonitor.

—¡Y tú debías de respetar los zurdos! ¡Todos los sátiros son zurdos!

—¡No se lo noté a mi Bliofernes!

—¡Andabas salida! Son zurdos, sí señor. Gente carnal y espantadiza, como el pobre Cimón. ¿No trataron los de los al ciego Jacinto? Jacinto era un sátiro que cegó de una helada, y sus connacionales lo trajeron a los, que venía recetado de Anatolia a baños de lavanda, y la más aromada es la nuestra. Hizo promesa de continencia ante el gobernador y el abad, que aceptaron su palabra sin poner reparo. Y era zurdo. Vivía en el monte, con una criada vieja que dejaran pagada los suyos. La criada lo guiaba hasta el juego de bolos, en la marina. Jacinto tiraba con la izquierda y tenía tomada la medida. ¡Barría en cada bolada! Se le puso en seguida el acento de los, y aún salió más melífico que nosotros. Hubo discusiones sobre si valía para testigo, y el gobernador dijo que lo preguntaba a Constantinopla. Daba como prueba de que no era sátiro rescatado, que los hay, especialmente de siríacos del desierto, el que era noblemente zurdo. Cuando le vino de Constantinopla el título de testificante, solicitó que le levantaran la continencia, a lo que accedió el gobierno, eso sí, poniéndole donde decía continencia, moderación. No le sirvió de nada la bula, que cuando empezaba a ensayarse, vino un bergantín de Malta y traía la peste, que se corrió súbita, y en el camino halló a Jacinto.

En estas divagaciones y suasorios experimentos estaba Zenón, cuando tras Epiro y su garrafón asomaron por la puerta del palomar los aspirantes Cimón y Dionisio. Se quitaban lentamente los sombreros de cuero, de ancha ala, y mostraban las hirsutas pelambres, en ambos rojas e intonsas. Cimón era pequeño y graso como Epiro, pero Dionisio era alto y delgado, aunque fornido y musculado. Su rostro cetrino asomaba por encima del cuello del garrafón lleno de vino que portaba Epiro en la cabeza.

—¡Tendréis que dormir al sereno, hermanos! —les gritaba Zenón, lamentándose—. ¡Lo dice el extranjero! ¡Palomas mías sin palomar!

Dionisio apartó a Epiro y se adelantó hacia Ulises. Tendía las manos implorantes, pero el laértida vio en los desnudos brazos la tensión de los músculos del mendigo. Zenón se recostaba contra la pared, y seguía quejándose irónico.

—¡Hay grandes señores sin corazón! ¡Hay reyes de conejos!

Dionisio echó hacia atrás los brazos y se lanzó contra el pecho de Ulises, la cabeza baja. El mozo saltó, esquivándolo, y lo zancadilleó. Un grito de Ofelia le hizo volverse; con llave gálica, mano al antebrazo y puño al estómago, volteó a Cimón. Otra vez ofrecía Dionisio pelea. Por entre las tinieblas de un negro puño que se abatió sobre su rostro, vio Ulises la sonrisa de Dionisio y un mentón lleno de baba y sangre, y ciego acertó allí con sus dos puños; se dio cuenta de que el anillo paterno, que

figuraba la cuerna de un buey, rasgaba carne y que por entre sus dedos corría sangre caliente. Oyó el lamento de Dionisio y se arrimó a la pared. Sentía el borde de los nidos de las palomas, abiertos como un filo de pizarra, clavarse en su desnuda espalda. Se acordó de todas las lecciones de Jasón, y respiró profundo. Veía las cabezas de los tres mendigos asomarse lentamente, como saliendo de un pozo. Sentía su asqueroso aliento sobre su nariz. Oía a Zenón.

—¡Seca con tu mano la herida del hermano Dionisio, amo mío!

Cimón era torpe y se adelantó en el ataque. Caído, Ulises lo pisó, y las poderosas y ágiles manos ítaicas golpearon una y otra vez el rostro y el hígado de Dionisio. Ulises, como ciego, sacaba lentamente sus puños de la violencia y de la sangre del mendigo. Dionisio huyó, tambaleándose, seguido de Cimón. Zenón se acurrucaba cabe la puerta.

—¡Oh, malvada gente de Paros! ¡Así se explica que el basileo no les permita puñal con punta!

Ofelia ofreció agua al laértida, quien mantuvo el grato frescor durante largo rato en el rostro. El puño de Dionisio le había roto por dentro el labio contra los dientes, y lo sentía hinchar, dolorido.

—De todas formas, Ulises, fuiste cruel con esos pobrecitos. ¡Por un poco de cobijo esa gran pelea! Señor, bebe algo.

Ulises sacó de su bolsa una moneda y se la tiró a Epiro.

—¡Vete! ¡No te necesito!

—¡Reduces tu casa a la mitad! —comentaba Zenón meneando la cabeza—. ¡Se abaten los reinos! Yo estoy viejo en demasía para ir a la polis a buscar el garrafón, y Ofelia es una dama.

Ulises posó su mano diestra sobre la mano de Zenón que descansaba en el puño del cayado. Apretó, y la contera de hierro se clavó en la arena, entre dos losas. Apretó hasta que Zenón se dolió.

—Dormirás fuera, Zenón, junto a la puerta. Yacerás sin vino y sin conversación, sobre la hierba.

—¡Gran duque, misericordia! A los exilados en todas partes se les permite beber lo que quieran en la noche de la expulsión. ¡Regálame dos jarros, amo mío! Cuando expulsaron de Samos a Tadeo, un médico que quería resucitar las antiguas demagogias griegas, lo emborracharon sus secuaces, y cayó en la arena y durmió, y todo el tiempo que estuvo dormido regaron su cuerpo con finos vinos. Cuando partió dijo que nunca se quitaría aquellas vestiduras. Paros lo recibió, que venía a curarle las verrugas a la amiga de un gobernador, que se le ponían como setas en las mejillas porque desde Constantinopla, con dos espejos, aojaba la esposa, que estaba en lágrimas, abandonada, y el gran Tadeo olía todavía a vino, y los catadores se acercaban a él, aspiraban en su túnica y en su manto, y reconocían los vinos de precio

que los habían empapado, diciendo en voz alta los hermosos nombres. Un cabo de mar retirado olió, y pidió a Tadeo que le permitiese chupar la parte del manto que había olido, que era un trocito teñido del color de la violeta por un vino que llaman de la reina mora, y el cabo lo bebía en Samos cuando andaba enamorando. Tadeo, considerado, permitió que chupase por tres veces.

—¡Vete, Zenón! ¡Vete sin vino, y si pasa Tadeo en la noche, chupa su manto!

—¡Eres soberbio! ¡Reconozco en el tuyo el puño invisible de Hércules! —dijo Zenón levantándose.

Salió con la cabeza baja, y Ulises cerró la puerta y atrancó. Encendió el farol de aceite. Ofelia estaba arrodillada junto a la fuentecilla, apoyada en el bebedero.

—Cena y bebe, Ofelia, y acuéstate donde quieras. Toda esa paja es para ti.

Miraba a Ulises el ojo hermoso y húmedo, agradecido; llenaba al laértida de luz dorada, acariciándolo con las largas pestañas. Ulises se turbaba, y se volvió de espaldas, poniéndose a doblar cuidadosamente el manto sobre el catre. Vino desde el agua de la fuentecilla, mezclada con el canto ágil del chorrillo, la voz plena y musical de Ofelia.

—¡Señor amo, átame con esta cuerda! ¡Átame por encima y por debajo de las rodillas! ¡Soy una mujer honesta!

—Respeto tu castidad, Ofelia, pero no es necesario.

—Sí, amo. ¡Te lo pido! ¡Átame por encima y por debajo de las rodillas! Haces tres nudos, y aprietas.

Ulises sonreía. Se acercó a Ofelia y tomó de sus manos la áspera cuerda. Ofelia se había sentado en el suelo y mostraba las largas piernas desnudas. Ulises se arrodilló. Ofelia tenía blanquísimas las carnes. El laértida ató por encima y por abajo de las rodillas, haciendo nudos lacónicos de dos vueltas. La piel suave y fresca de los muslos de Ofelia se deslizaba bajo las yemas de los dedos de Ulises mientras ataba. Se levantó y ofreció vino a Ofelia.

—¡Por la castidad! —brindó Ulises.

—¡Es por si viene Bliofernes, amo! ¡Es tan celoso!

La voz de la mendiga alcanzaba notas que sorprendían los pequeños y cuadrados vidrios del farol de aceite, dos blancos y dos azules, y los hacían vibrar.

—¡Que sea también, Ofelia del hermoso ojo, por los vientos locos que pudieran levantarse en el océano de los sueños del mozo Ulises!

Ofelia se ruborizó y cruzó los brazos sobre el pecho. Mientras Ulises cenaba, sentado en el catre. Ofelia bebía a pequeños sorbos el fresco vino. Acarició con sus manos los gruesos nudos que hiciera en sus muslos Ulises, y lentamente entornó y cerró el ojo único, inventando en el palomar de la señora Alicia la más oscura noche.

IV

Ulises posó las manos en el borde de la pared recién encalada, y respondió cortésmente a la muchacha.

—Viajo en busca de hierbas y plantas medicinales, y de raíces. En tu país es muy olorosa la genciana, y ¡no he visto en parte alguna vestidas de rojo más solemne las caperuzas de la digital! ¡Míralas en ese prado!

—Ese prado es de mi padre. Me dijo que si tenía alguna vez un pretendiente honesto, que gustase de ir al atardecer a abrirle el agua al prado, y de estar apoyado en el mango del ligón viendo cómo se llenaba los canalillos, que lo pondría en mi dote, juntamente con aquel alto trebolar. Me llamo Penélope. Cuando era niña venían de las aldeas vecinas, y aun de otras islas, a verme los ojos verdes. Como soy la menor de las siete hermanas, aprendí a tejer.

Ulises se había levantado muy temprano, y dejara a Ofelia al cuidado del palomar y guarda del equipaje. Zenón había desaparecido. Ulises buscó el camino de los pastos verdes que veía a lo lejos, junto a la cabeza rocosa de los oscuros montes. Cruzó cuatro riachuelos cantores y espumosos, y en los cuatro mojó los labios y los pies. Le gustaba poner en uso en aquella tierra extraña los ritos benéficos de la suya. Mediaba la mañana cuando en un breve llano resguardado del norte, vio la casa, grande, cuadrada, emparedada de basto granito, y la huerta, redonda, cercada de muro bajo, con algún trozo encalado. Subida a la pared, junto a la puerta del camino carretero, estaba la muchacha. Parecían coronarla las ramas floridas en blanco de los perales. Se peinaba despacio con peine de boj de tres púas iguales. Se asombraba, sin sonrojarse, de la presencia del forastero, manteniendo en el aire la mano que sostenía el peine. El pie descalzo que colgaba sobre la pared, buscó refugio bajo la acampanada falda. Ulises se acercó a Penélope, tomó entre las suyas la mano izquierda de la muchacha, y contempló la blanca palma, que se abría sumisa.

—Tienes en la palma la señal del estribo del telar cretense, que ya viene en hermosísimas manos en alados versos antiguos. Eres verdaderamente una tejedora. Mi madre, que es hilandera, tiene en las yemas de los dedos índice y pulgar de su mano derecha un canalillo, más fino que los de tu prado, que ha ido abriendo la lana que enhila el huso girador.

—¿Cómo te llamas? ¿De dónde eres?

—Si estuvieras sentada ante el telar, y tuvieses entre las madejas de blanco lino un ovillo de hilo rojo, te diría mi nombre para que lo fueras tejiendo letra a letra. Te diría que tejieses una U. Mientras tejías, iríamos diciendo nombres que comenzasen por u.

—¡No sé leer! —dijo Penélope ruborizándose.

Ulises le mostraba cómo era la U, dibujándosela en la mano, imitándola con dos dedos.

—Me llamo Ulises, y soy nativo de Ítaca, una isla lejana. Es una isla pequeña, tan pequeña que hace tres lunas mis pies la cubrían toda y las uñas de mis dedos arañaban el mar.

—¿Eres soltero?

—Además de hierbas medicinales, escucho el canto de pájaros extraños y busco esposa. Mis padres me autorizaron a regresar casado.

—Mi madre murió. Solía decir que muchas veces una bella esposa, traída a una isla desde otra remota, es el más hermoso final de una novela.

—No te podré llevar a Ítaca, dulce Penélope, si no como. ¿Me vendes un cuenco de leche y un codo de pan?

Rio la muchacha saltando de la pared e invitando a Ulises a entrar en la huerta. Penélope se dirigía hacia la casa con rápido paso, seguida del laértida. Volvía hacia el forastero el sonriente rostro, y mientras caminaba se peinaba el corto cabello oscuro. La casa tenía amplio porche en la fachada, y bajo él había cuatro bancos de piedra. Las ventanas eran pequeñas, como suelen serlo por los vientos en los países montañosos, y abrían a desigual altura en la pared de granito sin labrar, por la que trepaba el lúpulo hasta el tejado. En el banco más próximo a la puerta sentaba un anciano, vestido según una moda antigua y rica, con blusa y pantalones blancos adornados con encajes y puntillas, por las que pasaban cintas de rojo terciopelo. Se cubría la cabeza con una birreta redonda adornada con flores de tela y plumas de perdiz. Rascaba uno contra otro los pies descalzos.

—¡Abuelo, recibimos un joven forastero!

Penélope era alta. La blusa que por delante cerraba al pie de su largo cuello, por detrás abría hasta la cintura, dejando ver la desnuda espalda. La falda almidonada le volaba por encima de las redondas rodillas. Tenía la voz aguda, y sorprendida a veces de oírse en aquel tono suyo tan vecino del grito, la dejaba caer en acariciantes murmullos confidenciales. Posó en Ulises los serenos ojos verdes.

—¡Es el abuelo Leónidas! ¡Espera!

El abuelo contemplaba con curiosidad al forastero. Impaciente, acaso por el silencio de éste, golpeó las rodillas con las rugosas manos.

—Mi padre fue una vez forastero en Candía. Se puso el sombrero y dijo que quería salir a ver mundo. Se vistió como yo estoy vestido ahora. Mi madre le recomendó que se abrochase. Una ropa de fiesta no luce desabrochada. Llevaba pompones de repuesto para los zapatos, amarillos, verdes, blancos. Llegó a Candía y se rieron de él. Gritaba que viajaba vestido de fiesta, pero no le hacían caso. Le tiraban de las cintas, le desgarraban los encajes. Le hablaban con voz femenina. Mi

padre tenía bigote, un bigote negro, tieso al frotarlo con sebo y miel. Era muy varonil; en su mocedad tuvo que librarse de ir a Constantinopla de lancero de a pie pagando doce ángeles de plata. Mi abuelo los había dejado caer, uno a uno, en la bota derecha del almirante, en la única bota que tenía, porque era de la izquierda pata de palo. Toda la vida oyó mi abuelo, en sueños, caer el río de monedas dentro de la bota. Mi padre era un hombre hermoso, y los candiotas, viéndolo de encajes y puntillas, lo tildaban de marica manifiesto. Toda la riqueza de nuestra casa estaba en ropas de fiestas. Vendíamos el aceite y comprábamos puntillas, vendíamos dos terneros y comprábamos terciopelo rojo. Decían en todo este país de los montes que éramos los más ricos, porque teníamos en las arcas setenta trajes de fiesta. ¡Setenta y dos! Nuevos, completos, con sus botonaduras de nácar y de plata. ¡Y en Candía riéndose de mi padre, que llevaba encima catorce varas de encaje franco! Regresó mi padre y dispuso que se usara por los varones a diario el traje de fiesta. Abotonábamos, e íbamos a cavar la roza llenos de encajes, y a recoger el lúpulo. Los vecinos lloraban viendo maltratar tanta riqueza, y algunos, ofendidos, nos vendieron sus tierras y se fueron. Ya no nos quedan más que cuatro trajes nuevos. Yo gasto éste y mi hijo, el padre de Penélope, gasta otro. El que se case con Penélope gastará uno de los que están vacantes, si así lo desea.

El viejo Leónidas miraba a Ulises, cazurro, con sus ojillos claros. Vino Penélope con un tazón de barro lleno de leche, y Ulises, echando hacia atrás sus manos, bebió de las de la muchacha. Un criado trajo en un plato rebanadas de pan con miel y esperó a que Ulises terminase de beber para ofrecérselo. Penélope se sentó en las escaleras al lado del laértida, quien comió pausadamente y en silencio. Los ojos verdes de Penélope eran dos aguas quietas. La muchacha tenía la frente estrecha, y la nariz recta y corta, levemente empinada en la punta. La boca la tenía carnal y redonda, sangrienta, y en el mentón el río de una vena azul que descendía de la rosada mejilla, se partía en hilos tortuosos. Mostraba altos y separados pechos.

—¡Nunca más fuimos forasteros en parte alguna! —decía el abuelo Leónidas retomando el hilo de su historia.

Penélope tenía la piel blanca, aunque sonrojaba manzanera en las mejillas, y comenzaba a solear con la vida al aire libre en el alegre tiempo que había venido con las golondrinas. En el invierno montañés, en los breves días en los que la niebla pasea a tientas los brezales, y en las largas noches de viento aullador y lluvia, sería tan pálida, sentada al telar, como Euriclea. Se inclinaba hacia Ulises, inocente y sensual.

—¡Cómo lucirías con nuestro traje de fiesta!

—¡Los extranjeros no saben abotonarse! —criticaba el viejo Leónidas mesándose la barba—. ¡Diecisiete botones, alternando nácar y plata!

Se oían carros en el ancho camino veraniego. Ulises creyó estar en Ítaca al oír la voz agria y seguida. Se contaban todavía con los dedos de las manos las semanas que

hacía que faltaba de Ítaca, y sin embargo, cuando algo se la recordaba, humo, sabores, viento, carros que cantan por caminos hondos, se le ponía un inquieto peso en el corazón.

—¡Te tira Ítaca! —le gritará Alción si lo halla en la bahía laconia cuando brote la luna nueva de las vendimias.

Entre todas las melancolías del mundo, una habrá propia de los isleños naturales. ¡El pequeño y lejano nido! Otra melancolía será la de las grandes llanas continentales, y habrá la melancolía de los fluviales, ribereños de un río que no saben dónde nace ni a dónde va a morir, y lleva sus rostros y las luces de sus casas.

—¡Es mi padre! ¡Regresa con los criados de segar el heno!

Penélope se levantó al mismo tiempo que Ulises. Estaba dos escaleras más arriba, y para ver mejor por dónde venían los carros, se empinó en la punta de los pies, apoyándose con ambas manos en los hombros del laértida. Ulises sintió un suave calor desparramándosele por la garganta. Lo puso en palabras, casi sin pensar lo que decía.

—¡Cuando llegue tu padre, puedes presentarme como un honesto pretendiente!

—¡Ya verás, forastero, a Icarío, padre de Penélope! ¡Los diecisiete botones asomando por su ojal cada uno! Y en el bolsillo del calzón, aguja e hilo, por si algún botón se tambalea, pegarlo seguro.

Icarío venía en el carro delantero, recostado en los haces de heno. Los carros subían lentamente hasta la casa, diciendo la fatiga del viaje con el sostenido canto. El heno venía atado en grandes haces, que rebosaban del varal, y por delante caían hasta acariciar el lomo de los pardos bueyes mogones. El heno temprano de las veranias no perfuma hasta que lleva muchos días en el henar; ya seco y cuando se cree muerto, despiertan en él dulzones aromas, y si metes la mano en aquella espesura, encuentras un grato y profundo frescor.

Al entrar d primer carro por puertas, Icarío saltó, agarrándose a una cuerda, y vino hacia la casa, en una mano el largo agujijón de fresno y en la otra el sombrero festivo. Penélope salió a su encuentro, y le puso las manos en el sudoroso pecho.

—¡Padre, ha llegado un forastero!

Icarío era pequeño, gordo, moreno, la nariz grande; la boca pequeña, redonda, los labios carnosos, recordaba la de Penélope. Recortaba la barba en dos puntas, pero dejaba los bigotes largos y caídos. Era inquieto, lo que contrastaba con su físico, y los ojos negros lo mostraban impaciente, girando inquisidores, diciendo extrañas alertas y sobresaltos. Entregó a Penélope el agujijón, se puso el sombrero, se sacudió encajes y puntillas de polvo del camino y hierba, y estiró la blusa, abotonándola en el sudoroso cuello.

—¿Es mozo?

Tenía la voz ronca, y tartamudeaba al iniciar el párrafo, que después decía

seguido. Saludó Icario a su padre Leónidas levantando una mano, y se dirigió a Ulises. El laértida estaba arrimado a una columna del porche. Aquella mañana se vistiera el jubón amarillo, que solía usar desatado, colgando los cordones que remataban en dos pequeñas monedas de cobre, y calzas negras cortas. Se abanicaba lentamente con la montera de cintas. Los ojos los tenía en Penélope; se arrastraban hasta los finos tobillos, reconocían las redondas rodillas, giraban con su cintura, saltaban con sus pechos y descansaban en la boca, a medias entre el aire de la sonrisa y los labios carnales. Temía que si levantaba los ojos y encontraba los de ella, se enredaría en aquella profunda selva y ya no hallaría camino libre nunca más. El verdor de los ojos de Penélope estaba hecho de lianas mojadas, de herbáceas gigantes, de acuáticas junqueras; y por debajo de toda esa flora corría un río verde y cálido, rico en rápidos, en espumas, en peces plateados. Penélope era ese río secreto, esa selva enorme, y carne. A Ulises le ardía la frente. Recordó la fiesta de las espigas en Ítaca, la pupila rubia de la Siciliana, el pequeño cantor ciego, las esposas de los héroes solas en sus lechos, los héroes apoyando la frente en los vientos para más presurosamente conducir las naves a puerto. Buscaba palabras y él, fértil en el vario discurso, imprevisto embustero, sabidor de historias y pasos famosos, jonio en fin de suelta lengua, se hallaba mudo.

—¡Bienvenido, forastero! Yo soy Icario y ésta es mi casa y la casa de mi padre.

La tartamudez imprevista de Icario hizo, de pronto, real la escena en el espíritu de Ulises.

—Yo soy Ulises, hijo de Laertes, boyero y carbonero en Ítaca. Viajo por ver mundo.

El canto de los carros había atraído una grey de pequeños infantes de dorado pelo que corrían hacia los lentos vehículos, reclamando de los criados que los izasen a los haces más altos.

—Son los hijos de mi hija mayor —dijo Icario—. Está casada en la casa y la heredará.

Ulises halló la ocasión de hacerse dueño de su propio discurso, de referirse a sí mismo y a su presencia, de llevarla, como solía, a la curiosa atención de los circunstantes. Se inclinó ante el gordo Icario, cuyas mantecas amenazaban derretirse bajo los encajes y puntillas, y que incómodo por el cuello abotonado, hacía girar una y otra vez la cabeza, intentando salir de la prisión del terciopelo rojo; se inclinó, digo, el laértida, y con la voz de Amadís, o de Menelao mozo, o de Romeo, con la voz clara y estremecida de los que se gustan heridos de amor y el venablo profundo, voz de la segunda en el cello, anunció:

—Yo soy, Icario, un honesto pretendiente de amor.

Penélope se tapaba el rostro con ambas manos, pero Ulises pensaba que bajo las suaves palmas estaba sonriendo. Icario lo miraba confiándose, golpeándolo con los

ojos negros vivaces, queriendo seguir con ellos por el aire las palabras de Ulises, como para asegurarse de que habían sido dichas. Sonrió, se volvió hacia su padre que seguía rascándose los pies, pacífico y gruñón; golpeó en el hombro a Ulises con el aguijón. El laértida medía una distancia entre Icario y él que lo pusiese por dueño en el encuentro.

—Futuro suegro, pues la jornada se anuncia tan feliz, desabróchate los dos botones del cuello.

—¡Ah, los malditos botones! ¡Todo porque a mi bisabuela se le ocurrió que el traje de fiesta desabrochado no luce!

Se desabrochó alegre y se volvió a Penélope.

—¡Quita las manos de la cara! Todos sabemos que estás muy bien educada. ¿Qué se responde?

Penélope hacía verde con sus ojos la luz del día. Contempló a Ulises con una mirada tranquila, afectuosa, habitual; con la misma mirada con que lo contemplaría después de cinco, diez años de casados, y padre de sus hijos. No, no debió sonreír cuando se tapó el rostro con las manos; estaba, en la sombra, haciendo una larga mirada respetuosa y matrimonial, ésa con la que ahora acariciaba a Ulises, desde los rizos insumisos hasta las sandalias caprinas. Esa misma que de pronto reventaba, como corteza de higo maduro en exceso, y dejaba asomar un asombro de llameante amor, deseos locos y felices miedos. Apenas, tan súbitamente rota, pudo responder lo que era obligado en Paros, en hijas de labriegos montañeses.

—¡La voluntad de mi señor padre!

Y corrió hacia la puerta de la casa, perdiéndose en el oscuro pasillo.

—¡Desabrocharse delante de un yerno! ¡Te perderán el respeto, Icario! ¡Te comerán las orejas!

Icario vio burla en la sonrisa de Ulises, y se abrochó rápido el cuello. Ulises tiró de los cordones de su jubón y lo cerró.

—Entremos —dijo Icario—. Mi hija mayor ya habrá puesto el pan en la mesa. Mezclamos trigo y centeno, y hacemos hogazas grandes, familiares.

Ulises cedió paso al anciano Leónidas, y se dejó empujar por Icario. Nunca había visto sudar tanto a nadie como a su futuro suegro. Quizá como montañés autóctono, descendiese de cíclopes sudorosos, peludos y tambaleantes palacios habitados por las ciegas garrapatas.

La hermana mayor de Penélope escanció vino. Era un agrillo suave y perfumado, rosado de color.

—Llamaremos a Pretextos y te explicará la función. Cuando hay teatro en Paros, baja siempre a la ciudad. Lleva en el zurrón pan y cecina para una semana.

—Padre —interrumpió la hermana mayor—, el mozo Ulises aún no terminó de contar de su casa.

—¡Ah, sí! ¿Tenéis viñas?

—Tenemos dos. Allí todo es tinto. Después de la vendimia paseamos la imagen de san Glicerio por los lagares. A muchos les cae dulzón nuestro tinto, pero los forasteros se acostumbran en seguida y en la taberna de Poliades reclaman a gritos el vino del país. Mi casa vende el vino que consumen los atuneros. Dicen que es más graduado que otros.

—¿Tienes ya cama matrimonial? —preguntó el viejo Leónidas.

—Siendo primogénito era obligado. Es de nogal.

—¡Penélope, como cene carne, no hace más que darse vueltas en la cama toda la noche! —dijo la hermana.

Penélope estaba sentada al lado de Ulises, en una silla baja, los brazos cruzados sobre el pecho. El pretendiente contemplaba la redonda cabecita, y admiraba el suave cabello recortado y el fino cuello, tan dulcemente hundido en la nuca.

—¡Ya se ve que es gente rica! ¿Tenéis algún tío clérigo?

—No.

—Es lo mismo. Sin duda que es lo mismo en Ítaca, pero aquí nos gusta, invitando parientes a las fiestas, mostrar a los vecinos un primo o un tío con órdenes mayores.

Fueron a llamar a Pretextos. Entró apretándose la faja. Era de mediana talla y muy flaco, muy aguileño de nariz, y el labio inferior lo tenía roto y caído. Calzaba claveteados zuecos sonoros.

—Éste es Pretextos. ¡No pierde función!

Pretextos se sentó en el escaño que le indicó Icario. Tenía desmesuradas manos, nudosas y peludas, y entre ellas desaparecía el cuenco con vino que le ofreciera la hermana mayor.

—A veces también trabajo en la función. Me avisan cuando ha de rugir el león o gangar el búho. Ahora estoy ensayando el búho para el bosque de la *Tragedia del rey Lear*. Ha de chillar lejano, primero, y cuando pase por entre los árboles la mitra del rey, y diga el bastardo loco desde las almenas aquello de «las ramas no me dejan ver su corazón», entonces gango mismo encima, agorero, y el rey levanta la cabeza. Me ponen en el aire, atado por la cintura con una cuerda. Cuando tengo que imitar el búho procuro pescar un gran catarro antes de la función, y entonces me sale el chillo rascado, y no queda paloma que no se asuste y huya en una legua a la redonda.

Llegó el marido de la hermana mayor, Sergio, un cretense alto y desgarbado. Se sentó en silencio, y contempló curioso al hijo de Laertes.

—¿Eres de Ítaca, no?

—Sí, aunque no autóctono.

—Conocí a un piloto ítaco, a un tal Foción.

—Murió en un naufragio. Está enterrado con mi manto. Fue quien me enseñó a mirar el mar.

—¿Hay escuela de eso en Ítaca? —preguntó Icario.

Ulises quería que entendiera Penélope que estaba respondiendo para ella, que estaba haciéndola saber quién era él, el forastero que la pedía en matrimonio.

—Sí —respondió el laértida—. Desde niños nos enseñan a mirar las cosechas y las estrellas, el mar, los bueyes, los mirlos, las armas, las mujeres, las palabras...

—¿Las palabras?

—Sí, las palabras. Ítaca tiene la forma de su nombre: el alto monte lo dice la *I*, la *T* con su palito transversal figura las abas monterías donde reinamos libres los carboneros, y la *C* y las dos *A* que siguen a la *T*, los llanos son que llamamos las marinas, las riberas abiertas, los plácidos arenales. Es otro leer verdadero.

Penélope levantaba hacia Ulises los ojos verdes.

—En una piedra blanda, joven esposa, grabaré para ti con la punta de mi puñal el nombre de la isla. Podrás acariciar así mi país cuando estés sola, mientras yo no te lleve a él en trotadora nave.

—¡Eso parece hablar de teatro, sí, señor! —aseguró admirativo Pretextos.

Le entregaban Penélope a Ulises, se la ponían en las manos. Les era más fácil entregársela a aquel desconocido de rica y flexible voz que a un labriego o pastor vecino, de trato cotidiano. Ulises no había hablado de dote, no iba a llevarse a Ítaca los prados ni el trebolar. Se le ciarían a Penélope ropas de lino y en un pañuelo unas monedas. Icario, Leónidas y Sergio se miraron entre ellos; estaban pensando en lo mismo, en cuántas monedas. El viejo llevó la mano diestra al cinturón. Seguramente que en un bolsillo interior tenía guardadas piezas de oro. El yerno cretense siguió con la mirada la mano del abuelo y sonrió de la caricia que le vio hacer sobre el cuero.

—Cuando los amores de la vida se parecen a los del teatro —comentaba Pretextos —, yo me alegro y me siento en primera fila. —Llenó una vez más el cuenco de aquel vino ácido y suelto, y brindó amistoso: —¡Por que empreñes tan aína como las damas en la tragedia!

Penélope ponía delante de los ojos de Ulises la roja boca entreabierta.

Acordaron los hombres ayudar a los criados a extender el heno en la era, tras la casa, y Ulises concertó con Pretextos bajar juntos hasta el palomar de la señora Alicia, donde harían noche, y al día siguiente Pretextos le presentaría al mozo el cómico Pericles y su elenco.

—La boda —dijo Icario— puede ser para la víspera de San Juan.

—Pongo mi palabra en tus manos —declaró Ulises.

Tenía en su espalda la mano abierta de Penélope. La pequeña y dulce mano estaría oyendo latir su corazón, mirando con las yemas las letras, una a una, de las palabras locas, enamoradas, ardientes, que el mozo estaba inventando. Palabras que al pasar, por el camino de esa mano, del sueño de él a la inmensa expectación de ella, se detenían un instante en la señal que el estribo del telar antiguo había hecho, día a día,

en la palma de la paciente tejedora. Y el amor se hizo en aquel mismo instante profundo y puro, y eterno.

V

Bajaron sin prisa desde los montes a la vallina. Antes de iniciar la bajada, en lo más alto de los pastizales, por donde va el camino real, Ulises se detuvo a contemplar la casa y las tierras de Penélope. Las miró como parte corporal de ésta, con amor, y se prometió recorrerlas paso a paso para poder poner estampas a las palabras de Penélope cuando en Ítaca le contase memorias, acaso añorante. Quería saber de qué fuente bebía, y en qué cerezo las cerezas más dulces.

—¿La conociste hace mucho tiempo? —preguntó Pretextos.

—No. Fue hoy la mirada primera.

—¡Ah, un pronto de asombro! ¡Me gusta a mí eso! En Esmirna estuve en una comedia en la que una muchacha llamada Felisa veía desembarcar a un corredor de medía legua vallas, que traía una cinta azul por la frente, y a la hermosa se le caía de las manos un florero que estaba limpiando. El atleta, sorprendido, levantaba la cabeza y dejaba allí el corazón. Ya se pone en los papeles de la comedia, al margen: «Un pronto de asombro». A ella querían casarla con un pregonero de edictos imperiales, que era viudo, pero sacaba un sobresuelo con una parada que tenía, con garañón calabrés, y siempre estaba en la farsa alabando el garañón, que si era muy humano, y muchos maridos debían tomar apuntes de miramientos, y que no se mareara desde Catania a Famagusta de Chipre, que era donde pasaba la pieza. Cuando se representó por segunda vez, entrando el viudo a tratar las bodas, y ponía en la mesa una bolsa con dinero, y la Felisa estaba dentro de un armario abrazando a su corredor, y el armario estaba abierto por detrás con arte, para que el público viera las caricias, yo me levanté e imité el cuco. Fui muy aplaudido y el teniente veneciano que presidía me mandó vino y pastelillos de nuez.

Pretextos humedecía con la gorda lengua el labio roto, e imitaba el cuclillo de mayo.

—¡Cu-cóo! ¡Cu-cóo!

Con ellos, con el frío hocico pegado a sus espaldas, bajó desde la montaña la niebla, pisando lentamente los pastizales y los trebolares, y deshilándose en las retorcidas ramas de los olivos. Allá abajo, en un abierto, estaba la polis, dorada por el sol poniente: el mar era una verdiclara túnica ondeante. Ulises le señaló a Pretextos aquel hermosísimo campo de luz.

—Alguna vez, en mi isla, he bajado del alto Panerón con la niebla en los tobillos, can sumiso y silencioso, y cuando comenzaba a temer la noche en los caminos, entre dos espesos paños de niebla, veía, abajo, el último rayo de sol en la arena y en el blanco muro amante de mi ciudad, y entonces se me ocurría cantar, y corría hasta

entrar en el corral de mi casa cantando, y soñaba yo que mientras cantase, la niebla no me envolvería del todo y vería el camino con mi voz, y con ella mostraría mi rostro al criado que acudiera a esperarme con una antorcha de carbos retorcidas, y a la madre que salía a la solana, inquieta, preguntando si había llegado el hijo vagabundo.

La niebla se iba como un río por entre las colinas que veían el mar, y dejaba en la claridad vespertina los cerezos y el palomar. A la puerta de éste encontraron a Ofelia zurciendo en los volantes de sus faldas. A su lado, tendido boca abajo, dormitaba Zenón.

—¡Oh, amo! —dijo Ofelia con la amplísima voz.

Despertaba Zenón frotándose los ojos. Mientras dormía se había babado, y la baba era de tinto de la izquierda, una gran mancha redonda en la camisa remendada.

—¡Ah, duque! ¿Traes contigo un dios que encontraste perdido en la niebla? ¿Aumentas tu casa con bárbaro hondero montañés?

—Éste es Pretextos, Zenón, que baja a Paros a imitar el búho en la función del rey Lear.

—Ayer llegaron los cómicos. Esta mañana he bebido con maese Juan Pericles en la plaza. Trae una bailarina nueva. Amo, le hablé de ti a la bailarina y a Juan Pericles. Les dije que eras de la familia del rey Lear, un príncipe de britones, y que querías saber por el teatro cuán tristemente fue cortado aquel ciprés real.

—¿Eres de esa sangre, señor Ulises? —preguntaba Pretextos quitándose el redondo sombrero de paja—. ¿Eres de esos mortales sagrados?

El amor a Penélope le imponía a Ulises una natural veracidad en todo lo que ahora había de decir de sí. En casa de Icario, contando de la suya, había sido modesto, y solamente exagerara afirmando de su ánimo vagabundo, porque en algo tenía que ser heroico ante los ojos verdes; con eso, y con dejar como misterio parte de los motivos de su viaje, podía incluso fingirse melancólico o ponerse triste en alguna ocasión, y pasear distraído como ensoñando, sin que nadie viniese a interrumpir su soledad. Tenía que ser verdadero, a pesar suyo y por amor. Pero la ocasión de pecar estaba allí, en la asombrada mirada de Pretextos, en aquel sombrero de paja que dejaba descubierta la monda cabeza, en el temblor de la voz del imitador de leones y búhos.

Y tras la brillante calva rosada de Pretextos, el ojo único, admirable y admirado, polvo de oro en el aire de Ofelia, esperaba.

—Sí, de éstos soy, por una abuela mía que parió de Ricardo Corazón de León.

—¡A la tierra le gusta pesar sobre los pechos de los héroes! —dijo Pretextos sentencioso, y se santiguó—. ¡No mueras mozo!

—La bailarina puede venir esta noche, amo. ¿Sabes lo que cenan las bailarinas? Las bailarinas cenan pichones con higos y anguilas con cebollas dulces. ¡No es que se le antoje hoy a Zenón de los, amigo de Apolo, este menú aristocrático! En Atenas

tenía yo un amigo llamado Cristóbal, un rico alfarero. Todo lo que ganaba con sus jarros pintados, que los hacía muy alegres en forma de gallo para los conventos, donde sabes que ni aun de barro puede entrar una gallina, todo lo gastaba en bailarinas. Siempre había en su casa una bailarina, y todo el gusto de Cristóbal era emborracharla y subirla a la rodela de su rueda más grande, y mientras la muchacha bailaba puntas, Cristóbal la hacía girar y entre sus pies se ponía a formar un jarro gallo, y la cresta, en vez de ponérsela de cinco puntas, se la ponía de una, fálica, y la alargaba riendo hasta las rodillas de la danzante, o más arriba. ¡Qué reír tenía el señor Cristóbal! Pues todas las bailarinas de escuela están contextes en estos alimentos: pichón frito con higos moles y anguila picada con cebollas dulces. Mi amigo Cristóbal compraba al por mayor en el Pireo las cebollas. ¿No oíste hablar de Cristóbal, Pretextos? ¡Salió en una comedia, en Bizancio! Pasaba doña Zoé, que era emperatriz casada de terceras, y viendo uno de los gallos de Cristóbal, que quedara en una ventana después de una juerga del alfarero, entró irritada, preguntando quién osaba recordarle el marido segundo ahora que estaba de bodas nuevas, y Cristóbal se disculpaba, colorado, y tuvo que hacerle a doña Zoé una demostración de que la insólita cresta aquella la sacara de sus partes. La emperatriz lo dejaba apuntado ante escribano por pretendiente preferido, si se le iba el tercer marido, que era poeta.

—La bailarina no vendrá esta noche, Zenón. Pretextos trae en el zurrón pan y cecina de vaca.

—¡Nadie le tocó al vino, amo! —aseguró Ofelia.

—¡La bailarina es tracia, duque! —insistía Zenón, y con el cayado dibujaba rápidas curvas en el aire.

—Olvidas, Zenón, que en este palomar pasa sus noches la casta Ofelia, a quien honestos mancebos atan las hermosas rodillas.

La niebla apresuró la noche. Cenaron en silencio a la luz del farol de aceite. Ofelia echó el manto blanco de Ulises sobre los hombros del mozo y le descalzó las sandalias. Se oía caer amistoso el vino desde el jarro a los cuencos, y en éstos espumaba, inquietas pupilas las burbujas de invisibles compañeros. Cantó la lechuza en el olivar.

—¡Aún no se oyó este año la zumaya! —dijo Ofelia, y le salió la voz como el canto del ave.

Pretextos admiraba en Ulises sentado en el catre militar bizantino a los héroes inmortales de la tragedia, insomnes y duramente probados por el destino. Veía cómo levantaba su cuenco de madera para beber y lo sostenía unos instantes en el aire antes de acercarlo a los labios, y le parecía que aquella era la manera más noble de beber, y que acaso ponía entre los labios secos y el vino maduro, la memoria de una gran hazaña o la palabra que alguien dijo en momentos de terrible desventura. Ofelia, con su único ojo encendido, sentada a los pies del laértida, era semejante a una sibila que

acudía con anuncios de horror escondidos tras confusos versos, o con la voz de la zumaya. La zumaya que canta en el árbol, nocturna, cambia de voz cuando hay muerto cercano.

Ulises hacía su silencio con miradas de Penélope que había traído, sin saberlo, delante del rostro y en la boca. Sonrisas de la muchacha se le posaban en las mejillas y le obligaban a cerrar los párpados con su luz. La mano de Penélope se movía en su espalda. Se asombraba el temeroso corazón del mozo de tanto amor súbito, venido a pies juntillas, embriagador. Lo sentía indecible y no obstante sonoro. ¡Qué enorme distancia la que pone entre dos amantes la noche que cae! Rehacía en su mente, como quien al despertar reconstruye un sueño, el encuentro con Penélope. ¡Aquel pie descalzo que huyó bajo la falda acaso ruborizándose! Sí, el pie reconoció la ávida mirada sensual. Quizás este sueño ya lo había tenido alguna vez, y era la forma que tomaban los deseos carnales en su moza lujuria. Tenía sed, y bebió por el jarro. Se sentía profundamente solitario y lúcido, despojado del mundo entero voluntariamente, de los feraces reinos y las naves; fugitivo señor, arrojaba al polvo del camino las coronas de oro, y entregaba su cabeza al regazo de Penélope. Veía las manos de la paciente tejedora dentro de sus ojos, y la lanzadera que corría era la boca roja y fresca. Sonrió porque creyó verla sonreír.

—¡Amo, voy a buscar a Juan Pericles!

La mañana era del color de la ceniza, vestida de lluvia mansa, como suelen ser con luna nueva las primeras mañanas del verano en las islas. Ulises se mojaba bajo los cerezos, que habían dejado caer su flor en la tierra rojiza y suelta, y por entre las verdes hojas que nacían en las altas ramas, saltaban saludándose herrerillos de amarillo vientre. Dos reyezuelos de gorrilla roja perseguían en la hierba el primer saltamontes veraniego de leonada coraza. Se oía relinchar de caballos, lejanos, y más lejos todavía un carro.

—Se sabe que un carro sube o baja por un camino —le había enseñado Alpestor a Ulises niño— porque cuando el carro baja, el canto es unido y uniforme, una tonada continua e igual; pero cuando el carro sube, el canto se llena de varios gritos, se altera, se detiene y ambas ruedas chillan a destiempo. Para un boyero es conocimiento necesario, a causa de los cruces. —Y Alpestor le hacía escuchar al discípulo en la hora vespertina el tráfico por los caminos que vienen tortuosos del Panerón al mar.

Ulises pasó la mañana paseando por el olivar. No le incomodaba la lluvia y su mirada acariciaba el mundo renacido. Más de una vez, en el vago paseo, imaginó tomar el camino de casa de Penélope. Llegaría con el mediodía, y acaso en la montaña brillase el sol. Pero sería mejor que lloviese, como en el palomar de la señora Alicia, y que hubiese gotas de lluvia en el cabello y en el rostro de Penélope. Veía el viaje de una gota desde la hebra oscura que se curvaba sobre la frente hasta la

boca, deslizándose por el país coloreado de la suave mejilla, veía pies descalzos en la hierba mojada, y se ofrecía de todo corazón para secarlos con sus labios. ¡Inquietas, brincadoras nevatillas! En la imagen de Penélope que tan amada, tan graciosa y súbitamente reconocida en toda cosa, flor, agua que corre, ave o nube, llevaba con él, y no obstante tan confusa, variable y sorprendentemente perdida aquí para volver a hallarla allá; en la tan vaga y próxima imagen de ella, no sabía decir de un perfume, y le parecía imprescindible tener memoria olfativa de Penélope, decir a qué olían la carne y la sonrisa, y el aire que se apartaba a su paso, o se dejaba pisar. Acaso no hubieran todavía inventado el perfume los montañeses, y entonces Ulises podría escoger el aroma de la esposa, envolverla en nardo o acariciarla con claveles. En los últimos días del otoño, en su casa, en la lejana Ítaca, en el aparador donde lucía la loza helénica, su madre ponía en dos grandes jarrones los últimos jazmines, y Ulises gustaba de aquel feble y tibio aroma que, en las prontas horas vespertinas, cuando ya ardía el fuego en el hogar y las manos de los que llegaban del campo buscaban su caricia, llenaba el pequeño comedor de diario. Que Penélope no usase ningún perfume, que no la hubiese tocado ningún unguento aromático venido de ultramar, era para Ulises como regalarse con una extraña y admirable virginidad. Sí, la sumergiría en aquel aroma del jazmín, en aquel aliento casero, dulzón y tranquilo... Ulises tenía el don de sonreírse de sus imaginaciones, levantando la hermosa cabeza; pero no sonreía por vanidad de imaginativo fecundo, como sospechaba Basílides *el Cojo*, sino porque hallaba, de pronto, que el mundo era inmensamente rico y vario, y que eran innumerables los reinos desconocidos a los que una mirada asombrada y una voz fresca podían acercarse a levantar la punta del velo de encendido color que los cubría. Ulises, pues, sonriose, y se halló emocionado y feliz.

Zenón había cocinado una sopa de guisantes, a la que añadiera rotundos trozos de la cecina que para sus ayunos traía Pretextos —cecina prieta, ahumada, sávida—, y esperaba por Ulises para almorzar. Tenía escondido a Epiro, que ya había hecho dos viajes en busca de vino y de requesón, y esperaba la ocasión de restablecer su mayordomía en la casa de Ulises, tan comprometida por la desatinada pelea por él provocada. Ya sabía que Dionisio estaba borracho, y que lo irritaban sus bromas. Salía de la cárcel hambriento, y Zenón le había prometido buena cena y cama abrigada, y servicio pagado junto a un joven señor insolente que no miraba al pagar cuántas monedas le quedaban en la bolsa.

—Ofelia va en la ciudad, amo. Hoy es día de limosna en casa del juez Teotiscos. Es el hombre más rico de Paros, mucho más rico que el más rico de los marmolistas. Da limosna de pan y aceite, y a las viudas pobres les pone en el cesto el añadido de un limón confitado.

—¿Qué pretende de las viudas?

—Acaso que sueñen un poco. Es una amabilidad.

Con Pretextos llegaba maese Juan Pericles, ateniense de nación, primer actor. Era un hombre alto y cejijunto, manos afeminadas y cuidadas, y la voz barítona y voluble. Se quitó el pequeño gorro bizantino, de media ala, y mostró la cabeza calva, salvo rizosos mechones laterales, rubicanos. Tenía espléndida nariz, bien curvada, y larga boca de delgados labios, suavizados con manteca de gallina. Bien afeitado, en las partes pilosas del rostro le quedaba una tenue sombra que contrastaba con la rubicundez de las mejillas, acaso coloreadas con rojo papel de olor.

—Príncipe —dijo dirigiéndose a Ulises—, domino especialmente la escena de la muerte del rey, tu ilustre antepasado. Doy siete pasos en dirección al público antes de caer y digo los versos apagando lentamente el cirio de mi voz. Ya en el suelo, pincho la vejiga que llena de sangre de puerco llevo escondida bajo la camisa, y me incorporo para decir aquello de

*¡Reino, reino, reino, perdida paz
para siempre, siempre, siempre!...*

Y caigo definitivamente, y golpeo con la frente en las tablas. Bajo la peluca llevo una chapa de hierro. Golpeo fuerte: ¡pum! Y con la sangre salpico las sandalias de los nobles insurrectos y el horrible bastardo, y a veces, si logro caer junto a las candilejas, los mantos y el rostro de los que se sientan atónitos en la primera fila de butacas.

—¿Siempre usas sangre de cerdo, actor?

—Es muy lavable. La de perro, que es más barata, es pastosa y deja vetas moradas.

La lluvia había cesado, y soplaba ahora un cansino sur tibio que se llevaba la niebla y levantaba las nubes. Es sabroso, en el monte, cuando cambia de norte a sureste, ver cómo se extienden, suben, aclaran las negras nubes, y los grandes paños cenicientos se tornan cándidas pelotas de algodón, que fácilmente, si media la tarde o cae, se ruborizan. El sol se abría paso desde lo alto, con los claros rayos de que se arma en mayo. Venía de donde espera Penélope, en el dulce país del trébol, bajo porches de áspero granito.

Se sentaron Ulises y los huéspedes en el banco de piedra y en el gran haz de leña que mandara la señora Alicia de regalo para su noble inquilino. Era leña de roble, y aún estallaban en las ramas las hojas secas del pasado otoño.

—El rey Lear, dice el coro en la función que vi en Samos, venía del mar, era del mar. En las barbas del que hacía de rey habían puesto conchas marinas y estrellas de mar. Por eso, por ser marítimo, al llegar a la ancianidad repartió tan fácilmente las tierras entre las hijas. Un rey de labranzas no lo hubiera hecho.

Esto comentó Pretextos. El cómico contemplaba irónico al imitador del búho.

—¿Sabes tú si quiso parar el golpe? ¿Cómo le habían salido las hijas mayores? ¿No tendría servicio secreto como los venecianos? Las hijas eran poco disimuladas. ¡Ah, meretrices nocturnas desvistiéndose ropas de precio en camas de adulterio!

Juan Pericles declamaba con voz de teatro, y se dirigía especialmente a Ulises.

—¡No ofendo a tu parentela, rico señor! Donde menos se piensa salta la liebre. Ahí está el ejemplo de Helena, y la comedia de Luscinda y el Boticario. Luscinda adormecía al farmacéutico con beleño de su propio ojo, y después vestía al amante con las ropas de doctorado del padre, que se le hacía más aperitivo. Podía casar, y la botica era célebre en Constantinopla, con la enseña de los santos anárgiros, y había dinero, y sobraban pretendientes, pero ella quería aquellas juergas secretas, y el resto del tiempo era una calladita, con los ojos bajos, las manos escondidas en las bocamangas. El día que el padre despertó, que el beleño ingerido estaba pasado y era de una remesa antigua, se encontró a la Luscinda en brazos del galán, y a éste, vestido de muceta y de borlas de oro, por más lujuria le había puesto bigotes rizados semejantes a los de su padre. ¡Se impuso la muerte cruel! ¡Tres cadáveres! Es una comedia que gusta mucho a públicos instruidos, porque el boticario antes de morir explica los soporíferos y que debe excluirse la química de la educación de las doncellas, y en Constantinopla saben que está sacada de un suceso verdadero. ¡Las mujeres!

Juan Pericles escupió en la palma de la mano derecha, asqueado, y se limpió el salivazo en la hierba.

—Ese Ricardo Corazón de León de que hablaste, ¿venía del rey Lear por la leal Cordelia? —preguntó Pretextos.

—No, que venía de la impaciente y lujuriosa Gonerila y del bastardo loco.

—En mi texto —contradijo Pericles— no llega a parir.

—Pero en la vida, sí. Y de aquel hijo vino, siete generaciones después, Ricardo, el que engendró en mi abuela Amaltea. Está en la historia de mi casa en nobles versos. Surgió Ricardo del mar envuelto en niebla, pero salió el sol para contemplarlo mientras sembraba.

Ulises, en su imaginación, se veía salir del mar, como los reyes Lear y Ricardo. Sus pies pisaban la fina arena y ya en tierra firme buscaban el camino de la casa de Penélope. Se sentía venir, extraño encantador, del mar más profundo y lejano, vestido de algas, y en los ojos traía misteriosas seducciones, hijas de su terrible condición de perpetuo exiliado y fugitivo. Un siglo de aventuras le colgaba del hombro, como un manto rico, pero desgarrado por las rocas y decolorado por las espumas. Se coronaba en su imaginación y era sincero y romántico consigo mismo.

—Una vez, en el mar, viajando en la goleta *La joven Iris*, cuyo remo lleva el piloto Alción de Ítaca, tan conocido de los vientos, vi tan próximo como estás de mí, actor Juan Pericles, a mi abuelo Lear. Nos sobrecogía un horrible temporal. La

valerosa nave se hundía en espantoso mar de fondo, del que salía con el rostro espumeante y herido. Venía a romper sobre babor, e íbamos desgovernados contra afiladas rocas laconianas, una ola inmensa, oscura, mugiente, cuya voz se adelantaba aterradora a su galope. Era el final. Y en el centro de la ola venía Lear, el rey. Me miró con sus ojos tenebrosos y me reconoció, partecilla perdida e indefensa de su semen. La ola era su poderoso caballo babeando en el ancho freno de hierro. Me reconoció el rey, Lear el de la espléndida barba, y a dos brazas de la goleta detuvo el palafrén. Me habló. La voz vino de su boca, y detuvo la del viento, porque era más sonora y era una voz humana ungida y coronada. Gritó: «¡Nieto, estás en tu prado!».

Ulises se había puesto en pie, y levantando el brazo derecho saludaba los reinos inmensurables del mar.

—¡Nieto, estás en tu prado! Y nos asombró la calma profunda, el silencio súbito, la mar sin una onda, a nuestro alrededor, mientras se perdía en el horizonte el rey Lear, cabalgando la gigantesca ola negra, su caballo favorito acaso.

—¡Hay que poner más confianza en el grito, príncipe! Lo dices como si sólo te diera permiso para correr el campo, y lo que dijo fue que tomabas posesión del mar. ¡Ese prado es tuyo!

Juan Pericles se levantaba, enarcaba las piernas como montando caballo, con ambas manos retenía con las riendas dobles tracias su casi divinal violencia; miraba lejos, mayestático.

—¡Figúrate que estamos en el teatro! La espantosa ola se acerca a la ligera nave ítaca, y del noble y franco rostro sale una amistosa sonrisa y una generosa voz.

—¡No le vi sonreír!

—¡Pero en el teatro tendría que ser así! ¡La donación tendría que venir con sonrisa! ¡No me enseñes mi oficio! Sale la amistosa sonrisa y se escucha la generosa voz: «¡Nieto, estás en tu prado!».

Carraspeó, que no le había salido el tono. La cabeza levantada, las manos tensando las riendas, que el caballo real se impacientaba. Repitió, ahora mucho más solemne, y sin duda veraz:

—¡Nieto, estás en tu prado!

Y cayó. El cuchillo que salió de detrás del zarzal le acertó en la garganta cuando iniciaba el galope, grave, señorial, rey Lear de regreso a sus palacios en la serena hora vespertina. Pretextos, ganado por la emoción del relato del laértida y el ejemplo de Juan Pericles, se subiera al banco para imitar el búho, y gangaba el agujero encima, como estaba puesto en el margen del libreto, para cuando el bastardo loco desde las almenas diga:

—¡Las ramas no me dejan ver el corazón!

Las ramas de Juan Pericles no dejaron ver el corazón de Ulises al cuchillo, puntiagudo contra ley de Justiniano, de Dionisio el ladrón. En el camino estaba la

garganta del actor. Los presentes tardaron en darse cuenta de que el cómico había muerto, y por vez primera tenía sangre humana, y no de puerco o de perro, mezclada con las últimas palabras, las fatales, que declama el protagonista en la tragedia.

Comparecieron testimoniales Ulises, Pretextos y Zenón ante el juez Teotiscos.

—¡Que esperen en el patio mientras me afeitan! —gritaba el juez, asomado por un ventanuco el redondo rostro, pomposamente enjabonado.

Los jurados se sentaban en los escaños de piedra. Eran nueve, todos barbados y mercaderes, con los amplios sombreros de paja y lona en las rodillas. El ujier, un jorobado de birrete rojo, cerraba el paso con su larga vara a los curiosos que se arracimaban a la puerta del patio. Los más de ellos eran mujeres, y no quitaban sus ojos del laértida, que paseaba pensativo, con ese gesto tan suyo de apretar contra el pecho, con ambas manos, la montera.

Bajó el juez, pequeño, regordete, calmoso. Venía poniéndose la camisa blanca, ayudado por una criada vieja y por Ofelia monócula. Se pusieron de pie los jurados y el ujier gritó por tres veces, pidiendo silencio al pueblo. Zenón, como mendigo público, se arrodilló. Era lo ritual. El juez esperó a que la criada espabilase el cojín bermejo de su silla.

—¿Quién vio huir a Dionisio? —preguntó el juez—. ¿Quién, eh?

—¡Yo señoría! —respondió Zenón—. ¡Yo, Zenón de los! ¡Lo juro por san Efrén de los Sirios, patrón de testigos veraces y de la república de las lechuzas agoreras!

—¡Ah, Zenón! ¿Estabas borracho, eh? ¡Tráeme testimonio de que no estabas borracho!

—Juez de Paros, yo presento libremente testimonio de que Zenón no estaba borracho.

—¿Eh? ¿Quién eres tú que hablas sin que te hayan dado palabra? ¿Eh?

—Ulises, hijo de Laertes, natural de Ítaca, hombre libre.

—¡Ah, el forastero! ¡Ah, Ulises!

La boca redonda y desdentada de Teotiscos hacía fácilmente exclamaciones. Sometía la camisa en las bragas negras que se ponía para dar limosna a las viudas. Miraba y remiraba la punta de los engrasados borceguíes, y volviendo rápidamente la cabeza hacia el testigo disparaba la pregunta, con voz que rompía en jóvenes gallos desiguales.

—¿Era a ti a quien iba el cuchillo, eh? ¿Al corazón?

—Sí, a mí. Pero en el instante mismo en que Dionisio lanzó el cuchillo, Juan Pericles iniciaba un majestuoso galope, imitando al gran rey Lear, que regresaba a lomos de una ola cuadrúpeda a sus palacios de Britania.

—¿En qué parte de la tragedia, eh? ¿Eh? ¿En qué versos?

—En una parte, juez, que todavía no ha sido representada en Paros.

—¡Yo vi teatro en Constantinopla! ¡Ah, Dafnis y Cloe! Cloe con una faldita

plisada. ¡Ah! ¿Y vio Zenón a Dionisio?

—¡Sí, señoría! ¡Lo juro también por san Miguel, que tiene la balanza!

—¿Crees a Zenón, Ulises de Ítaca?

—Sí, juez; lo creo.

—¿Eres nieto del rey Lear como dicen? ¿Sí?

—Lo soy. Un súbdito fiel de la majestad bizantina, a quien mi casa de Ítaca paga tributo en moneda legal y cuero vacuno, pero nieto de Lear, príncipe acaso del mar.

—¿Sí? ¡Pues quedas libre con la condición de que pasado mañana subas al tablado y cuentes la vida de tu abuelo! ¡La sabrás al dedillo! ¡Un honesto nieto! ¿Eh? ¡Podías hacerme el prólogo mientras cuece el menudo mijo de mi desayuno! ¿Eh?

Ulises entregó la montera a Pretextos y se adelantó hacia el centro del patio. Incluyó la cabeza ante el juez, y con grave voz, advirtió:

—Demasiado pequeño es este patio de justicia para que pueda encerrar en él el mar, o traer a que galopen por sus pulidos guijos, en negros caballos, los príncipes de las antiguas generaciones. Quiero estar más alto que los oyentes cuando cuento de mi sangre real, y las propias hazañas y aventuras. Teotiscos, te pido permiso para hablar en el teatro con el arco que heredé de mi padre en las manos, y para aludir libremente a mi condición de príncipe. ¡No pido rentas al océano, pero quiero en solemnes ocasiones decirle palabras majestuosas y contemplarlo como un gran perro manso y amistoso a mis pies! ¡Tampoco impongo tributos al bosque de los humanos, pero reclamo el derecho a decirles a las más levantadas cabezas quién es el vagabundo Ulises! ¿Sabes, Teotiscos, que nací en el mar, que bajo el agua me fue cortado el cordón, y que la partera me sostuvo sobre las olas hasta que llegó mi padre traído por ligeros remos, como quien en una fiesta imperial sostiene en alto el jarro de oro lleno de vino perfumado mientras duran los encendidos brindis?

Ulises se retiraba hacia la puerta, seguido de Pretextos. Zenón continuaba arrodillado, y se golpeaba el pecho, penitente.

—Desciendo de Lear por su hija Gonerila, y de ésta por Ricardo Corazón de León —dijo Ulises, y tiró el guante en las piedras.

Pretextos, asombrado y parcial como un coro antiguo, encontró la hora hermosa del rugido leonino. Hizo tubo con las dos manos sobre la boca, y rugió como el león hambriento en la función que llaman *Los mártires*. Ojos atemorizados buscaron el león en el patio y hubo terror en el público. El ujier enristró la vara, valeroso, como suelen los chepas.

—¿Qué dicen los jurados? ¿Eh? —interrogaba Teotiscos, pacífico y sonriente.

Los jurados se levantaron, unánimes, y esperaban las preguntas rituales.

—¿Eh? ¿Son leales al basileo los príncipes vagabundos? ¡Ah! Tiene este mozo la hermosura que conviene a un insurrecto. ¡Los de Paros amamos la paz! ¿Amamos la paz, jurados?

—¡Sí, señoría! ¡Amamos la paz! ¡Dios guarde al basileo!

—¡Ah, la paz!

Teotiscos hizo seña a los jurados de que se cubrieran; la audiencia había terminado. Ayudado por la criada se quitaba la camisa, y mostraba el pecho tetudo y piloso. A Teotiscos le acometían sofocos con las calores. Y entró en la casa reclamando a gritos, con la voz chillona y gallinácea, una nueva pasada de navaja de manos del barbero candiota.

Ulises salió a la calle, y seguido de Pretextos y Zenón tomó el camino del palomar. El pueblo se apartaba respetuoso. Cuando el laértida pasó bajo el Arco de la Medusa, que es la puerta mayor de la polis, Pretextos se volvió hacia el público reunido en el ágora y rugió por segunda vez. Zenón, por mandato de Ulises, con su fornido brazo lanzó, lejos, dos docenas de reales de plata, en cuyo reverso jugaban delfines con trirremes.

Manos amigas sacudieron a Ulises, despertándolo. A la pobre luz de una yesca de lino aceitado vio sobre él el ojo de Ofelia. Una mano de Pretextos se posaba asustada sobre las suyas.

—¡Señor, quieren prenderte!

—Teotiscos va a acusarte en el teatro de la muerte de Juan Pericles y de que te levantas por rey de piratas! ¡Es por el rescate!

Recogieron en el saco la ropa de Ulises y ataron el zurrón. Ofelia le ofreció una naranja al mozo, y Ulises la tomó emocionado de las manos de la mendiga. Le recordó el membrillo escondido en el zurrón por su madre Euriclea el día en que salió de Ítaca para el mar. Le parecía que guardaba en la blusa la isla de Paros, la isla de Penélope, pegada a su carne.

—Bajaremos a la rada del Delfín —dijo Pretextos—, donde hace noche una nave de Salónica. El piloto es amigo. Zarpará tan pronto estés a bordo, querido señor. Le haré una seña anunciando que llegamos sin ser seguidos.

—¿Qué seña?

—Ladraré, príncipe, imitando un perrillo joven que se asusta de nocturnos caminantes, y abandona el pajar en que dormía para brincar a la pared del huerto.

El camino que llevaba a la rada del Delfín era una estrecha torrentera rodada por las avenidas invernales. Los pies del laértida se herían en los guijos de cuarzo y resbalaban en los tormos musgosos. Contenían la luz del alba que asomaba negras nubes y bajas, con sus enormes manos.

—¡Penélope! —exclamó Ulises en voz alta.

Se le rompía la voz. Llevó al rostro las manos.

Pretextos volvió la cabeza.

—¡La tendrás en Ítaca para la vendimia! ¡Te la llevará tu siervo Pretextos!

Ulises se agarraba para no caer, pues bajaba con pies de ebrio, al saúco que ya florecía en los bordes del camino. En la playa, ladró Pretextos, rabiosillo can de pajar, y desde el mar le respondió la gaviota. Poco después se oyeron remos. Chapoteaban rítmicamente. Pretextos ladró por segunda vez, como cuando el can terminada la alarma regresa al cobijo, tranquilo pero todavía admonitor.

—¡Amo, llevaré a tu casa la esposa, en segura nave!

Abrazaba sollozando las rodillas de Ulises.

—Paga el viaje de Penélope y el tuyo con estas cuatro monedas de oro. ¡Quiero, Pretextos, ver asomar sobre el hombro de ella, cuando la nave arribe a Ítaca, tu labio roto!

Se volvió al ojo que sollozaba, un sol diminuto colgado de la neblina matinal y

marina.

—¡Adiós, Ofelia! ¡Que vuelva alguna vez el celoso Bliofernes!

—¡Ulises, que vuelvas tú!

Y el hermoso ojo huyó manando lágrimas.

—Dile a Penélope que llevo mordido el corazón.

Cuando la nave abandonó la rada, amablemente empujada por delgados vientos del sur, sobre la silenciosa Paros, se desplegaron, en el borde de las nubes negras, rosados paños. La más coloreada de las nubecillas aurorales tomó la forma redonda y carnal de la boca de Penélope.

Final

El laértida cumplió largas jornadas en el mar. En nave de ajena nación, en cuyo puente se oían extraños y oscuros acentos levantinos, navegó toda la vuelta de Fenicia y las Sirtes. La luna de las vendimias lo halló en el mar de Siria. Alfa del Cisne presidía serena e impasible las noches. El invierno lo retuvo cirenaico, como a las golondrinas. Naufragó en nave cefalónica que subía hacia el mar de los jonios, y cabalgando un tablón violentamente arrancado a la nave por las rocas, vio las Pléyades matutinas. Las olas del mar lo llevaron a desconocido país, rico en ágoras, en las que contó notables vidas, todas diferentes y todas suyas. Muchos fuegos se consumieron delante de su voz. Asistió a solemnes batallas en las que cayeron grandes reyes de los bien ensillados caballos, quienes conocieron con los rostros ensangrentados la monarquía irrefutable del polvo terrenal. Príncipes adultos le cedieron paso, aceptando su arco infalible y la moral de sus discursos. Oyó voces misteriosas en la tierra y en el mar, y le fueron ofrecidas sidras perfumadas que daban al que bebiese eterna juventud, perpetua vida. Enamoradas bocas femeninas florecían junto a sus rodillas, y los días eran todos de sol, y el mundo un gran palacio que se le ofrecía con todas las puertas abiertas, y en los jardines el dulce verano.

Al fin, como ladrón que viene nocturno, en barca propia y único remador, asaltó el inquieto camino que conduce a Ítaca. Rogó a los vientos que le fueran propicios y ataran sus sandalias con nudos perfectos. Todas las mañanas veía a Ítaca en el horizonte, y coronaban el Panerón nubes blancas y humo carbonero. Vio pasar las golondrinas y las codornices, los malvises y la zumaya. Confiaba encontrar a Penélope en el paterno hogar. Estaría sentada al telar en que tejiera su abuela, la madre de Laertes, racimos azules en linos cándidos. Penélope saldría vespertina a la ventana con la madre Euriclea, posando el inquieto oído en la nueva y solitaria noche. Laertes bajaría al muelle, en los labios el amado nombre. ¿Quién derramaba como el más preciado de los vinos, noticias de Ulises? El más banal suceso se convertiría en agüero, y nada ni nadie podía evitar que los progenitores y la esposa soñaran con los terribles naufragios, las estrepitosas batallas, las pestes locas y la muerte. El telar se llenaba de ovillos de hilo negro.

Pero Ulises, adulto fatigado, regresaba. Sus pies se hundían en la playa de Ítaca, y del roce de los pies con la arena nacía una oscura canción. El héroe se vestía con burdos paños remendados, y la barba le poblaba el pecho. Hubiera podido anudar en ella cien años.

Fue reconocido difícilmente, aun cuando le daban su nombre y derramaban laudes y lágrimas. El perro *Argos* murió, del corazón acaso, cuando sintió sus pasos, y sin poder ladrar. La madre que hilaba en silencio, dejó caer el huso, y el padre tuvo

la mano diestra delante de la boca hasta que supo que ya podía decir con la voz habitual y ronca:

—¡Ulises, llegas para la siega!

Ulises llegaba para la siega, pero Penélope no llegaba para el amor.

—¿Quién es Penélope? —pregunta Euriclea, y no necesita respuesta.

¡Ay, lejana isla de Paros! ¿Cuántas veces había la luna vendimiado? Las rocas que al sur de Ítaca se adentran en el mar conocieron los pies osados del laértida, y aclaró la mirada de sus ojos la sal marina.

—Padre, si para la vendimia no llega, volveré al mar.

—Llevarás nave propia, hijo.

El Cisne se adentraba en el cielo lentamente, viajando desde el nordeste. Acortaban los días, y terminada la trilla, regresaban a las islas vecinas los segadores con sus canciones. Alguno había casado en Ítaca, y a su lado iba la mujer, los ojos entusiasmados. La espera le pesaba a Ulises en el corazón. Se le ponía la impaciencia a temblar en la boca, y decía palabras vanas y en la soledad lamentos. El mar que rodea la tierra era cada vez más ancho y más profundo.

No quiero decir cuánto esperó Ulises, los años o los siglos, acaso. Cuando hablaban de él los compañeros y los cantores, parecían hablar de alguien muerto hacía mucho tiempo. Pero quiero decir simplemente que esperó, y ya se sentía más que maduro, y se le antojaba podredumbre la madurez, de tan cansado, solo, y no más que un vago sueño por amigo cotidiano, cuando la voz, aquella tan fácilmente vecina al grito, dijo lentamente su nombre. Vinieron a sus oídos las sílabas rodando, como a la quilla de la nave arrastrada en invierno a la arena, llegan tres olas ya vencidas y solamente espuma, cuando sube el mar. Los dedos reconocieron los ojos y la boca antes de que pudieran hacerlo los ojos y la boca. Penélope, la tan amada, era amarga. En la memoria de Ulises surgió Foción, mojándole el rostro.

—¡Toma, prueba! ¡Es amarga! ¡Es el agua del mar!

Nacieron en un instante abril en el aire, y la harina de los días se hizo pan. El héroe pulsaba a Penélope como quien tiende un noble arco, y lanzaba la flecha de la sonrisa recobrada contra las tinieblas, reinventando la luz. Nacieron hierbas otra vez, y las cosas tuvieron nombre. Reemprendieron su curso el sol, la luna y las estrellas.

Pretextos, el labio roto alegre, imitó el perro que en la ribera guarda una barca pescadora, y saluda al amo que se acerca y le trae en la mano un hueso que rebosa dulce tuétano.

Índice onomástico

ABAD DE IOS, SU GRACIA ILUSTRÍSIMA EL.— Viudo de una quiromántica, entró en religión. Cuando murió en Ios el sátiro Jacinto, mandó curtir la piel de patas de éste para hacerse una cartera de fuelle, y de la pezuña derecha le fabricaron el mango de una lupa. Hablaba por la erre, con lo que le salía un griego muy gracioso. Trajo a la isla el juego de bolos, y sabía cuentos verdes en dialecto veneciano.

ACHY, EL REY.— Majestad de la sequía en Irlanda. Su nombre se declara por «nuca roja». Fue decapitado en Tara al final del verano que llevó su nombre. Murieron de sed a la vez el trébol y la tórtola. Cabalgaba al mismo tiempo su caballo bayo y la sombra de éste, que en la noche era blanca. Quedó triste memoria de él. Si en los bosques gaélicos alguien dice su nombre y repite su grito de guerra, los árboles dejan caer sus hojas, súbitamente secas, quemadas por el fuego de las terribles sílabas estivales.

ADMETO.— Sastre de Ítaca y jorobado de ambas tablas. Quería coger con red o liga el colibrí púrpura, precisamente cuando estuviere comiendo semilla de laurel, para regalárselo a una muchacha de Zante. Político doctrinario, murió curioso sin saber si los cíclopes vivían en democracia o en aristocracia.

AGAMENÓN.— Fue rey en Argos. Lo mataron su mujer y un tal Egisto, que era rubio y cortés, y se sonaba con pañuelos aromáticos, aunque para mejor sujetar a la socia, que saliera muy variable en amores, no veía inconveniente en perfumarse con el sudor de luchadores y cargadores del muelle. En este libro se cuenta que murió de una pedrada en tierra eolia, y un nativo que estudiara en Bizancio para escribano, dijo que si Agamenón, regresando de Troya, se mostraba leproso, que había eximente.

AGORAFOBO DE MELOS, EL.— Tenía que tener siempre techo encima de la cabeza, fuese simplemente un ladrillo.

ALBANIA, REINO DE.— Lo figuró Ulises en la historia suya que contó a la señora Alicia. Está al norte de las selvas de Grecia, y tiene el tamaño de Cataluña, por más señas. Es reino hípico. Lo parten en contiendas los hijos legítimos del difunto don Galaor y la soberbia y ávida doña Florencia de Italia, rubia que tiene un lunar en la mejilla. Son famosos los prados de Albania con las primulas febrerillas; allí saluda la alondra matinal a la liebre que se despierta sedienta y busca abrevadero. Los guerreros de Albania fueron los primeros del mundo en aceptar para sus batallas la escopeta.

ALCIÓN DE ÍTACA.— Célebre piloto. Con él salió Ulises al mar. En las lejanas escalas soñaba con los paternos campos.

ALICIA, LA SEÑORA.— Huérfana bizantina, apetitosa cuarentona. Tenía en Paros escuela de bordado y de danza. Le alquiló a Ulises, cuando se presentó como el Bastardo de Albania, un redondo y blanco palomar. Le lavó los fatigados pies al laértida, y suspiró.

ALPESTOR.— Criado en casa de Laertes. Cuidaba las cuadras y los carros. Le

enseñó a Ulises hierbas y primera parte de estrellas, y a llevar unánimes los bueyes tirando de la enmimbrada carreta carbonera. Era pagano y devoto, y como los antiguos jugadores olímpicos, se sentaba para beber.

AMADÍS DE GAULA.— Figura de Ulises en la cámara de Helena, la niña paralítica de Laconia. No sabía el doncel si iba para alegres bodas o para triste y oscura muerte, pero llevaba violetas en la birreta.

AMALFI, LA SEÑORA DUQUESA DE.— Según un romance antiguo inventó el sostén, y enseñó a usarlo a la elegante, femenina mocedad del reame de Nápoles.

AMALTEA.— Nombre de cabra y de una abuela de Ulises, morena, casada con Apolonio *el Cojo*. La sorprendió en camisa en una fuente el rey de Inglaterra Ricardo Corazón de León, que iba cruzado, vestido de bermejo.

AMINTAS.— Escultor. Padre de san Ulises. Labró famosa sirena para la proa de una nave.

ANDREA.— Mendigo manco que pedía a la puerta de la catedral de Palermo. Le llevara el brazo, mientras le rascaba la espalda, una sirena tentadora. Le ofrecían pensiones y raciones los Altavilla d'Aragona, pero nunca cumplían. Asqueara la mortadela. Al fin de sus años le vino la manía de que le naciera el brazo perdido, y entraba en las tabernas y pedía vino, y extendía el brazo que no era para coger el vaso con la mano que no tenía.

ANTIFÓN.— Novelista cirenaico, más neoplatónico que Calisto, el enamorado de Melibea. Véase en el texto la novela de Lucrecia, la tentadora sobrina del sombrerero de Dalmacia. Antifón escribió la famosa *Historia del músico de Oriente*, en la que una tal doña Camila, que viajaba siempre con peluquero de rizos y rellenos, y fue la primera dama bizantina que se dio con borla polvos de arroz, se apasionaba de un músico etrusco que fue a mostrarle el violín al basileo, y era un enano muy gracioso, que sorprendió a Constantinopla con el tacón alto que usaba. La novela se hizo célebre, por los párrafos ardientes de doña Camila, y los más de los enanos de Italia aprendieron violín y emigraron a Bizancio, creyendo que en cada puerta estaba una Camila haciendo señas de amor.

ANTÍSTENES DE CIRENAICA.— Marinero. Compañero de Ulises a bordo de *La joven Iris*. Era taciturno, pero amistoso. Contó la historia de san Teógenes y el viento.

APLECIO, DON.— Padre de León Leonardo, piloto de Siria. Tenía el negocio de las tortugas para los estanques de las damas constantinopolitanas, y para la sopa de vigilia con abstinencia de los estrategas que eran plaza montada. Quiso comprar nave para el hijo, y ponerlo al trato de tortugas en los océanos arábigos, pero no encontró en venta ninguna, ni en Basora ni en Aqaba, que todavía navegaba el señor Simbad el Marino.

APOLONIO EL MÚSICO.— Antepasado de Ulises, padre de Apolonio *el Cojo*. Sobresalía en el tambor.

APOLONIO EL COJO.— Antepasado putativo de Ulises. Cuando Ricardo de Inglaterra usó de su esposa Amaltea, reconvino a ésta por no haberle dado más solemnidad al trámite. ¿Es que no había en casa hermoso tapiz y plateada lámpara?

ARCEDIANO DE LAS BLANQUERNAS, EL. Era un viejecito muy alegre, que siempre estaba chupando anises escarchados. Tenía la ciencia de la lupa, aunque empírica, y en armario de cedro guardaba los más de los libros de caballerías. Si echaba siesta, soñaba que entraba en Bretaña cabalgando, y que veía tirando barra al rey Artús.

ARGANTONIO.— Rey del país y del río que llaman Tartesos. Helenófilo.

ARGOS.— El can. Vivió edades humanas. Libre, pero fiel, esperó a la puerta de la casa de Laertes a que regresara Ulises. Oyó sus pasos y se incorporó, y temiendo oír de los labios del laértida su nombre, que lo era también de reino y de navío, detuvo el viejo corazón y se dejó morir, voluntario.

ARTURO, EL REY.— La flor de las coronas del mundo. Fue rey en Bretaña; dio su nombre a los más alegres veranos. No debe haber libro en el que por lo menos una vez no se diga su nombre.

ASMODEO.— Vigilante del ágora de Famagusta, en Chipre. Lo había colocado don Otelo, que le cayera simpático. Jorobó mirando por el antejo de Ferruccio Sorrentino, y volvió a su natural. Le quedó la pesadilla, en sueños, de jorobar, y despertaba alarmado, dando voces. Se le agrió el carácter, y daba partes por escrito de todos los vecinos. Cuando don Otelo mató a la señora Desdémona, y vino nuevo alcaide veneciano, lo echaron del oficio. Asmodeo se ahorcó, pero antes de colgarse, con un palito y un cordón armó la higa con los tres dedos del medio de la mano izquierda, para seguir dándola, después de muerto, a los pacíficos transeúntes.

ATREO.— Rey de la antigua generación griega, ejemplo de grandes criminales. Medía tres varas castellanas de alto. Lo mencionaban a gritos los aristócratas partenopeos desde sus ventanas, defendiendo al sobrino de donna Sabella Sventurata, quien había echado del trono a su tía con trampa.

BALBORDO, EL SEÑOR LORD DE.— Llamado don Faustino O'Donnell. Visitaba a lady Viviana en el palacio del bosque de Firín. Era de los platónicos continentes, y uno de los gentileshombres por los que se vino a saber, en los palacios cortesés de antaño, que era dulce y hermosa cosa vivir del aroma de un vaso vacío.

BASÍLIDES EL COJO.— Marinero. Compañero de Ulises a bordo de *La joven Iris*. Cojeó en el antejo de Ferruccio Sorrentino. Era de los helenos que gustan del teatro.

BASILEOS DE CONSTANTINOPLA.—También conocidos por Emperadores de Oriente. Unos nacían en la púrpura y eran llamados Porfirogenetas, y otros en las cuadras, y entonces los motejaban de Coprónimos y Caballinos. Mataron mucho búlgaro, y los más de ellos estuvieron sometidos al gobierno de sus mujeres. Lucían mucho en las procesiones, con cuatro mitras en la cabeza. Duraron hasta el turco. Fue el suyo un gobierno literato, con comedias, y toda la administración era por etiqueta y

ceremonias. Cismáticos y dialécticos, prohibían por ley el azafrán en el asado, engrasar los ejes en el hipódromo con manteca de papel, y pintarle barbas a san Jorge. En sus escuelas, la ornitología comenzaba por los ángeles. Se citan muchas veces en el texto, pues la isla y el mar de Ulises caen dentro de los límites de su Imperio.

BASILIO DE ÍTACA.— Abuelo famoso de Euriclea, madre de Ulises. Le comió la mano izquierda un puerco, pero aprendió a tocar en una guitarra napolitana con el pie del mismo lado.

BEATITUD DE CRETA, SU GRACIA REVERENDA, LA.— Abad de San Conón, en aquella isla. Rogaba a Basilio de Ítaca que se quedase de salmista en su monasterio. Bebían ratafía por el mismo vaso, y Su Beatitud le pedía a Basilio que le cantase al oído las canciones de mayo.

BELFAS.— Boyero tuerto. Sostenía que un varón cabal debe acertarla en las tres primeras noches. Exponía esta filosofía a gritos y después bebía tinto.

BIZANCIO.— También llamada Constantinopla e Istantul. Casa de los Emperadores de Oriente. Se cita varias veces en el texto. Es una de las mayores ciudades del mundo, decorada con mosaicos y los jardines de cipreses enanos reflejándose en las aguas quietas de su mar, según aseguró mi señor tío don Ramón María del Valle-Inclán, que los vio en un espejismo.

BLEONTES.— Constructor de panderos. Huyó cuando cayó el Tirano, y se produjo la gran discordia. No se sabe de reino alguno en el que haya florecido el arte de construir panderos en tiempos de disputas civiles.

BLIOFERNES.— Sátiro, adulto a los siete años de edad, y zurdo como todos los de su nación. Sale en los amores de Ofelia, espantadizo y celoso.

CIMÓN.— Mendigo de Paros. Pequeño, gordo y ebrio, nunca pudo aprender el arte de la zancadilla en las peleas. Esto lo traía muy desanimado.

CITEREA.— Esposa del posadero eolio. Entra con una herrada llena de agua en la cabeza cuando Ulises está contando de Menelao y Agamenón. Tenía la enorme seducción de las mujeres que llevan nombre de isla. En el viaje en *La joven Iris*, más de una vez hizo aletear la memoria de su suave voz las orejas del laértida. Tenía una gracia humilde y una sonrisa confiada.

COBLIANTO.— Arquero egineta. Su madre tardó once días en parirlo. Cuando pisó tierra era ya un gigante, armado de arco y de flecha.

CÓNSUL DEL CALENDARIO, EL.— Oficial cirenaico, sale en la historia de san Teógenes y el viento. Cayéndole el gnomón en la cabeza quedó amnésico. Era alto, magro, piloso; como el idioma cirenaico no cabe en alfabeto conocido, tenía que escribir a su gobierno cartas jeroglíficas, y las hacía graciosas, y los más de los símbolos eran avejillas, muy coloreadas. Especializado en fringílicas, páridos y sílvicos, apuró tanto la simbólica, que hubo que crear en el Marco de Cirenaica una Oficina de Pájaros varios en el Gabinete de Cifra, que leyese sus avisos, que los

mandaba en verso, para facilitar por la consonancia la lectura.

CORREDOR DE MEDIA LEGUAS VALLAS, EL.—Saltaba de una nave en una comedia que se representó en Esmirna. La joven Felisa se enamoraba de él, porque al margen de su papel había puesto el autor la nota que mandaba «un pronto de asombro». Era callado, como suelen serlo los atletas, y cuando hablaba era para explicar que tomaba la valla con un quinto de ladeo, según el arte olímpico antiguo, preferido por Apolo y el centauro Quirón, maestro de Aquiles, aunque este último haya sobresalido solamente en la legua militar con obstáculos, pese a la alta escuela. Le birló la Felisa a un pregonero de edictos imperiales llamado don Silvino, viudo que sacaba un sobresuelo con una parada que tenía, con garañón calabrés, Patroclo por buen nombre.

CRIADA DEL CIEGO EDIPO, LA.— Querría el autor que la fiel se llamase Antígona. Era casi una niña; escuálida y morena, los pechos le nacían ya escurridos. La picó la viruela en Sicilia. Cuando Ulises veló a Foción, la criada del ciego durmió con la cabeza apoyada en el hombro del laértida. Venía el viento y ponía cabellos de la muchacha en las mejillas de Ulises. Fue la primera vez que el mozo conoció caricias carnales, si pueden llamarse así a las que hace un pelo en un rostro imberbe, viento en medio. La criada del ciego, en sueños, sin abrir los ojos, dos o tres veces tendió en la noche aquella el platillo de cobre, reluciente, a invisibles transeúntes.

CRISPINO.— Joven asesino que salía en una comedia que se representó en Trípoli de Siria. Se dio a la mala vida por culpa de una tal Estefanía, bailarina. Crispino le cayó simpático al gobernador, el cual quería que en el tercer acto le pusieran un caballo, y Crispino salvase. El pueblo subió a las tablas, y para que no se escapase Crispino a la selva, lo ahorcaron. Resultó que era una muchacha, la hermana del primer actor, que estaba en su camerino con anginas.

DAMIÁN LUSITANO.— Un hombre triste al que le faltaba la nariz. Construyó en Candía la goleta *La joven Iris* para el piloto de Siria, León Leonardo. Tenía un libro con la ciencia de Sagres en lengua portuguesa, y se quejaba de que nadie supiese este habla en aquella Grecia antigua.

DESCONOCIDO DE IOLCOS, EL.— Era un príncipe y regresaba de un largo viaje. La barba la tenía recortada en hoja de acanto. Nadie en Iolcos se recordaba de él, y el príncipe se había olvidado de su nombre, y del nombre de sus padres. Una mañana, bajando al puerto a ver las naves, se recordó de que por encima de una blanca pared colgaba la rama de un naranjo, plena de fruto. Sonreía a los niños, y rechazaba amablemente las mujeres, que se le ofrecían en secreto.

DESTERRADO DE MANTINEA, EL.— Lo vio el tabernero Poliades en la mancebía de Siracusa. Las orejas le comían la mitad del rostro. Pasó por entre las mujeres sin mirarlas. Con la mano diestra jugó con el chorro del surtidor. Aunque no se dice en el texto, se llamaba Héctor. Nunca volvió a su reino. El aquilino perfil se fue haciendo

sombra sobre las velas de las naves, en los puertos helénicos, y sobre las herradas puertas de las murallas urbanas.

DIONISIO DE PAROS.— Mendigo y ladrón. Luchó con Ulises, y desde un zarzal disparó, vengativo y borracho, un cuchillo al corazón del laértida. El acero encontró en su camino la garganta de Juan Pericles, cómico. Dionisio era alto, fornido, iracundo. Cuando Ulises huyó de Paros, el gobernador Teotiscos lo mandó ahorcar. Dionisio pidió permiso para hablar al pueblo. Manifestó que era culpable, y que su maldad venía de una memoria de su niñez, que estaba su madre calcetando unas medias encarnadas y Dionisio, que cumplía siete años, las quería estrenar por Pascua, pero las medias eran para Aristóteles, el hijo del talabartero, cuya era la lana y pagaba el calcetado. La madre le decía a Dionisio que los pobres no pueden escoger medias; se le ensombreció al infante el corazón, y se hizo áspero, blasfemo y peleador. El pueblo de Paros se conmovió con el sermón, y Teotiscos aplazó por dos horas la ejecución para que se buscasen en la ciudad medias coloradas que le conviniesen a Dionisio. Fueron halladas y Dionisio sonrió al calzárselas. Dio las gracias a Teotiscos por el gesto, y se dejó ahorcar.

DONADOS DE SAN MIGUEL, LOS.— Inclusa de Palermo. Allí fue criado el marinero Timeo. En aquella casa hay escuela de marina por los libros antiguos, y el catálogo de las naves se estudia cantando por Homero. Está el asilo vecino del mar, y hay un dormitorio bajo que sale al agua con dos ventanas por unas peñas; cuando hay grandes mareas, bajan a dormir a aquella sala los alumnos de timón, para hacer, si el agua entra por las ventanas, maniobras de naufragio y salvamento. Los ahogados nunca pasaron de tres, salvo en una marea agustina que coincidió con un maremoto, y entonces se perdió todo el curso.

DORIA, LOS.— Genoveses. Aquí se citan por la rica viuda doña Pánfila, que se nombraba Doria, viniéndole este apellido por un tfo segundo suyo, que la prohijó, y el tal era eunuco de la Orden de San Juan de Jerusalén, puesto para enjabonar al Gran Maestro, y prisionero de los Doria legítimos en una batalla naval, vestido como estaba de señora ama de llaves maltesa, lo pusieron ellos de ama seca. Los príncipes genoveses, agradecidos a sus cuidados, lo libertaron con su apellido. En Cuaresma se vestía de hombre.

DORINDA, A MENINA.— Sobrina de Tristán, marinero portugués. Era bailarina en Lisboa.

DRAGÓN PINTADO DEL CONVENTO DE CANDÍA, EL.—Tenía rostro humano, y herido mortalmente por la lanza de san Miguel Arcángel, por el ojo derecho vertía una lágrima azul. El marinero Basíides comentó que a lo mejor tenía familia y dejaba menores.

EDIPO.— Ciego cantor, para quien construyó Bleontes un pandero. Lo acarició, lo olió, pasó la lengua por la piel y la madera, y dijo en voz alta: «¡Cabra y abedul!».

Ulises le preguntó si fuera rey en Tebas. En su mocedad, Edipo había vendido espejos a las mujeres en los mercados isleños. Cuando perdió la vista, se le puso en la cabeza esa imaginación sentenciosa de los ciegos, que supera a la de los grandes reyes antiguos, y se asombraba de su nombre fatídico. En su canto los versos tomaban la forma de lo que decían, navíos, islas, dioses, caballos, puertas pintadas de rojo.

ENRIQUE EL NAVEGANTE, DON.— Gran señor lusitano. En el libro de carpintería de ribera de Damián Lusitano, aparece orinando, en lámina, disimulándose con un sombrero de plumas. El dibujo era en tinta negra, pero las plumas lusíadas estaban puestas del rabo del papagayo brasileiro, multicolores. Este don Enrique fue quien puso a los portugueses en el mar, por mapa, y pasó la mayor parte de su vida en una roca que llaman Sagres, guardando el sexto y con el dedo índice de la mano derecha señalando el Gran Océano. Así lo ponen ahora en estatua.

EOLIOS, LOS ADULTOS.— Estaban en la taberna cuando Ulises contó de Menelao y Agamenón. Reconocieron la voz homérica, pero se asustaron de la peste. Bebían el oscuro vino a pequeños sorbos. Uno de ellos, que se examinara para escribano, dijo que había eximente para el que asesinó a Agamenón que venía de Troya, considerando que el rey de Argos parecía leproso. Gente avara y taciturna.

EPIRO.— Mendigo de Paros. Estuvo puesto para el acarreo de vino en la casa que allí tuvo el noble Ulises. Era de los sedientos matinales. La madre lo vendiera a una rica dama, que quería hacerlo pasar por propio al marido cuando éste regresase de un viaje. El marido murió ahogado en un naufragio, a la vista del público, en Esmirna, y la dama abandonó a Epiro, quien medraba poco y boberas. Se crió en la calle, babeante y piojoso, pero le quedara un dulcísimo recuerdo de mamá, tan vestida de seda y perfumada de nardo. En un tubo de latón guardaba desde los cinco años, como preciado tesoro secreto, restos del camisolín que vestía el día del abandono, lino crudo con adornos de hilo de oro figurando helechos. A veces hablaba de vender ese oro que guardaba y dedicarse al comercio.

ESTEFANÍA.— Bailarina por quien se dio a la mala vida el joven asesino Crispino, según una comedia nueva que se representó en Trípoli de Siria. Toda la ilusión de Estefanía era vestirse con sedas y el pachulí lo quería de Malabar. Era coja, pero no se le notaba bailando, y las visitas las recibía sentada, y paseaba en silla de manos. Fue de las primeras invenciones femeninas de la comedia que salió a tablas con abanico de plegar.

EURICLEA.— Ésta es la pálida madre del noble Ulises. Quien hila las vidas la dejó envejecer en el hogar, rodeada de nietos y de los hijos de los nietos. Cuando contemplaba toda la familia sentada al amor del fuego, cada cual con su taza de leche en las manos, esperando que ella bebiese la primera, Euriclea creía sentir en el vientre un dolor que la llenaba de felicidad. ¡Fecundo olivo secular! Se olvidaba de los nombres de la honesta descendencia, y así a todos los varones les llamaba igual,

Ulises, hijo de Laertes. Unos nietos eran agrarios, e iban y venían con las cosechas; otros eran carboneros, e iban y venían con los grandes carros y los pacíficos bueyes; otros, en fin, eran marineros, e iban y venían con las olas. Cuando murió, los presentes vieron salir de su boca una calandria.

EURIMEDEO.— Tebano rico. Compró a Jasón de Iolcos. Gozaba enloqueciendo de hambre, sed y memoria de la vida pasada, a los esclavos que compraba. Era avaro y loco.

EUSEBIO.— Dueño de rebaños en Laconia. Criaba los corderos marismeños para el gobernador bizantino del condado, quien hacía irrefutables asados, adobando el recental con ajo, laurel, vinagre de Tracia y menta piperita. De la escuela sicónica en cocina, rechazaba el limón. Eusebio reprobó gravemente el estofado que pensaba hacer Basílides, y amenazó con enviar un correo urgente al gobernador, el cual, al saber la noticia, quizá viniera sobre *La joven Iris* con una tempestad de fuego griego y sarcasmos.

FAMAGUSTA.— Ciudad de Chipre, y su cabeza en días venecianos. Famosa por sus murallas y sus rosales, aún lo es más porque en su castillo el moro Otelo dio muerte a la señora Desdémona, engañado con un pañuelo rojo por un tal lago, al que muchos ponen por invertido.

FELISA.— Muchacha que en una comedia griega sale a la ventana con un florero, y viendo saltar de una nave a un corredor de media legua vallas, deja caer la pieza en un pronto de asombro. El corredor era basto y callado, pero ella, doñeadora, lo metía en un armario y lo besaba.

FILIPO.— Era sacristán en Ítaca el Año del Eclipse. En la máxima le estalló la cabeza como si se la hubiesen llenado con pólvora negra marca «Las tres FFF».

FION.— Rey de celtas de Irlanda del que quedó gran memoria. Rigió los más hermosos veranos del país. Llovía al atardecer. Fion pasaba cantando.

FIRÍN.— Bosque de Irlanda que era un reino con vado.

FOCIO.— Primo de Basílides de Chipre. En el teatro hacía de Orestes, simulando muy bien los dolores del vástago. Cuando salía con la espada tinta en sangre materna, le añadía horror a la tragedia, mojando la lengua en ella. A los que se lo reprochaban, respondía que como huérfano de nacimiento no opinaba de la maternidad.

FOCIÓN.— Piloto el más famoso entre los ítacos. Murió en el mar que tanto había arado, vencido al timón de su nave por niebla contraria. Le enseñó a Ulises a mirar el mar. Amó y cantó. Hay islas que existen porque en sus bahías echó al ancla Foción, y reinos porque pisó sus enlosados patios aquel valeroso corazón. El mundo habitado, la ecumene toda, iba y venía con él, con sus relatos, las lenguas extrañas y las canciones, y el infantil amor por las lejanas descubiertas. Sus claros ojos lo llevaban como de la mano, por todos los caminos.

GALAOR, DON.— Rey de Albania, padre de Dionís el Bastardo, figura que tomó

Ulises en la historia de su vida que contó a la señora Alicia, en Paros. Le ardiera la barba en Constantinopla, por acercarse en demasía a una alquitara. Imitaba muy bien el jilguero.

GALENOS.— Boticario de Constantinopla. Salía en una comedia, con una hija lujuriosa. El padre se enteraba en el último acto de los devaneos, que lo más de su tiempo lo pasaba entre retortas, experimentando flora varia para sinapismos.

GALLOS.— Marinero. Compañero de Ulises a bordo de *La joven Iris*. Fue en Irlanda príncipe real de Firín, y el primer gaélico que vio un puente.

GALVÁN SIN TIERRA.— Infante rubio, perpetuamente joven, que siempre es campanero en el reino de Gaula. Le dan, por señas de banderas desde las provincias, la orden de toque. Cuando se anuncian grandes acontecimientos, le entregan dos libras de tocino para que engrase los ejes de las campanas. En algún libro de caballerías es hermosa estampa la que hace Galván en el alto campanario, a caballo del balcón de hierro, en una mano la cuerda que hace voltear la «Prima», y en la otra un pañuelo de colores, con el que saluda a doña Oriana, que va a bodas.

GAULA.— Reino. Allí es muy hermoso el otoño.

GINEBRA.— La señora infanta, más tarde reina de Bretaña. La llamó por su nombre Gallos, desde el alto columpio, sin saber que la había, y ella contestó con la voz que tenía entonces, que era de encanto. Era rubia, y paseaba con un dedo índice en la barbilla. Ya madura se enamoró de don Lanzarote del Lago, que siempre decía que venía cansado de las batallas.

GOBERNADOR DE LACONIA, EL.— Sus vacaciones eran el asado de cordero lechal, de rebaños marismeños, raza anatolia. Tenía el punto de la menta.

GOBERNADOR DE PAROS, EL.— Calígrafo militar bizantino, retirado. Cazaba pájaros con liga. Era muy venéreo.

GRIEGOS DEL BERGANTÍN DEL PILOTO LISARDO, LOS.— Eran tío y sobrino, naturales de Lesbos. Rapaban la cabeza mientras estaban en el mar, por respeto a Poseidón, de quien eran creyentes. En la tempestad que sorprendió al bergantín al NNE de las Islas Afortunadas, una ola se llevó al sobrino. El tío, amigo de los llantos de antaño, sujetándose al mesana con un cabo, gritaba pidiendo un caballo para acudir al salvamento del mozo.

GUARINOS.— Rey, usurpador de Gaula. Estaba casado con doña Tudela, que venía de baños Etruria.

HELENA.— Esposa de Menelao, y la más hermosa de las damas antiguas. París se la llevó a Troya, de donde vino que los aqueos movieran guerra larga, de la que pocos regresaron. Cumplía cincuenta años, y los ancianos troyanos que estaban en las Puertas Esceas contemplando el campo y el arenal donde morían sus hijos y se perdía su ciudad, se confesaban que era recta y juiciosa cosa que los hombres se mataran por aquella sonrisa. La verdad sea dicha que ella era tontivana, y la mayor parte de su

belleza consistía en afeites y en balanceos estudiados. Hay opiniones de que fue estéril, y es la única célebre enamorada de la que no queda ni una frase en la memoria de las gentes.

HELENA.— La niña paralítica de la pequeña polis Laconia, ante quien Ulises se figuró como Amadís de Gaula. Pasaron muchos años y el laértida recordando aquella escala, veía en la sombra abrirse los grandes y quietos ojos.

HERMINIA.— Doncella de la señora Alicia. Aprendía canto y bordado. Trajo en un jarro agua caliente cuando la huérfana bizantina le lavó los pies al fatigado don Dionís, Bastardo de Albania. Era morena, y enredaba sobre la frente un rizo con las plumas más coloreadas del jilguero.

HÉRCULES.— Poderoso transeúnte antiguo. Su puño se abatió sobre la nuca del irrespetuoso Zenón de los.

HERMIAS.— Hija de Milipos. El tabernero Poliades le recitaba versos trágicos mirándola a los ojos, y la joven señora desazonaba y ruborizaba, y no se fijaba en el peso de los garbanzos castellanos ni en la vuelta del pago.

HIPOBOTES I.— El antepasado de los laértidas que llegó con yegua a Ítaca. De la cuadrúpeda hubo descendencia. Eran tiempos paganos, y el prodigio no fue excesivo.

HIPOBOTES II.— Llamado Okímoros en la poesía hexamétrica, lo que se declara «el que muere mozo». El alazán de claro lucero y Okímoros fueron de un vientre, hijos de Hipobotes I y la hípica esposa. Murió luchando contra piratas del Norte.

HIERON.— Arquero antiguo inventado por Ulises. Nació con la mano izquierda de bronce. Todos los días, al amanecer, bajaba a enseñarle al laértida a tender el arco.

ICARIO.— Padre de Penélope. Pequeño, gordo, moreno, se pone por ejemplo de sudorosos. Cuando Ulises huyó de Paros, quiso casar la hija con un sastre, que hacía falta reponer el vestuario familiar, pero no pudo separar a Penélope de la ventana, en cuyos cristales, silenciosa, posaba implorantes miradas verdes.

IFIGENIA.— Doncella que fue de Albania, madre de Dionís. Se puso violenta con el hisopo y le levantó la barba postiza a don Galaor, que volvía de Bizancio.

IOANES MELANCOLICUS, DON ILUSTRÍSIMA.—Gobernador de Trípoli de Siria, retirado de la caballería por reumático. La mujer se le fuera con un trompeta. En la pieza de los asesinos que se representó en su presencia, se le hizo simpático un tal Crispino y lo quería salvar. El pueblo se alborotó, y don Ioanes murió en el palco, de apoplejía. Cuando la esposa fugitiva se enteró del óbito del estratega, se puso lutos, y el trompeta, que se iba cansando de aquella tórtola, que le saliera impaciente, se entusiasmó de nuevo, que le parecía otra con los velos negros y el suspirar por el finado.

IOLCOS.— El país de Jasón. Allí se oye el mar de los griegos a la diestra.

ÍTACA.— La isla de Ulises. La tierra carnal. El país al que se sueña regresar. Todos los humanos tenemos una isla semejante en la nostalgia, que cuando en ella

llueve, llueve en nuestro corazón.

JACINTO.— Sátiro. Cegó y fue llevado a los, que tenía recetados baños de lavanda en los ojos. El abad de los se hizo una cartera con la piel de sus patas, y un mango de lupa con una pezuña. Murió porque era muy higiénico, cuando vino la peste.

JASÓN DE IOLCOS.— Criado de Laertes. Cardador en su patria, fue raptado por piratas cuando esperaba a Medea en una playa. Vendido como esclavo en Tebas, huyó. Le enseñó venatoria a Ulises, y amistad.

JUAN PERICLES.— Primer actor. Estaba anunciado que representaría en Paros la tragedia del rey Lear. Tenía la voz barítona y voluble, y dominaba especialmente la muerte del rey del mar. Murió alcanzado en la garganta por el cuchillo loco del ladrón Dionisio, cuando le enseñaba a Ulises a decir como en el teatro, y más verazmente que en la vida, las palabras de Lear desde el enorme caballo marino: «¡Nieto, estás en tu prado!».

LAERTES.— Permítaseme titularlo Rey de Ítaca. En la moneda de oro en la que va su perfil, los que amamos las grandes monarquías paternales y geórgicas, leemos sin dificultad alguna, en famosas mayúsculas, REY Y TRIGO POR LA GRACIA DE DIOS. Y nos sentimos civiles y fieles. Conoció nietos y los izó sobre sus bueyes. Al final de su vida se emocionaba por nada, y derramaba vino en el suelo, creyendo que la ocasión lo pedía. Subió al Panerón a carbonear, y encendió las pilas. Vino puntual el viento del norte, y Laertes saludó al incansable y vivificante Bóreas con amistosa voz. Soñó; durmiendo la siesta, que bajaba a la ciudad al frente de sus carros, y oía en las bocas de los criados los nombres de los bueyes. Murió soñando que se inclinaba sobre el caño de una fuente, desde cuya pila lo miraban, por entre ramas colmadas de rojas cerezas, los amados rostros de Euriclea y Ulises. Ladraron unísonos los perros de los carboneros, y el sol sosegó con sus majestuosas manos, en la inmensa tarde, los mares de las mieses que comenzaban a pintar. Cantó la tórtola.

LEGÍTIMOS DE ALBANIA, LOS.— Ulises los figuró iracundos, gozquecillos irritados por la madre, doña Florentina de Italia, buscándolo por la feliz Albania. Salieron memos y mamaron hasta tarde. Quieren repartirse el reino que fue de don Galaor, pero primero quieren encontrar a don Dionís el Bastardo, y poner sus huesos mundos por mojones.

LEÓN LEONARDO.— El piloto de Siria, hijo de don Aplecio. Iba a salir a los mares arábigos a la tortuga, pero su padre no pudo comprarle nave, que todavía navegaba Simbad. Se enamoró de una voz que cantaba en un huerto. Resultó que era, viudica y me quiero casar, la dama que lo amamantara.

LEÓNIDAS.— Padre de Icaro y abuelo de Penélope. Sale en el porche con el traje de fiesta y cuenta la historia del guardarropa familiar.

LISARDO.— Piloto alejandrino, negro de color. Tenía los párpados mudados y cerraba de abajo arriba. Quería asomarse a las Afortunadas, por el trato de la

cochinilla. Fue verdad que mató dos mujeres en Génova; a la más moza con unas tijeras, y a la vieja metiéndole un calendario milanés de rito ambrosiano por la boca, con la ayuda de un palo. Cuando iba a meterle Adviento, ya la vieja diera el alma. Trajo por encanto un temporal y lluvia. Decía que tenía un palmeral Nilo arriba, y que pensaba retirarse allá con un cortejo gaditano, si le salían dos o tres tratos. No era cristiano.

LUCRECIA.— Sobrina carnal de un sombrerero dálmata, que la quería forzar. Su historia, que contó Antístenes de Cirenaica, pone de manifiesto la veleidad de ciertas prójimas.

LUMBRE.— Hija de León Leonardo. Paralítica de un soplo, estaba asomada a la ventana.

LUSCINDA.— Hija lujuriosa de Galenos, boticario de Constantinopla. Vestía a su amante de doctor, con muceta y borlas, que lo hallaba así más aperitivo, y para más goce le ponía bigotes gemelos de los paternos. Moría en escena, de una cuchillada en el cuello. Sacaron su figura en la comedia dramática de un suceso verdadero, con la mudanza de que en la vida la Luscinda fuera una mozona alta y gorda, muy apechugada, y en el teatro sacaban a una damisela tímida y callada, que no salía de casa hasta que un niño que vivía frente a la botica terminaba de hacer pis en la calle.

MALTÉS, EL.— Marinero a bordo del bergantín del señor Lisardo. Era pequeño y pelo rizo y siempre estaba cantando tonadas tristes, acompañándose con dos hierrillos. Sediento, quiso impedir que el piloto regase la piel del cocodrilo con la poca agua dulce que quedaba en las pipas. Fue muerto allí mismo por el alejandrino. En su saco tenía el retrato de una mujer desnuda, que era una miniatura de mérito. El señor Tristán, portugués, dijo que por el peinado parecía francesa.

MANTUA, EL SEÑOR DUQUE DE.— El más famoso cazador de Bretaña y de Gaula. Cuando estaba para nacer Amadís, salía a los lagos de la marina, arco en la mano, buscando herir en vuelo la anátida que llaman *Tadorna Tadorna*, con cuya pluma más larga sería escrito el nombre del infante en los Anales. Está el señor duque en los romances, en lo alto de una torre, un enano le peina la barba y un cuervo le trae recados en latín.

MANCEBÍA DE SIRACUSA, LA.— Es una casa grande, muy encalada, con patio de verano y patio de invierno, y los balcones de ambos dan sobre el puerto, y se ven las naves que entran y salen. Las mujeres en los patios están sentadas de cara a la pared. Por dos sueldos puede entrar quien quiera y sentarse en el suelo a cinco varas de ellas. De vez en cuando pasan criadas derramando agua de lirio o espuma de Armenia. Hay lector de poesía y músicos vespertinos. El pago es por anticipado, y las pupilas cuentan todas la misma historia de la vida a los forasteros, para que no haya romanticismo.

MEDEA.— Hija de un cardador de Iolcos. Puso su pie sobre la rodilla de Jasón

para atarse una zapatilla. Jasón se enamoró. Para que se vea cuán dulcemente suena este nombre bárbaro, alarguen la segunda e. Era menuda e inquieta, y tenía golosos prontos. Jasón quería olvidarla, pero no podía. Respiraba con la boca abierta hasta que se le secaban lengua y paladar, y entonces bebía un pequeño sorbo de agua, y era besar, quizás, o algo más aún, la memoria del beso.

MIRTO.— Etíope siempre sonriente, criado de Poliades. Se lo compró el tabernero a un lego franciscano que venía del preste Juan.

MENELAO.— El más cornudo de todos los maridos. Durante la guerra de Troya no le nació ni una cana. Contra lo que se opina en las pinturas, era pequeño y gordo, y aunque guardaba dos días de acelgas a la semana, según se lee en Ateneo, no perdía peso. Cuando bebía era confianzudo. Ulises contó muy heroicamente de él a los eolios, pero era un tipo poco simpático, y más bien intransigente de derechas.

UCHACHA QUE ASOMA ENTRE LOS MIRTOS, LA.— Se pone aquí a esta dulce flor de Laconia, pues fueron sus labios los primeros que Ulises besó. De alguna novela, lo que queda en la memoria, es la imagen de una sonrisa como ésta, que se abre paso entre verdes ramas, imprevistamente.

MICINO.— Sastre de Trípoli de Siria. Tenía el corte por geometría, sacando el entalle de los tabardos por el problema arquimédico máximo, o sea inserción de un pentágono en un círculo. Amaestraba mirlos. De él eran los que se ponían en las comedias de su polis cuando la escena figuraba un bosque.

OESTE.— El gran viento con que entran al mar de latinos y griegos los atlánticos. Con él entraron Gallos, Amadís, Damián Lusitano... Con él entró, para decorar la estirpe laértida, Ricardo Corazón de León. Es el viento del rey Lear. En Shelley se le canta «salvaje viento del Oeste».

OFELIA.— Mendiga de Paros. Ojo que va y viene entre polvaredas de oro. Se cuenta su vida en el Apéndice II.

OTELO.— El moro de Venecia. Almirante de los venecianos, casó con la señora Desdémona. Era generoso, arbitrario y orador. Colocó de vigilante en Famagusta a Asmodeo porque le cayó simpático. Se enamoró de él un tal lago, y con engaños llevó al Moro a dar muerte a su casta esposa. Tenía la veleidad de los negros y era muy dado a ropas de colores y adornos de oro.

PÁNFILA DE LOS DORIA, DOÑA.— Viuda rica genovesa. Tenía su casa en Corfú y amarraba sus naves en el muelle de la Cigüeña. También tenía tienda de efectos navales. Los dos primeros maridos se le perdieron en naufragios en las Sirtes, y el tercero se le escapó con una contorsionista napolitana y una goleta cargada de cebada croata. Le gustaba encandilar a sus pilotos enseñándoles las piernas. Finalmente se apasionó de su enano negro un día que lo vio en el baño.

PARIS DE TROYA.— Príncipe antiguo, el que raptó a Helena, esposa de Menelao.

PARÍS.— Ciudad de Galias donde vio el puente el infante Gallos. Dijo Juliano el

Apóstata que allí, en la Lutecia de los Parisinos, era dulce vivir. Modernamente mucha gente ha opinado lo mismo.

PATROCLO.— Héroe de la Edad del Bronce, y no obstante sentimental. Fue amado por Aquiles. Cumplía años en mayo, el día en que la codorniz regresa de Egipto.

PATROCLO.— Garañón calabrés, del que era dueño el señor Sil-vino, pregonero de edictos imperiales, viudo enamorado de Felisa en una comedia que se representó en Esmirna. No se mareó en el viaje por mar. Los garañones calabreses son de raza catalana gótica, y temperamento nervioso, contrariamente a los garañones del Poitou, que son linfáticos.

PEDRO CRISTÓBAL.— Alfarero de Atenas, muy farrista, dado a bailarinas. Salió en una comedia en Constantinopla y tuvo una conversación con la emperatriz doña Zoé.

PIASTA.— Señor rey de dos veranos gaélicos. Piasta se traduce por «serpiente». No bien nació ya se puso a escribir runas con un palito de roble. Tenía los ojos azules. Cabalgaba una vez hacia Gwirmoan, para adentrarse en la selva buscando oír el primero en Irlanda el ruiseñor, cuando vio las hadas esquilando rebaños de oro en la colina. Habló con ellas en verso endecasílabo, y las amables le dijeron que el ruiseñor estaría al día siguiente en un olmo que había en Cork. En la madura edad, Piasta quiso viajar a Tirnanoge, la Florida, tierra de la perpetua juventud, nunca visitada de la Muerte. Pero las hadas que habían hablado con él en Gwirmoan le salieron al camino y le hicieron estas graves preguntas:

—¿Te gustará seguir viviendo cuando ya hayan muerto tus caballos y tus canes, los hijos y los nietos reales, los armados compañeros de las batallas? ¿Te gustará vivir en un mundo en el que no tendrás a nadie con quien compartir un recuerdo de infancia y mocedad?

Piasta se sentó a meditar a la orilla de un río, y decidió no ir a Tirnanoge, y morir cuando su hora le llegase.

POLIADES.— El tabernero de Ítaca, compañero de Laertes y de Ulises.

POSADERO EOLIO, EL.— Estaba empeñado en saber quién era el coronado que venía en la moneda con que el piloto Alción le pagaba la merienda. No le gustaba que se hablase de la peste por farra. Estaba siempre alarmado, que siendo viejo casara con moza.

POSEIDÓN.— En la antigua generación dios del mar. Como hípico era temperamental y espantadizo. Muchas veces asomó su barbado rostro entre las olas y sonrió generosamente a las ligeras naves de los griegos. Un gran loco, en fin, como lo fueron los más de aquellos divinales, y lo son todavía los vientos.

PRETEXTOS.— Montañés de Paros, familiar de la casa de Icarío. Imitaba en la tragedia griega el rugido del león y el catarro del búho. Reconoció en Ulises la misma

mocedad heroica que amaba contemplar el teatro, y se quitó respetuosamente el sombrero. Ayudó a huir al laértida de las sospechas políticas bizantinas del juez Teotiscos, y un día, como el ítaco quería, apareció su roto labio tras la cabeza inclinada de Penélope. Ladró entonces imitando el perro que en el arenal guarda una barca y ve venir al amo que en la mano trae un hueso vacuno rebosando dulce tuétano. Vivió en casa de Ulises y fue ayo de los infantes de Ítaca. Fue un noble, paciente y respetuoso compañero.

PÚNICO NUDO, EL.— El más noble de los nudos en las naves y en las sandalias antiguas. Se lo enseñó Foción a Ulises cuando el laértida cumplió cinco años de edad. Ulises lo aprendió a la séptima demostración, como en Troya Héctor, domador de caballos. El niño Ulises mostraba a los presentes la huella negruzca, en las palmas de sus manos, de los cordones embadurnados de pez.

RICARDO CORAZÓN DE LEÓN.— El rey de Inglaterra. Pasando cruzado hizo aguada en Ítaca. En la fuente halló a Amaltea, esposa de Apolonio *el Cojo*, y la usó.

SABELLA, DONNA.— Reina de Nápoles. Cantaba de ella el ambulante del antejo, Ferruccio Sorrentino, aquello de «chiammate-me Sabella sventurata». La echó con calumnias del trono un sobrino que tenía.

SACRISTÁN DE SANTANGELO, EL.— Hombre gordo, que en las viñas famosas.

SERGIO.— Cuñado cretense de Penélope.

SICILIANA, LA.— Ama mayor autorizada de la mancebía de Ítaca. Tenía la casa con mucho respeto, trato de usted y pronto pago. Todas sus pupilas eran griegas. De una rubia se enamoró Ulises en la fiesta de las espigas.

SILVINA.— Cierva que amamantó a Amadís de Gaula, en la historia que representó Ulises para la niña Helena.

SILVINO.— Pregonero de edictos imperiales en una comedia de Esmirna. Era dueño del garañón Patroclo. Le birlaba la voluble Felisa un corredor de media legua vallas. Silvino, que era viudo, creía que todo se lograba de las mujeres con hablarles en griego literario.

SOMBRERERO DÁLMATA, EL.— Tío de la moza Lucrecia, muy apreciado en la República de Mar, Tierra y Torre de Ragusa.

SORRENTINO, FERRUCCIO.— Ambulante napolitano que llegó con su antejo mágico a Famagusta. Ciego cuando Basílides quedó cojo, no hacía más que lloriquear «torna a sorrento». Aunque cristiano latino, terminó su vida como ventrílocuo de cámara del señor abad de la Panagia, que lo era un cojo terco y pleiteante, que con las varias voces que sacaba Ferruccio, ponía testigos falsos y ganaba los interdictos.

SURESTE.— Viento de septiembre, cuando las Pléyades salen vespertinas. Es el viento de la luna llena de las vendimias. Viento para regresar. Lo perfuman los olores del otoño.

SUROESTE.— Viento de mayo, cuando las Pléyades salen matutinas. Las grandes

navigaciones de los griegos se hicieron en generosa amistad con él.

TADEO.— Médico de Samos, desterrado porque quiso resucitar en la isla suya las demagogias antiguas. Fue muy bien recibido por los exiliados de su secta, quienes en su manto, regado con los vinos samios, reconocían los caldos de las viñas favoritas. Quitaba las verrugas por arte suavioria.

TARENTO.— Ciudad, de la Magna Grecia. Escuela de Medicina con doctrina sobre sanguijuelas y catálogo propio de simples. Tiene jardines y tirano. Cuando ahorcan a alguno en la plaza, si no saca la lengua, no le dan mérito y silban al verdugo.

TARTESOS.— El reino de Argantonio, al Oeste. Está a caballo de un río, al que sale un jinete con una bandera diciendo dónde han de anclar las naves helenas.

TEMADES.— Piloto de Ítaca que tenía una gran verruga roja en el mentón. Cobraba por dejársela tocar por los marineros. Tocando con el mentón a las vacas estériles justo debajo del rabo, las hacía fecundas. Era casi enano y muy polémico.

TEODORA.— Emperatriz de Constantinopla muy célebre. Inventó el hojalдре. Casó de segundas con el ministro de Hacienda de su difunto esposo, y lo hizo coronar basileo. Caso único en las historias mundiales.

TEÓGENES, SAN.— Santo cirenaico y piloto. Jugó con los vientos a la taba grecolatina.

TEOTISCOS.— Juez de Paros. Sospechaba si Ulises no andaba levantando desterrados contra el basileo, además de que le cayera mal la vanidad aristocrática del laértida. Si lo pesca, lo cuelga con arreglo a la Lex Aemilia de sumpdbus et liberrinorum sufragiis, por exceso de guardarropa, y de acuerdo con la Lex Antonia de Dictadura in perpetuum tollenda, por las supuestas opiniones políticas. Era gordo y sentimental, y no se quería casar mientras no terminase de ensayar un libro de coquetería e ilusiones de amor que comprara en Constantinopla y que se titulaba *Cómo festejar la vida*.

TRISTÁN.— Marinero portugués a bordo del bergantín del negro Lisardo. Tenía una sobrina bailarina, menina Dorinda, que era la gran novedad en Lisboa.

TUDELA.— Doña reina de Gaula. Venía de baños de Etruria y hacía posadas suizas. Quería la cabeza de Amadís.

TURIOS.— Ciudad famosa porque un día que venía sobre ella una armada enemiga, surgió poderoso el viento del norte y la dispersó; entonces los de Turios hicieron al viento polites, conciudadano suyo, y le dieron casa y tierras de labor. Un hombre de Turios naufragó en la costa del país de los italiotas.

ULISES, SAN.— Inventó el remo y el deseo de regresar al hogar. Tiene ermita en Ítaca.

ULISES.— El hijo de Laertes. Lo había aprendido todo, menos a esperar.

VIOLA.— La amó Foción. Su casa tenía dos ventanas. Abandonó Ítaca, pero volvía siempre a la isla en la boca de los marinos.

VIOLANTE.— Doncella de la señora Alicia. Traía el jarro de agua fría cuando la huérfana compasiva quería lavarle los pies al señor Ulises. No osó levantar los ojos del suelo, y le quedó para siempre la pena de no haber visto el rostro del extranjero.

VIRGILIO.— Sabio romano, mandó subir a *Saturna*, la mula blanca del cardenal de San Lorenzo, a la alta torre de Letrán, para conjurar los males que se anunciaban con eclipse y cometa.

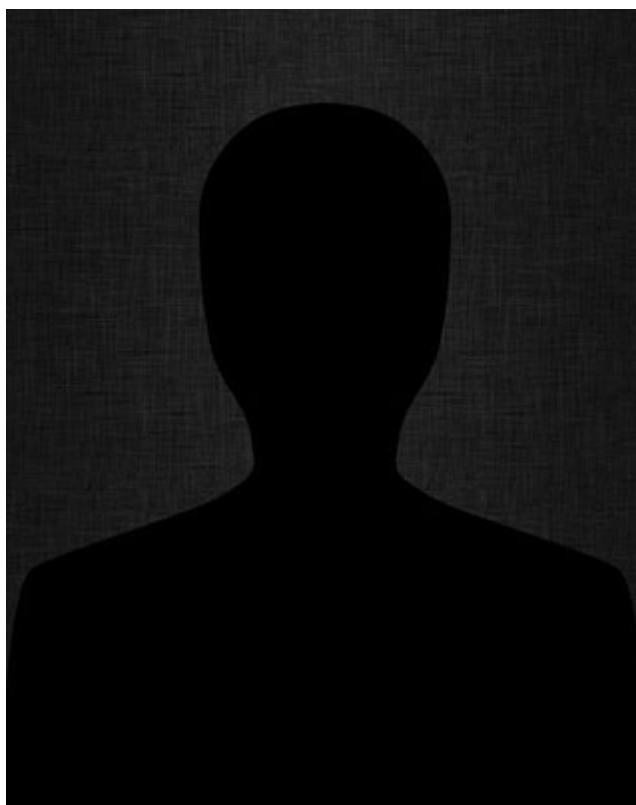
VIUDAS DE LOS SICOMOROS, LAS.— Cuando habló Ulises de que las monedas de plata, coronados bizantinos, que mostraba Alción eran apreciadas para dotes matrimoniales, la viuda gorda y la del sombrero de capirote vendieron sus higos al precio que pusiera el piloto de Ítaca.

VIUDA DE SIDÓN, LA.— Véase su triste historia de amor.

ZENÓN, SAN.— Santo patrón de Ios.

ZENÓN DE IOS.— Mendigo de Paros. Bebía vino de la izquierda. Contando historias, con su cayado ponía en el aire los perfiles de los personajes. Tenía un decir coloreado. Era de los sedientos vespertinos.

ZOÉ, DOÑA.— Emperatriz de Constantinopla. Pasa por la calle en una comedia, en viaje de novios con su tercer marido, que le saliera poeta. Dejó apuntado a Pedro Cristóbal, alfarero de Atenas, por pretendiente si volvía a haber vacante.



ÁLVARO CUNQUEIRO (Mondoñedo, Lugo, España, 1911 - 1981). Desde pequeño dominaba a la perfección el gallego y el castellano y con apenas diez años escribió su primera obra. Marchó a Santiago de Compostela para licenciarse en Filosofía y Letras, estudios que compaginó con la redacción de sus primeros poemarios. Durante estos años, Cunqueiro realizó una intensa actividad periodística colaborando para *El pueblo gallego* de Vigo, *La Voz de España* de San Sebastián o el *ABC* de Madrid. En 1964 fue nombrado director de *El Faro de Vigo* y llegó a ser subdirector de la revista *Vértice*.

Tras la aparición de *Merlín y familia*, el autor gallego publicó las *Crónicas de sochantre*, por la que obtuvo en 1959 el *Premio de la Crítica*. A estos textos le siguieron *Cuando el viejo Simbad vuelva a las islas* y *Las mocedades de Ulises*. Pero *Un hombre que se parecía a Orestes* se convirtió en la novela que le dio mayor renombre al ser galardonada con el *Premio Nadal*. También Álvaro Cunqueiro ha retratado la vida de los tipos populares de Galicia en obras como *La otra gente*.

Formó parte de la *Real Academia Gallega* y de *Hispanic Society* de Nueva York. Además, en 1980 fue investido doctor *honoris causa* por la Universidad de Santiago de Compostela.